



Universidad Autónoma de Guerrero

Facultad de Filosofía y Letras

Maestría en Humanidades

*Posgrado incorporado al padrón Nacional
De Posgrados de calidad (PNPC) del CONACYT*

“Vida cotidiana, terrorismo de Estado y Desaparición forzada.
Mujeres buscadoras de vida en Atoyac de Álvarez, Guerrero”

Tesis que para obtener el título de:
Maestra en Humanidades

Presenta

Luz Gabriela Ávila Pino

Matrícula: 06279843 Generación: 2014-2016

LGCA: Estudios históricos sociales sustentables

Directora de la Tesis: Dra. Claudia Rangel Lozano

Comité tutorial:

Dra. Alejandra Cárdenas Santana Dra. Evangelina Sánchez Serrano

Lectores:

Dra. Esperanza Hernández Árciga Dr. Gil Arturo Ferrer Vicario

Chilpancingo de los Bravo, Guerrero, noviembre de 2017.



DEDICATORIA

A Saris, Sol y Rael

Por coincidir en este maravilloso mundo
Gracias por su amor y comprensión cada día
Les amo infinitamente.

A mi madre y abue Cami

Me han enseñado más de lo que ustedes
Jamás podrán imaginarse.

AGRADECIMIENTOS

El camino hasta llegar a este momento ha sido importante en mi vida, he aprendido y crecido tanto como persona y en la academia, de forma que tengo que agradecer a tantas personas, lugares e instituciones, quienes han sido un gran soporte y su apoyo ha sido incondicional, me siento satisfecha de hoy poder decirles gracias porque por fin vemos la luz de esta investigación y su determinación sin duda me hizo más fuerte para seguir luchando y escribiendo, a pesar de todo lo ocurrido, y que el camino se presentara sinuoso.

Agradezco a todas las mujeres que mediante sus entrevistas me permitieron acercarme a su vida, sé que no fue fácil hablar sobre sí mismas, mucho menos el momento en que todo cambió en sus poblaciones y en su forma de vivir, sepan que me dio mucho gusto verles sonreír cuando hablaban de su niñez, disfrute de sus recuerdos en las huertas y las reuniones en la familia con una taza de café.

Agradezco a sus familias, quienes siempre fueron amables conmigo y a pesar de que fue muy duro recordar, su actitud y disposición hicieron que no me rindiera y que siguiera adelante a pesar de lo mucho que me costó no solo escuchar las experiencias tan dolorosas a las que se enfrentaron, si no también después transcribirlas y prepararlas para que fueran parte de un capítulo. Admiro su entereza para enfrentar la vida y la firmeza de sus decisiones, a pesar del dolor a cuestas, sin sus testimonios esta investigación no hubiese sido posible.

Gracias por tanto.

Desde el camino inicial hacia la construcción de las ideas de esta investigación, hubo quien siempre me guio, respaldó mis decisiones y otras más me las cuestionaba, con el fin principal no solo de hacer una tesis digna de un posgrado, sino aún más de estar a la altura de lo que había decidido problematizar, me refiero a la Dra. Claudia Rangel Lozano directora de esta investigación y con quien he tenido la oportunidad de trabajar desde hace muchos años, su exigencia, dedicación y trabajo, se ve reflejado en esta investigación mientras que su

empatía y solidaridad hicieron que desde el primer momento que le hable de mis deseos por visibilizar a las mujeres en su participación como guerrilleras me apoyó y por supuesto me pidió fuera responsable y me pusiera a trabajar. Gracias por sus enseñanzas, su apoyo y tantos años de trabajo y amistad. Gracias por estar.

Agradezco a las investigadoras que integran el sínodo de esta tesis: Dra. Alejandra Cárdenas y Dra. Evangelina Sánchez, quienes tanto en las reuniones tutoriales como en las lecturas que llevaron a cabo siempre fueron puntuales e hicieron comentarios de fondo e importantes que abonaron a la investigación. Gracias por su apoyo, exigencia, y por enseñarme que la investigación académica es satisfactoria pero a la vez tiene que ser rigurosa y responsable.

Hacia el final de esta investigación agradezco a la Dra. Esperanza Hernández y Dr. Gil Arturo Ferrer, quienes aceptaron ser lectora y lector de la investigación, sus comentarios aportaron de forma importante y sin duda enriquecieron la tesis.

Mi agradecimiento a todas la catedráticas y catedráticos que integran el Núcleo Académico Básico (NAB) de la Maestría en Humanidades, tanto por los seminarios como por la oportunidad que me dieron al realizar una estancia de investigación en Buenos Aires, Argentina, ya que esta tesis tiene mucho de lo aprendido en dicha experiencia.

En esta experiencia Argentina conocía a muchas personas e investigadoras que sumaron a esta tesis, gracias por su amistad y por todo el apoyo y conocimiento que me brindaron, sepan que siempre les tengo presente por su generosidad e intercambio de saberes, pero sobre todo por la calidad humana con la que me trataron y todo lo bello que aportaron a mi vida y que jamás olvidaré. Mi cariño por siempre.

Así mismo agradezco a Irma y Jesús, personal administrativo de la maestría quienes siempre me apoyaron en todo lo concerniente a los trámites que como estudiante tenía que hacer, facilitándome los procedimientos. Muchas gracias por todo, aprecio su trabajo.

Finalmente y no menos importante sino todo lo contrario quiero dejar mi total agradecimiento a mi familia, quienes siempre me han apoyado en todos mis desafíos, y me recuerdan que la familia siempre va a estar ahí, sobre todo si hay un sueño por cumplir. Gracias a mi compañero de vida Rael, por tu apoyo incondicional, por tu impulso y compromiso para conmigo, sé que no fue fácil para ti ser parte de algunas entrevistas, mucho menos de la investigación, sin embargo estabas ahí, presente, intercambiando ideas y pensamientos, debatiendo pero sobre todo siempre alentando y admirando mi trabajo. Gracias por ser parte siempre de todas mis metas. A mis niñas: Saris y Choco, porque con su amor y comprensión me muestran su inmenso amor, perdonen por las noches en que se durmieron sin cuento, espero hayan entendido las tardes de trabajo y las mañanas quizá un poco sonámbulas de mami pero de pie para acompañarlas al colegio. Gracias Rael, Saris y Choco no sé qué haría si ustedes me faltaran, porque me han mostrado que la familia nunca abandona, gracias por hacerme reír cuando más lo he necesitado, gracias por estar, por todo, por permitirme ser, los amo de tal forma que no tengo como describirlo.

A mi madre porque sé que siempre me piensa, y que cada logro que obtengo le alegra el corazón y la vida. Gracias mami por enseñarme a luchar, te honro siempre. A mi hermana, mis hermanos, mis sobrinas y sobrino, otra vez les digo que nada es imposible y que no importa lo que pase jamás hay que rendirnos y siempre veamos para adelante, les amo siempre y les agradezco su amor, su tiempo. Gracias por el apoyo en el curso del posgrado y la investigación, Sepan que les amo inmensamente.

Gracias a todas las personas que de alguna forma u otra alentaron esta investigación y que aportaron de tal forma que hoy puedo sentirme satisfecha, pensando si, en que todavía falta mucho camino por recorrer e investigar.

Las mujeres no solamente producen vida, sino que también conocimiento y saber.

Iñaki Gil de San Vicente

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	7
I. VIDA COTIDIANA EN ATOYAC DE ÁLVAREZ HACÍA FINALES DE LA DÉCADA DE LOS AÑOS SESENTA	11
1.1 ¿Qué es la Vida Cotidiana? Análisis teórico de la categoría.....	17
1.2 El día inicia desde el alba.....	24
1.3 Plática y café. La costumbre en el corredor de la casa.....	27
1.4 La vida entre cafetales de la sierra de Atoyac.....	31
1.4.1 Práctica cotidiana y colectiva en las huertas de café.....	35
1.5 Dimensión social del trabajo	39
II. VISIBILIDAD DE LA PARTICIPACIÓN DE LAS MUJERES EN LA GUERRILLA COMO BASE DE APOYO Y COMBATIENTES.....	45
2.1 La decisión de sumarse a la guerrilla.....	49
2.2 Bases de apoyo.....	56
2.3 La vida como combatiente guerrillera.....	70
2.4 Mujeres. De sus derechos no visibilizados y el estar para los otros.....	86
2.5 Historia de vida de dos mujeres guerrilleras en la sierra de Atoyac.....	93
2.5.1 Historia de vida de Mariana Santiago O´ Leary.....	95
2.5.2 Historia de vida de María Arguello Villegas.....	120
2.6 De cuando las emociones y la memoria se encuentran. Análisis de las dos historias de vida.....	136

III. LA LUCHA EMPRENDIDA POR LAS BUSCADORAS DE VIDA EN ATOYAC DE ÁLVAREZ, EN LA DÉCADA DE LOS SETENTA.....	147
3.1 Las desapariciones forzadas. Entre la crueldad y la impunidad.....	153
3.2 Navidad y Año nuevo no se celebran. Se buscan vidas.....	163
3.3 El dolor y las lágrimas se convierten en acción. Historia de vida de Angelina Reyes. El abrazo tan esperado que no llegó.....	176
3.3.1 Análisis de la historia de vida de Angelina Reyes.....	191
3.4 Aproximaciones a las cotidianidades trastocadas de las familias a quienes les desaparecieron un ser querido.....	195
ANEXOS.....	228
REFLEXIONES FINALES.....	239
BIBLOGRAFÍA.....	244

INTRODUCCIÓN

La participación de las mujeres en las luchas sociales ha sido de vital importancia, y esto ha representado en nuestro país como en muchos otros, un paso más hacia visibilizar ello mismo aunque lastimosamente ha sido ignorado. Esto, porque los hombres han ocupado históricamente el espacio público en donde se resuelve el poder y se decide.

De modo que se enfrentan una sociedad masculinizada que prefiere que las mujeres sigan estando confinadas al espacio privado reduciendo su participación, sin reconocerles y no es que último represente el objetivo por el cual las mujeres deciden ser parte de la esfera pública, sin embargo para que podamos hablar de igualdad hay que crearla a partir de reconocerle a la otra o el otro lo que hace, máxime si es en pro de sus pueblos.

La presente investigación se sitúa en Atoyac de Álvarez, Guerrero a partir del año 1965 y se extiende en toda la década de 1970. De esta manera el objetivo principal fue Investigar y recuperar la vida cotidiana en la década de los sesenta de Atoyac de Álvarez para comprender como incidió en las mujeres, saber cuál fue su participación en la movilización social (guerrilleras y base de apoyo) y, bajo el marco del terror de Estado convertirse en buscadoras de vida.

La hipótesis que gira en torno a esta investigación es que la vida cotidiana de la década de los años sesenta encontramos elementos que nos permiten comprender por qué las mujeres deciden participar como combatientes y base de apoyo en la guerrilla, y tras el terrorismo de Estado implementado en el municipio en la década de los setenta, encontramos un trastrocamiento en su cotidianidad y las coloca como buscadoras de vida, al ser la detención-desaparición uno de los recursos implementados por el Estado mexicano para terminar con el movimiento social armado.

La metodología empleada fue la cualitativa. A bases de entrevistas estructuradas y semi estructuradas con duración de 3 a 4 horas de 1 a 3 sesiones, me permitieron

conocer sus testimonios y desde ahí se pudieron materializar cada uno de los capítulos que comprende esta investigación.

La tesis consta de tres capítulos:

Capítulo 1: Vida cotidiana en Atoyac de Álvarez hacia finales de la década de los años sesenta. La primera consideración para este capítulo, es dar a conocer la vida cotidiana en Atoyac y la sierra hacia finales de la década de los sesenta, partiendo desde una perspectiva teórica de la vida cotidiana como categoría para luego conocer aspectos cotidianos de las personas. Esto mismo nos servirá para poder dar cuenta de que tantos cambios surgieron, esto por supuesto en relación al terrorismo de Estado implantado en la región, lo cual resultará esclarecedor al conocer los testimonios de las personas.

Capítulo 2: Visibilidad de la participación de las mujeres en la guerrilla como base de apoyo y combatientes. Aquí las mujeres nos comparten primero los cambios a los que se van enfrentando, dado como poco a poco sus cotidianidades van cambiando, uno de ellos es la forma en que deciden sumarse a la guerrilla, ¿Deciden por si mismas? ¿Cómo se lleva a cabo este proceso? Otros aspectos que conoceremos aquí, es la vida como base de apoyo y combatientes, nos compartirán sus testimonios mujeres que sufrieron el terrorismo de Estado, sin ser parte de la lucha armada y tan solo por vivir en el territorio en el que se estaba llevando a cabo y finalmente conoceremos la historia de vida de dos mujeres guerrilleras, lo cual hace a este segundo capítulo contrastante y lleno de emociones.

Capítulo 3: La lucha emprendida por las Buscadoras de vida en Atoyac de Álvarez, en la década de los setenta. No es que el terrorismo de Estado haya sido implantado tras la irrupción guerrillera en Atoyac y la sierra; la violencia institucionalizada y la militarización fueron como nunca parte de la vida diaria de las poblaciones de la sierra. Para este momento, las desapariciones forzadas eran ya un hecho, y son las mujeres quienes con todo y el miedo de la época, inician la búsqueda de sus desaparecidos. Finalmente comparten los momentos tan duros

por los que han pasado hasta el día de hoy que siguen sin saber nada del paradero de sus familiares.

Las categorías de análisis que se trabajaron fueron a partir de la vida cotidiana, que son un conjunto de aspectos que vivimos a diario, las cuales se sitúan en periodos de tiempo, asociados a prácticas y situaciones que parten de una carga simbólica en las personas por sentido común y la memoria, esta categoría es empleada desde el primer capítulo de la investigación porque es precisamente de donde partimos.

Mención aparte corresponde la categoría terrorismo de Estado que es un acto de violación a los derechos humanos, en donde se utiliza la violencia, la tortura, la detención y desaparición forzada, esto aunado al miedo como formas de someter a grupos o individuos en quienes el Estado ve como una amenaza. Lo anterior toma fuerza en el segundo capítulo, así mismo la categoría detenido desaparecido, la cual proceso por el que han pasado personas que antes de ser desaparecidas, se les detuvo para planificar su paradero sin que se sepa dónde se encuentran. Los agentes del Estado mexicano, al detener a las personas tuvieron tiempo para llevar a cabo un plan, mediante el cual las familias han padecido las secuelas de ser parientes de un detenido desaparecido.

Y hacía el final de la investigación la categoría Buscadoras de vida nos recuerda que ellas son la mujeres han buscado sus familiares desaparecidos desde la década de los años setenta en el municipio de Atoyac de Álvarez. Se utiliza el termino vida, dad dos vertientes; tanto el deseo de encontrar con vida a sus seres queridos como también por el hecho de que una vez que fueron desaparecidos el sentido de su vida cambió, sintiéndose morir.

El miedo y el control hacia la población se volvieron cotidianos, mediante el sometimiento bajo la dureza de la crueldad el Estado mexicano fue logrando un proceso de deshumanización. Esto lo podemos constatar al leer la experiencia de cada una. Si bien es cierto la investigación se sitúa en una problemática en la que los derechos humanos y la razón no convergieron, donde las mujeres fueron

quienes lucharon por sus comunidades y esa fue la razón por la que las sometieron y por ende les cambiaron su vida y sus cotidianidades.

Sirva esta investigación como un acto de reflexión, como una prueba de que la militarización en los espacios tanto rurales como urbanos no ha servido más que para cometer actos insolentes hacía su mismo pueblo. Sea este, un espacio desde donde se comparta la participación de las mujeres desde su casa, las huertas, en sus comunidades y en los movimientos armados y sociales que han sido un parteaguas en la historia de México.

I. VIDA COTIDIANA EN ATOYAC DE ÁLVAREZ HACIA FINALES DE LA DÉCADA DE LOS AÑOS SESENTA

Semejante mundo nos interesa mucho, memoria olfativa,
Memoria de los lugares, de infancia, memoria del cuerpo,
De los gestos de la infancia, de los placeres.
Tal vez no sea inútil reiterar la importancia del dominio
de esta historia "irracional", o de esta "no-historia".
Paul Leuilliot.

En la complejidad y pluralidad de la sociedad encontramos diversas actividades que hacen único el espacio y la temporalidad, nuestras costumbres, tradiciones y decisiones van ligadas a nuestro entorno en el que crecemos, ahí mismo no solo nos desarrollamos físicamente, sino como seres humanos y humanas consientes o no de la realidad de nuestros pueblos, en una sociedad diversa no se piensa igual.

Cuando hablamos de costumbres y tradiciones nos remitimos a la historia oral que los abuelos y abuelas hacen saber a su familia lo que permite que siga viva, y heredándose a cada persona que es parte del núcleo familiar. Lo anterior es importante ya que esto deviene en las poblaciones donde crean sus maneras de celebración y esto a su vez, deviene en las particularidades que encontramos en cada una de ellas.

La infancia se va formando a partir de las actividades diarias en la comunidad, con los vecinos, en los juegos y cantos que existen y que a diario inventan los niños y niñas. Los lazos de amistad se forjan a partir de las fiestas del pueblo, de las celebraciones en cada casa por motivos de cumpleaños, o quizá porque hay un motivo para festejar y hay que compartirlo no solo con la familia sino con quienes forman parte del terruño.

De modo que tanto la diversidad de pensamiento las costumbres y tradiciones, las enseñanzas de la abuela o el abuelo, la historia oral, las celebraciones, y el cúmulo de actividades que vivimos desde la infancia, van formando la vida

cotidiana como seres individuales y colectivos. Pero ¿Qué actividades, personas y lugares disfrutamos más? ¿Hay costumbres y tradiciones en los pueblos que aceptamos del todo? ¿Qué pasa cuando hay que cambiar las cotidianidades a las que estamos acostumbrados?

El objetivo principal del Primer Capítulo es visibilizar las prácticas cotidianas del municipio cafetalero de Atoyac de Álvarez en la década de los sesenta, a su vez de las poblaciones serranas antes del inicio del movimiento armado conocido como la guerrilla del Partido de los Pobres, la guerrilla de la Asociación Cívica Guerrerense (ACG). Si bien es cierto el municipio y las poblaciones serranas han tenido una fuerte presencia desde las revoluciones mexicanas (1910), movimiento agrario (1940), desafortunadamente a principios de la década de los setenta se desencadenan historias que de a poco han sido conocidas, visibilizadas y que fueron tocadas por el terrorismo de Estado que el gobierno mexicano sembró en cada habitante que apoyó la guerrilla.

No es que se empezara a luchar a partir de la guerrilla, no es que antes el Estado mexicano no castigara al municipio de Atoyac y los pueblos serranos¹, la historia de lucha que han sostenido se encrudeció cuando recién iniciaba la década de los años setenta, con el fin de terminar con una evidente guerrilla, un alzamiento armado de campesinas y campesinos mayoritariamente a quienes les trastocó su vida cotidiana. ¿Qué fue lo que cambió? Es el cuestionamiento principal de este

¹ El 1 de abril del año 1957 tomo protesta como gobernador del estado de Guerrero Raúl Caballero Aburto, inmediatamente inició una campaña de despistolización en la entidad, esto para salvaguardar la seguridad de las personas (esto por supuesto, en palabras del gobernador Raúl Caballero Aburto, no así por las personas) en el caso de Atoyac de Álvarez, aparecían gente asesinada en algunos puntos de la ciudad, esto porque el gobierno caballerista aseguraba que estas personas eran “agitadores”. Por otro lado los campesinos tenían que pagar impuestos que de repente al gobernador se le ocurría cobrar por ejemplo, quienes se dedicaban a la copra, pagaban 3 centavos por cada kilogramo y los cafeticultores pagaban 7 centavos y medio por cada kilogramo de café, esto supuestamente para invertirlos en caminos (Ayala. 2005). Don Benigno García, originario de San Vicente de Benítez nos comparte: *Aparecían personas muertas tanto en la sierra como en Atoyac, esta gente era la que estaba organizando el frente para que saliera del poder este señor que solo se dedicó a cobrarnos impuestos, venía mucho para acá y decía que tenía que estar al pendiente de la costa grande porque nada más queríamos tantito, este señor fue un matón a sueldo que nos hizo mucho daño, cuando venía a la sierra antes de que llegara ya había cuerpos policiacos, y cuando se iba tardaban aquí otros días más, eso nos ponía nerviosos porque llegaban y se metían a tu casa y exigían lo que querían, si no es que sacaban gente acusándolos de que robaban en las huertas* (Don Benigno García, 2010).

capítulo por ello este ejercicio de conocer las cotidianidades de quienes habitaban tanto Atoyac como los pueblos de la sierra en ese momento, hacía finales de la década de los sesenta, antes que el terrorismo de Estado mexicano estuviera más presente que nunca, más crudo, más doloroso.

La Vida Cotidiana se utiliza como categoría de análisis, dentro de la investigación y es parte de la hipótesis de la misma, ya que si bien se trabaja mediante la historia oral, es importante hacer un análisis teórico de la misma, es decir las cotidianidades que se viven en una región se conocen mediante la voz de las personas, y para su comprensión acudimos a diferentes teorías como lo veremos en el primer subcapítulo.

El cultivo del café no solo es considerado un factor importante para la economía del municipio, sino más aún representa parte de la identidad, la historia y la raíz de la región. Mediante él, se mantenían económicamente las familias de la sierra mayormente y, completaban con otros sembradíos como coco, mango y miel. Dentro del huerto familiar no faltaba el frijol, jitomate, yerba santa, huaje entre otros. En este proceso de siembra y cosecha participaba toda la familia, así desde pequeños les inculcaban no solo el amor y respeto hacia la tierra, sino el trabajo colectivo y la recompensa de este: unión familiar, trabajo en equipo y alimento seguro para el día a día.

Los subcapítulos que conforman este primer capítulo son los siguientes. **¿Qué es la Vida Cotidiana? Análisis teórico de la categoría** en este apartado, se habla a partir de distintas miradas que han abordado aspectos cotidianos desde distintas perspectivas, y con ello han aportado no solo para su mejor comprensión como categoría de análisis, sino para entender los procesos por los cuales pasan los espacios rurales y urbanos en cualquier geografía del mundo. Alicia Lindón (2012) asume que es importante revisar la geografía de un espacio para poder comprender la vida cotidiana, mientras que Andrea Radilla (1998) señala que en la vida cotidiana hay diferencias sociales en un mismo espacio geográfico por un lado están los de arriba que se quieren distinguir de los de abajo, y estos últimos

luchan porque las costumbres, tradiciones se sigan preservando, así como asumir conciencia en cada uno de sus actos.

Michel de Certeau (2000) quien dedicó su vida académica a investigar sobre la vida cotidiana de cada rincón del mundo, especialmente en Europa decía que cada práctica por sencilla que parezca va formando al ser humano tales como: pasear por una misma calle, compartir los afectos y desafectos del barrio, como es que reconocemos a las personas que venden, pan, fruta, verduras y los hacemos personajes. De Certeau señala que a partir de estas prácticas es como se crea una comunidad, se estrechan los lazos familiares y aunque se modifiquen, la relación establecida sigue. Y cuando hablamos de procesos de luchas guerrilleras ¿Siguió igual la relaciones de vecindad y familiar en la sierra de Atoyac?

Para seguir con este diálogo desde distintas perspectivas acerca de la vida cotidiana se retoma el análisis que la filósofa Agnes Heller, (1985) hace en relación al individuo y sociedad, individuo y grupo, e individuo y masa. Señala que al integrarse el individuo en la sociedad, se crea una comunidad y problematiza en relación a que no todo grupo puede llegar a ser comunidad, y esto porque hay intereses y actividades que no a todos les pueden parecer importantes. A la par de las jerarquías que se van formando, asume que se crean diferencias que permiten que aunque una comunidad esté habitada, no pueda funcionar de manera unísona, y se descuida la parte si bien no de la unión si de un aspecto importante: crear fortaleza. ¿Podemos encontrar esta característica en la sierra de Atoyac?

Cada uno de los aportes que hemos señalado se han retomado para el caso del análisis de la categoría, y para las siguientes prácticas cotidianas que la sociedad atoyaquense y de la sierra llevaban a cabo antes de la irrupción de la guerrillera y el terrorismo de Estado implementado por el Estado mexicano, con toda la fuerza que este tiene, aunque como ya ha sido mencionado, esto no significa que el municipio no haya sido antes víctima de actos inhumanos por parte del sistema gubernamental mexicano.

Las prácticas que se han escogido son las siguientes, si bien es cierto pudo haber sido un solo subcapítulo con estas cotidianidades, hemos considerado que cada una tiene diferencias y por ende su división es evidente. En cada uno conoceremos distintos testimonios que nos hablarán sobre su importancia y ciertas características que nos adentrarán al Atoyac de los sesenta y a una sierra copada de café y de maneras diferentes de ser y estar. **El día inicia desde el alba** es un subcapítulo que nos permitirá conocer el amanecer de las personas, las primeras actividades que hacían para iniciar su día tales como barrer el corredor de la casa, la calle, regar las plantas, ir al mercado a hacer las compras para el caso de Atoyac y en la sierra irse a las huertas de café.

Plática y café. La costumbre en el corredor de la casa es una de las cotidianidades que se hacía a partir de las cinco de la tarde y que la gente recuerda con mucho cariño, y que en un momento de la década de los setenta se dejó de hacer, mientras tanto en la década que abordamos en este capítulo que es la de los años sesenta, la gente lo disfrutaba mucho ya que se compartía con la familia, con los vecinos y vecinas, mientras los niños y niñas jugaban y las abuelas se peinaban sus cabellos largos, en los testimonios que leeremos la gente nos comparte como es que al recordar esta actividad cotidiana experimentan sentir olores, recuerdan colores y por ende nostalgia.

La vida entre cafetales de la sierra de Atoyac en el espacio rural encontramos diferentes historias de cómo, las prácticas en el campo y en relación con la naturaleza se vuelven imprescindibles para una persona, tal es el caso de los habitantes de las poblaciones serranas que nos hablarán del significado de vivir entre cafetales, las actividades que llevaban a cabo, como asistir a la cancha, a los bailes, a las fiestas patronales, reunirse para tratar aspectos de cómo mejorar los servicios en sus comunidades y la fiesta de quince años de las niñas, ya que en la mayoría de los pueblos ayudaban a las familias a festejarlos. Estos aspectos son los que más refirieron en las entrevistas y los cuestionamientos son los siguientes ¿En qué momento dejan de llevar a cabo estas prácticas? ¿Lo retomaron? ¿Cuándo?

Derivado de este subcapítulo se encuentra la **Práctica cotidiana y colectiva en las huertas de café**. Mención aparte merece esta actividad que en la década de los sesenta reunía a todas las familias, a todo momento, a todas horas, coincidiendo unas con otras apoyándose para fertilizar la tierra y hacerla más fuerte, compartir las herramientas de trabajo, hacer la limpieza del espacio, sembrar, cosechar se encontraban hombres, mujeres, niñas y niños. Donde también había diferencias fuertes y otras que se resolvían pero en esta actividad todas y todos a quienes se entrevistó coinciden que les hacía feliz y una vez que tuvieron que abandonar sus tierras pasaron por momentos difíciles tanto anímicos como económicos ¿Pudieron recuperar sus tierras todas las personas o solo algunas? ¿Cómo fue regresar? ¿Qué encontraron diferente? ¿Qué significó ya no regresar? Son cuestionamientos que están presente en esta investigación

Dimensión social del trabajo dentro del núcleo familiar. Hemos conocido aspectos cotidianos de Atoyac y la sierra, sin embargo es importante conocer cómo se dividía el trabajo dentro del núcleo familiar en la sierra, y lo otro es precisamente si había repartición de las labores dentro de la casa como de la huerta de café. Las mujeres refieren que trabajaban tanto en su casa como en el campo, muchas de ellas los fines de semana se iban para Atoyac a trabajar en las casas ya sea lavando ropa, planchando y cuidando niños y niñas.

Otras llevaban a vender el café cosechado, mientras que los hombres solo hacían trabajo en las huertas de café y llevándolo a vender a Atoyac. Conoceremos los testimonios que nos permitirán conocer que tanto las propias mujeres se visibilizan al ser parte de todas las actividades que se llevaban a cabo como familia y por ende ante ello que piensan los hombres entrevistados.

Lefevre (1981) señaló que la vida cotidiana en sí está en un constante cambio y que todas las prácticas están cargadas de significados y de límites por parte de los actores que las llevan a cabo. Por tanto entendemos y respetamos ese mismo límite que han puesto a su historia tanto las mujeres como los hombres entrevistados, quienes siendo niñas y niños, cambiaron sus actividades favoritas por otras, a quienes siendo adultos se acostumbraron a aspectos cotidianos que

no eran parte de su vida diaria. Esto es tan solo una parte de la vida cotidiana Atoyaquense y serrana en la década de los sesenta.

1.1 ¿Que es la Vida Cotidiana? Análisis teórico de la categoría

Dicen que recordar es volver a vivir, es por ello que para entender cómo es que cambiaron pero sobre todo se trastocaron las cotidianidades en la década de los setenta, hemos recurrido a las memorias de las personas a finales de los años sesenta para que al recordar no solo florezcan sus recuerdos sino que, y dado el caso de represión en Atoyac de Álvarez nos acercaremos a sus vivencias, recuerdos y sentimientos de lo que les aconteció.

En este sentido y al estar reflexionando sobre ciertos aspectos cotidianos nos apoyamos en diferentes formas de ver la categoría vida cotidiana a partir de estudios que se han hecho, en donde convergen distintas teorías sobre una problemática específica, esto es, la forma en que en distintas geografías del mundo los modos de vida, de ser, de estar, pero sobre todo de afrontar una problemática social se asume por un grupo o por la sociedad entera.

¿Qué es la vida cotidiana? La teoría nos puede ayudar a saberlo, pero para comprenderlo tenemos que recurrir a las personas. ¿Por qué estudiar la vida cotidiana de un espacio temporal específico? Para el caso de Atoyac de Álvarez, nos hemos ocupado de reflexionar acerca de lo ocurrido en la década de los setenta no solo en el proceso guerrillero que vivieron las personas, sino el terror que padecieron a partir de que el Estado mexicano asumió que en Atoyac de Álvarez y la sierra toda las personas eran cómplices de que la guerrilla fuese un hecho.

Ahora bien, en este primer capítulo abordaremos la vida cotidiana desde una perspectiva teórica pero reconociendo y visibilizando a las personas con sus testimonios. Ese mismo análisis nos acerca a la importancia de revisar la vida cotidiana de un pueblo, estado o nación con la idea de comprender más allá de sus costumbres y tradiciones porque en esta problemática que estamos abordando conoceremos historias de deshumanización, terror, dolor y por ende y

quizá para contrarrestar lo vivido, historias dignas, valientes, honestas y personas de respeto.

Partimos con la idea de mostrar que tanto cambia lo que frecuentamos a partir de un proceso social como la guerrilla y luego a partir de un proceso de deshumanización implementado por el Estado mexicano a partir de su aparato represivo.

Cuando inicié con el trabajo de campo para esta investigación, me di cuenta de la importancia que las personas le daban a hablar sobre cómo vivían antes de la guerrilla, y como desde siempre habían padecido represión en distintas formas, aunado a ello, la lucha del día a día que estaba siempre presente, sin embargo la crueldad que habían padecido en la década de los setenta era punto y aparte, en palabras de Iván (entrevista, 2015) *no tenía comparación con nada que los abuelos nos habían contado*. Justo así es como me pareció importante iniciar en el año de 1965, iniciar la temporalidad en donde consideramos que los aspectos que tiene la vida cotidiana resultan importantes en la formación como ser humano.

Desde el espacio geográfico donde te desenvuelves, donde vives sobre todo tu niñez y justo ahí es desde donde situamos a nuestros entrevistados, porque algunos y algunas en esa época eran unos niños, otras personas estaban en la adolescencia, pero también había quienes ya tenían una familia, si bien el espacio que ocupaban era entre la sierra y Atoyac, sus historias, vivencias y experiencias son diferentes.

Cada familia, cada persona vivieron en una misma historia que fue matizada de forma diferente, por ello desde los testimonios surgen diferentes perspectivas y formas de vivir y la teoría nos da cuenta de cómo en otras geografías del mundo, podemos encontrar esos mismos matices compartidos. ¿Qué se ha dicho de la vida cotidiana? ¿Qué tan importante resulta estudiarla? ¿En qué momento coinciden la teoría y las experiencias de vida de las personas?

Estos cuestionamientos son el camino para crear un diálogo entre las personas y las experiencias que en distintos escritos conoceremos.

Cada espacio geográfico², está cargado de distintos aspectos que no solo lo distinguen uno de otro, sino que lo hacen especial, me refiero a sus costumbres y tradiciones, sin dejar de lado que el que sea un lugar urbano o rural, agregamos entonces esto como una distinción más. Radilla (1998), quien reflexionó acerca de la movimientos sociales, cultura, vida cotidiana, entre otros aspectos los cuales a lo largo de esta investigación iremos conociendo por ahora utilizaremos sus reflexiones acerca de la cultura y vida cotidiana, ella se situaba desde el espacio de Atoyac de Álvarez desde donde ubicamos esta investigación.

Al investigar el proceso de dotación de tierras en la década de los años cuarenta, en la sierra de Atoyac de Álvarez, Radilla consideró importante escribir sobre las continuidades y rupturas en la vida cotidiana de este espacio, en el hizo reflexiones que para nuestra problemática de estudio retomaremos, en este caso ¿Qué es lo que va cambiando de la vida cotidiana en un lugar en donde los movimientos sociales son parte de las personas? ¿Desde cuando la gente se involucra en las luchas de su municipio? ¿Qué importancia le han dado a ser parte de estos mismos procesos?

A la luz de la experiencia de lucha en Atoyac, pero también de la violencia ejercida por parte del Estado mexicano Radilla señala que: “La violencia y la cultura se contienen, ambas tienen una estructura de larga duración, atraviesan los tiempos cortos, lo inmediato, la vida de cada día de actores concretos, donde toman formas o figuras variadas, alteradas por la inserción repentina de componentes culturales externos y la violencia exacerbada, subversiva y represiva, que alteran y recomponen la vida cotidiana ” (Radilla, 1998:19).

Esto último ¿sucedio en la vida cotidiana de Atoyac de Álvarez? ¿Qué componentes alteraron y recompusieron las cotidianidades en la sierra? Si nos situamos desde finales de la década de los sesenta, Radilla que revisa los años cuarenta insiste que la vida cotidiana de las personas se fue transformando, sin

² El espacio geográfico es el conjunto conformado por elementos naturales como vegetación, suelo, montañas y cuerpos de agua, así como por elementos sociales o culturales, es decir, la organización económica y social de los pueblos y sus valores y costumbres (Tricart, 1962: 191).

embargo y a pesar de la violencia ejercida desde siempre por el Estado, esto por la herencia de lucha que tenían en el municipio desde la revolución, hasta ese momento no había registro de las atrocidades que después cometieron en contra de la población serrana, una escala de violencia superior, que no esperaban ni mucho menos estaban preparadas las personas para recibir semejante estruendo.

Si bien Radilla señala que aunado a la capacidad de lucha que pueda tener un pueblo o nación, asume que uno de los factores que más daño puede hacerse en la sociedad misma es que existen diferencias económicas las cuales crean personajes poderosos e intocables, y que en efecto exista una resistencia de *“los otros, aquellos que no deben trascender sus propios espacios; que no pueden aspirar a participar del poder. Para los de arriba se trata de atrevimientos por parte de los de abajo”* (Radilla, 1998: 20)

Entendido lo anterior desde la propia cultura de menosprecio de los comerciantes que manejaban el mercado del café en la región costa grande, los cuales se quedaban con las mejores ganancias del grano, lo cual desafortunadamente devenía en la economía del campesino, es decir se estaba creando un espacio en Atoyac en donde se compraba al precio que les convenía la cosecha y aparte los campesinos tenían que buscar las maneras de hacer rendir sus huertas, que la tierra siguiera produciendo con muy pocos insumos.

Esta otredad, Lindón lo ve más como una aceleración en donde no todos los sujetos están inmersos de la misma forma, *“se trata de cercanía con los otros, que pueden ser conocidos o desconocidos individualmente, aunque resultan cercanos, semejantes, con quienes tácitamente se comparte esa forma de territorialidad y también diversas prácticas frecuentes en el lugar, así como problemas y ventajas colectivamente reconocidos como tales”* (Lindón, 2011: 21).

La reflexión que hace Lindón acerca de las formas de territorialidad y las prácticas frecuentes, convergen con las hechas por Radilla ya que en la vida cotidiana de la región, la gente se empezaba a agrupar entre quienes se sentían cercanos y semejantes. De modo tal que, asumiendo esa misma colectividad, las

comunidades empiezan a funcionar en pro de las necesidades que tenían, eso no quiere decir que antes no lo hayan hecho. En este tenor, la reflexión que lleva a cabo Agnes Heller es sobre lo que ella llama: *consciencia colectiva o consciencia del nosotros*:

Para el hombre de una época dada, lo humano-específico es siempre representado por la comunidad <<a través>> de la cual pasa el camino, la historia de la humanidad, (y esto aún en el caso de que el destino de esa concreta integración sea la catástrofe). Todo hombre tuvo siempre una relación consciente con esa comunidad; en ella se formó su consciencia colectiva <<consciencia del nosotros>> y también se configuró, su misma <<consciencia del Yo>>. En ella se desplegó la teleología de lo humano-específico, cuyo planteamiento no se orienta nunca al <<Yo>>, sino siempre al <<nosotros>> (Heller, 1985: 44-45).

Aspectos interesantes convergen en el análisis que Heller lleva a cabo, lo primero a que refiere es a la comunidad desde un sentido específico, para el caso de Atoyac, a partir de los ideales que una persona tuvo, una vez que las compartió se formó la consciencia colectiva, porque las demás personas también las tenían, y de esta manera se pasó a crear algo concreto. Para pasar al nosotros se tuvieron que haber dejado los Yo, esto ocurrió cuando los fines y propósitos se definieron, entonces se empezó a pensar de forma colectiva y el barrio ya tuvo un sentido más allá de las actividades cotidianas en sí mismo. Esto por supuesto sin que el Yo se superponga.

De este modo en la comunidad ya no solo comparten el mismo horario para iniciar las primeras actividades del día, el esparcimiento, tomar el café, las fiestas del pueblo, organizarse para obtener beneficios para sus huertas, lo cotidiano crea importancia porque empieza a funcionar desde lo privado de la casa hasta lo colectivo de los corredores, las calles, la tiendita donde todos acuden a comprar y se quedan a conversar, ahora son públicos nuestros pensamientos y desde ahí se crea lo que De Certau llama reconocimiento.

En sus múltiples estudios sobre la vida cotidiana De Certau (1996) afirmó que esta no se debe ver en un sentido estricto ya que la rodean diferentes matices, los cuales tienen que llevarse a cabo por personas que al insertarse en el entorno social, inicia un reconocimiento con lo que está ya dado como la naturaleza, las

formas de las casas, los materiales con que están hechas y no pueden quedar de lado las costumbres incluso de vestimenta.

Considera que una vez que los individuos poseen y se sienten parte de un espacio común, el lugar pronto iniciará a vivir sus cotidianidades y a partir de ahí será dotado de identidad, De Certau consideró la vida cotidiana como algo infinito de un pueblo o nación, sin embargo nos centraremos en el sentido que él le da al barrio, porque asumió que desde ahí se podía no solo entender, sino comprender la vida cotidiana más allá de pensarse como categoría o una directriz a estudiar. Analizaremos *el reconocimiento*, de forma colectiva y privada.

De forma colectiva porque en el sobreviven los diferentes pensares de quienes habitan una misma geografía, en lo privado porque cada persona guarda aspectos para sí y que finalmente coinciden un punto de encuentro entre esa misma colectividad formada por los habitantes que para nuestro caso, fue la sierra de Atoyac. Pierre Mayol (2000), *señala que el barrio es como una organización colectiva de trayectorias individuales*. De modo que, a partir de contactos interpersonales se cubren las necesidades cotidianas, esto es comprar en la tienda, saludar a las personas, limpiar el frente de tu casa, asistir a ciertas reuniones, a las festividades del pueblo, justo ahí es donde las coincidencias serán importantes y determinarán la cotidianidad de cierto lugar.

De manera que tejer las relaciones humanas será un reconocimiento desde el punto de vista de habitar en un mismo lugar y reconocer que cada persona consta de una historia personal que de alguna manera u otra determinará los asuntos y decisiones a priori en algún momento de la vida social del espacio compartido.

¿Y cómo se lleva a cabo el reconocimiento cotidiano en la práctica según De Certau? :

Un individuo que nace o se instala en un barrio está obligado a darse cuenta de su entorno social, a insertarse para poder vivir en él. La práctica del barrio es una convención colectiva tácita, no escrita, sino legible para todos los usuarios a través de los códigos del lenguaje y del comportamiento; A la inversa, esa norma es la manifestación de un contrato que tiene una contrapartida positiva: hace posible en

un mismo territorio la coexistencia de socios, "no ligados" a priori; un contrato, por tanto una "limitación" que obliga a cada uno, para que de lo "colectivo público" que es el barrio sea posible para todos (De Certau, 2000: 14)

Una vez que las personas identifican las cotidianidades no privadas, sino colectivas, es decir que comparten y conviven, llega este reconocimiento y con ello la obligación de ser parte no solamente de lo que ya está dado, tales como costumbres, tradiciones, actividades frecuentes, sino más bien defender ese mismo espacio que comparte *con quienes son parte pero no se asumen como tal*, pero si están ligados los que si se sienten parte.

Tal como lo señala De Certau, habrá entonces una contrapartida positiva para que, en un espacio geográfico en donde hay construcciones del material que pueda ser, habrá coexistencia de las personas y eso es precisamente lo que identificará a dicho lugar y con ello lo que podría ser una obligación dada se convertirá en una necesidad para que el barrio pueda ser y con esto se sientan ligados unos con otros y hacer frente a los que son parte pero no se asumen como tal.

En la década de los sesenta y tras momentos de luchas en los años que le antecedieron a la temporalidad mencionada, los análisis citados con anterioridad nos pueden dar luz de estas cotidianidades de Atoyac de Álvarez y la sierra. Entonces ¿Qué componentes culturales alteran la vida cotidiana? ¿Cómo un grupo de desconocidos se vuelven y asumen cercanos? ¿Se despojaron de su yo para pasar al nosotros? ¿Con que elementos de su barrio se identifican? ¿Qué prácticas cotidianas había hacia finales de la década de los sesenta en la sierra Atoyac?

Estos cuestionamientos surgen a partir del análisis teórico realizado, sin embargo este mismo no puede ser el todo sin que las personas que habitaron esta región en la década de los sesenta nos lo puedan compartir y nos sumerjan dentro de esos momentos, desde su perspectiva y análisis, otros más desde sus vivencias, que nos comparten, definen, y explican a partir de sus recuerdos y memorias si bien es cierto personales, también colectivas. Conozcamos entonces desde que el

alba se asomaba en los pueblos de la sierra de Atoyac hasta sus actividades más importantes.

1.2 El día inicia desde el alba

Atoyac de Álvarez es un lugar caluroso, aunque en otoño, corre aire fresco sobre todo a partir de las siete de la tarde y es justo la hora en que Lina decide que haremos la primera parte de la entrevista en donde nos contará como era vivir en Atoyac y las prácticas cotidianas que ella llevaba a cabo, al iniciar el día junto a sus otras tres hermanas y su hermano, quien dice *era el consentido por ser el más chico*. Inicia con los recuerdos de su abuelita y su mamá.

La primera en levantarse era mi abuela Cata, barría el corredor de la casa, regaba plantas y después enrebozada se iba a comprar el mercado para el consumo del día. Nosotros nos arreglábamos para irnos a la escuela y mi madre nos daba cafecito con un pedacito de pan y órale a la escuela. (Lina, 2014)

Lina nos cuenta cómo es que las actividades que hacía su abuela, las hacían todas las mujeres de su calle, y le resultaba chistoso y al mismo tiempo disfrutaba verlas barriendo en el corredor y la calle.

Me levantaba a ver como mi abuela y las demás señoras se ponían a barrer la calle, mi abuela siempre nos decía que la cosa era aprovechar la mañana. Luego se ponía a hacerle el bastimento a mi abuelo, y también le daba su taza de café con pan. (Lina, 2014).

Hay aspectos que retomo ahora, de lo que nos comparte Lina, el primero, todas las actividades que hacía su abuelita antes que la familia despertara y como ella señala *aprovechar la mañana*, por otro lado todas las mujeres en la calle (en el espacio exterior de su casa) hacían lo mismo, lo cual ella disfrutaba. Cuando le pregunté a Lina sobre las primeras actividades que ella conocía que se llevaban a cabo en Atoyac por la mañana en la década de los sesenta, ella aludió su calle, su

familia lo que Pierre Mayol asume como reducir el espacio público y casi totalmente consumirlo a los pasos que damos a diario.

El barrio aparece así como el lugar donde manifestar un compromiso" social, o dicho de otra forma: un arte de coexistir con los interlocutores (vecinos, comerciantes) a los que nos liga el hecho concreto, pero esencial, de la proximidad y la repetición. (Mayol, 2000: 6)

En este sentido la repetición se entiende desde el momento en que todas las mañanas pasaba lo mismo y se estaban llevando dos actividades, en el caso de la abuelita, hacía todas estas actividades sin cambiar el horario o el orden de las mismas y Lina quien observaba y disfrutaba del panorama cotidiano en las mañanas. Ahora como madre y abuela ¿Hará lo mismo que su abuela?

Con Julia cuando nos vimos para la entrevista me advirtió que poco hablaría de su abuelo, puesto que ese día cumplía 10 años de fallecido, pero poco a poco fue compartiendo las actividades que hacía su familia al iniciar el día, incluido su abuelo. Igual que Lina vivía en la casa de la abuela y el abuelo, madre y padre de su mamá. Ella no estudiaba pero les ayudaba en el negocio familiar, asique su rutina en la mañana era muy diferente. Recuerda como era iniciar el día de ella con su hermano, ya que su hermana estaba muy pequeñita y asistía a la primaria Modesto Alarcón también de Atoyac.

Con mi hermano nos levantábamos a las cinco de la mañana para darle de comer a todos los gallos y gallinas que mi abuelo tenía mientras mi abuela se iba al mercado y mi madre se levantaba a darle de desayunar a mi abuelo, después llevábamos a nuestra hermana a la escuela y regresando teníamos que desayunar para irnos a la veterinaria. Mi mañana era rápida, trabajar desde tempranito, sin perder tiempo, recuerdo el olor de mi taza de café. (Julia, 2014).

Julia sabía de sus actividades al iniciar el día y no las dejaba de hacer ningún día, nos comparte que al irse su padre su madre se queda con los abuelos, por lo tanto ella y su hermano, tuvieron que trabajar, ya que fue la condición del abuelo para que no se volvieran *drogadictos o buenos para nada*, Radilla señala "la división

social del trabajo puede observarse en el plano intelectual, manual, sexual y generacional. Distintas son las fiestas, los rituales, el relacionarse cambia entre unas familias y otras”. (Radilla, 1998: 125).

Al leer sus relatos podemos explicarnos esto que ya señala Radilla, entre una familia y otra hay diferentes maneras de iniciar la mañana, las dos en el mismo espacio geográfico, pero incluso estamos hablando de diferentes edades, mientras Lina estaba en cuarto año de primaria con 9 años de edad, Julia era una adolescente de 13 años de edad que no estudiaba el nivel secundaria, no tenía tiempo para poder disfrutar los instantes de la mañana, ya que estaba aprisa puesto que tenía que trabajar, aun así las dos coinciden en que tomarse su café como desayuno era imperdible y único, a pesar de la prisa se debía disfrutar.

¿Y qué pasaba en la sierra? ¿Eran distintas las maneras de iniciar el día entre unas familias y otras? Iván nos comparte.

 Mi mamá era la primera en levantarse, ponía café para darnos de desayunar a mis hermanos y a mí (5 hermanos en total 3 hombres y dos mujeres) y también a mi apá, luego nos armaba el bastimento para que nos fuéramos a trabajar. Mis hermanas se quedaban con mi amá porque teníamos gallinas en la casa y ellas eran las encargadas de eso y de la capillita del pueblo. (Iván, 2015).

Iván nos contaba que el sacerdote iba cada viernes a ofrecer misa al pueblo así que dejaban de trabajar para irse todos a las nueve de la mañana, ya que en cuanto el sacerdote llegaba de Atoyac oficiaba la ceremonia religiosa y si no se encontraban todos los pertenecientes a una familia, el próximo viernes tenían que llenar la capilla de flores y darle su desayuno, lo cual no mucho le gustaba y como no alcanzaba en la economías de todos los habitantes, estaban todas las familias reunidas, así se cooperaban de manera colectiva en los gastos.

Agnes Heller señala que en la construcción del individuo para ser parte de una comunidad, “Hasta los juicios y los pensamientos objetivamente menos verdaderos pueden resultar acertados en la actividad social cuando representan

los intereses de la capa o clase a la que pertenece el individuo, y facilitan así a éste la orientación o la acción correspondiente a las exigencias cotidianas de la clase o capa dadas". (Heller, 1985: 58-59).

Si bien a Iván esta parte de la cotidianidad del viernes no le gustaba mucho, lo hacía porque ya estaba estipulado dentro de su comunidad, y era que se tenía que respetar, por otro lado si faltaba su familia sería afectada en su economía. Observamos como la mamá se encargaba de los alimentos por la mañana, quienes salían al campo a trabajar eran los hombres mientras que las mujeres se quedaban en casa a realizar las labores domésticas y al cuidado de las gallinas las cuales señala Iván (2015) "*vendíamos para las clausuras y las fiestas de los pueblos cercanos y de donde vivíamos*".

Como bien señala Heller (1985), acerca de *los intereses de la capa o clase a la que pertenece el individuo*, el hecho de no poder cambiar el cotidiano viernes, le molestaba, más no así el levantarse todos los días a las huertas de café, eso lo disfrutaba como también acompañar a sus hermanas a vender las gallinas los sábados y domingos a los pueblos más cercanos desde muy temprano.

La tarde era el momento para reunirse después de la jornada de trabajo, era justo el espacio donde la familia se reunía para platicar acerca de las actividades del día, acompañados de una taza de café, el día ya casi terminaba y todavía había tiempo para conversar.

1.2 Plática y café. La costumbre en el corredor de la casa

Gabino Pino³³, un hombre Atoyacuense visionario decía que las tierras de la sierra de Atoyac, eran propicias y el lugar perfecto para llevar semillas de café para sembrarlas que fusionadas con los calores costeros y cercanos al mar serían el mejor café del mundo. Así es como defendía su sueño de sembrar cafetos, con el fin de que los campesinos se beneficiaran económicamente, sabía que se convertiría en el *modus vivendi* de la región, pero no imaginó los alcances del

³³ Gabino Pino introdujo la semilla de café a la sierra de Atoyac de Álvarez, posteriormente las sembró y de esta manera inició el cultivo y el proceso cafetalero como modo de vida y parte de la vida cotidiana en la sierra y Atoyac.

aromático, porque tomarse una taza de café ha sido hasta ahora el espacio para compartir en las familias atoyaquenses y de la sierra.

La persistencia de las prácticas cotidianas de un espacio geográfico siempre ha sido fundamental para la identidad de un pueblo o ciudad, mantenerlas requiere de la sociedad que las integra. Melucci afirma:

“Los individuos, actuando conjuntamente, construyen su acción mediante inversiones “organizadas”; esto es, definen en términos cognoscitivos, afectivos y relacionales el campo de posibilidades y límites que perciben, mientras que, al mismo tiempo, activan sus relaciones para darle sentido al “estar juntos” y a los fines que persiguen” (Melucci, 1999: 43).

El estar juntos que señala Melucci, se expresa al tomar el café en Atoyac y la sierra, se podía hacer en cualquier momento del día, pero las siete de la tarde en el corredor de la casa en la década de los sesenta reunía a la familia, a los vecinos mientras se veía jugar a los niños. Lina nos platica sobre esto.

La cosa era que todo el día tomábamos café, pero a las siete de la tarde nos juntábamos en el corredor de la casa, nos tomábamos nuestra taza de café con el pan calentito, con un trapo nos espantábamos los zancudos y órale a platicar de tantas cosas, la palomilla jugando y era una felicidad inmensa, una se daba ese momento de tranquilidad, de que llegaran las vecinas, de tejer. Arreglábamos los malos entendidos que nunca faltaban, pero hablábamos entre nosotras por nuestra comunidad, eso no nos servía (Lina, 2015).

Lina nos comparte el significado de disfrutar y compartir una taza de café y en dicha costumbre, aprovechar para conversar, solucionar los problemas, ver jugar a los niños y niñas de su comunidad, y alude a la tranquilidad que esto les daba, se emociona al recordar lo que poco a poco se les hizo una costumbre. Lina hizo alusión a que tejían; lo que elaboraban era todo tipo de ropa para bebé, zapatos pequeños de estambre, en sus palabras nos cuenta que, *venía una muchacha cada sábado de Acapulco y se llevaba todo lo que hacíamos en una semana, allá en su tienda los vendía, nos lo pagaba y ya era otro dinerito*. Y finalmente alude a

que el estar divididos no les servía que en palabras de Melucci, (1999) refiere a que *activan sus relaciones para darle sentido a los fines que persiguen.*

Mientras que Lina nos comparte las relaciones que se estrechaban al tomarse una taza de café, a continuación Julia habla de lo importante que era para ella poder tomar café, ya que era el café, que ella y su familia sembraban, cuidaban y finalmente cosechaban.

Yo creo que la hora era importante porque ya estábamos como descansando un poco, eso no quiere decir que ya no había nada que hacer pero te sentabas un rato a tomarte tu tacita en el corredor, nos tomábamos un café en el que nosotros veíamos el proceso, lo sembrábamos, lo cuidábamos de que no le cayera la roya entonces cuando lo podíamos disfrutar era como el paraíso, ¿me entiendes? No es lo mismo comprarlo que cosecharlo y después disfrutarlo, porque mira tú diste parte de tu tiempo para que pudieras disfrutar de todo ese café, entonces a mí me daba alegría poder hacerlo. (Julia, 2014).

¿Sentido de pertenencia? ¿Identidad? Julia siente orgullo y felicidad cuando habla del proceso que su familia llevaba a cabo para que a partir de unas semillas, ella después pudiera sorber una taza de café. Cuando refiere a la costumbre de tomar café en el corredor de la casa, comenta que a diferencia de los demás, reflexionaba y recordaba que hace unos meses estaba cuidando una planta de café para que después, lo pudiera saborear, habla con gusto sobre el olor que traía consigo sobre el café de su familia. A decir de De la Torre:

Cuando se habla de la identidad de un sujeto individual o colectivo hacemos referencia a procesos que nos permiten asumir que ese sujeto, en determinado momento y contexto, es y tiene conciencia de ser él mismo, y que esa conciencia de sí se expresa (con mayor o menor elaboración) en su capacidad para diferenciarse de otros, identificarse con determinadas categorías, desarrollar sentimientos de pertenencia, mirarse reflexivamente y establecer narrativamente su continuidad a través de transformaciones y cambios (De la Torre, 2001: 136).

Las dos aluden a aspectos colectivos, mientras Lina lo identifica creando lazos de vecindad, y que entre más mujeres puedan seguir generando ingresos económicos para la familia, para Julia la cuestión colectiva radicaba en el trabajo que llevaba a cabo con su familia, de modo que tomar una taza de café y poder disfrutarla era significativo e iba más allá de una costumbre cotidiana, respondía a

una necesidad de encontrarse con olores que iban más allá del aroma mismo del cafeto. Consistía en darle importancia a la ardua labor que significa el campo, sembrar, cosechar y ser parte del proceso final: disfrutar de una taza de café.

¿Y cuándo se está lejos, que se sentía o se experimentaba al recordar esta costumbre?

Yo tuve que irme de Atoyac en el año del 69, tres primos y yo, llegamos al distrito federal con una familia a la que mi papá le vendía café, aunque te puedo decir que fueron grandes seres humanos con nosotros, añoraba estar en vacaciones en la sierra tal como lo hacíamos antes y eso de tomar café y echarle la platicada con la familia, con los amigos, no te imaginas como lo extrañaba, muchas veces se llegaba las siete de la tarde y yo me imaginaba y decía, ahorita estaríamos en el corredor tomándonos un café, con las piezas de pan que a veces nos quedaban (la familia hacía pan y vendía afuera de su casa), platicando o resolviendo algo o solo echando relajo, porque mi familia es bien pachanguera, el tomarte el café era una forma de convivir y sentir el cariño de tu gente (Rodrigo, 2015).

Estaba tan arraigado esta costumbre que, ciertas horas determinaban una actividad de un lugar que Rodrigo ya no habitaba, pero que sin embargo estaba en su memoria sobre todo porque estaba tan reciente haber tenido que desplazarse hacia otro lugar. Finalmente se enfrentó a dejar de hacer algo que le gustaba mucho, que disfrutaba, lo que Jelin (2002) llama como rutina, comportamientos habituales no reflexivos, aprendidos y repetidos.

“Las rupturas en esas rutinas esperadas involucran al sujeto de manera diferente. Allí se juegan los afectos y sentimientos, que pueden empujar a la reflexión y a la búsqueda de sentido” (Jelin, 2002: 27).

En el caso de Rodrigo, al ser un desplazamiento forzado y de un día para otro tenerse que enfrentar en primer momento a un lugar urbano, luego en un espacio habitado por personas que poco conocía, hacía que se enfrentara a sentimientos como la añoranza y extrañar el cariño de su familia. En momentos como el que vivió Rodrigo, al extrañar una práctica cotidiana o como lo llama Jelin (2002) *comportamiento habitual*, Jelin considera que la persona puede reflexionar y encontrar sentido a lo que dejó de hacer.

Aunque incorporadas de manera especial en cada una de las personas, los recuerdos, constan de reconocerse dentro de una colectividad, de esta afección colectiva, compleja y dinámica pero que también en la descarga de emociones transmite e interactúa con elementos que nos permiten a las personas transmitir un sentimiento o emoción y a los demás conocerlo y de esta manera se vuelve en una interacción entre memoria/experiencia y reconocimiento/interacción entre dos o más personas. ¿Se vuelve entonces una memoria colectiva? Que dice Ricoeur sobre esto.

“La memoria colectiva sólo consiste en el conjunto de huellas dejadas por los acontecimientos que han afectado al curso de la historia de los grupos implicados que tienen la capacidad de poner en escena esos recuerdos comunes con motivo de las fiestas, los ritos y las celebraciones públicas” (Ricoeur, 1999: 19).

Si retomamos lo que Ricoeur señala como recuerdos comunes, bien podríamos dialogar con ellos pero en un escenario desde lo privado a lo colectivo, para conocer cómo van construyendo sus memorias, como interpretan, evocan e interactúan con su pasado para darle sentido. Esta perspectiva la podemos observar desde una de las actividades más importante de la región como lo fue y sigue siendo la siembra de café y con ello las cotidianidades, el día a día en las huertas de café.

1.3 La vida entre cafetales de la sierra de Atoyac

Una de las actividades económicas y sociales, más importantes en la sierra es la siembra y por ende cosecha del café, este proceso lleva todo un año de trabajo desde la siembra de nuevos cafetos, limpieza, hasta que llegan los meses de cosechar. Es todo un ciclo de trabajo en donde se crean relaciones no solo de trabajo, sino de comunidad.

En la década de los sesenta Bernardo (El Paraíso) y Martín (Los Piloncillos) apoyaban a sus padres al proceso productivo del café, cada uno en diferentes poblados, no se conocían entre sí, tampoco sabían que tenían una característica en común: ser hijos de familias cafecultoras y que desde pequeños asistían a la huerta, que aprendieron acercándoles a sus padres las herramientas necesarias

para trabajar en las tierras del café, cargando la comida y el agua para tomar un descanso a comer dentro de la huerta, entre otros aspectos más, tomándole cariño a la cafecultura.

Las mujeres también fueron parte importante en las actividades que se limitaban a las huertas de café, las historias de Sofía (El Quemado) y Lorena (Campo Morado) nos dan cuenta de ello, si bien tampoco ellas se conocían entre sí, años más tarde se dieron cuenta que desde edad temprana seguían a sus padres hasta las huertas para que les enseñaran la actividad cafecultora.

Corría el año 1965, y Martín con 15 años de edad, siempre acompañaba gustoso a su padre a la huerta que tenían, donde aparte de cafetos sembraban maíz, jitomate y chiles para consumo de la familia.

Empecé a ir a la huerta desde los cinco años, a los diez yo ya sabía chaponar, sembrar y cosechar. El pueblito donde vivíamos no tenía escuela, entonces tenía que caminar una hora para llegar allá, asique mi papá me encaminaba tantito porque él se iba a las seis de la mañana al campo, esta es una parte de mi vida que no quiero borrar porque me recuerda como empecé a aprender y luego a trabajar, el olor a café impregnaba todo el pueblo (Martín, 2015).

Aspectos importantes son los que de primer momento nos comparte Martín, desde su infancia conoció la vida en los cafetales y las actividades que se llevaban a cabo en las huertas como lo es la chapona, que es la limpieza que se hace para evitar se llene de monte, pasto grueso o plantas que puedan dañar el cultivo de café. En el pueblo de Martín no había escuelas, por tanto él tenía que caminar alrededor de treinta minutos, para poder llegar a tiempo y alcanzar a subirse a la camioneta de Don Ramón⁴ que se llevaba a algunos niños del pueblo a la primaria más cercana, porque si no, tendría que caminar otra media hora, lo cual hizo algunas veces para poder llegar a tiempo a su escuela.

⁴ Don Ramón venía de una familia cafecultora que contaba con huertas en distintos poblados de la sierra y siempre les decía a los muchachos que tenían que formarse académicamente, de modo (2015): *Don Ramón lo hacía por el gusto de vernos estudiar, no nos cobraba gasolina ni nada, siempre nos decía que nos imagináramos salir de nuestro pueblo y después llevar a cabo lo aprendido para que no hubiera gente sin que supiera leer.*

Por otro lado en su memoria individual aguarda estos recuerdos, y nos comparte algo más, el olor a café siempre lo transporta a su niñez y adolescencia, a los paisajes de la sierra, a su papá quien le enseñó esta labor y siempre le recordaba lo importante que era estudiar.

Yo era buenísimo en matemáticas y ciencias naturales, me encantaba cuando nos dejaba nuestro maestro que debíamos observar a los animalitos y escribir sobre ello, mi papá fue fundamental para que yo me formara no solo académicamente, sino que respetara la naturaleza que nos rodeaba. Los fines de semana y vacaciones eran para asistir a mi otra escuela: el campo, porque era una obligación el ayudar a mi padre y a mí me gustaba, el pasar por las huertas. (Martín, 2015).

Para la familia de Martín era muy importante que asistiera a la escuela, que aprendiera todas las actividades que se llevaban a cabo en la sierra, referentes al café, él y su papá se encargaban de transportar y vender el café en Acapulco, asique no solo se trataba del trabajo arduo en las huertas, sino también el comercializar su café en los hoteles, restaurantes y algunas familias acapulqueñas a quienes ellos les vendían toda su cosecha.

Martín y su padre hacían el esfuerzo económico aunado a todo el trabajo antes realizado en el campo, para poder cosechar un buen café y con esto llevarlo a Acapulco donde dice Martín: nos lo pagaban más justo, pero al principio no fue fácil porque tuvimos que tocar bastantes puertas. Sin embargo, el hecho de salir de Atoyac, los llevo a conocer a mucha gente que tiempo después los apoyó de manera muy solidaria.

Para la familia de Bernardo la vida entre cafetales era toda una tradición porque desde siempre habían vivido en la sierra, se habían dedicado a actividades agrícolas pero desde que a su padre lo dotaron de tierra en la reforma agraria (1940), se dedicaron completamente a la cafecultura. Bernardo nos comparte:

La casa estuvo llena de granos de café ya sea que estaban tendidos, asoleándose o en costales, para nosotros no había otra vida que el café, era nuestro desayuno, era nuestra forma de ganarnos dinero, era lo único a lo que nos dedicábamos. Yo estudié solo la primaria, aprendí de matemáticas haciendo cuentas y de español hablando con la gente, me hice no en la calle, sino en las huertas, el café desde

siempre fue mi vida mi madre me enseñó a limpiar las huertas y cortar el café, mi padre a sembrar (Bernardo, 2014).

Bernardo es hermano de tres hermanos más, y una hermana, tanto ella como uno de sus hermanos, se fueron a vivir con una tía que vivía en otro estado de la república desde pequeños, porque padecía de un bronquitis severo que en temporadas de lluvia y en invierno se agudizaba, de modo que tenía que ser atendida y su tía solidaria con su hermano se los llevó para evitarles el gasto, quedándose en casa él, su mamá, su papá y su hermano el mayor, con los cuales hacía un trabajo muy arduo con el fin de ahorrar y sus padres se pudieran reunir con su hija e hijo, porque la distancia les estaba afectando a sus padres.

Quando mi tía se llevó a mis hermanos, mi mamá se ponía muy triste por las noches, eso nos dolía mucho a mi hermano y a mí por eso le echábamos muchas ganas, para que mis padres se pudieran ir y nosotros quedarnos para seguir trabajando, a pesar de eso era muy bonito levantarte cuando el gallo cantaba, sentir ese aire de los árboles y no te puedes imaginar el verde de la sierra, las golondrina, el olor a café, la gente saludándose, no andabas corriendo, no te escondías de nadie, todos nos conocíamos, había mucho respeto para mí fue la mejor época de mi vida (Bernardo, 2014).

Para Bernardo recordar los últimos años de la década de los sesenta le produce mucha nostalgia, en primer momento porque se tuvieron que separar con sus hermanos, después porque les estaba yendo mejor económicamente y era el ahorro que él nos refirió, en el pueblo donde vivía es de las comunidades más grandes de la sierra de Atoyac, y aun así la gente se conocía y respetaba, por otro lado tenía su novia con quien estuvo mucho tiempo, con quien se tuvo que separar tiempo después.

Bernardo, una persona a quien hasta ahora, le encanta bailar, disfrutaba de las fiestas en los pueblos, de la misa del domingo con su familia, de jugar fútbol en la cancha de tierra que habían hecho en su pueblo y de asistir de lunes a sábado a la huerta de café, es una persona bastante sensible al recordar su vida entre los cafetales de Atoyac, con nostalgia se refiere a la mejor época de su vida, donde su principal ilusión era ahorrar un buen capital de dinero que sus padres se pudieran reunir con su hijo e hija.

El que mi madre pudiera estar con mis hermanos era mi esperanza más grande, él que mi papá pudiera empezar algo en otro estado de la república, me mantenía como trabajando mucho y ahorrando, y me sentía dichoso de poder vivir en un lugar tan bonito. De verdad que la naturaleza era muy buena con nosotros (Bernardo, 2014).

Siendo de una familia cafetalera, en donde la única actividad para generar dinero era la misma, para Bernardo se convirtió en una forma de vida, en una actitud y más aún, eran una familia emprendedora, que preocupada por su pueblo llevaban a cabo actividades para recabar fondos y que cada niño de la comunidad recibiera juguetes en el día de reyes, en su casa llevaban a cabo posadas y en navidad compartían la comida hasta donde más alcanzara.

Bernardo al igual que Martín nos comparte su sentir con el olor al café, que recuerdos o vivencias le vienen.

El olor a café significa la esperanza de que lo que nos habíamos trazado tenía que hacerse realidad, me dices olor a café y el primer recuerdo es estar afuera descansando, tranquilo cuando de a poco se iba el calor y empezaba a llegar un pequeño airecito (Bernardo, 2014).

Historias como las de Martín y Bernardo, podemos encontrar en la sierra de Atoyac, recordando sus vivencias y parte de su memoria familiar y colectiva hacia finales de la década de los sesenta. Recordando lo que les causa el olor del café, si regresan hacía aquellos años. Pero las mujeres también comparten sus recuerdos y conoceremos sus vivencias en el arduo trabajo de las huertas de café, lo cual hacían con entereza y dedicación, mujeres que tomaron espacios en donde solo se concebía la imagen de los hombres.

Son las historias de Sofía y Lorena en las huertas de café, quienes nos conversarán sobre las prácticas cotidianas y colectivas en las huertas de café, desde su perspectiva y experiencia de vida.

1.3.1 Práctica cotidiana y colectiva en las huertas de café

Tomarse una taza de café, era toda una tradición en Atoyac, pero en la sierra no solo se tomaba sino era en donde se cultivaba, entonces significaba que del campo iba inmediatamente a la mesa de todas las familias que lo cultivaban. La

actividad de la cafecultura no solo se limitaba al espacio rural, que significaba las huertas, era también el momento en que las familias se reunían para que en el campo de la vida cotidiana cobraran importancia las actividades que sugería debían ser llevadas a cabo.

La escena en las huertas es de hombres trabajando las tierras y de mujeres llevando comida, cuando empezamos con el trabajo de campo al hacer las entrevistas, nos encontramos con muchas familias que coincidían en el arduo trabajo realizado por las mujeres en la limpieza de las huertas desde la siembra de cafetos hasta su cosecha, es decir participaban con todo el ciclo del café. Si bien es cierto eran visibilizadas en el espacio familiar, las dos mujeres de quienes conoceremos un poco de su historia.

A diferencia de los hombres su actividad no se limitaba al espacio de las huertas, llevaban a cabo más trabajo, puesto que se encargaban de comercializar el café y hacer las labores del hogar, días completos de trabajo desde su infancia. Por tanto ellas nos llevarán a conocer las prácticas cotidianas que se llevaban a cabo en las huertas de café, y observaremos como se definen, observan y su sentir del trabajo colectivo.

Sofía nos comparte

Empecé a acudir a la huerta a los 5 años, yo no sabía trabajar la tierra porque siempre le decía a mi papá que así como le enseñaba a mis cuatro hermanos lo hiciera conmigo, una vez mi papá agarro una cuarta y me pegó y le dije ya te desquitaste, ahora enséñame y yo creo no le quedó de otra, por mi terquedad desde ancinita⁵ pero no se me hacía justo que siempre yo fuera por la comida y mis hermanos si pudieran hacer esas actividades y yo no por ser mujer (Sofía, 2015).

Lorena reflexiona su infancia así:

Mi mamá trabajaba en una casa en Atoyac entonces a mi papá no le quedaba de otra que llevarme a la huerta porque yo tenía cuatro años, cargaba yo con mis juguetes y me ponía a jugar, mi papá era un hombre amoroso, pero no se te ocurriera decirle enséñame, porque con la pura mirada ya te estaba diciendo que no. Estando en la huerta agarré un

⁵ Desde pequeña

machete y me puse a chaponar que me encuentra, me regañó y yo le decía que si no me enseñaba lo iba a volver a hacer. (Lorena, 2015).

Sofía tuvo que contarle a su mamá lo que estaba pasando en las huertas de café, esto le valió para que su papá tras golpearla -desafortunadamente- le enseñara poco a poco la labor en las huertas, en el caso de Lorena tuvo que destruir un pasto que su papá estaba dejando crecer para poderlo emparejar ya que ahí tenían una pequeña casita donde hacían las reuniones los ejidatarios del pueblo, ella lo asume como un acto de rebeldía mientras que Sofía lo ve como una terquedad. En los dos casos las mamás, desempeñaron una participación importante para que sus padres decidieran enseñarles la importante labor en las huertas de café.

Otra cuestión que se observa es que empezaron muy pequeñas con el gusto por la cafecultura, me cuestionaba como transcurría su adolescencia y si solo había sido un gusto como pequeñas, aquí el sentir de Sofía

No solo iba a la huerta, echaba tortillas y hacía limpieza en la casa, en la huerta mi trabajo consistía en chaponar la parte de enfrente, en la etapa de la cosecha había que cortar el café, ponerlo a secar, y llevarlo a vender a Atoyac, entonces se me juntaba las dos partes tanto de la casa como de la huerta, mi papá siempre me decía que el apoyo que yo le daba era muy grande, luego se acordaba de cuando me empezó a enseñar, a veces me salían unas ampollas bien grandes en las manos y no me rendía. (Sofía, 2015).

Eran días de intenso trabajo para Sofía, su actividad laboral estaba repartida en dos espacios durante todo el día desde su niñez, adolescencia y madurez. Era la que junto a su papá, buscaba la manera de vender todo el café de la cosecha pero que el precio fuese más justo, por eso junto a su papá, buscaban alternativas con el fin de no quedarse sin dinero cuando el ciclo de cosecha y venta finalizara.

Observamos que es a partir de la edad de 5 años que se incorporaban al trabajo productivo en el campo, si bien en sus testimonios nos hablan que a la edad de los 15 años seguían activas, estamos hablando de que llevaban ya 10 años en las labores de la cafecultura, aunado a las labores domésticas. El horario de inicio

era a las 5:00 am, sin horario para finalizar, haciendo otras actividades de gran relevancia, todas en pro de la familia tanto en los campos cafetaleros, como en la casa y ayudando a tomar decisiones, como es el caso de Lorena y observaremos lo que sentía al llevar a cabo esto.

En el caso de Lorena fue de la siguiente manera:

Fue tanto el tiempo de la infancia que estábamos juntos mi papá y yo, no me gustaba dejarlo solo en la huerta, aparte tenía que estar en la casa para darle de comer porque mi mamá tenía que estar yendo a Atoyac, me tocaba ir a la huerta a la limpieza, la cosecha y luego organizar el grano de café para su venta, desde joven tenía mucha fortaleza y el que mi papá me dijera que lo acompañara a todo, era para mí como la forma en la que él sabía que yo era como su brazo derecho (Lorena, 2015).

Para Lorena, el trabajo que llevaba a cabo era en la casa y fuera de ella en las huertas, así también acompañaba a su papá a donde él tuviera que asistir, como las reuniones con la Unión de Ejidatarios a la que él pertenecía (esta unión era reconocida y más bien fungía como apoyo entre ellos mismos, para saber cómo iban sus tierras y que necesitaban para mejorarla). Apoyaba en las labores del hogar a su madre, quien tenía que ir hacía Atoyac para abastecerse de productos ya que en su casa, vendían productos básicos esto con el fin de que su mamá dejara de trabajar en casas de Atoyac, lo que hicieron es emprender este negocio, de esta manera se sentía con la responsabilidad de su papá.

De modo que, él que su papá le pidiera lo acompañara sentía que de esa manera le reconocía el arduo trabajo que llevaba a cabo al igual que Sofía, durante todo el día. Si bien es cierto, no buscaban el reconocimiento colectivo, si el de sus padres, quienes les enseñaron, las actividades propias de las huertas cafeticultoras, aun sin que estuvieran de acuerdo, sin embargo esto fue importante no solo para ellas sino para toda la familia.

Cuando hablamos de trabajo colectivo, necesariamente hablamos desde el núcleo familiar hasta la comunidad si es que este era compartido, con mano de trabajo de otros pueblos incluso de otras regiones del estado de Guerrero. En el siguiente espacio a desarrollar conoceremos esta parte, desde la familia, y desde quienes

emigraron a Atoyac a partir de la década de los años sesenta para ser partícipes de la cafecultura, desde la siembra hasta la cosecha del café. De cómo vivieron la experiencia la zona cafetalera.

1.4 Dimensión social del trabajo dentro del núcleo familiar

Los cambios tan acelerados desde la década de los años cincuenta en los precios del café, y la bonanza que proyectaba esta década hizo que el cultivo del café no solo se convirtiera en parte importante de los alimentos en la costa grande de Guerrero, sino que fuera la manera de manutención de la economía en las familias de la sierra de Atoyac.

Sin embargo para la década de los sesenta la mayoría de las familias había suplantado la siembra agrícola por la del café. Rosario Cobo (2000), asume que, “en unos cuantos años, el prospecto del cafecultor transita de una economía semi natural y de autoconsumo, a una producción netamente mercantil”.

Entonces nos cuestionamos ¿Cómo se distribuyeron las actividades en las familias serranas? ¿Qué pasó con las familias que vivían en Atoyac y que solo iban en la temporada de cosecha hacía la sierra? ¿Qué significaba el hecho de vivir en la parte media de la sierra y poseer huertas en la parte alta o viceversa?

Y como la parte central de esta investigación son las mujeres cuestionamos que ¿Cuál fue su participación en este proceso en el que las plantaciones de café predominaban la sierra de Atoyac? ¿Hubo cambios de fondo en la vida cotidiana de las familias que eran dueñas de un beneficio cafetalero? ¿Cuáles eran las diferencias que se marcaban entre unas familias y otras?

El objetivo del presente subcapítulo con el cual cerramos la primera parte de esta investigación es tratar de despejar estos cuestionamientos y dar cuentas de cómo se dimensionó el trabajo en el núcleo familiar, si bien es cierto las cotidianidades se trastocan justo por los procesos naturales de las poblaciones, hay aspectos que determinan que tanto y como se conforman estos mismos cambios.

Ante los cambios que la década de los sesenta les presentaba, es primicia conocer las experiencias de ciertas familias de la región, que tuvieron a bien compartirnos, esto no solo para encontrar respuesta a los cuestionamientos sino para encontrarnos a su vida cotidiana, sus formas y fondos.

Como anteriormente lo he mencionado las experiencias de vida de cada persona me parecen importantes, porque a través de ellas se reflejan los ideales por los que se rigen pero las historias de vida, nos pueden dar luz de aconteceres e incluso de formas de ser y actuar. Entonces cuando hablamos de una familia, tenemos que juntar los momentos memorables de cada persona, pero como los seres humanos a lo largo de nuestra vida, nos formamos también de momentos y recuerdos dolosos, ellos estarán presentes en las narraciones que a continuación conoceremos.

Son cuatro familias que nos comparten sobre su vida hacia la década de los sesenta, en cuanto a la actividad cafeticultora, situaciones y conflictos, detalles de cómo iban acomodando su vida y como a pesar de que económicamente la década de los sesenta era un desafío pudieron salir adelante pero sobre todo como era el repartirse las actividades familiares ya que ninguna de ellas tenía hurtas donde vivía.

La familia de Socorro, vivía en la parte alta de la sierra, se trataba de una familia numerosa, compuesta por 3 hermanos y 4 hermanas su mamá y su papá. La huerta que ellos estaban trabajando estaba ubicada en uno de los poblados de la parte baja de la sierra, esta era la herencia del padre (Don Filemón) de su mamá ya que de los hermanos de su madre, ninguno quiso hacerse cargo, ya que en la década de los cuarenta don Filemón alcanzó este beneficio.

Sin embargo la mamá de Socorro se fue a vivir con una tía, conoce al papá de Socorro y tiempo después inician una familia, pero para poderse hacer cargo de la huerta, tenían que viajar, esto hizo que las actividades familiares se movieran en razón del ciclo del café. A continuación, Socorro nos comparte.

Nosotros vivíamos en la parte alta pero la huerta estaba en la parte baja, entonces teníamos que organizarnos de acuerdo primero por la distancia, lo que hacíamos era que mis hermanos y mi papá se iban a trabajar y mis hermanos terminaban quedándose en casa de amigos o gente que nos conocía, entonces esto nos cambiaba todo porque pon tu que mi papá se iba en octubre a la limpieza y luego nos teníamos que ir todos a la cosecha en diciembre para no contratar peones, porque llegaba abril y para no andar tronándose los dedos, teníamos que ahorrar (Socorro, 2015).

Por mucho tiempo los hermanos y el papá de Socorro tenían que soportar que la familia les recordara que les daban alojamiento para que pudieran trabajar en su huerta, por otro lado cuando nos comparte que todo les cambió es porque al separarse la familia, había más gasto que hacer y su papá y hermanos iban muy limitados de alimentos. Más adelante nos comparte otros aspectos Socorro.

En el caso de la familia de Lilia, vivían en Atoyac y solo iban una vez al año, esto es en la época de cosecha, a diferencia de la familia de Socorro, ellos tenían peones en la huerta que era de su propiedad y un encargado, sin embargo a partir de diciembre tenían que dejar sus actividades en Atoyac y hacer de la sierra el espacio a habitar.

A mí me ponía muy mal tener que subir y no porque no me gustara la sierra, es que yo trabajaba en una abarrotera y tenía que dejar el trabajo cada diciembre y luego regresaba en febrero siempre pensando que mi patrón ya no me iba a aceptar. Nosotros teníamos las tierras en la parte alta, llegábamos todas molidas a cocinar, a cortar el café, ya no teníamos ningún tipo de siembra solo el café. Pero ya que una estaba ahí, esa actividad me hacía muy feliz y lo hacía con gusto. Todos colaborábamos eso lo teníamos bien presente, sino no nos saldría nada de ganancia para los meses siguientes (Lilia, 2015).

Lilia nos acerca a esos cambios que tenían que vivir por el solo hecho de no vivir en el lugar donde tenía su huerta, mencionó aparte el hecho de que al trabajar en una tienda de abarrotes, lo tuviera que dejar en los últimos meses del año para poder ir a cosechar su café, aspecto que no le gustaba mucho, sin embargo disfrutaba su estadía en la sierra y las actividades que desempeñaba. Al igual que Socorro sabía que no les quedaba de otro puesto que se venían los demás meses del año en donde los cafetos pararían su producción.

El caso de Mirta fue diferente al de Socorro y Lilia. Su familia y ella vivían en la parte media de la sierra y sus huertas las tenían en la parte alta, las trabajaban gente que migraba de la región Montaña del estado de Guerrero para la sierra y su papá y sus hermanos solo iban a supervisar. ¿En dónde iniciaba el trabajo de Mirta?

Yo me manchaba a la hora de que vendía el café a gente que venía de Durango, y siempre las demás me decían que era afortunada pero siento que me tocaba lo más duro, que me lo compraran un poco más justo y no se aprovecharan, me tuve que poner buza porque esa gente era abusiva y yo les peleaba en el pesaje porque mi padre me reprendía y mi madre llorando haciendo cuentas para los meses siguientes, esa situación me ponía tensa (Mirta, 2015).

El relato de Mirta refleja, el cuestionamiento que nos hacíamos al principio, sobre las diferencias entre las familias y de cómo vivían el proceso de cosecha del café, si bien es cierto ella no acudía a menudo a cosechar, tenía la responsabilidad de que le pagaran lo justo por los costales de café que estaban vendiendo, de modo que como ya nos compartió, al cambiar su actitud y no permitir abusos por parte de los compradores se le atribuyeron adjetivos, que lo único que lograran es que no se dejara engañar y por otro lado investigar lo que le estaban diciendo y que ella desconocía.

Por la distancia que tenían que recorrer, su mamá y papá decidieron que ella tenía que estar en casa, quien por cierto era la única hija, y cuatro hijos hombres; y ser la encargada de llevar a cabo el ciclo final desde el cultivo: vender el café cosechado.

Finalmente la historia de la familia de Patricia, quien desde pequeña junto a sus cinco hermanas aprendió el ciclo del café, desde el cultivo, la limpieza, hasta la cosecha.

Mira yo siento que no fue difícil porque nosotras crecimos así, a pesar de que vivíamos en ese tiempo en la parte baja y las huertas estaban aquí, hacíamos todo desde plantar, cultivar, limpiar. Las mujeres estábamos bien presentes siempre, en un mundo de hombres nosotras no cabíamos, siempre éramos las últimas en atendernos, hasta que una decide que eso tiene que cambiar y aprendes a pelear, a no dejarte (Patricia, 2015).

A partir de mediados de la década de los setenta Patricia fue una mujer muy activa en varias organizaciones, en pro de la participación de la mujer campesina guerrerense. Su experiencia la dejó para el final, porque precisamente en el segundo capítulo hablamos de la participación de las mujeres en la guerrilla y aunque Patricia, no participó más que como aceptando que esta forma de lucha se llevara a cabo, como anteriormente lo comenté fue una mujer que de manera muy activa les pedía a los caciques cafetaleros de Atoyac, respetaran los precios internacionales del aromático grano y por ende un pago más justo y real a los pequeños y medianos productores.

Me parece que con sus testimonios pudimos obtener respuesta a los cuestionamientos que en principio nos hicimos, la manera en que se distribuían las actividades, como era este proceso de cosecha en las familias de esta región. El significado de vivir en un espacio en donde no se tenía cerca las huertas de café, las diferencias entre unas familias y otras, y tal como lo vimos con Patricia, la participación activa de familias conformadas por mujeres que desde pequeñas aprendieron la cafecultura.

Finalmente los cambios a los que se enfrentaron cada una de las familias son singulares y específicos, con características propias pero motivadas por la espera de la cosecha y con esto, que su economía no se viera mermada los meses en que no había, por ello a la hora de venderlo luchaban porque fuese una venta justa. De modo que cada una, tenía aspectos en que coincidían pero estrategias para seguir cultivando y cosechando.

Es por ello que para cerrar este primer capítulo, decidí que lo valioso de estos testimonios radicaba en el hecho de no tener cerca sus tierras de cultivo y sin embargo no las abandonaron, pero para poder comprender la práctica cotidiana y colectiva en las huertas de café, la historia de estas familias de manera bastante esbozada y situándolas en un solo proceso, nos acercaba a esos momentos en donde la década de los sesenta estaba por finalizar.

Finalmente le hacían frente a la situación económica por ello mismo lo cito al inicio, tuvieron la osadía de salir adelante, sin embargo nadie imaginó que venía una década bastante convulsionada, en donde el poder de unos cuantos se imponía y otros y otras se hacía notar, en una geografía que si bien tenía una historia de lucha, lo que vendría trastocaría sus cotidianidades no por tener que desplazarse de un lugar a otro para trabajar sus tierras, sino porque el Estado mexicano había decidido ensañarse con Atoyac y la sierra cafetalera.

II. VISIBILIDAD DE LA PARTICIPACIÓN DE LAS MUJERES EN LA GUERRILLA COMO BASES DE APOYO Y COMBATIENTES

La *sororidad* ha emergido en ámbitos
De gran fogosidad entre mujeres cómplices
Tocadas por la pasión del descubrimiento de
Nuevas formas de ver la vida y de vivirla,
Y por la fascinación del poder de cambiar la vida
Y el mundo y hacerlo en libertad.
Marcela Lagarde.

El presente capítulo tiene como objetivo visibilizar el caminar de las mujeres participantes en la guerrilla de Atoyac de Álvarez y la sierra, como bases de apoyo y combatientes. Si bien es cierto, apenas se está investigando sobre ellas, es necesario dar a conocer, que, en la lucha armada del estado de Guerrero, también hubo mujeres. Sin embargo, poco se conoce de lo que hicieron por sus comunidades, la manera en la que se enfrentaron al miedo, muchas veces teniendo ideas en común y también desacuerdos.

Reconocemos la década de los setenta como el espacio temporal, y en este sentido las caracterizamos como militantes: 1) Bases de apoyo y 2) combatientes. El presente capítulo concentra cinco aspectos, los cuales más adelante enuncio, mediante los cuales se pretende comprender y dar a conocer el proceso que vivieron las mujeres antes, durante y después del momento más álgido del movimiento social armado.

A partir de sus propios testimonios, en donde reflejan aspectos de su experiencia como participantes de la guerrilla, es como se ha creado este capítulo, porque al visibilizar esta parte de la historia de Atoyac, incluso del estado de Guerrero y de México, no puede ser posible reconstruirla sin que ellas mismas nos compartan aspectos desde su perspectiva que nos ayudarán a comprender su lucha y vivencias no solo como participantes de un proceso de lucha, sino como seres humanas.

Este capítulo, es un ejercicio de memoria subterránea, un recordatorio de que hay más historia, no solo la oficial, a la que fácilmente podemos acceder. Por tanto la historia oral converge con las autoras y autores que revisaremos para un mejor entendimiento. Por ello estoy de acuerdo con Eugenia Meyer cuando señala que, “lo escrito muchas veces explica lo que pasó, pero no por qué sucedió y es aquí en donde la historia oral puede hacer su aportación” (Meyer: 1971, 375).

En el primer subcapítulo **La decisión de sumarse a la guerrilla**, el objetivo fundamental es conocer la manera en que las mujeres se insertan en el movimiento guerrillero, de modo que surgen los siguientes cuestionamientos, ¿Cómo tomaron las mujeres la decisión de sumarse a la guerrilla? Es decir ¿Cuáles fueron los motivos? ¿Cómo cambio su vida cotidiana? ¿Estaban conscientes del cambio en su vida cotidiana? ¿Qué pasó con las relaciones familiares? Es importante explorar su sentir para comprender el proceso que vivieron.

En un segundo subcapítulo visibilizo, aquellas mujeres que servían de correo, de vigilantes invitaban a la población a sumarse, hubo mujeres quienes aprovecharon el proceso guerrillero para enseñar a leer y escribir a quienes no sabían, lo mismo a hombres como a mujeres. Las nombré **Bases de apoyo**, porque como bien lo sugiere la categoría, fueron la base para que la guerrilla se llevara a cabo en la sierra de Guerrero.

En ese sentido hubo familias que apoyaron con comida hecha al movimiento guerrillero, quienes cocinaban eran mujeres, por tanto es importante conocer su sentir, porque si bien algunas estaban conscientes, y aceptaban ayudar y ser parte, otras mujeres no querían, pero no tenían otra opción, es decir ¿Fueron obligadas? ¿Les preguntaban, por ejemplo, si querían cocinar o se daba por hecho que aceptarían? Mientras sus cotidianidades se van trastocando, asumieron una participación importante para la construcción y proceso del movimiento guerrillero, ¿Se dieron cuenta de la importancia que ellas tuvieron en él?

De esta manera y en el momento más álgido de la guerrilla -caracterizo así la etapa en la ya era un hecho y conocido que se estaba gestando un movimiento armado en Guerrero no solo a nivel local sino nacional, aunado a que ya había varias mujeres que conformaban el frente combativo de la guerrilla del Partido de los Pobres- es importante observar cómo se viven los diferentes cambios en razón de la etapa que como mujeres están viviendo, en **la vida cotidiana como combatiente guerrillera**, título del siguiente subcapítulo en el cual se hacen los siguientes cuestionamientos ¿Qué pasa con la familia? ¿Hay contacto con ella? Si los hombres pudieron ser combatientes transitorios **y fijos**⁶ ¿Hubo dicha opción para ellas? ¿Cómo concebían los roles dentro del campamento? ¿Qué pasaba con la privacidad hacía sus cuerpos?

Cuestiono ¿Había privacidad? Esto en el entendido de cambiarse de ropa, tener un espacio para ellas dentro del campamento, en sus días de menstruación, ¿Cómo se vivían las emociones? Enojarse, cansarse, enamorarse, gritar ¿Cómo se vivían los afectos dentro de la guerrilla? Ya sea si tuvieron pareja dentro de la organización, o si estaba fuera de la misma. Todo cambio definitivamente.

En la década de los setenta, el Estado mexicano sembró en las comunidades serranas terror, miedo y con ello violó los derechos de cada habitante. Desafortunadamente las mujeres: niñas y adultas fueron las que más lo padecieron y de esto trata el subcapítulo **Mujeres. De sus derechos no visibilizados, el estar y ser para los otros**, no solo se habla de la violencia ejercida por corporaciones que le sirven al Estado (léase ejército, marina, policía judicial, etc) aunado a ello, ellas mismas no visibilizaban su sentir, su dolor para estar bien para sus padres, la pareja, las hijas, hijos incluso para la comunidad, es decir su autoafirmación como mujeres y un tanto revelarse hacía aspectos con los que no estaban cómodas, como por ejemplo disponer de ellas y su tiempo, sin pedirles su opinión.

⁶ Los combatientes fijos eran quienes se mantenían en el núcleo guerrillero y quienes ejercían la labor de trabajar en las huertas eran las mujeres, mientras que los combatientes fijos eran quienes se encontraban en el núcleo guerrillero pero en un determinado tiempo –se consideran tres meses– salían para estar al pendiente de sus huertas o de la cosecha para vender el aromático (Ávila, 2012: 80).

Por otro lado y en relación a la violencia ejercida por el Estado mexicano, llevándose a cabo no solo en las mujeres que participaron en la guerrilla como bases de apoyo o combatientes, hablamos de las mujeres que si bien respetaban el movimiento guerrillero y lo aceptaban, no fueron parte, sin embargo fueron utilizadas por el Estado para que les dieran información acerca de la ubicación de los campamentos.

El silencio impuesto -algunas veces por ellas, otras veces impuesto por los otros- ¿Era circunstancial? ¿Era estratégico? Pollak (2006) refiere “Frente a ese recuerdo traumático, el silencio parece imponerse a todos aquellos que quieren evitar culpar a las víctimas. Y algunas víctimas, que comparten ese mismo recuerdo “comprometedor”, prefieren, ellas también, guardar silencio”. Guardarlo para sí mismas.

La violencia fue colectiva pero el grado de saña no fue en la misma magnitud hacía ellas, el trato fue inhumano. Es premisa de este subcapítulo, visibilizar el dolor al que fueron sometidas y cómo el Estado mexicano trató el cuerpo de las mujeres como un instrumento para eliminar la guerrilla utilizando el poder y generando violencia.

El subcapítulo: **Historia de vida de dos mujeres combatientes de la guerrilla guerrerense**. El objetivo fundamental es crear un diálogo entre ellas a partir de su testimonio, para comprender la manera en la que ellas vivieron su adhesión, al movimiento armado y como una de ellas, cubrió las dos categorías, base de apoyo y luego combatiente, lo importante aquí es conocer las dos experiencias, reconocerlas y de esta manera ubicar aspectos de su vida, antes, durante y después de la guerrilla. Es importante recurrir a su memoria, hablando ahora de sí mismas y de su historia.

Para finalizar y cerrar este segundo capítulo en **De cuando las emociones y la memoria se encuentran. Análisis de las dos historias de vida**. Hemos considerado realizar ciertas reflexiones en torno a las historias de vida que presentaremos, no solo a su contenido, sino hacia lo que significó desde los

encuentros previos a las entrevistas. Tocaremos ciertos aspectos que fueron medulares dentro de su experiencia como guerrilleras y como seres humanas, dentro de este ejercicio de visibilidad que han hecho sobre sí mismas.

2.1 La decisión de sumarse a la guerrilla

En su obra *Las mujeres del Alba* (2010) Carlos Montemayor señaló que “la mujer guerrillera aparece con su valor, inteligencia, generosidad, arrojo, la mujer guerrillera mexicana es un ejemplo indomable”. Si bien es cierto que a las mujeres al ser parte de un movimiento armado se les asume como valientes y de lo indispensables que son en la historia de los pueblos, de las familias, en tanto de la sociedad, decidir ser parte quizá no lo sea, pero son todas tan diversas que así mismo es la historia sobre la decisión

Hay quienes luchan por su familia, por sus tierras, por las injusticias, por sus pueblos y las maneras de luchar también son diversas y una de ellas son los movimientos sociales armados, conocidos como Guerrillas, las cuales se dan en respuesta a la injusticia social, a la desigualdad, a la destrucción de la naturaleza.

En ese sentido encontramos la participación de las mujeres, ellas al organizarse, animan a otras personas y a los hombres a ser parte. Lo que aquí corresponde es conocer su decisión, los motivos que las conducen a ello y la manera en la que se insertaron en la guerrilla llevada a cabo en la sierra de Atoyac en el estado de Guerrero. María de la Luz Aguilar señala:

Destacar que las mujeres que nos integramos a la lucha armada, de muchas maneras rompimos con el rol que la sociedad nos tenía asignado. Dejamos a nuestros padres, a nuestra familia, a veces a nuestros hijos o la perspectiva de una vida cómoda con un esposo que nos mantuviera y nos integramos a actividades donde sabíamos que podíamos perder la vida. Y que no nos arrepentimos. (Aguilar, 2014: 25)

Aguilar apunta a ciertos aspectos que bien vale analizar, el primero es que tras la integración a la guerrilla rompen con el rol que la sociedad les asigna por el hecho de ser mujeres ¿A qué rol se refiere? Asume que dejaron a sus seres queridos, ¿Será la parte más dolorosa de la decisión? señala que dejaron la perspectiva de una vida cómoda con un esposo que las mantuviera ¿Quiénes inculcaron que

dicha perspectiva sea una vida cómoda? Y finalmente el pensamiento latente de saber que quizá podía perder la vida.

Estos cuestionamientos al testimonio de Aguilar son importantes porque dan luz en los planteamientos que ellas hacen al recordar ciertos aspectos que fueron parte de su vida cotidiana, al decidir ser parte de la guerrilla.

Desde pequeñas a las mujeres se les asignan roles, y se les acostumbra a que se deben cumplir cabalmente. En la adolescencia las mujeres se enfrentan a los cambios propios de la etapa y uno de ellos es la menstruación y la carga emocional que conlleva y así empieza un proceso en el que se les dice que ya no son unas niñas, inicia el enamoramiento y con todos estos cambios se hacen cuestionamientos que muchas veces no tienen respuesta.

En la década de los sesenta preguntarle a su abuela o a la madre no siempre era una buena idea:

Tenía 12 años cuando empecé a menstruar y mi mamá me regañó por preguntarle de donde salía la sangre, ah! Y me advirtió que ni se me ocurriera preguntarle a mi abuela, su madre. Era algo normal en aquella época, no saber que pasaba con tu cuerpo, solo sentir (*Ana: 2014*).

Si bien estos roles impuestos, como cuidar de su padre, o los hermanos, estar pendiente de que coman, vistan, sentir que se les tiene que atender, aquí encontraremos otros con particularidades que para la época en que vivían resultaba extraño que una mujer pensara, por ejemplo que no se tenía la obligación de atender a nadie, o que las armas se podían utilizar tal como lo hacían los hombres.

Algunas de las mujeres en la década de los sesenta en Atoyac, dejaban de lado sus sueños, sus objetivos por no desobedecer al mandato del patriarca de la familia. Marta y Ana son dos mujeres de distintas familias, las cuales apoyaron la guerrilla, sin embargo cada una habla de distintos aspectos, distintas formas en que vivieron la misma de modo que en las entrevistas, le dan un tiempo importante

a hablar sobre las primeras decisiones que ellas deseaban tomar pero no podían, no las concretaban porque tenían que hacer caso a lo que mandaba su papá y lo que ya estaba estipulado como tener hijos, hacerse cargo de las labores domésticas. En seguida nos comparten.

La verdad éramos unas niñas todavía a los 16 eres una escuincla, y yo soñaba con hacerme mi carrera, irme estudiar eso de la contabilidad, quería irme a la capital pero en nuestro tiempo eso no estaba bien, tú te tenías que casar, tener hijos, atender a tu marido, ayudarlo a lo de la huerta, mil cosas que no veías la luz de pa cuando estudiar y luego con los hijos, te ves atareada, ya no se puede, terminas cansada. Lo que si se es que no tomaba decisiones sobre lo que yo realmente quería. (Martha, 2014).

Cuando Martha habla de la capital se refiere a la ciudad de México, en la secundaria fue muy aplicada y nos cuenta que le encantaban las matemáticas, que luego hasta a su profesor la felicitaba, a los catorce años ya estaba embarazada y no pudo terminar la secundaria. La última vez que lo vio fue en el verano de 1974.

Ana es una mujer que decidió sumarse a la guerrilla como correo e incluso llegó a visitar los campamentos y señala que su mamá siempre le decía que era muy rebelde y que sus ideas no eran propias de los pueblos de la sierra de Atoyac.

Yo que pude terminar mi secundaria y luego cuando me quise ir a la normal ya mi apá no me dejo, me preguntaba pues, me decía a mí misma la carga que nosotras las mujeres traemos porque yo creo que eso tuvo que ver en algunas decisiones que tomamos las de nuestro tiempo y luego la educación que nos dieron porque era así de cástate y tu marido te va dar el valor como mujer pues, pero a mí eso no me gustaba mucho, me molestaba y por eso no me quería casar. (Ana, 2015).

Marta deseaba seguir estudiando, sin embargo se casó porque el pretendiente que tenía le parecía muy bien a su papá, ella pensaba que casándose se podría ir a su propia casa y su papá ya no iba a decirle lo que tenía que hacer, sin embargo al casarse se fueron a vivir a casa de los padres del esposo asique en palabras de ella *ya no nada más decidía mi apá sobre mí, también mis suegros, estaba peor yo*. En el caso de Ana a pesar de que no estaba de acuerdo con la educación y se daba cuenta de ello, siempre pensaba que se tenía que casar porque si no sería la

burla del pueblo. Se cuidaba para no tener hijos y tiempo después era el correo de las mujeres que mandaban cartas a los novios o esposos que estaban como combatientes en la guerrilla. De lo cual hablaré en el subcapítulo de bases de apoyo.

La historia de las dos se vuelve un referente en las tomas de decisiones de las mujeres porque una vez casadas y con hijos, buscaban la manera de seguir aprendiendo, y aunque luchaban en principio desde el núcleo familiar para defender su idea de seguirse preparando, con la llegada de la guerrilla a la sierra de Atoyac muchas de ellas vieron que dicha posibilidad podía ser una realidad. Y otras mujeres solo sabían que debían luchar por sus pueblos y la situación que estaban pasando, como la violencia ejercida desde tiempo atrás hacía los espacios rurales de México. Alejandra Cárdenas señala:

El trabajo doméstico al desarrollarse en el mundo silencioso de las cuatro paredes de la casa no posibilita el proceso de individualización, no tomamos conciencia de nuestro rol social, porque nuestras prácticas no son reflexionadas con otras mujeres al ser un trabajo que se desarrolla en soledad. Lo que si sucede en el ámbito público. (Cárdenas, 2014: 34)

En la vida cotidiana de finales de la década de los setenta en Atoyac, las mujeres se sentían destinadas a solo tener hijos y estar en la casa, quizá sea otra de las tradiciones que se venían gestando desde sus abuelas, como también el hecho de luchar contra las injusticias, contra lo que no estaban de acuerdo, ya que desde las revoluciones llevadas a cabo en nuestro país, fue un municipio activo. Si bien es cierto muchas de ellas no decidieron ser parte de la guerrilla, otras si lo hicieron y en ese sentido la movilización social fue importante para organizar el movimiento armado.

Sobre los aspectos cotidianos dentro de la familia, que nos comparten mujeres encontramos que finalmente estaban sometidas a la palabra del patriarca, las dos con deseos de estudiar pero también siguiendo los cánones tradicionales de sus pueblos. Tal pareciera que en algún momento quedaban desdibujadas del mapa

privado (su familia) y colectivo (del pueblo) al no poder tomar una decisión o aún más decisiones de las cuales si bien es cierto podrían no estar en lo cierto, no lo sabrían ya que era parte del rito de no obediencia y dejar a un lado las costumbres de su espacio geográfico. Ante esto Marta Torres señala:

¿Realmente las mujeres son reconocidas como seres con voluntad propia, capaces de expresarla en decisiones y actos específicos? ¿A partir de cuándo, históricamente, se considera que las mujeres tenemos los atributos de racionalidad, inteligencia y asertividad que confluyen en la construcción de la voluntad? ¿O se trata más bien de una tarea en curso? Y si es así, ¿cuántos obstáculos y dificultades tenemos que vencer cotidianamente para dar credibilidad a nuestras palabras, a nuestros actos, a nuestros proyectos? (Torres, 2010:4)

El ser parte o no del movimiento guerrillero era una primera decisión y luego de que manera era otra. Desear o ser obligada otra cuestión. Hubo mujeres que desde un principio se forjaron en la lucha y quienes acercaron los *para que* y *por qué* a otras mujeres que serían las primeras en, no solo enarbolar la lucha guerrillera femenina, sino, enseñar a otras sus conocimientos, informarlas, y crear una red en la que aprendían unas de las otras. Una de ellas fue la profesora Hilda Flores Solís.⁷

⁷⁷ El nombre de la maestra Hilda Flores Solís está ligado a la historia reciente del pueblo de Atoyac y a los reclamos sociales de equidad de género, democracia, paz y justicia social. Nació el 3 de diciembre de 1933, fue hija del líder obrero socialista David Flores Reynada y de Concepción Solís Jiménez quien murió al darla a luz. Su padre fue fundador del comité agrario en los años 20 y del Partido Socialista en Atoyac, durante los tiempos del general Adrián Castrejón, la profesora Hilda estudió la primaria en la escuela Juan Álvarez (Antes Escuela Real) hasta segundo año, luego pasó al colegio América en Acapulco en donde estuvo internada gracias a una beca que pagaba la cooperativa de la fábrica de hilados y tejidos de El Ticuí, que llevaba el nombre de su padre, dirigida en ese tiempo por Enedino Ríos Radilla y Rómulo Alvarado. Su labor docente la inició a la edad de 13 años como maestra municipal, en la escuela Juan Álvarez. Luego por intervención del líder magisterial Othón Salazar Ramírez llegó a estudiar en La Escuela Nacional de Maestros, al mismo tiempo era secretaria del Movimiento Revolucionario del Magisterio (MRM. Su participación en el MRM la llevó a cultivar amistad con luchadores sociales de la talla de Gilberto Rincón Gallardo y a conocer el frío de la ciudad de México cuando llevaba comida al plantón de maestros y se quedaba a dormir en el suelo en improvisadas camas de cartón. Cuando regresó a su tierra trabajó de nuevo en la escuela Juan Álvarez y se incorporó al movimiento local de revolucionarios que querían mayores oportunidades para el pueblo. Formó parte de aquella histórica célula del Partido Comunista Mexicano en Atoyac. La Unión Nacional de Mujeres filial del PC logró importantes avances bajo la dirección de la maestra Hilda Flores Solís, quien también colaboró activamente en el movimiento cívico que provocó la caída del gobernador Raúl Caballero Aburto, en la formación de la Central Campesina Independiente, en el MRM y apoyó de manera decidida la formación de la colonia Mártires de 1960. Hilda Flores murió el 12 de marzo de 2014 alrededor de las 10 de la mañana, sus restos descansan ya en el panteón principal de Atoyac a lado de su

Eran los días de mediados del mes de mayo de 1967, en algunos poblados de la sierra, se escuchaba ya de algunas personas que estaban invitando a unirse a una lucha guerrillera, se hacían reuniones en ciertas casas, todo de manera cautelosa y si, clandestina. Un grupo integrado por los profesores Serafín Núñez Ramos, Lucio Cabañas, entre otros iniciaron recorridos por la sierra atoyaquense para conversar con las personas más allegadas, acerca del porqué de esta forma de luchar por la vía armada, en este grupo destacó la profesora Hilda.

El ser pionera de la célula del Partido Comunista mexicano en Atoyac, su formación de profesora en la Escuela Nacional de Maestros, y los deseos de que en Atoyac y la sierra existiera justicia y equidad le fue valioso, para después ser parte del grupo que inició con la labor de informar en los poblados de la sierra.

Es importante señalar, que, aunque eran más los hombres dentro del grupo que inició a invitar a los campesinos y campesinas de Atoyac para la conformación de la lucha guerrillera, hubo mujeres como la profesora Hilda Flores que de manera decidida fueron parte del inicio de esta lucha, aunque desafortunadamente esto le valiera después para ser encarcelada, de lo cual hablare más adelante.

Sin embargo, para este momento en donde recién inicia la lucha armada guerrillera, las mujeres participaron en lo que llamo parteaguas en la vida social de Atoyac de Álvarez. Porque como todo proceso no sabían cuál sería la respuesta de las personas en la sierra, pero lo que me parece importante aquí es que ellas decidieran estar, ser parte desde el inicio. A continuación mujeres nacidas y que crecieron entre Atoyac y Acapulco nos comparten su vivencia.

Decidí ser parte, la profa Hilda me platicó era una mujer preparada, siempre nos decía que nosotras podíamos luchar, que lo sabíamos hacer, que era importante lo que podíamos lograr y nos hablaba de las luchas que habían emprendido las mujeres en otros países, nos empezó a formar y nos gustaba, para ella lo importante era hacernos mujeres conscientes de la situación social de Guerrero, no tanto para insertarnos en el movimiento guerrillero (Mariana, 2014).

madre de crianza Elizabeth Flores Reynada quien fuera también su mentora y compañera de lucha. Información del Colectivo Zenzontle y René García.

Era la primera impresión no solo de mujeres formando e invitando a otras a ser parte de la guerrilla ya sea como bases de apoyo o combatientes, eran mujeres que se estaban formando entre sí, hacía un proceso de lucha a la que antes no se habían enfrentado.

La maestra Hilda Flores hacía círculos de estudio en su casa de Atoyac, con el fin de que estas mujeres, después subieran a la sierra a formar a otras e incluso les enseñaran a leer. La idea que tenía es que las mujeres fueran parte de la toma de decisiones y que no fueran a Atoyac de otros lugares de la república a enseñarles como se tenía que conformar y hacer un movimiento armado.

Éramos muy poquitas pero suficientes para que ya nos consideráramos una red o casi la célula de estudio de lo urbano en Atoyac no, (risas), era 1965 entonces la verdad es que era una cosa bien clandestina, nos juntábamos en su casa y para nuestro tiempo éramos las radicalonas, estando ahí no éramos las chavas de pueblo, éramos las de la ciudad de Atoyac y nos estábamos formando para que no vinieran ni de la Ciudad de México, ni de Chihuahua o Jalisco a querernos decir lo que teníamos que hacer, mucho menos que subieran a la sierra a querer enseñar sin respetar costumbres importantes para todos en los pueblos (Esther, 2014).

Dichas mujeres eran de familias comerciantes de Atoyac, que no estaban de acuerdo en el precio en el que se les compraba a los campesinos el café, escuchaban la radio nacional y se preguntaban sobre algunos aspectos, en especial de porque no podían hacerlo tales como, la vestimenta o el poder fumar, también les interesaba aprender sobre la experiencia de lucha de Cuba, y por supuesto conocer lecturas que no tenían fácilmente y que la profesora Hilda sí.

Sus problemas no radicaban en la economía, pero eran mujeres conscientes de lo que pasaba tanto en el municipio como en la sierra, tenían acceso a la escuela, vivían entre Acapulco y Atoyac, incluso de algunas de ellas sus padres eran compradores de café.

Ella había vivido en Acapulco, el DF, era parte del Partido Comunista, todo lo que no se pudiera hacer, nosotras lo queríamos hacer, con ella encontraríamos lecturas que jamás nos íbamos a poder imaginar leer, quizá si podíamos tener un poco de dinero para comprarlos y comprar esos libros, pero ¿Cómo tenerlos en casa?, eso jamás. (Mariana, 2014).

Si bien es cierto vemos a mujeres diversas construyéndose una decisión, tanto quienes vivían en Atoyac como en la sierra la decisión fue diferente, así como el número de mujeres que fueron parte. Este grupo fue a la sierra a informar y formar a más mujeres, pero eso no quiere decir que no encontraremos historias de mujeres que se fueron organizando en la sierra, sin lecturas y bajo sus propias experiencias como anteriormente ya nos han compartido. ¿En qué momento estas mujeres se encuentran? ¿Comparten las mismas ideas? ¿Coinciden?

Es en el año de 1967 que el grupo formado por siete mujeres, inicia su labor en la sierra, como lo veremos en los dos siguientes subcapítulos en donde sabremos qué fue lo que pasó no solo con este grupo de mujeres atoyaquenses, sino con la decisión de sumarse a la guerrilla como base de apoyo y combatiente y si esta decisión fue propia o forzada para el caso de quienes decidieron sumarse en la sierra de Atoyac.

2.2 Bases de apoyo

En todo movimiento social y armado las Bases de apoyo son una parte fundamental para que este se lleve a cabo, son quienes construyen a otras personas, a la misma organización y sus ideas. En el caso de la guerrilla llevada a cabo en los años de la década del setenta en Atoyac de Álvarez, quienes llevaron a cabo esta labor fueron hombres pero en su gran mayoría, las mujeres.

¿Qué es lo que hacía una mujer base de apoyo? ¿Cuál era el espacio geográfico en el que se movía? El objetivo principal de este subcapítulo es visibilizar todas las formas de ser y estar, su labor diario, primero en la construcción de la guerrilla, es decir ellas fueron las que invitaron e informaron, a más mujeres y hombres a ser parte de esta lucha, y después todas las actividades que llevaron a cabo para que la guerrilla fuese una realidad ya no, un proyecto.

Invitar a más mujeres a que participaran es particularmente interesante y, hablarles del porqué de un movimiento iba más allá de la teoría que pudieran conocer, todo era empírico y sus argumentos se basaban en la vida diaria, en lo que consideraban importante poderles contribuir a las habitantes de los pueblos

de la sierra, a base de la historia oral y sus referentes eran precisamente gente de quienes las abuelas y abuelos les habían mencionado, esto con el fin de que las demás decidieran participar o no. Diana nos comparte.

Si tú me preguntabas por el Che, Fidel, Lenin, Marx y otros más, poco te iba a decir, yo venía del pueblo y te hablaba de lo que sabía que había hecho Zapata, y no porque lo había leído sino porque nuestros abuelos y abuelas nos lo decían, historia oral pues, ellos hicieron las revoluciones, de esa gente empecé a conocer hasta el 78 que empiezo estudiar la universidad pero mis referentes fueron y serán mis abuelos y Zapata, que fue gente como nosotros. Sinceramente te digo que para entrar a un movimiento armado la teoría queda de lado (Diana, 2014).

Las mujeres en la sierra de Atoyac se formaron a base de luchas sociales desde la revolución mexicana, el reparto agrario, siempre estuvieron presentes. Su participación en la guerrilla significó entre otros, tres aspectos: 1) El ejemplo de las abuelas, siendo parte de las gestas sociales pasadas, hecho que las madres les habían compartido, 2) El ser comprometidas con sus pueblos, su padre, finalmente su familia, 3) El querer estar y saber de qué se trataba la situación, tanto los riesgos así como el enfrentarse a algo nuevo, que les sugería un cambio en sus pueblos, en ellas mismas.

De modo que, recuperar sus testimonios resulta importante, para reconocerlas y de esta manera comprender tanto su participación como sus historias que aunque diversas tanto como ellas, confluyen entre sí por haber sido parte no solo de un proceso social, sino de un movimiento armado del que se sigue hablando, investigando, pero en donde ellas quedan desdibujadas, sin aparente importancia, cuando es todo lo contrario. Asumieron la difícil tarea de informar a la población en los primeros momentos de la guerrilla.

Los testimonios que aquí encontraremos son de mujeres que tenían edades entre 9 y 17 años, ninguna tenía la mayoría de edad, de todas ellas sus madres aceptaban ser parte y de esta manera lo extendían a ellas ¿Siempre estuvieron de acuerdo? ¿Les preguntaron si querían ser base de apoyo? ¿Eran conscientes de la decisión? Cuestionamientos como los anteriores nos acercan a las cotidianidades de las familias que contribuyeron a la guerrilla desde un principio y

luego cuando esta, era ya evidente no solo para la comunidades de la sierra, sino para la sociedad Atoyaquense.

¿Por qué construir a partir de testimonios las actividades que hacían las mujeres bases de apoyo? Porque como anteriormente lo señalé las mujeres no son parte de la historia cotidiana mucho menos oficial, que podamos acceder y poder revisar, pero sobre todo conocer. Por supuesto hay investigaciones pioneras como la de Claudia Rangel⁸, que son un esfuerzo para dar a conocer no solo el proceso de lucha de las mujeres sino también por lo que tuvieron que pasar tanto alegrías como dolor, emociones que al paso del tiempo se van quedando, la mayor parte guardadas y que es importante que se conozcan y por ende darles su lugar en la historia de sus pueblos.

Jelin señala: “El espacio público está monopolizado por un relato político dominante, donde buenos, y malos están claramente identificados. La censura es explícita, las memorias alternativas son subterráneas, prohibidas y clandestinas, y se agregan a los estragos del terror, el miedo y los huecos traumáticos que generan parálisis y silencio. En estas circunstancias, los relatos oficiales ofrecidos por los voceros del régimen tienen pocos desafíos en la esfera pública” (Jelin, 42: 2002)

La postura del Estado mexicano en relación a la participación de las mujeres en los movimientos armados, no ha sido reconocida, es precisamente cuando Jelin habla del monopolio existente en el espacio público puesto que suponen que haber participado en una guerrilla no las hace mujeres que merezcan ser tratadas y concebidas con los cánones tradicionales (dulces, sufridas, calladas, entre otros preceptos parecidos a estos) Rojas (1997) señala: “Un estereotipo muy difundido en diferentes contextos presenta a la mujer como no violenta, un alma dócil,

⁸ Reconstruir la comunidad desde el dolor: la participación política de las mujeres en la Afadem. Violencia sexual y disciplinamiento de sus cuerpos. La experiencia en Atoyac, Guerrero en los setenta. Ver en: [file:///C:/Users/t160/Downloads/Del_asalto_al_cuartel_de_madera%20\(1\).p](file:///C:/Users/t160/Downloads/Del_asalto_al_cuartel_de_madera%20(1).p)

pasiva e indecisa. Esta versión la denomina el “bello sexo” en contraposición al “soldado macho”, al que se le han asignado rasgos asociados con la valentía, la fuerza y el dominio” y por ende son desdibujadas de la historia oficial.

A partir de los testimonios realizados a mujeres participantes y a las personas que apoyaron esta investigación con sus recuerdos de aquella época podemos decir que fue de la siguiente manera.

Las bases de apoyo eran personas que no combatieron contra el Estado mexicano de manera frontal o mediante las armas, si bien se enfrentaron en algún momento fue defendiendo el allanamiento a sus casas, a sus huertas, a sus familias pero desarmadas. Para nuestro caso presentaremos lo que hacían las mujeres. Fueron informantes a las poblaciones de la sierra acerca del inicio de la guerrilla, el correo, vigilancia en los poblados, organizar caminos, hacer comida, buscar la despensa que se llevaría a los campamentos guerrilleros.

Informantes a las poblaciones de la sierra: Las mujeres que llevaron a cabo esta actividad, eran cercanas a personas (papá, primos o amigos cercanos), que ya sabían sobre el movimiento guerrillero y se les pidió que les transmitieran la información tanto a mujeres como hombres que quisieran participar, así también para que apoyaran de distintas maneras, tal como lo veremos a continuación, pero antes una mujer base de apoyo nos comparte:

Fui a dejarles el bastimento (almuerzo) a mi papá y mi hermano que estaban trabajando en la huerta y aparte de los piones, había otro señor era de El Edén, alcancé a escuchar que les decía que si iban a apoyar y luego hablaba de que nos cortaban los árboles y no sembraban, cosas así, también que era bueno que apoyáramos, la cosa es que mi papá se entera y si nos platicó como estaba la cosa a mi mamá y a mí y bueno yo si quise entrarle y hasta me junté con las chamacas de mi edad (todas de 16 años), y empezamos a decirle a la gente. (Laura, 2014).

Anteriormente hicimos referencia a siete mujeres que llevaban a cabo círculos de estudio con la profesora Hilda Flores, me pareció importante incluir su historia aquí porque se trataba de personas muy conscientes de lo que estaba sucediendo en Atoyac, pero son también el ejemplo de cómo sus derechos no fueron respetados.

Las siete aceptaron que su historia fuese contada, a pesar de que ninguna vive en el estado de Guerrero, el mismo día conocí a todas pero solo con tres me vi físicamente, las demás fue vía videochat. Todas hablaron pero decidieron que solo los testimonios de Mariana, Diana y Esther se podían dar a conocer en esta investigación. En su caminar por la sierra Licha y ellas se encontraron, entonces tanto mujeres de la sierra como de Atoyac se encontraban para hacer trabajo de informar a la población.

Todas nacieron en Atoyac de Álvarez, pero la mayoría vivía entre Acapulco y Atoyac porque asistían al puerto a diferentes cursos para su formación académica. Esther y Mariana se conocían desde pequeñas y a su vez a la profesora Hilda, cuentan que siempre les llamaba la atención lo buena oradora que era la profesora, y como a ellas les encantaba la oratoria asistían de vez en cuando a su casa, entonces:

Siempre la teníamos que esperar porque andaba ocupada y nos decía que tomáramos el libro que quisiéramos y nos pusiéramos a leer, ese fue el primer acercamiento con las lecturas de su casa pero la verdad no entendíamos mucho, quizá muy poquito (Esther, 2014).

De esta manera las demás se fueron integrando con la idea de aprender a declamar primero eran cuatro hasta que después fueron siete, entre que algunas eran vecinas, pero todas vivían cerca y compañeras de escuela el grupo se fue fortaleciendo.

Mariana nos comparte:

Hildita nos decía que como nos iba a enseñar a declamar, que mejor le preguntáramos de las lecturas. Uno de esos días llegó una persona con panfletos de una marcha en el DF, empezaba el movimiento estudiantil y es ahí donde empieza a hablarnos de lo que estaba pasando en la sierra pero siempre nos decía que el subir no era un juego y que lo que ella nos enseñaba era para nuestro conocimiento, nuestra cultura en general, pero yo creo que ella nunca se imaginó que nos iríamos. (Mariana, 2014).

Llego un momento en el que perdieron contacto con la profesora Hilda Flores, pero ellas se seguían viendo e intercambiando lecturas. Era el verano de 1967 y es cuando deciden ir a la sierra a llevar a cabo lo aprendido:

Todas ya habíamos visitado la sierra pero como cosa de vacaciones así, disfrutar de sus canales, sus cascadas, ¿me entiendes? Solo Diana, ella si sabía lo que en realidad era trabajar en las huertas y hasta andar descalza o como fuere, las demás claro conocíamos pero no lo habíamos padecido, entonces nos enfrentamos a muchas cosas (Esther, 2014).

Armaron todo un plan con los papás y como todos le tenían mucha estima a Diana no hubo mayor problema, ya que se supone ella y su familia eran los encargados de un curso de verano. Nos comparte:

Y que me hecho el paquete yo, diciéndoles (a los papás de las demás) que mis amigas estaban invitadas a pasar el verano en mi casa y que aprenderíamos a sembrar diferentes hortalizas, la verdad es que yo ya sabía y aparte les dijimos nos darían un curso sobre la planta del café, porque en ese verano por cierto todas resolvimos que queríamos estudiar agronomía, (todas se ríen al unísono). (Diana, 2014).

Lo primero fue la geografía, se movían en lugares distintos, muchas veces tuvieron que caminar y en algunas de ellas el cansancio era evidente, en sus palabras la gente las recibía muy bien entendían y hacían preguntas sobre lo que ellas les explicaban, empezaron a enfrentarse al miedo. Diana nos comparte.

En uno de los poblados, organizamos una reunión en la noche, en una casa ¿no? Cuando nosotras ya nos íbamos a la casa donde íbamos a dormir, este hombre nos jaloneo con otros dos que iba, a Irma y Susana dos de ellos la empiezan a manosear y el hermano de esta muchacha a Esther y a mí nos insistía que le diéramos la información que llevábamos y que su hermana después de una golpiza que le dio ya le había dicho de que trataba la reunión. (Diana, 2014).

Al amanecer, todas tenían miedo, tres (quienes nos comparten la experiencia de todas) querían seguir quedándose a continuar su labor en la sierra, y cuatro definitivamente querían regresar a Atoyac. Finalmente tras un mes de trabajo en la sierra, deciden que van a volver. Pero en el camino ya las esperaba una camioneta.

Íbamos hacia la casa de la persona que nos llevaría hacia el próximo poblado con el fin de irnos acercando a Atoyac, nos subieron a la fuerza y todo el camino nos fueron diciendo que nos llevarían a Acapulco y que ahí diríamos lo que realmente habíamos ido a hacer. Nos golpearon a todas, nos torturaron y solo nos decían groserías. Al otro día yo dije de quien era nieta, tras manosearnos y decirme que cuidadito con decirle eso a mi abuelo, nos abandonaron ahí atadas una semana, hasta que después unas personas fueron y nos llevaron hasta la entrada de Atoyac. (Mariana, 2014).

Ninguna habló con su familia del tocamiento y tortura a sus cuerpos, decidieron guardarlo entre ellas. Dijeron lo que habían hecho durante el mes que estuvieron en la sierra. Ninguna salió en dos semanas de sus casas y ante esto las familias se pusieron de acuerdo para mandarlas a todas a la ciudad de México, no hicieron ningún tipo de denuncia y la consigna fue tajante, no hablar de lo sucedido con nadie y que solo iban a estudiar.

Pero en ellas se quedaron con varios aspectos tales como:

Nos apenaba mucho con la maestra Hilda porque sentíamos que la habíamos decepcionado porque ella siempre nos estaba recordando que nuestra formación era para que fuéramos gente consiente que ser base de apoyo o guerrillera era algo serio y sentíamos que no habíamos medido las consecuencias, pero arrepentirnos no. La familia definitivamente fue tajante para con todas, eso que habíamos hecho les avergonzaba. (Mariana, 2014).

Como comprender el uso de la tortura y el tocamiento a los cuerpos de las mujeres sin su aceptación solo para satisfacer *algo*, porque como señala Mariana

solo las golpearon sin preguntarles nada, y por otro lado quien las delató antes de ser del ejército, era habitante de la sierra, que poco después fue terriblemente azotada por la inconsciencia gubernamental. En este escenario, esto era una estrategia de Estado, no solo lo podemos dejar como satisfacción de los cuerpos policiacos, pero sobre todo de militares y marines, que justificaban el abuso sexual y psicológico a las mujeres argumentando que “estaban lejos de sus mujeres y como hombres tenían necesidades”⁹

De modo que lo que ellas habían hecho en la sierra, tuvo efectos, porque las demás mujeres aun con los riesgos que esto conllevaba siguieron informando a la población, aunque al momento que ellas inician esta labor en los poblados de la sierra ya había más mujeres llevando a cabo esta actividad. Entonces entre ellas se reconocieron, apoyaron y nutrieron.

Correo: El correo era bien para entregar los comunicados que emitía el grupo guerrillero del Partido de los Pobres y las cartas que enviaban las guerrilleras y guerrilleros a su familia.

Consistía en lo siguiente: encontrarse con un guerrillero en determinado lugar, este guerrillero ya sabía en donde vivían las familias que servían de correo, aunque quienes hacían la entrega eran las mujeres.

Berta señala:

Yo serví de correo desde el 70 al 74, a mi casa llegaban tanto comunicados que teníamos que llevar a Atoyac como cartas para las novias, las esposas, para la mamá o el papá. (Berta, 2015).

⁹ Paloma (2015) nos compartió de esta forma como los militares, -que abusaron sexualmente de ella en repetidas ocasiones- en el acto le decían lo antes escrito, al tiempo que ella fue creyendo que tenía que permitir ser abusada, “considera que yo fui creyendo que estaba bien que abusaran de mí, me decían que entre muchas mujeres yo había sido la elegida, pero a los diez años no alcanzas a comprender que eso te duela, hasta los doce años es que te preguntas porque te sientes basura y diferente, porque ya no quieres jugar hasta que llega la pubertad y entonces no te sientes digna de los niños que te gustan y entonces tratas de comprender que están abusando de ti, que te están tocando sin que tu hubieras dicho que sí, que te duele que tu cuerpo se desarrolle y no como otras niñas que al ver cómo crecen sus pechos se emocionan, yo me quería esconder, no quería desarrollarme”

Kenia nos comparte como las transportaban para su entrega

Todas teníamos varias maneras yo por ejemplo las envolvía en unos trapos nejos de cocina o con los que se limpiaba la casa, así que si olían mal era por eso (eso le causa carcajadas) porque algunos hasta loción les ponían y ya las ponía en mi chiquigüite con café en polvo y empezaba la entregadera. (Kenia, 2015).

Distintas formas de entregar, refieren algunas que se las escondían en cualquier parte de su cuerpo, en cubetas llenas de la fruta de temporada, otras en bolsas o de nuevo cubetas llenas de ropa. Finalmente cada una tenía su manera de transportar el correo para su entrega.

Vigilancia en los poblados y organizar caminos: Con el fin de saber dónde se encontraban los retenes de los militares y evitar se encontraran con el grupo guerrillero, las mujeres se daban a la tarea de avisarles de cualquier movimiento del aparato represor del Estado mexicanos. Al saber las rutas donde se encontraban podrían sugerirles caminos, pero estaba sujeto a las decisiones que tomaba el núcleo guerrillero.

Daniela señala:

Nosotras sabíamos dónde se encontraban los guachos, sobre todo cuando íbamos a Atoyac, nos dábamos cuenta donde ponían sus retenes y lo que escuchábamos ahí, luego les pasábamos esa información a quienes sabíamos que se podían encontrar con los guerrilleros para que les dijeran. Ya como en el año 73 era muy difícil llevar a cabo esto, ya está gente nos había invadido (Daniela, 2015).

Precisamente Flor nos cuenta como una vez en un baile en donde se encontraban algunos guerrilleros llegaron soldados del ejército, pero antes de que coincidieran, ella y Daniela les avisaron y pudieron salir de ahí antes que ellos llegarán.

Había un baile y andaban los guerrilleros entre ellos mi hermano y bueno todo estaba muy bonito como cada año, ese día hasta pintamos las líneas de la cancha. Sus botas los delataban porque lo que hicimos fue poner hojas secas por los dos caminos que podían llegar y cuando escuché el sonido de sus pisadas, le dije a Daniela y corriendo bien recio les fue a decir a los guerrilleros y rápidamente se fueron (Flor, 2015).

Flor y Daniela nos compartieron que el hecho de que llegaran los militares a las fiestas del pueblo, a todos los habitantes los ponía muy nerviosos ya que allanaban casas y pedían cervezas la mayoría de las veces hasta emborracharse.

Nos querían como sus mujeres de esa noche, sin pedirnos permiso como si estuviéramos disponibles para eso o así siento yo como si fuéramos un mueble pues, ¿Me entiendes? Esa era la cosa que nosotras éramos campesinas que no nos gustaba eso, nada más iban a hacer cosas malas y terminaban con ese momento tan bonito de convivencia del pueblo, ya a veces ni queríamos hacer nada (Flor, 2015).

En el capítulo I, observábamos como eran de importantes las fiestas de los pueblos para las personas, porque esto implicaba el pasar un momento agradable, el cual iniciaba desde días antes con la organización de la festividad. De esta manera, no solo creaban lazos de amistad entre la comunidad o las poblaciones vecinas, sino que, había diversión y gozo colectivo. Sin embargo las celebraciones implicaban que los militares se acercaran a comer, beber alcohol y creer que las mujeres que ahí se encontraban, estaban a su servicio.

Esta era la lógica del Estado: permitir que las festividades se siguieran llevando a cabo, mientras ellos mantenían el control, asumiendo que podían entrar y trastocar una cotidianidad, y luego integrarse a las personas, tomando a las mujeres y niñas “como si estuvieran disponibles”.

Aunado a ello, las mujeres asumían con responsabilidad la actividad de vigilancia aún en festividades y por otro lado tenían que pasar por situaciones como la que nos ha descrito Flor en donde por su condición de mujeres a estas personas

enviadas para cuidar de la población poco a poco ya les había cambiado sus cotidianidades.

Hacer comida: Matilde, Ana y Martha son mujeres que sus familias apoyaban con comida al movimiento guerrillero, consistía en que si guerrilleros conocidos llegaban a ir a su casa ellas tenían que cocinar tanto para ofrecerles comida al momento y luego para que ellos pudieran llevar y compartirla con más compañeros. Lo que ellas refieren son aspectos que iban más allá de creer que lo que estaba haciendo la guerrilla estaba bien. Asumir que siempre estaban dispuestas, que no había otras actividades por hacer o bien que la cocina era parte de su día.

Matilde señala: Personalmente me sentía identificada con el trabajo guerrillero tanto de hombres como de mujeres, entendía que era duro separarse de sus familias, y que teníamos que apoyarles pero no me gustaba que a veces estaba haciendo otras actividades y las tenía que dejar de hacer. La disposición mía y de mi hermana, era como si para eso estábamos, a veces me iban a traer de la cancha, esa era mi diversión, tenía 14 añitos (Matilde, 2015).

Como se señaló hace un momento, la situación del tiempo para sí mismas había que terminarlo cuando de entrar a la cocina se trataba.

Ana: Yo echaba tortillas no te digo cuantas, cuando se hacían reuniones en la casa, ahí a veces llorando. Mi papá nada más se acercaba al comal a apurarme y también hacia tortillas cuando los guerrilleros andaban cerca, lo que pasaba es que era muy cansado y yo le decía a mi papá que no por eso no estaba con la guerrilla. (Ana, 2014).

El hecho de sentirse cansada, como lo refiere Ana era otro aspecto como también pensar por parte de los padres que por no querer cocinar no estaban con la guerrilla, finalmente el sentir que está actividad era muy importante como para merecer un agradecimiento por parte de su papá, y luego sentirse apurada al tiempo que sabía que todavía le faltaba mucho con un tiempo reducido.

Martha: Hicimos comida para llevarla a los guerrilleros que andaban en nuestro pueblo, a veces les ganaba la noche y por ahí se quedaban a dormir, me imaginaba el hambre que traían porque todos sabían que la mayoría de las veces solo una vez comían, pero todo a prisa, mi papá luego me decía, tu solo vas a hacer la comida y yo me tengo que ir a los cerros donde sé que se encuentran y yo a veces le contestaba a mi papá que la cocina y andar en los cerros era igual de valioso.(Martha: 2014).

El darle valor a la actividad que hacían dentro de la cocina, el sentirse reconocidas son aspectos que todo el tiempo referían las entrevistadas, finalmente el apoyo que ellas daban era demasiado importante ya que los alimentos son el motor de nuestro cerebro para poder seguir andando, el tiempo que disponían fue muy valioso tanto que dejaban de hacer las actividades que disfrutaban y que hoy les reconocemos.

Tener despensa para que se llevara a los campamentos guerrilleros: Dentro del núcleo guerrillero había un grupo al que se le había asignado la tarea de ir tanto a Atoyac como a diferentes pueblos de la misma sierra. Esto como bien podemos entender resultaba peligroso y podía demorar incluso días, si algunas personas les facilitaban ciertos artículos sería una actividad mucho más rápida. La mercancía que se surtía era arroz, café, frijol, maíz, toallas sanitarias y medicinas y si se podía conseguir pollo, carne y queso era mucho mejor.

Esta actividad la llevaron a cabo mujeres que nos contarán su experiencia y ellas son Guadalupe, Maribel, Alicia y Carmen quien nos cuenta como no solo le quitan los artículos que llevaba sino que la detienen por dos días con la idea de que les dijera en donde el núcleo guerrillero tenía su campamento.

Guadalupe nos comparte:

En los días en que todo estaba más tranquilo y el gobierno no llegaba a la sierra a hacer su fechoría, les conseguíamos pollo, carne, el queso seco para que no se les echara a perder, hasta medicinas. Esas por ejemplo las traíamos desde Atoyac y también las toallas sanitarias para las mujeres que

ya andaban dentro de la guerrilla. Del arroz, café, maíz y frijol les hacíamos unos sacos grandes y se los dejábamos en las tiendas de los pueblitos para que ellos pasarán (Guadalupe, 2015).

Guadalupe refiere que todo estaba más tranquilo en el año de 1970, y de lo que más se encargaba ella con otras mujeres es de hacer los sacos de café, aunque nos comparte que algunos campesinos les llevaban ya sacos llenos de café.

Por su parte, Maribel comparte:

Les juntábamos plásticos grandes por lo de las lluvias, galletas también y lo que hacíamos era ir a Atoyac, al principio en los retenes decíamos que teníamos tienditas ya después era muy difícil, un día se me ocurrió traerme tortillas del centro de Atoyac y me las tiraron, las pisaron con sus botas y lo mismo pasó con unas pastillas, las hicieron nada. (Maribel, 2015).

Maribel dice que era de las más audaces para que no le encontraran fácilmente artículos pequeños, ella se encargaba sobre todo de comprar toallas sanitarias y como bien lo señalaba compraba galletas, y en la sierra recolectaba fruta.

Alicia nos comparte acerca de las actividades que realizaba:

Estaba al pendiente de que la gente bajara para entregarles lo que habíamos juntado, nos preocupábamos mucho por las toallas sanitarias, y ahí estaba uno con el miedo en las tienditas de cada pueblo o a veces llegamos a entregar en las montañas, en ciertos caminos (Alicia, 2015).

Cuando ellas se adelantaban a tener listo cierta despensa como bien señala Alicia los tenían que esperar en las tiendas que había en cada pueblo, pero cuando tenían que verse en cierto paraje, tenían miedo de ser descubiertas y luego confiar en que quienes habían hecho el trato del lugar.

Carmen: En 1973 había retenes por todos lados, veníamos de moler el café, entonces uno de ellos nos dice que nos detuviéramos, y me empezó a señalar que cuando él estaba en los retenes de Atoyac seguido me veía, la

situación fue que me detuvieron dos días diciéndome que les dijera donde tenían los guerrilleros su campamento y que si éramos mujeres del profe Lucio, cuando ya casi llegábamos me dijeron que ya sabían dónde vivíamos y quien era mi papá. (Carmen, 2015).

Relatos como el de Carmen no solo lo encontramos en mujeres que apoyaron decididamente, si no en quienes nada sabían ni tenían que ver ni siquiera como base de apoyo y aun así el asunto de los retenes era enfrentarse a un interrogatorio que les causaba miedo

El ser base de apoyo en los aspectos que ya he señalado, a las mujeres las llenaron de experiencia, refieren que las hizo sentir que podrían dedicarse a otros aspectos, se sentían satisfechas de poder ayudar la causa, pero las mantuvo con miedo a ser desaparecidas, cuestión que el Estado hizo con sus padres, mientras que los hermanos eran guerrilleros.

De modo que mientras algunas mujeres, fueron partícipes del proceso guerrillero como bases de apoyo, hay quienes decidieron ser parte desde los campamentos y la clandestinidad. En el apartado siguiente abordaremos la vida cotidiana dentro de la guerrilla, conoceremos mediante testimonios las vivencias de mujeres guerrilleras de la década de los setenta en Atoyac, desde la forma en que se incorporaron, sus días en el campamento, su caminar en los espacios de la sierra, su sentir y emociones, sus días como combatientes guerrilleras.

2.3 La vida como combatiente guerrillera

La memoria no se opone en absoluto al olvido.
Los dos términos que se oponen realmente,
que forman contraste, son el olvido y la conservación;
la memoria es siempre y necesariamente
una forma de interacción entre los dos términos.

Tzvetan Todorov

La década de los sesenta ha quedado atrás, han llegado los años setenta y con ella diferentes cambios, tanto en la forma de pensar como de actuar. Distintas son las maneras de enfrentar esta década, como es el caso de Atoyac y la sierra, en donde la guerrilla era parte de lo cotidiano, aunque clandestino y de lo que se tenía que hablar en voz baja, encontrando así un equilibrio entre ser parte y pasar desapercibida por la demás sociedad.

Aunado a ello, el hecho de ser mujer y formar parte de un proceso guerrillero significó mucho, y ello lo veremos reflejado en los testimonios que conoceremos en este subcapítulo de mujeres que participaron en la guerrilla, que llevaron a cabo labores en el espacio geográfico que fungía como su campamento, de todas las actividades que realizaban, del día a día y de lo que significaba enfrentarse a los cambios que sugería el momento.

Las mujeres han hecho un esfuerzo en principio para recordar aspectos que tenían guardados para sí, sus historias las han ido modificando por protegerse a sí mismas, por evitar el dolor al recordar algún momento, por considerar que debería seguir siendo personas anónimas de las que no se sabe nada, más lo que hoy están viviendo. Estas premisas son meras especulaciones más, por ello ya que tenemos la oportunidad de conocer esta parte de su historia en donde nos cuentan aspectos cotidianos, de sus vivencias como guerrilleras dejaremos de especular y nos adentraremos al mundo en el que ellas estuvieron inmersas en la década de los setenta, desde su llegada al núcleo guerrillero hasta que finalizaron la etapa como combatientes.

Desde que conversé por primera vez con cada una de las cuatro entrevistadas, tengo que decir que tanto la manera como los momentos fueron diferentes. A cada una de ellas les compartí cuales eran mis inquietudes, luego un guion de entrevista y de a poco nos fuimos poniendo de acuerdo para llegar a la entrevista. Finalmente y tras varios meses de charlas, inicié las entrevistas con cada una de ellas, entendía que no era nada sencillo volver a recordar su militancia como guerrillera, sin embargo trabajamos varias sesiones, ya que ninguna de ellas había sido entrevistada y por otro lado del tema no se había vuelto a platicar dentro de la familia.

Desde diferentes perspectivas al ser entrevistadas, miedos también, las sesiones fueron fluyendo, así como sus relatos y con ello la historia que no han contado, que incluso su familia conoce parcialmente. El objetivo principal es conocer aspectos de su vida como guerrilleras, en este sentido las prácticas cotidianas se verán reflejadas, sus pensamientos y las reflexiones que hacen de cara al tiempo transcurrido. Sin duda todos los sentimientos y emociones fluyeron, se dejaron llevar por sus recuerdos y la memoria que estaba guardada como mujeres guerrilleras se hizo presente al hablar del Estado mexicano.

Finalmente se vieron así mismas, dialogaron con su experiencia, y con ello nos permitieron entrar a un espacio pero sobre todo al significado que ocupa el mismo. Desde lugares diferentes esta son las actividades cotidianas de Mónica, Eternidad, Teresa y Cristina.

Pensando en cómo era estar en un campamento con guerrilleros y creándose escenas tales como; árboles frondosos y altos, armas largas, mucha gente moviéndose por diferentes caminos y pisando hojas secas todo el tiempo, Mónica, quien ya tenía a un primo dentro del núcleo guerrillero, aprovechó su regreso después de haber estado un tiempo en el campamento, para pedirle que la dejara irse con él, ya que se quería unir a la guerrilla, fue tanta su insistencia que acepto llevársela no sin antes mencionarle que sería sometida al juicio de los demás para ser aceptada o no.

Lo que pasa es que yo aprendí a usar las armas desde los once años, mi abuelo me enseñó, cuando llegó mi primo aproveché para insistirle en que me quería unir, ante todo eran ideales, no andarse chingando porque, sí. Ya cuando llegué estaba lloviendo, era septiembre del '71, hicieron en la noche una reunión y ahí me presentaron, me acuerdo que cenamos y yo les contaba lo que sabía hacer, pero ya estábamos bien lejos del pueblo ya hasta arriba pues, y la verdad si lloré pero dije ni modo, te aguantas, ya estaba ahí y no solo eran que si los árboles, que si las hojas, era éntrale y chíngale, esto te lo digo como mi verdad, me impresionó la primera vez que llegué, tenía miedo, estaba como bloqueada (Mónica, 2015).

Mónica en repetidas ocasiones señalaba sobre su *verdad*, asumiendo que eso es lo que le había tocado vivir, de modo que, tres aspectos importantes surgen de este testimonio, el primero es que a su primo lo vio por última vez la noche que la trasladó, el segundo es que en la fecha que llega era un tiempo lluvioso asique recuerda que estuvo tres días con altas temperaturas, aunado a la tristeza y miedo que sentía y finalmente el bloqueo que duró recuerdo casi una semana. Delimitando esto, y viéndolo desde una mirada profunda en cuanto a emociones se refiere, Todorov señala:

El término de «verdad» puede ser útil aquí pero a condición de darle un sentido nuevo: no una verdad de adecuación, de correspondencia exacta entre los discursos del presente y los hechos del pasado, sino una verdad de revelación que permite comprender el sentido de un hecho. Un gran libro de historia no contiene solamente informaciones exactas, sino que nos enseña también cuáles son los fundamentos de la psicología individual, o aquellos de la vida social y política (Todorov: 2013, 6)

Cuando Mónica señala el término verdad, lo utiliza de manera aclaratoria en los eventos que le ocurrieron durante el lapso de tiempo que estuvo en el campamento guerrillero, el cual se prolongó a seis meses. Mientras tanto Eternidad, nos comparte momentos cotidianos relacionados al finalizar un día.

Antes de ir a descansar, dejábamos todo ordenado porque no sabíamos si de ahí, nos íbamos a mover durante la madrugada, que nos fueran a caer los guachos, o llegara a pasar otra cosa, Yo dormía en una hamaca que casi pegaba al río, con muchísimos árboles de por medio. Los primeros meses no pegaba el ojo, escuchaba todos los sonidos el que tuviera como insomnio verdad, hacía que por la mañana anduviera muy lenta en mis actividades y algunos compañeros se molestaran por eso (Eternidad, 2015).

Eternidad vivía en una continua sicosis, ya que aunado al miedo que le causaba que llegara el ejército mexicano y la mataran, sufría de constantes dolores de cabeza, esto porque de niña un grupo de judiciales entraron a la fuerza a su casa, acusando a uno de sus hermanos de secuestrador aunque tiempo después se comprobó que él no tenía nada que ver, y que solo lo estaban confundiendo. Mientras que a ella el día que se ha referido golpearon su cabeza contra las paredes de su casa, dejándola desmayada y con fuertes dolores de cabeza que se pudo tratar hasta la década de los años noventa.

Lo que refiere en su relato, es el espacio en donde dormía, un escenario de árboles y el sonido del río, lo cual en algún momento de la madrugada, hacía que se quedase dormida.

Eternidad estaba ahí, en la lucha, con todos sus miedos seguía creyendo lo importante que era combatir por la tierra que la había visto nacer, en donde había crecido y donde se forjaron sus ideales y pensamientos más profundos. La sierra era el lugar donde habitaba lo suyo y ella deseaba mediante la lucha dar a conocer que las mujeres rurales podían ir más allá del espacio que habitaban y que tenían que creer en ellas mismas y romper con sus miedos. Théboud asume:

“El siglo XX también es el siglo en el cual las mujeres, cada vez más mujeres, toman la palabra y el control de sus identidades visuales; subrayan las implicaciones políticas de la representación, intentan romper los estereotipos y proponen múltiples vías de realización personal” (Théboud, 2000: 25)

Cuando Théboud habla acerca de cómo las mujeres intentan romper los estereotipos y tratan de realizarse personalmente, encontramos la historia de Teresa quien desde sus primeros años de vida fue una niña enfermiza, nos cuenta que en su organismo, una gripa normal correspondía a estar en cama durante un buen tiempo, por ello desde pequeña se le inculcó que tuviese cuidado sobre el trabajo en el campo, ya que sus quehaceres se reducían a las labores domésticas en un primer momento nos comparte:

Siempre fui una niña y adolescente bien enfermiza, a mí me daba una gripa y me tiraba días enteros en la cama, lo que pasa es que yo nací a los siete meses de gestación de mi madre, entonces me enfermaba por todo y eso hizo que nunca me enseñaran nada del campo porque siempre me decían que me enfermaría, así que pa echar tortillas si estaba buena, pa barrer toda la casa, desde los ocho años me hacía cargo de la casa, todo lo que en ella se hace, yo lo aprendí, le lavaba la ropa a mis hermanos, a mi papá, pero del campo nada, y eso si me ponía en enojo y como. (Teresa, 2015).

En tanto Teresa sintiéndose molesta y dolida por no poder ser parte de las actividades cotidianas del campo, especialmente lo referente al cultivo del café, recibe en su casa la visita de una mujer quien buscaba a uno de sus hermanos y al no encontrarlo, inician una conversación donde le habla de la naciente guerrilla. Era entonces el año de 1970, y lleva a cabo lo que anteriormente señaló Théboud, rompe los estereotipos marcados por su familia, y una de las vías de realización personal es precisamente la lucha guerrillera.

Ya para ese entonces había cumplido 15 años, ella llegó cuando estábamos en la partida de pastel, recién se habían ido todos, entonces yo no sé pero si fueron como unas tres horas de plática con ella. Lo primero que pensé cuando se fue, es porque mis hermanos si podían hacer tantas cosas como esta, y yo solo la casa, no se me hacía justo que lo único que yo supiera eran todos los caminos de la sierra, y eso por andar buscando a las curanderas es que me les puse a mis papás, hermanos, les dije que me quería ir con ella, que me quería unir a la lucha guerrillera y que allá me iban a enseñar lo que ellos no me enseñaron (Teresa, 2015).

Finalmente Teresa se va a escondidas de sus padres, dejándoles una carta, explicándoles sus motivos y prometiéndoles que volvería al cabo de seis meses, y cuestionándoles porque no la dejaban aprender las labores del campo y cargarle las labores domésticas a ella, y el hecho de que no se opusieran por ejemplo a que ella le lavara la ropa a sus hermanos.

Es que eso era lo que más me molestaba, porque el frío en la sierra en ese tiempo te calaba los huesos y a ver porque no se oponían, porque no lo hacían ellos, eso me hacía más daño por eso en la carta les digo que me permitan vivir mis experiencias, que eso era lo que yo quería, y les reclamo como esa desigualdad que yo sentía. Yo conocía todos los atajos de donde estábamos ubicados, sabía hasta donde había arroyitos o por ejemplo donde estaban los cerros más elevados, luego también bajé por lo mismo varias veces por despensa. Anduve descalza en las hojas secas, a mis compañeros luego les decía que era más fácil ser hombre porque siempre

hacían lo que se les pegaba la gana y nunca nadie les decía nada, no es que fuéramos diferentes es que la familia así te lo hacía ver, te lo inculcaba, (Teresa, 2015).

De modo que Teresa se va definiendo, puesto que su mayor logro era haber podido salir de su casa y que ahora el campo fuese su hogar, encontrarse a sí misma y hacer actividades que en el espacio de su casa no las podría hacer. Finalmente reflexiona y se cuestiona todo el tiempo en las diferencias que marca la sociedad entre hombres y mujeres, y mediante su decisión asume su identidad, se reencuentra con su individualidad y se construye a partir de las relaciones que va forjando dentro del núcleo guerrillero. Ante esto Larraín considera:

“El concepto de identidad no corresponde a una esencia innata o a una conceptualización proveniente desde la mismidad individual, sino más bien corresponde a un proceso de construcción social, por medio del cual los/as individuos/as se van definiendo a través de interrelaciones simbólicas con el resto” (Larraín, 2013: 132)

Este proceso de construcción social para el caso de Atoyac y la sierra, por supuesto no fue igual para todas las familias, mucho menos para cada persona, quienes mediante sus ideales y pensamientos se fueron conduciendo hacia su participación en el movimiento guerrillero, esto porque había familias como las hay ahora que sus principios y valores podían más que considerar ser partícipes de la guerrilla. Tal es el caso de la familia de Cristina quien nos comparte primero aspectos familiares que inciden en su participación como guerrillera y justo después nos habla acerca de una de sus actividades cotidianas una vez que es parte del grupo.

Mi papá y mi mamá si estaban de acuerdo con la guerrilla pero nos decían que no podíamos andar por allá con ellos y con armas, entonces nos vamos para Atoyac y a las huertas solo iban en tiempos estipulados. Mis papás eran muy moralistas, decían que si la gente se enteraba que sus hijos andaban ahí, que iban a decir, hasta que en una de esas los guachos incendian una de las huertas. Es ahí donde nos dan en toda la madre, tanto a nuestra economía, nos fuimos para abajo. (Cristina, 2015).

Es entonces que los hermanos van a la sierra y Cristina aprovecha diciéndole a su papá y mamá, que ella con su hermana subirían para prepararles de comer a sus hermanos en el tiempo que estarían en San Vicente de Jesús, población en donde se encontraba su casa y sus huertas.

Cuando llegamos los primeros tres días nos ocupamos de ver que se podía hacer en la huerta, y yo por mi parte busqué al ex novio de mi hermana quien ya había tenido un acercamiento con algunos guerrilleros pero por su problema con el asma no se pudo quedar dentro, y te estoy hablando del año 72 cuando yo ingreso al grupo guerrillero, lo que más me gustaba eran las reuniones por la mañana, me gustaba porque nosotras también podíamos hablar, aunque a veces ya no hubiera opciones las propuestas estaban y ya, dábamos nuestra opinión y era bueno eso, porque allá afuera la gente estaba sufriendo y el gobierno Figueroista, porque aunque pusieran otro nombre como gobernador, finalmente esa familia era la que decía lo que se tenía que hacer (Cristina, 2015).

Lo que nos comparte Cristina de su entrada a la guerrilla, es que finalmente el ex novio de su hermana, con quien seguían teniendo una buena relación, es quien le ayuda a ser parte del núcleo guerrillero, y a quien ya conocían, por tanto facilitó la ubicación hacía donde tenían que dirigirse; es decir donde se encontraba el campamento en esos momentos. Una vez siendo parte, nos habla de las reuniones que se hacían en la mañana, aún con los acuerdos ya tomados en la reunión por las noches, pero sobre todo celebra el hecho de que pudieran opinar, aunque fuera sobre lo que ya habían propuesto sus compañeros. Esto por supuesto en el entendido de que se podían desenvolver en un espacio que ya no era la casa familiar y que si bien finalmente no daban propuestas podían discutirlo, opinar sobre aspectos que formaban parte de la lucha hacía el gobierno estatal y federal.

Esto a Cristina la ponía contenta, sus nuevas actividades como integrante de la guerrilla la situaban en una nueva forma de enfrentar sus emociones, a la guerrilla se había ido con miedo y eso mismo la movió a luchar, en lo que ella llama incertidumbre. En base a lo planteado por Cristina, Elizabeth Jelin (2002), asume que en el Cono Sur, la principal causa por la que las mujeres fueron parte de las guerrillas es por darse cuenta que sus derechos humanos estaban siendo

pisoteados, mientras tanto para el caso de México y específicamente de la costa-sierra guerrerense, es Cristina un ejemplo de ello mismo, ya que al ver la huerta de sus padres hecha nada, la incita aún más a ser parte de la lucha como combatiente y a partir de ahí ser guerrillera.

En relación a lo que nos compartió Cristina sobre lo importante que eran para ellas las reuniones sobre las propuestas, esto en relación por ejemplo a los caminos que se iban a tomar, sobre quienes harían las guardias, quienes cocinarían entre otros elementos que no dejaban de ser importantes en la organización Jelin reflexiona:

“El modelo de género presente identifica la masculinidad con la dominación y la agresividad, y una feminidad ambivalente, que combina la superioridad espiritual de las mujeres, con la sumisión y pasividad frente a los deseos y órdenes de los hombres, también en el movimiento guerrillero había dificultades para integrar la feminidad de las mujeres militantes” (Jelin, 2002: 101).

De modo que, ahí estaban las mujeres ya en la lucha, tanto dentro de la guerrilla para hacer notar su presencia y lo que podían aportar, como también dar a conocer lo que sabían, más allá de los quehaceres domésticos, ahora manejaban armas, tácticas para no ser descubiertas, organizaban en equipos, participaban en discusiones sobre ciertos puntos, su opinión era escuchada, aunque hasta ahora no hemos leído que tomaran decisiones dentro de la organización, aunque sí en el combate, en los caminos por donde se tenían que esconder y por ahora estaban desafiando incluso a su propia familia y lo que de alguna manera les habían inculcado, principalmente: “las mujeres son para estar en la casa, en los quehaceres y echando tortillas” (Cristina, 2015).

Pero ¿Qué fue lo que pasó con estas cuatro mujeres? ¿Cómo es que dejan de ser parte de la guerrilla? ¿En qué momento coinciden sus historias?

Después de los aspectos cotidianos que nos compartieron y que significaron mucho para cada una de ellas, a continuación nos hablan de las principales actividades que llevaban a cabo, en un tiempo no mayor a dos años en los que

estuvieron dentro del núcleo guerrillero. Hacía el final de este tema creamos un diálogo entre ellas sobre lo que les significó ser guerrilleras.

La actividad que más desarrolló Mónica fue:

Limpiar las armas, porque aunque cada uno era responsable de su arma, a mí me gustaba limpiarlas y aunque anduviéramos fuera del campamento yo las andaba limpiando (Mónica, 2015).

En el caso de Eternidad:

Hacía guardias nocturnas, casi me estaba especializando por mis problemas con el insomnio y porque escuchaba los ruidos con bastante facilidad, el tiempo que estuve dentro fue lo que más hice y también hacía las cortinas de costales que servían para que no salpicara el agua y luego para que las parejas que estaban ahí tuvieran un poco de privacidad (Eternidad, 2015).

Teresa que se sabía bien los caminos de la sierra para llegar a Atoyac e incluso a Técpan.

Me encargaba de guiarlos aunque yo no saliera en ese grupo, les decía hasta que iban a encontrar, por ejemplo que árboles, sabía cómo llegar más rápido hasta Técpan, en donde podían descansar, como salir hacia los pueblitos que dan a la carretera federal, y como no podía estar en todos los grupos ahí iba enseñando a otros compañeros que también eran muy buenos, en una de esas cuando ya se estaba poniendo más pesado nos quisieron emboscar y pudimos salir por Alcholoa hacia la carretera federal y nos escondimos en una huerta de mango, ahí estuvimos tres días lo bueno que había mango y de ahí sabíamos bien los caminos que podían estar sin retenes (Teresa, 2015).

Cristina quien leía y escribía muy bien se encargaba de organizar las actividades, a continuación nos comparte:

Lo que pasa es que yo hice muy buena relación con uno de los compañeros más cercanos al profesor, asique empecé a llevar eso a papel, llevaba como un archivo, el cual por cierto lo quemaron cuando llegaron de sorpresa a uno de los campamentos y los que ahí nos encontrábamos

salimos rápido procurando la comida que teníamos, nuestras armas y salir lo más rápido que pudiéramos (Cristina, 2015).

Después de compartirnos las actividades que con más frecuencia llevaban a cabo dentro de la lucha campesina que habían decidido emprender, las cuatro nos hablan de sus vivencias como guerrilleras, de lo que significó esta etapa de su vida, y finalmente de aspectos privados en la cotidianidad de la sierra, en el ir y venir dentro de un movimiento en el que, coinciden las cuatro, jamás imaginaron que trascendería incluso las fronteras de México.

Mientras que Mónica y Cristina, deciden hablar sobre sus días de menstruación y de cómo era bañarse, Teresa y Eternidad hablan de cómo es que se enamoraron dentro de la guerrilla, los riesgos que asumieron e incluso lo que esto conllevó dentro del movimiento guerrillero. Teniendo entre 15 y 17 años, en sus relatos hemos visto que todas tomaron la decisión de sumarse como guerrilleras, cada una tenía un motivo principal para ser parte, esto significaba alejarse de la familia y emprender un nuevo viaje en el que vivirían diversidad de momentos.

Hoy no solo nos lo comparten, sino que desean hablar sobre estos momentos y lo que han representado. Sin que estuviesen físicamente presentes las cuatro, observemos como es que al compartirnos sus vivencias, convergen y crean una conversación entre ellas mismas, incluso en sus largos silencios. A continuación cuatro guerrilleras nos muestran la privacidad de su vida en la década de los setenta entre ríos, caminos llenos de hojas secas, tierra mojada, pero con la firme convicción de que también eran seres humanas y aunque sus sentidos estaban más despiertos que nunca, por las condiciones de lucha en las que se encontraban, estaban vivas y eso implicaba sentir, entre emociones y diversos estados de ánimo, dan cuenta de sí mismas.

Mónica nos comparte:

La verdad es que para mí, eran muy difícil mis días de menstruación, dos meses antes de irme me ponía lienzos con tela para pañal de bebés, que era bastante común que las muchachas se lo pusieran solo que en mi caso, mi mamá nos compraba toallas sanitarias, pero a mí se me metió la idea de

que en donde iba a andar quizás no había, asique me tenía que acostumbrar, ya estando dentro pues si había, me acuerdo que cuando andaba así, cargaba como cinco toallas en mis bolsas del pantalón y lienzos, lo que si era difícil era bañarme en el río, porque a una le daba como vergüenza verdad, aunque los compañeros anduvieran en sus cosas pues luego volteaban, con las compañeras montábamos nuestros baños con costales y nos poníamos agua en cubetas (Mónica, 2015).

Desde que conversaba con Mónica sobre su vida dentro de la guerrilla, ella hacía mucho énfasis en aspectos referentes a su cuerpo, a lo que implicaba estar dentro de una guerrilla rural, como por ejemplo los baños improvisados, pero ante todo el pudor por ser vistas bañándose y encima menstruando, sin duda Mónica desde antes de entrar como combatiente a la guerrilla, ya estaba cambiando ciertos aspectos de su vida, tales como empezar a usar lienzos pensando que en el escenario de la lucha armada quizá no habría toallas sanitarias; finalmente se estaba preparando para los tiempos que venían.

Cristina: Pero por ejemplo yo no quería ni que me tocaran, quería no estar ahí, ay no sé era muy penoso porque me bajaba muchísimo los tres primeros días y luego a veces me daba temperatura y me decían andas en tu regla o estás enferma? Porque me veía más blanca de lo que estaba, toda paliducha, en esos días muchas veces quería estar en mi casa, me sentía como una niña chiquita, pero no había mucho tiempo para sentirse así, había una extraña incomodidad y una nostalgia muy dura que me daba por escribir, casi siempre cosas tristes, como un cielo nublado (Cristina, 2015).

La mamá de Cristina cuenta que desde pequeña era bastante reservada, cuando muestra lo que escribió estando dentro de la guerrilla, su madre se sigue sorprendiendo, incluso Cristina recuerda los momentos en que escribió y considera, que es el recuerdo más grande que tiene de sus momentos como guerrillera y por tanto no autorizó que fueran publicados, en esta investigación, sin embargo el poder tocar aquellos papeles con olor a café, y deteriorados por el paso del tiempo fue agradable y un gesto por parte de Cristina.

Escribir significaba la forma de transformar su nostalgia en algo que le perdurara toda la vida, representaba su propia terapia y por ende la fortaleza más grande para enfrentar su *extraña incomodidad*.

Teresa: A los seis meses más o menos de estar dentro me enamoré de Ricardo, él era de Atoyac pero había vivido mucho tiempo en Durango, así que me contaba mucho sobre la vida por allá y como que tratábamos de coincidir en las actividades, me gustaba que era de los que más le entraban a la cocina, a limpiar, se la pasaba hablando de animales, amaba la naturaleza, hasta que me dijo: yo no me quiero enamorar de ti porque eres una compañera y así no va a resultar, porque para él, primero estaba la lucha, cuando decido salirme por mis problemas de alergia, él me escribió un poema y una carta tan bella que me quería quedar pero yo ya no podía seguir (Teresa, 2015).

Si bien el gusto era mutuo, él no se decidía a iniciar la relación principalmente y como ya lo señaló Teresa, porque la lucha era muy importante y era prioritario para Ricardo, finalmente están juntos un año, a pesar de la resistencia de su pareja por darle más atención a la guerrilla, y finalmente querer seguir con la relación, hasta que Teresa sale de la organización porque padecía de alergia al polvo y a la humedad y cada vez, su salud se deterioraba más. De porque se refiere así a la pérdida de él, hablaremos al finalizar. El último conversatorio es con Eternidad, quien nos comparte como es que se va dando la relación con Lorenzo, su pareja dentro de la guerrilla.

Eternidad: Me tocaron tres guardias seguidas con él y fue el pretexto para irnos conociendo, él me contaba que quería estudiar ingeniería agrónoma, yo le contaba que quería estudiar diseño de modas, él se reía y me decía que empezara poder confeccionarles los uniformes de costales, hasta que un día nos besamos y empezamos a hacer planes para irnos a la ciudad de México, a la siguiente nos dijimos nuestros nombres reales, ya esto era bastante porque hablábamos de las familias y eso no pasaba ahí. Se hizo una pequeña reunión con el profe Lucio porque él (la pareja de Eternidad) se negaba a que anduviéramos en grupos separados, el profe decía que no había ningún problema que anduviéramos en el mismo grupo, eran un grupo de compañeros que hicieron el problema, estuvimos juntos, hasta que lo perdí cuando fueron a rescatar a Figueroa (Eternidad, 2015).

A diferencia de Teresa y Ricardo, Eternidad y su pareja luchaban porque no los separaran, la relación se fue dando, tanto que ambos conocían la vida familiar del otro, empezaron a hacer planes. La relación era vista tan formal que ciertos compañeros estaban pidiendo que la cambiaran a otro grupo y pidieron una reunión con el profesor Lucio, el cual aceptó la relación y dejó claro que no tenían que cambiar puesto que no había causado ningún problema.

A decir de las mujeres participantes en la guerrilla, el profesor Lucio era importante para quienes mantenían una relación amorosa dentro del núcleo guerrillero, porque él estaba al tanto de quienes estaban en pareja, al punto de que podía decidir, si “estaba bien”, que una relación siguiera, Eternidad reflexiona y nos comparte sobre ello.

Una vez que él sabía sobre la relación era como un alivio y cuando las personas sienten amor, nada ni nadie debe dar como el visto bueno, si ya están en una edad en donde no se pueden contener los sentimientos, sin embargo sé que el profe tenía que cuidar todos los aspectos y eso sí nunca fue irrespetuoso, pero fue incómodo como que alguien dijera si estaba bien en ese momento enamorarse y tener pareja o no (Eternidad, 2015).

Es evidente que a Eternidad no le parecía que ante una decisión que ella había tomado junto a Lorenzo, de ser pareja, tuviese que pasar por reuniones en donde se hablaba sobre si se podía tener pareja, o bien la relación que llevaba cierto tiempo podía seguir en curso. Aunado a ello mientras el profesor Lucio aceptara la relación, las dos personas podían estar tranquilas, dado que ya habían pasado por el proceso de aprobación para que estuvieran en relación sin ningún problema.

Al final y bajo la represión por parte del Estado mexicano, por rescatar a Rubén Figueroa¹⁰ y dado que ya había menos personas en el núcleo guerrillero, se tuvieron que dividir y es ahí donde ocurre no solo la separación momentánea, sino para siempre con la muerte de Lorenzo.

¿Qué pasó con estas cuatro mujeres, después de su participación en la guerrilla?

En el año de 1974 y tan solo a unos meses de que Teresa había salido de la guerrilla, Ricardo escapó de una emboscada por parte de la Marina mexicana en

¹⁰ El 30 de mayo de 1974 Rubén Figueroa (quien era candidato a la gubernatura del estado de Guerrero), sostuvo una reunión en la sierra de Atoyac con Lucio Cabañas. Junto con sus acompañantes se quedó por más tiempo ahí. A esto Rubén Figueroa le llamó “secuestro”, la cuestión aquí, es que el Estado mexicano con el fin de liberar al candidato, sembró miedo y terror en la población al ser cercada por todas las fuerzas tanto militares como marinos y policía municipal. “Cuando según la guerrilla había secuestrado a Rubén Figueroa entraban a todas las casas, para buscarlo, y luego violaban mujeres, niñas, nos golpeaban. Nos juntaban en las canchas, nos desarmaron, y por si fuera poco quemaron nuestras huertas, que era nuestro patrimonio. Cuando ellos llegaron, fue de los duros que vivimos, porque si la guerrilla tenía a Rubén Figueroa, entonces ¿Por qué entrar a nuestras casas? Y lastimarnos de esa manera” (Mercedes, 2015).

uno de los poblados de la sierra, se logran ver en Acapulco, para partir juntos precisamente a Durango, en una de las calles cercanas a la terminal de autobuses, los detienen junto con sus pertenencias. A partir de ahí los llevan a una cárcel clandestina a Pie de la Cuesta, donde los tienen dos meses, siendo víctimas de torturas, hasta que los separan.

A Teresa la dejan abandonada en una casa en pleno centro de Acapulco, y no sabe más de Ricardo hasta que logra salir de esa misma casa y contactar a su familia, quienes le dicen que la última vez que alguien lo vio fue en el cuartel militar de Atoyac, bastante deteriorado, sin poder hablar por la tortura a la que había sido sometido. Hasta ahora no se sabe nada de Ricardo y en el caso de Teresa emigró en 1975 a otro estado de la república donde estuvo hasta el año de 1989, que fue cuando regresa a San Vicente de Jesús su pueblo natal en la sierra de Atoyac.

Mónica, Eternidad y Cristina son detenidas y desaparecidas, puesto que sus familias no sabían dónde se encontraban, esto en el lapso de los primeros seis meses del año de 1975, todas son torturadas y llevadas a cárceles clandestinas en Pie de la Cuesta, excepto Mónica, quien estuvo un mes en una casa que funcionó como cárcel clandestina en la sierra de Atoyac, donde ella refiere que la gran mayoría de las personas que ahí se encontraban eran hombres y en donde la dejan abandonada junto con otras tres personas.

Y señala que:

Más o menos a la semana de que no se aparecían a torturarnos, empecé a contar 17 días y a los 18 días como pudimos salimos de ahí al clarito, pensamos que eran como las cinco de la mañana, esa horrorosa casa estaba entre cafetales, de tanto caminar, que fue casi un día, fuimos a dar al Ciruelar, donde buscamos a una prima, quien nos apoyó y escondió por un mes (Mónica, 2015).

Entre un cambio de cárcel clandestina a otra, finalmente a Cristina la dejan abandonada en una casa que estaba en pleno centro de Acapulco:

Yo escuchaba como decían que ya no había tiempo, que después regresaban a terminarme de matar, porque de todos modos ya tenía una semana sin que siquiera me dieran agua, yo estaba en los huesos, pero gracias a dios nunca regresaron, casi arrastrando salgo de esa casa, me aventé por las escaleras porque estaba en un segundo piso, salí a la calle y cuando yo desperté estaba en el cuarto de un restaurant, las personas del establecimiento fueron buenos, me salvaron (Cristina, 2015).

A Eternidad desde principio la señalaban como pareja del profesor Lucio Cabañas, esto hizo que la tortura fue especialmente inhumana, ya que era física, psicológica y sexual durante de tres meses día y noche, finalmente le dicen que la llevarían a dar un recorrido por la sierra de Atoyac y por cada uno que ella reconociera como guerrillero, le darían mil pesos los cuales le servirían para su “nueva vida”. Ni la llevaron a la sierra, mucho menos le dieron dinero, el fin de este tiempo tan horroroso para Eternidad termina en el mar.

De manera cruel me hicieron menos como mujer, es lo que más de duele y ha sido difícil superar, todo porque ellos suponían, que yo era la pareja del profe, no quiero ser específica pero te haz de imaginar lo que hacían con mi cuerpo, al que no solo golpeaban, las palabras que me decían, y lo que hacían que yo les dijera por eso elegí este nombre, porque el día que a mí me llevan al mar a ahogarme y puedo salir viva de ahí, me sentí eterna, algo en mí se sintió fuerte, el mar me limpió y no permitió que acabaran con mi vida, yo desperté en la barra de Coyuca, en ropa interior, con unos pedacitos de mi blusa, nunca hice nada malo (Eternidad, 2015).

Después de estos testimonios, damos cuentas como es que a estas mujeres les dejaron secuelas irreversibles en su cuerpo y organismo, pero sobre todo en su vida diaria. El trato inhumano al que fueron sometidas, incluyendo como es que violaron sus derechos humanos, es latente, puesto que nunca fueron presentadas ante un ministerio público.

Desde su detención se cometieron delitos de lesa humanidad que aunque el Estado mexicano siga sin aceptarlo, es como debemos llamarle a la desaparición forzada de personas, porque sus familias no sabían dónde se encontraban, y por ende ningún nivel de gobierno les daba información.

Si bien es cierto, estas cuatro mujeres pudieron terminar una carrera profesional, salir no solo de sus poblados, sino del estado de Guerrero, y en el caso de

Eternidad a otro país, ninguna de ellas previo a desarrollarse de manera profesional, deseó haber pasado por tan dolorosos hechos, donde se les trató de manera indignante y dolorosa.

Sus testimonios han sido reducidos en función de este subcapítulo, considerando omitir algunos aspectos de común acuerdo con ellas, y comprendiendo que hablar de una parte de su historia de vida que resulta tan dolorosa y sin palabras que la terminen por describir, no es por supuesto fácil.

Nos compartieron su vida como combatientes guerrilleras, desde como toman la decisión, aspectos cotidianos estando en combatiendo con las demás mujeres y hombres, el significado que le dan a todo ello, hasta el infortunio momento en que son detenidas-desaparecidas, torturadas y abandonadas a su suerte, hasta el momento del hoy en que como sobrevivientes del terrorismo de Estado de la década de los setenta nos pueden compartir sus historias.

Si bien es cierto hemos visibilizado a las mujeres como participantes en la guerrilla, ya sea como base de apoyo y combatientes ¿Qué pasó con la mujeres que no deseaban participar? ¿Cómo vivieron el proceso de la guerrilla estas mujeres? ¿Las huertas y la casa quedaron abandonadas para unirse a la lucha?

En un ejercicio entre teoría y testimonio, conoceremos a quienes se quedaron al frente de las huertas y la casa, quienes llevaban otro tipo de lucha, que también debe ser visibilizada, estas mujeres a continuación nos comparten sus historias, en un ambiente de represión desde siempre y de un olvido del gobierno mexicano hacía las tierras cafetaleras.

En Atoyac y la sierra, la década de los setenta es entonces la raíz de la lucha incansable de las mujeres por ser tratadas como seres humanas, como mujeres productivas y dignas de que sus derechos no se violentaran, mientras los hijos y esposos luchaban con un fusil, ellas lo hacían desde el escenario de su casa y las huertas de café. A continuación, dan cuenta de sí mismas.

2.4 Mujeres. De sus derechos no visibilizados y el estar para los otros

En el presente subcapítulo pretendo hacer un diálogo entre tres textos que he venido analizando, porque en ellos se trabaja con claridad categorías que estoy analizando en mi investigación tales como vida cotidiana, derechos humanos y género.

Las autoras desde diferentes perspectivas, ideas, incluso diferentes disciplinas han coincidido en la condición de las mujeres. Es el caso de las Antropólogas Marcela Lagarde y Rita Laura Segato y la filósofa argentina María Lugones, ellas refieren a los derechos humanos y de cómo los cuerpos de las mujeres han sido violentados, y esa misma violencia es parte de la cotidianidad, tanto, que lo asumieron, de modo que, “el género femenino ha vivido un trato humillante al sobrevivir ante la violación ya sea por tortura, esclavitud, violencia sexual, desnudez forzada y el entretenimiento sexual” (Segato, 2014: 19).

Para el caso de mi investigación, las mujeres formaron parte de la guerrilla de Atoyac de Álvarez, Guerrero. Algunas de ellas se quedaron al frente de la familia, de las huertas de café, en tanto sus compañeros participaban en la lucha guerrillera. Otras mujeres decidieron ser militantes combatientes estando en los campamentos, tomando las armas, y siendo base de apoyo, de modo que su decisiva intervención de cualquier manera no ha sido visibilizada. En este sentido el poder que el Estado mexicano, ejerció contra las comunidades y sus habitantes, trastocó su vida cotidiana y por ende la historia de vida de las mujeres de Atoyac y la sierra.

Es premisa dialogar, cuestionar y articular los planteamientos de Lagarde, Segato y Lugones con ciertos testimonios de mujeres atoyaquenses que padecieron, la violencia que el Estado mexicano perpetuo en su contra de los suyos.

Las mujeres atoyaquenses ha sido marcadas por lo acontecido a finales de 1960, esto es primero aceptar la decisión de que su compañero se enlistara en la guerrilla, y lo que ello implicaba. Las que eran niñas sufrieron por no ver a sus padres a menudo, aunado a ello el servir de bases de apoyo, si bien es cierto

porque muchas de ellas así lo decidían, es importante señalar que otras mujeres lo hicieron porque fueron obligadas, una de las actividades era la cocina y Estela refiere a esto: *No siempre tuve ganas de echarles tortillas a los muchachos, pero lo tenía que hacer* (Estela, 2015).

¿Antes no lo hacían en el entorno familiar? ¿Qué suponía servirles a personas extrañas? Estela señala que *no siempre*, otros días lo hizo con gusto, La cuestión es la disposición de tiempo de las mujeres, el tener que estar a disposición y dejar de hacer otras actividades. No era un gusto porque para Estela no era costumbre cocinar para desconocidos, en el interior de la familia lo hacía y refiere que: *antes hasta cantaba cerca del comal, echando tortillas y más cuando había queso fresco para hacerme un taco* (Estela, 2015).

Si bien ya la guerrilla había trastocado la cotidianidad de las mujeres, estos cambios se agudizaron por el terrorismo de Estado ejercido por el gobierno mexicano, en la década de los setenta, sobre todo en la etapa más álgida de la guerrilla, entonces se tuvo que optar por otra manera de vivir, ¿Pero, cuales eran dichas cotidianidades? *Salir a tomar el fresco, beber la taza de café a las cinco en el corredor, salir a peinarse y hacerse la trenza a mi amá mientras veíamos a la palomilla jugar* (Estela, 2015) no es que se quisiera renunciar, es que se tenía que hacer. Vaya manera tan drástica de cambio que la vida les presentaba.

Para referirme a la obediencia que asumían las mujeres, al tener que estar dispuesta a hacer actividades en las que no siempre estaban acuerdo o que de ninguna manera aceptaban, refiero lo que señala Marcela Lagarde como *La supremacía genérica de los hombres y su poder de dominio* (Lagarde, 2012: 44) Cuando hablamos de supremacía comprendemos que las personas que la ejercen suponen tener jerarquías absolutas de poder superiores a cualquier otra persona, en este caso fue de los hombres hacia las mujeres, si bien es cierto era el contexto campesino familiar de la época, esto no ha cambiado mucho ahora.

Entonces observamos como todo el tiempo ellas, se enfrentaban a cambios, porque desde que inició la guerrilla, ellas al aceptar que sus compañeros militarán, estaban conscientes de que se quedaban al frente de la familia ¿Qué era a lo que conllevaba esto? Hacer limpieza de las huertas, vender el café, quedarse al cuidado de los hijos, más las actividades que ya venía desarrollando. Por supuesto no fue una decisión familiar.

Por tanto, considero que había un cúmulo de actividades y de emociones que inevitablemente se salían de control:

Cuando él (su esposo) estaba en la guerrilla, porque pues él era de los que cargaban armas y luchaban, a mí en las tardes me agarraba una lloradera que de veras pues no me podía controlar, yo sentía que andaba en el peligro y luego se me juntaba el día a día con los niños. (María, 2015).

Ante la emergencia de la guerrilla, hubo cambios radicales, que trastocaron la vida cotidiana de las mujeres tanto en la sierra como en Atoyac, sin embargo, consideraban que era un proceso que se tenía que llevar a cabo y que apoyaron. Marcela Lagarde (2012) asume que todo movimiento social puede reivindicar el proceso de construcción de la humanidad. Claro ejemplo es el proceso guerrillero del cual hablamos, en donde hicieron valer sus derechos y su voz se escuchó.

Los múltiples movimientos y procesos sociales, políticos y culturales de las llamadas minorías -sujetos desplazados en el orden caduco y sujetos emergentes para el nuevo orden-, reivindican el fin del sujeto y la irrupción de múltiples sujetos y sujetas, como cualidad positiva e imprescindible en la construcción de una humanidad inédita ensamblada en la equidad. Al hacerse partícipes, sus nuevas voces, sus razones, sus imágenes y sus múltiples rostros, así como sus representaciones plurales, develan que, en los procesos de dominación, han sido expropiados de su condición humana. Su objetivo político y su sentido filosófico se concretan en cada caso, en lograr la resignificación positiva de sus especificidades

históricas, así como el poderío vital indispensable para existir y transformar el mundo. (Lagarde, 2012: 18).

Lagarde hace alusión al poder, para el caso de Atoyac, en la década de los setenta se estructuró a conveniencia de unos cuantos, y como ya hemos observado el principal objetivo era deshumanizar a las mujeres, violentarlas, sembrar miedo, terror, ¿el objetivo? Saber que hacían y donde se encontraban sus parejas, sus padres o sus hijos esto como simpatizantes y militantes en la guerrilla, a tal grado que como refiere Lagarde en la cita anterior *su condición humana, se ha expropiado*. El Estado mexicano la expropio.

Aquí es donde empiezan a ser violentadas en su cuerpo, en sus ideales, en sus tierras, en su familia en todo lo que las representa, en sus cotidianidades. Cuando les pregunto ¿Por qué cuando inició la guerrilla dejaron de hacer ciertas actividades que las hacían felices?

Porque sabíamos que iban a llegar los guachos, lo sabíamos y no estábamos preparadas, esa era la manera de prepararnos, porque apoyábamos la guerrilla a pesar de no estar de acuerdo en algunas cosas, había respeto para nosotras, pero desde que el gobierno y los guachos llegaron se sintieron dueños de nosotras y de lo nuestro. (María: 2015).

Desafortunado este momento en el que se enfrentaron con la represión y con las formas de violencia desatadas por el Estado mexicano.

Si bien es cierto los aportes de Segato se sitúan en la década de los años noventa, dos décadas después de lo acontecido en Atoyac de Álvarez, sus reflexiones nos permiten entender que la condición de las mujeres en el espacio temporal que sea, desafortunadamente siguen repitiéndose, de este modo adquiere importancia lo que nos fundamenta.

Pero lo que es más relevante para nuestro tema aquí es su coincidencia en la discontinuidad que se nota en el tratamiento de las mujeres y los niños en las nuevas formas de la guerra. Si las mujeres siempre fueron tratadas como “botín de guerra, el premio de la victoria, el objeto sexual de los soldados”, “sin embargo, la

forma extrema de generalización que presenta la violencia contra las mujeres como un fenómeno siempre idéntico, una constante antropológica, minimiza la extensión en que esto ha variado históricamente tanto en escala como en intensidad. (Segato, 2014: 22)

Si esa variación que señala Segato la trasladamos a la década de los setenta en Atoyac, esta hipótesis desafortunadamente se hizo efectiva, ya que la violencia ejercida fue creciendo a una escala tal, que es de conocimiento amplio las detenciones desapariciones que el Estado mexicano llevo a cabo, si bien es cierto no tenemos la certeza de la magnitud de la vejaciones hacía las mujeres, no es difícil comprender que al irrumpir en la vida cotidiana de Atoyac y la sierra, no fue precisamente para buscar una solución a las necesidades de las campesinas y los campesinos, sino para acallar voces de manera inmediata.

Los guachos y los de la marina llegaban, se sentaban y te decían (pausa y de manera sollozante señala) sírveme lo que tengas, pero con tortillas calientes, recién hehecitas me decían y varias veces me nalgueaban y yo ahora digo bueno pues que chingados porque me dejé, porque no tuve el valor de decirles que no lo hicieran, ay me iba yo a llorar a mi jardincito, con mis plantitas cuando se iban. (Ana, 2015).

Lo anterior, en el entendido de que se tenía que llevar al extremo la condición humana de mujeres, niñas y ancianas, para tratar de despojarlas de su dignidad al decidir sobre su tiempo, al darles una orden, satisfacer sus necesidades culinarias, tocar sus cuerpos sin su consentimiento, y finalmente queda en ellas culpa y dolor por no haberse defendido. En ese momento se sentían seres poderosos y gozaban por lo que hacían. Lugones señala:

La colonialidad del poder¹¹ introduce la clasificación social universal y básica de la población del planeta en términos de la idea de 'raza'. La invención de la 'raza' es

Se ¹¹ El paradigma de la colonialidad del poder formulada originalmente por el sociólogo-teórico Aníbal Quijano, a principios de los años noventa, señala que: "toda forma de existencia social que se reproduce en el largo plazo implica cinco ámbitos básicos de existencia sin los cuales no sería posible: trabajo, sexo, subjetividad/intersubjetividad, autoridad colectiva y naturaleza. La disputa continua por el control de dichos ámbitos acarrea la (re)producción de las relaciones de poder. Desde esta perspectiva, el fenómeno del poder se caracteriza por ser un tipo de relación social constituida por la co-presencia y la interactividad permanente

un giro profundo, un pivotar el centro, ya que reposiciona las relaciones de superioridad e inferioridad establecidas a través de la dominación. Reconoce a la humanidad y a las relaciones humanas a través de una ficción, en términos biológicos. (Lugones, 2014: 17)

Para el caso, el ejercer violencia contra la población de la sierra de Atoyac, los hacía sentir superiores, poderosos, veían campesinas y campesinos humildes los cuáles han sido inferiorizados en el referente nacional oculto, pero las mujeres doblemente, esto es, ser mujeres y campesinas. El Estado mexicano bajo sus instituciones represivas (Ejército, marina, policía judicial, motorizada), veía a personas preocupadas, implorándoles, gozaban estar en una actitud de dominio. Bastante era con tocarlas, ordenarles, decidir sobre su tiempo y espacio, el ser parte de las torturas hacía sus compañeros, padres, vecinos, finalmente seres queridos.

¿Qué tanto podemos llegar a comprender la violencia psicológica de la que eran parte las mujeres?

Cabe aquí señalar que no solo es por ello es que se insiste en el tesón que ante la adversidad desarrollaron las mujeres en la sierra de Atoyac sino ¿Cómo es que se puede vivir así? Y el cuestionamiento sigue ¿Se puede vivir así?

La estructura del poder se basa en relaciones, en las cuales se pueda dominar a actoras y actores sociales que decidan mantener el control en este caso de sus

de tres elementos: la dominación, la explotación y el conflicto. Estos tres elementos afectan a los cinco ámbitos básicos de la existencia social y son a la vez el resultado y la expresión de la disputa por el control de ellos, a saber: 1) El trabajo, sus recursos y sus productos; 2) El sexo, sus recursos y sus productos; 3) La subjetividad/intersubjetividad, sus recursos y sus productos; 4) La autoridad colectiva (o pública), sus recursos y sus productos; 5) Las relaciones con las demás formas de vida y con el resto del universo (naturaleza)"(Quijano, 1991) El paradigma de la Colonialidad de poder, que refiere María Lugones deconstruye lo señalado por Quijano, e investiga la interseccionalidad entre raza, clase, género y sexualidad con el objetivo de entender la preocupante indiferencia que los hombres muestran hacia las violencias que sistemáticamente se infringen sobre las mujeres de color, es decir, mujeres no blancas. Señala que: "esta indiferencia es insidiosa porque impone barreras impasables en nuestras luchas como mujeres de color por nuestra propia integridad, autodeterminación, la médula misma de las luchas por la liberación de nuestras comunidades. Esta indiferencia se halla tanto al nivel de la vida cotidiana como al nivel del teorizar la opresión y la liberación. La indiferencia no está provocada solamente por la separación categorial de raza, género, clase y sexualidad, separación que no nos deja ver la violencia claramente. No se trata solamente de una cuestión de ceguera epistemológica cuyo origen se radica en una separación categorial". (Lugones, 2008)

recursos, desestimar la existencia humana y llevarla al extremo, lamentablemente esto se llevó a cabo en la década de los setenta porque el Estado mexicano perseguía como único objetivo desestabilizar a las comunidades serranas, pero desafortunadamente en el estado de Guerrero podemos encontrar ejemplos vigentes del uso del poder y violencia de género en donde la vida cotidiana se trastoca de manera habitual y en cualquier momento los derechos que como humanas tienen las mujeres no son respetados.

Sin embargo, su ímpetu de lucha no cesa, pero seguirá siendo doloroso saber que ser mujeres, sea motivo para conocer el poder del Estado, pero también para reconocer y visibilizar su fortaleza, su lucha y digna acción, aunque sea cotidiana tratar de despojarlas, sobre todo, de su dignidad.

De modo que el siguiente subcapítulo, es de especial interés e importancia ya que abordamos dos historias de vida de mujeres que fueron guerrilleras y que ahora nos comparten las vivencias desde su infancia, se muestran así mismas, a su familia, ideas y pensamientos, sus amores, su experiencia como combatientes, veremos a dos mujeres reflexionar sobre esta misma vivencia como parte del movimiento guerrillero, su dolorosa historia como víctimas del terrorismo de Estado, hasta el día de hoy en que pueden hablar de ello y mostrarse, aunque esto no signifique que puedan físicamente hablarlo ante un público.

Graciela de Garay (2013) asume que; “conocer y explorar la historia del otro, resulta siempre atractivo porque se persigue encontrar lo diferente, lo excepcional, lo específico, lo singular que hace a ese individuo un ser único e irrepetible, a la vez que representativo de su contexto social, ya que al apuntar o descubrir la diferencia en esa vida, se descubre lo social”.

¿Qué representan las historias de vida de Mari y Marina en el contexto social de la década de los setenta? ¿En que radica lo singular de sus historias? Si bien es cierto Garay asume la importancia de las historias de vida de cada individuo, lo cierto es el descubrimiento y los hallazgos que podemos tener

si conocemos aspectos desde la infancia de un ser humano, de modo que conozcamos sus excepciones y finalmente lo singular de cada persona.

Nacidas en el seno de una familia unida, vivieron una juventud guerrillera y una madurez de momentos difíciles. De modo que entre señalamientos y pérdidas irreparables, ahora dan cuenta de sí mismas.

A continuación Mari y Marina nos acercan a su vida.

2.5 Historia de vida de dos mujeres guerrilleras en la sierra de Atoyac

La memoria sin duda depende del entorno social,
que la estimula o la desactiva.
No es posible pensar que los recuerdos obedecen
tan sólo a un proceso interior que permite
conservar nuestra memoria individual.

Eugenia Meyer

Visibilizar las historias de vida de las mujeres ha sido medular no solo en este capítulo, sino en toda la investigación. De tal forma que conoceremos como han percibido cada proceso y forma por la que han pasado, el sentido y significado que tiene la vida para ellas, así como toda la realidad social a la que se enfrentaron.

Se trata así de que ellas muestren su vida completa porque es importante conocer los aspectos, costumbres y vida familiar desde su infancia, sus primeros recuerdos sin duda son fundamentales en su formación como seres humanas.

Es decir ¿Qué aspectos identitarios podemos encontrar en su niñez que influyeron para que ellos decidieran ser parte de la guerrilla? ¿Cómo podemos entender la relación de María con su padre? Y en el caso de Mari, el aferrarse a encontrar a su papá.

Por tanto hay momentos de especial interés en la vida de estas mujeres que antes de ser guerrilleras estaban incorporadas a su vida. En principio, la forma de trabajo familiar, sus costumbres, y desde luego sus ideas y pensamientos.

¿Hay rupturas en la vida de Marina y Mari? ¿En qué momento surgen las continuidades?

Para darle respuesta a estos cuestionamientos es necesario acceder a la historia de vida de cada una de ellas desde el principio, es decir desde su infancia. Por tanto se consideró dejar en el cuerpo de la tesis por ser fundamental en tanto central para visibilizar no solo su experiencia guerrillera, sino antes y después de ella, porque la vida de una mujer que participó en un movimiento armado no solo debería ser vista desde dicha perspectiva, sino más allá: su vida familiar, su madurez y por ende el curso de una etapa a otra.

En el caso de Mari, se conoce sobre su lucha por encontrar a su padre, de su participación en la AFADEM (Asociación de Familiares de Detenidos Desaparecidos y Víctimas de Violaciones a los Derechos Humanos en México), sin embargo su experiencia como mujer guerrillera la había mantenido para sí, hoy que se ha decidido a hablar y compartir, significa que podemos conocer a la ser humana. Mari se dejó ver, hasta el momento en que ella lo decidió.

En el caso de Marina estuvo todo este tiempo de manera silenciosa, viviendo su vida, ella lo llama como una catarsis necesaria, para poder encontrarse a sí misma, sin necesidad de miramientos y señalamientos de las personas. En su caso como el de muchas otras familias en la década de los setenta en la costa y sierra de Guerrero, se trata de un difícil desplazamiento forzado¹² para poder protegerse y seguir vivos.

¹² Personas o grupos de personas que se han visto forzadas u obligadas a escapar o huir de su hogar o de su lugar de residencia habitual, en particular como resultado o para evitar los efectos de un conflicto armado, de situaciones de violencia generalizada, de violaciones de los derechos humanos provocadas por el ser humano, y que no han cruzado una frontera estatal internacionalmente reconocida. Para información más amplia revisar en: <http://cmdpdh.org/temas/desplazamiento-interno/>

2.5.1 Historia de Vida de Marina Santiago O´ Leary

A Titi, con amor

Lo que les voy a contar lo estuve meditando por algún tiempo. En seis meses que duró el proceso de pensar porque sería importante que yo les compartiera mi historia, o más bien de aceptar hablar, hubo un recuerdo que no me dejaba ni un solo día, era él de una mujer muy querida a quien vi morir, a quien cuidé como ella cuidó de mí, antes de partir me dijo que nunca me avergonzara de lo que, a partir de que ella ya no estuviera, yo tuviera que vivir, porque si yo hacía esto en donde se encontrara sería muy feliz.

Entonces esto que hoy les comparto se lo dedico a ella con todo el corazón porque ya sé que en la vida siempre hay que mantener un poco de ternura, a la vez de la dureza, pero estos días de recordar, me ha ganado la melancolía y he pasado por todas las emociones, yo no sé si esté bien, simplemente sé, que se aprende a vivir todos los días y que la vida se trata de propósitos y desde hace mucho tiempo me propuse tratar de ser feliz, aceptarme, quererme. Porque ella eso me enseñó y me amó como nadie jamás lo ha hecho.

Esta es mi historia y se las comparto desde lo más profundo de mí ser.

Mi nombre es Marina Santiago O´ Leary, desde pequeña me dicen Moi, porque mi abuela materna quería que me llamara Moira, una forma de llamarse María, pero a mi padre que siempre le ha encantado el mar se decidió por Marina, pero así solo me decían en la escuela y universidad. Nací en San Vicente de Jesús el 26 de diciembre del año 1954, a mi madre la asistieron dos parteras, una de ellas era del pueblo pero la otra señora y quien fue que me recibió, para entregarme a mi madre, venia de Zacatecas, ella era Titi, como cariñosamente le decía y quien me procuró mis primeros trece años de vida.

Soy hija de Darío Santiago, quien nació en Santiago de la Unión y se dedicaba al cultivo del café en Guerrero y al cultivo de la fresa en Zacatecas, así que como ya irán pensando nuestra vida era entre Zacatecas y Guerrero, por eso es que en todas esas idas y venidas yo creé un vínculo muy fuerte con mi Titi. Mi madre se

llama Doryan O'Leary, ella tiene ascendencia irlandesa ya que mi abuelo vino a México a hacer investigación de campo sobre las ciudades coloniales y es ahí donde conoce a mi abuela, finalmente se enamoran y de este amor nace mi madre así que tengo raíces de aquel país, por eso mi abuela se empeñaba en que me llamara Moira.

Tengo dos hermanos, Salvador y Alberto y dos hermanas Swonia y Arletty, de la familia soy la más pequeña, aunque mis hermanos se llevan un año y tres meses cada uno más o menos, en mi caso mis padres se esperaron un poco más asique entre Arletty y yo hay tres años de diferencia. Nuestra relación de familia siempre fue muy importante, mi padre nos leía mucho y desde pequeños nos inculcó eso mismo, el respeto a la naturaleza, y valores muy importantes sobre todo la humildad y sencillez, y que teníamos que compartir lo que teníamos.

Sin duda lo que más disfrutaba de niña eran los cortes de café en Guerrero y la cosecha de fresas en Zacatecas, ahora mismo puedo percibir esos aromas y me transportan a mi niñez sobre todo en la sierra de Guerrero y Atoyac que era donde yo estudiaba la primaria.

Pronto nos tuvimos que separar de mis hermanos, ya que ellos definitivamente se quedaron viviendo en Zacatecas con los abuelos, mientras las niñas crecíamos en Guerrero, sin embargo cuando mis hermanas terminaron la primaria también se las llevaron a Zacatecas, en mi caso después de que terminé la primaria me resistía a irme, a mi madre la ponía en aprietos porque ella junto con mi padre habían decidido que nos iríamos a Zacatecas definitivamente, quedándose mi papá en la sierra y teniendo que ir solo en temporadas a Zacatecas.

Definitivamente esto me dolía, siempre les decía que porque no me preguntaban qué es lo que yo quería, que porque decidían por mí, pero mi madre se tenía que ir a Zacatecas porque mi hermana Swonia, tenía un problema de tiroides que se le tenía que atender, y eso me ponía mal, me dolía que nos tuviéramos que separar, entendía que mi madre se tuviera que ir, de verdad lo entendía, porque mi hermana tenía que ser atendida, pero yo quería que ellos también hicieran lo

mismo conmigo. Yo había decidido quedarme con mi padre y que Titi se quedara a ver por mí, quizá era egoísta con mi madre porque ella sufría porque quería tener a sus hijas e hijos juntos, sin embargo me entristecía de solo imaginar mis días en Zacatecas.

El día en que se supone nos iríamos, yo me levanté y vi las maletas hechas y me salí corriendo con camino hacía las huertas, estuve toda la mañana encerrada en la casita que nos había hecho mi papá y me aferraba a no irme, me la pasé llorando, no quería dejar ese entorno, yo ahí era feliz, me encantaba estar con mi padre, acompañarlo, siempre me estaba contando historias, no me imaginaba mi infancia sin él, sentía que algo malo le pasaría, en cambio mi madre estaría rodeada de mis demás hermanos, de sus padres, entonces salí decidida de ahí a pedirle a Titi que se quedara conmigo, a rogarle a mi madre que lo entendiera, que yo no me quería ir, para mí representaba el primer dolor más grande de mi vida.

Cuando regresé a lo lejos vi en la puerta de la casa a mi padre, cuando me vio corrió a abrazarme y lloramos juntos, no dijimos nada, solo nos abrazamos y lloramos, nuestro vínculo era demasiado grande y fuerte.

Mi madre se acercó y me dijo que no me preocupara, que estuviera tranquila porque yo me quedaba, y que nos veríamos a la temporada que fuera mi padre. Este significó, después de luchar para que yo naciera, el acto más grande de amor de mi madre hacía mí. Nos fuimos todos juntos a Acapulco, de ahí mi madre se fue para Zacatecas, y nosotros mi padre, Titi y yo para Santiago de la Unión.

A partir de aquí, es el primer parteaguas en mi vida, teniendo diez años en el año de 1964, empiezo a darme cuenta de los problemas que tenían que enfrentar los pequeños productores de café, llegaba a las casas donde hacían las reuniones, cuando mi padre hacía reuniones en nuestra casa, yo anotaba en el pizarrón sus acuerdos, recuerdo que terminaba más blanca de lo que ya estaba de tanto gis blanco que utilizaba, son recuerdos muy bellos, que me sirvieron para formar mis ideales, pensaba que la gente era muy lista, sabían lo que querían pero el gobierno no apoyaba al campo.

Me daba gusto saber que mi padre compartía lo que tenía, hacía todo lo posible porque se beneficiaran todos por igual, él siempre decía que al menos él tenía de extra la cosecha de fresa, pero realmente todo eso era destinado para mi madre y mis hermanos, sobre todo por la enfermedad de mi hermana.

En este lapso de tiempo nos vamos con mi padre para Atoyac de nuevo para que yo pudiera estudiar la secundaria, porque en el caso de la primaria que estudié en la Juan Álvarez, mis hermanos y yo solo nos presentábamos hasta el jueves, y ese día en la tarde nos íbamos a Santiago de la Unión, pero ya para la secundaria mi padre decidió que solo subiríamos en la época de cosecha y mientras estaríamos en Atoyac con mis abuelos paternos apoyándonos en sus tiendas de abarrotes y yo estudiando, lo cual era muy importante para mi padre.

Ahí también creo un vínculo muy fuerte con mis abuelos, Titi seguía con nosotros, a ella le encantaba la sierra, la costa y amaba el mar. Nos divertíamos mucho y en ese tiempo de adolescencia, ella y mi abuela se convirtieron en una fortaleza para mí, me explicaron sobre mi menstruación, entendían mis cambios de humor, y sobre todo me amaban, me hacían sentirme querida y protegida. Me hablaban sobre el amor de pareja, sobre todo mi abuela, quien escribía poemas y luego yo se los recitaba, era muy chistoso, nos divertíamos tanto.

A finales del año 1966 empecé a darme cuenta que mi padre salía por las noches, casi siempre entre nueve y nueve y media de la noche, yo no me dormía hasta que regresaba casi a las once de la noche, hasta que a las dos semanas, le comenté a mi abuela y ella solo me decía que él iba a reuniones, eso por supuesto no satisfacía mi duda. Reuniones en la noche? Después empecé a ver como dos señores, a quienes yo conocía perfectamente empezaron a pasar por él, ya cada vez con más frecuencia a las nueve en punto.

Después mi padre tuvo que ir para la sierra cinco días, para arreglar situaciones de la huerta, y es entonces que yo aprovechaba por las noches que mis abuelos y Titi dormían para entrar a la pieza de mi papá y revisar la libreta, la verdad es que

nunca me la quise llevar a mi cuarto porque me daba miedo que mi padre llegara y la encontrara justo ahí.

En la libreta había muchas notas que él hacía referente a la cosecha de café, incluso sobre la fresa, hasta que en un apartado que él había hecho con un dobladillo de hoja, vi que había como varias órdenes del día, que se utilizan en las reuniones y varias fechas lo cual haciendo cuentas, era desde que yo lo había observado salirse por la noche de casa. Hablaba de que había problemas en la escuela Juan Álvarez, también hablaba de luchas sociales, entre otras cosas.

Y entonces me quedé con un montón de preguntas, porque durante los cinco días estuve revisando la libreta, para tratar de comprender, buscando algo que me diera un indicio de lo que estaba sucediendo. Un día antes de que llegara mi papá, yo me quedé dormida en su cuarto con la libreta encima, al otro día era de sábado, eran como las nueve de la mañana y sentí como algo flojo entre mis manos, desperté y era mi padre quitándome la libreta. Solo me miró, como cuando estaba molesto conmigo, siempre comprendía sus miradas, ese era otro diálogo entre nosotros, no me dijo nada y se salió.

Yo no sabía qué hacer, estaba muy nerviosa lo que hice fue irme al baño a asearme y me dirigí hacia la cocina, ese día ya no vi a mi padre, quien había tenido que salir hacia Acapulco, esta era la última semana de escuela antes de las vacaciones decembrinas.

No fue sino hasta pasada la semana que vi a mi padre, y con maletas listas nos dirigimos a pasar las fiestas decembrinas a Zacatecas, y como si supiera lo que venía, no paré de llorar antes de llegar a Acapulco y mi padre sin dirigirme la palabra y cuando quise hablar con él, pedirle disculpas por haber entrado a su espacio privado recuerdo que me dijo, que jamás entraría a mi pieza sin antes pedirme permiso, que jamás revisaría mis cosas personales porque yo me merecía respeto, y finalmente que no era lo que me había enseñado, también me dijo que ahora yo tenía más preocupaciones y todo por revisar algo que no me pertenecía y que por ahora me era difícil entender. Él estaba en lo cierto.

Hubo un silencio entre los dos, solo hablábamos lo necesario durante el camino, mientras yo me consolaba con Titi, me imaginaba mi vida de secundaria en Zacatecas y me sentía horrorosamente mal. Al mismo tiempo me sentía mal con mi papá, y sentía miedo por él, porque si algo le pasaba, yo me moría. Finalmente llegamos a la ciudad de México y ahí siempre nos quedábamos a descansar, antes de llegar a Zacatecas.

Después llegamos a nuestro destino, feliz de ver a toda mi familia, pasaron los días, pasó mi cumpleaños número trece, entre diversión y felicidad, en mí seguía la idea de todo lo que había leído y mi padre me castigaba al no esclarecerme nada. Finalmente se llega el momento de celebrar el fin de año y es precisamente el tres de enero del año de 1967, que enfrente otro momento difícil de mi vida.

Titi no se podía levantar de la cama, solo decía que su cuerpo le dolía y tenía bastante temperatura, ya en Guerrero, se había puesto un poco mal, pero nada que no la tuviera de vuelta después, llevaba días con dolores de cabeza, hasta el día en que no se podía levantar, finalmente la llevamos al hospital, le hacen una serie de estudios y la diagnostican con una enfermedad relacionada con las plaquetas, así estamos luchando junto a ella, durante tres meses, en ese tiempo yo ya estaba matriculada en la secundaria del estado, y nada me importaba más que Titi se sobrepusiera hasta que el quince de mayo de 1967, Titi fallece y con ella se van tantas vivencias de mi vida.

Ella había creado en mí, la maravillosa idea de que por sobre todas las cosas uno tenía que ser positiva y que siempre tenía la bendición de la comida, eso siempre me lo decía, ella me enseñó a dibujar, era quien me acompañaba a los festivales de la escuela y aunque bailara horroroso, se levantaba orgullosa a aplaudirme, ella significaba mi infancia completa, algo de mí se iba con ella, me sentía en una terrible soledad, pero la despedí como se merecía, consiente de todo lo que me había dejado y todos los bellos recuerdos de que a pesar de su terrible enfermedad vivimos, me dejaba que la consintiera, dándole su comida de avioncito, contándole cuentos, bañándola y peleando con ella cuando no quería

arroparse, dándole masajes y peinándole su cabello que aunque poco a poco se le caía sonreía cuando le decía Titi la pelona.

Titi solo se fue de mí tan solo físicamente, pero eso no lo entendí hasta los quince años, porque después de que ella falleció, luché para no caer más allá de una profunda tristeza que me llevaba a no salir más que a lo necesario de mi casa. En ese tiempo también mi padre iba y venía de Guerrero para Zacatecas, en ese tiempo de profunda tristeza también me puedo dar cuenta de lo que estaba pasando en Atoyac, y que las cosas no andaban nada bien por Guerrero.

En una de nuestras conversaciones y ya con quince años, mi padre me explica lo que yo había leído en la libreta, me comparte lo que está sucediendo en Atoyac y es que él sabía que yo entendía todo, que yo era una extensión de él, de sus ideales de justicia, él sabía que por sobre todas las cosas yo prefería el campo que la ciudad, que lo urbano me aburría, mientras que lo rural me hacía la mujer más feliz del mundo. Hasta ese momento no había tenido novio, los chicos que me invitaban a salir me aburrían porque no hablaban más que de cosas materiales y sin sentido, yo les hablaba de poesía, del campo y me tiraban a loca.

Es entonces que en el otoño del año de 1969 decido irme para Atoyac, mi madre poco podía hacer, porque sabía que no podía detenerme y a mí me produce una felicidad enorme poder regresar a la costa y a la sierra, donde fui muy feliz. En ese momento de la vida, siento que la tristeza por Titi, se convirtió en fortaleza, sentía que ya no podía pasar por otra situación más terrible, me sentía invencible.

Fui a buscar a mi padre, a estar en casa de los abuelos, empecé a leer muchísimo, me llevé bastantes libros de Zacatecas, empecé a escuchar trova, estaba reinventándome y creciendo, madurando. Cuando mi padre me ve, no puede esconder su felicidad, durante los siguientes días yo le pido que vayamos a Santiago de la Unión y así lo hacemos, es ahí donde me doy cuenta que mi padre está apoyando la guerrilla, él me habla sobre ser base de apoyo, recuerdo que llegan unas personas de Durango que se quedan en la casa, ya mi padre no se

escondía a hablar de todo eso, lo hacía frente a mí y sabía que yo estaba comprendiendo todo.

A la casa estaba llegando mucha gente, siempre con mucha cautela, entonces es ahí donde empiezo a llevar recados de un pueblo a otro, siempre acompañada de una de las personas que nos ayudaban en las huertas de café, hacíamos despensas y dentro de las bolsas que contenían frijol, poníamos los recados, ahí y en las reuniones por las noches fue mi primer acercamiento con el movimiento guerrillero, ya éramos parte de las bases de apoyo, ya estaba dentro y me empezaba a dar cuenta de las reacciones de la gente, quienes de manera sigilosa apoyaban el movimiento social.

Un buen día llega mi madre con toda la convicción de llevarme de vuelta a Zacatecas, en su estancia me decía que como era posible que no tuviera miedo de ir a entregar los recados y despensas, no solo a otras poblaciones sino a quienes eran guerrilleros, y entonces yo empecé a explicarle y de alguna manera que ella entendiera, porque las personas decidían apoyar la guerrilla, pero también entendía a mi madre, ella hace años ya no vivía en la sierra y había perdido esa sensibilidad por el campo, por la zona rural y no por mala persona, sino porque la vida la había llevado a estar solo para sus hijos e hijas, ese era su mundo desde hace años, aun así no duro mucho en comprender, pero tenía miedo por mi padre y por mí.

Así sucedía el tiempo hasta que una noche se oyeron unos disparos afuera de la casa, inmediatamente mi padre nos juntó tanto a mi madre y a mí como a los trabajadores que se encontraban en la casa, para estar en uno de los cuartos de la casa, y se oían ruidos hacía el patio trasero, gritaban *“cuida a tus huertas se pueden quemar solitas”*, tal parece que lo estuviera oyendo ahora. Mi madre entró en una crisis tremenda, estaba muy asustada, yo igual pero sentía furia, quería salir y gritarles lo infames que eran, porque mi padre todo el tiempo estuvo ayudando al pueblo, en muchos aspectos.

Los días pasaban y a partir de ahí, yo dejé de llevar y traer recados, ya tampoco iba casi a las huertas de café, mi madre insistía en irnos ya y yo no quería, mi padre empezó a fumar hasta tres puros por día, sentí entonces que las cosas empezaban a cambiar, el ambiente ya no lo sentía igual. Hasta que una tarde llegaron cinco personas dos mujeres y tres hombres y uno de ellos era uno de mis tíos, hermano de mi padre, su mirada no me gustó para nada, no solamente la de él sino la de las demás personas.

Nos sentamos a la mesa para comer y es ahí donde nos dicen que nos tenemos que ir, que estaban preparando una emboscada para mi padre, ya que en los siguientes meses habría una convención de cafeticultores en El Paraíso, y de camino hacia allá matarían a mi padre es ahí donde las dos señoras me piden que ya no salga ni siquiera a la puerta de la casa, mi madre entra en una crisis tremenda y yo desde ese momento del día ya no pude estar más quieta.

Salimos de la sierra, de Atoyac, de Guerrero huyendo, el 26 de febrero del año 1970 a las 5: 00 am de la madrugada, para mi madre, era volver a respirar, pero para mi padre y para mí, era lo más triste que nos estaba pasando porque estábamos huyendo de un lugar que nos hacía felices, huyendo para que no nos mataran, éramos como delincuentes tratando de que no los encontraran.

Me iba sintiendo una impotencia y en mi cabeza solo rondaba la vez que dos hombres llegaron a la casa, para hacerme unas encuestas que tenían que ver con la CONASUPO (Compañía Nacional de Subsistencias Populares), y con la cabeza rapada, se veía donde se asomaba un poco la cadena que portan los militares en su cuello, y mientras uno me preguntaba, el otro trataba de ver hacia adentro de la casa. Esto lo hicieron por un mes, hacían una visita por semana, mientras que a los demás habitantes del pueblo no les pedían ningún tipo de información.

Salir así fue doloroso, era un desplazamiento que no queríamos a hacer, que nos ponía muy tristes, pero nuestra vida valía mucho y mi padre pensando en mí y en toda su familia decidió que nos teníamos que salir.

A partir de ahí, nuestra vida familiar y por supuesto la mía cambio por completo, para empezar, todos nos fuimos a vivir a la ciudad de México, ahora estábamos juntos de nuevo, mientras mis hermanas, mis hermanos y mi madre eran felices en nuestra nueva vida en la ciudad, mi padre y yo no nos hallábamos, sin embargo sabíamos que teníamos que poner de nuestra parte porque no podíamos volver y de alguna manera o de otra estábamos al pendiente de lo que sucedía en la sierra porque las personas que mi padre había dejado encargadas tanto de la casa como de las huertas nos ponían al tanto, así como nos llevaban costales de café hasta la ciudad de México, para que no nos faltara.

El lugar que más me encantaba era una pequeña terracita que teníamos en la casa desde donde se veía algunos edificios del distrito federal, me subía a tomar mi café y a escribir todo lo que sentía y de esa manera sobrevivía.

Mi hermano el mayor puso una pastelería, ya que había estudiado para chef, especializándose en postres y bebidas calientes, entonces empecé a trabajar con él mientras iniciaba el proceso para entrar a la universidad a estudiar literatura, que era la licenciatura que había decidido estudiar.

Estando ahí un buen día conozco a Manuel, después se hizo costumbre que a las cinco de la tarde siempre pasaba por un café con leche y pay de queso con fresas. Todo empezó porque yo estaba leyendo Rayuela de Julio Cortázar, en una de las mesas que teníamos, me saludó y me dijo que era de las peores novelas que había leído, esto por supuesto no era cierto pero fue una manera de llamar mi atención porque yo le empecé a debatir sobre ello, desde ahí entablamos unas buenas charlas, empezamos a intercambiar libros y yo esperaba ansiosa a que llegaran las cinco para podernos ver, me encantaba conversar con él y empezaba a sentir algo que por supuesto no había sentido, ya que no había tenido novio, y a pesar de que con los chicos de mi edad no solía conversar tanto, con él era diferente

Me invita a una tocada de rock, en el centro histórico de la ciudad de México, ahí es donde me pide que sea su novia, tengo que admitir que no lo pensé mucho y

empezamos una relación. Ahí también me invita a unos cursos de preparación para entrar a la universidad, donde él estaba acudiendo. Sin tampoco dudarlo empiezo a ir, y fue sumergirme un mundo en donde se hablaba de socialismo, en donde se hablaba de lucha social, me daba cuenta que a pesar de que no toda la teoría que se leía la conocía, eso no se me hacía nada indiferente, todo el tiempo pensaba en lo que estaba sucediendo en Atoyac y la sierra.

Hasta que un día, me invita a una reunión con estudiantes de la Facultad de química e ingeniería de la UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México), quienes tenían un colectivo y hablaban de formar algo más sólido, y entablar comunicación con él profesor Lucio Cabañas para unirse a su lucha en Guerrero, hasta ese momento yo no había hablado con Manuel, nada que tuviera que ver con Guerrero, no sabía que yo venía del lugar donde ellos y ellas querían irse.

Esto para mí fue preocupante y le dije que ya no me invitara a ese tipo de reuniones porque no iría, respetó que yo no fuera, sin embargo él seguía yendo. Hacia finales del año de 1970, Manuel me pide que lo acompañe a dejar unos panfletos, a repartir volantes y después a una fiesta que harían en su departamento, acepté y pensé que sería el momento de platicar con él sobre de donde venía y que tenía que desistir de irse hacia Guerrero.

Estando repartiendo volantes y de camino a dejar los panfletos , no podíamos conversar, porque la entrega era tanto en el Poli como en la UNAM, así que no tenía más remedio que ir a la fiesta, el problema era que yo no podía llegar después de las nueve de la noche a la casa.

Fuimos a ver a mi hermano para que me pudiera cubrir con mi papá y nos fuimos a la fiesta, que aparte era en su departamento así que teníamos que comprar algunas cosas y estar antes de que llegaran los amigos y amigas. En la vida no había fumado y esta vez lo hice, por lo tanto Manuel me dijo que le dijera lo que me pasaba, y en plena fiesta le empecé a contar de donde venía, que sabía lo que estaba pasando en la sierra de Guerrero, que mi padre seguía siendo base de apoyo y todo, todo lo que no le había dicho.

Del miedo que me causara que él se fuera, y de mi control por querer también irme, pero saber que no lo podía hacer. Manuel me abrazó y ese día se convirtió en un vínculo muy fuerte entre nosotros porque no solo hablamos de nuestras familias, sino que nuestros cuerpos se estrecharon total y definitivamente, nos conocimos en la intimidad, tanto que no quería que me llevara a mi casa, quería quedarme ahí con él.

Yo ya sabía que al otro día, él y el grupo de estudio, tenían que hacer un viaje a Tlaxcala y que saldrían por la noche, en su momento yo no acepté ir, asique nunca le mencioné nada a mi familia. Sin embargo por la mañana del mismo día, se lo pedí a mi padre como regalo de cumpleaños, a lo cual accedió me fui para Tlaxcala con los demás compañeros. Estando allá, platicamos con Manuel acerca de la posibilidad de irnos para Guerrero y ser parte combatiente de la guerrilla, yo me rehusaba, sin embargo él me argumentaba por qué irse y yo poco a poco fui pensando que era la mejor opción. Así pasaron los días y de regreso a la ciudad de México, era un hecho que Manuel y cuatro compañeros y una compañera más se irían, el contacto ya lo había una persona que se encontraba en Atoyac.

En la semana antes de que se llegara el momento de irse, solo me vi una vez con Manuel, día en que me dio la hora y el lugar donde se reunirían para esperar el carro que los llevaría hacía Guerrero. Después ya no nos volvimos a ver, y yo la pasé pensando en irme, deseaba hacerlo pero pensaba en mi padre, también pensaba en como habíamos que salir huyendo, éramos víctimas de un desplazamiento forzoso por medio de la violencia y el miedo por lo que el gobierno nos obligó a salir de un espacio, que no queríamos abandonar. Entonces pensé que mis 17 años los cumpliría en la lucha y que me iba a ir, ya había tomado la decisión, conocía toda la sierra. Era un hecho que me iría.

Tomé pluma y papel, les escribí una carta a mi madre y mi padre, les recordaba lo mucho que les amaba, le agradecí a mi padre por toda la amistad que me había brindado, por sus consejos, por enseñarme a enfrentar mis miedos, por enseñarme a amar el café y percibirlo como un sorbo de vida, y la firmé pidiéndoles que respetaran mi decisión. Le pedía mi hermana Swonia, que me

hiciera un único favor en la vida, que le entregara a mi papá la llave de mi buró donde le dejaba una carta, hasta el día siguiente por la mañana.

Salí de mi casa, el día estaba bastante nublado, había charcos por doquier, la madrugada había sido lluviosa y me había fumado tres puros, no sabía si estaba haciendo lo correcto, de lo que estaba segura es que quería estar junto a Manuel en esto y me sentía emocionada por volver, pero ahora sin mi padre y sin Titi. De camino hacia el lugar de la cita pensaba en esto, pero estaba convencida que eso era lo que quería. Finalmente llegué en punto de la hora y ya estaban casi todos, casi porque el único que faltaba era Manuel, en cuanto llegué me subieron al carro, adentro ya estaba la otra mujer que viajaría.

Yo preguntaba por Manuel y solo me decían que lo veríamos a la salida de la ciudad, finalmente llegamos ahí y nada, yo empiezo a preguntar, a ponerme muy mal, a pedirles que me dieran una explicación real y finalmente es que Clara me dice que Manuel se había ido para Guadalajara, con el grupo de la universidad de allá, porque lo habían amenazado para que no se fuera para Guerrero.

Estando sobre la carretera, me quise bajar, empecé a gritar, de eso no creía nada y tan solo me sentí engañada, usada, es entonces es que Clara me pregunta si estaba ahí por convicción o por Manuel, que si era por Manuel me bajara ahora mismo, porque nadie de los que iban ahí me podrían decir exactamente qué estaba pasando con él, pero si era por convicción propia dejará ya de lamentarme y pensara en lo que venía.

Entonces tomé la decisión de seguir, inicié una etapa en mi vida como guerrillera el 10 de diciembre del año 1970, aquí es donde empieza la vida de Marina, con diferentes nombres, pero con la misma esencia. Llegaba a la sierra no a buscar a papá, ni a correr por el bello campo cafetalero, entraba a un espacio que aunque conocido, esta vez me llenaba de incertidumbre y llena de dudas respecto a la persona que amaba y pensaba me amaba también a mí o ya no sabía.

Llegamos primeramente a El Paraíso y ahí es donde tras tener una junta con una persona, los demás deciden no seguir pero pidiendo les permitieran estar por un

mes trabajando en las huertas de café, a mí me separan y uno de los señores me pregunta que si estaba segura de seguir porque ya me habían reconocido y sabían que era la hija de Don Bebo, como cariñosamente le decían a mi papá. De las demás personas con quienes viajé de la ciudad de México a Guerrero no volví a saber hasta que entré a la universidad.

Finalmente me llevan al campamento guerrillero, eran más o menos las siete de la mañana, recuerdo que estaban en una reunión, y es ahí donde me dan la bienvenida y me invitan al desayuno, el café me sabía realmente sabroso porque había comido muy poco, me dieron instrucciones de lo que tenía que hacer. Aquí inicia formalmente otra etapa en mi vida, aprendo a trabajar de manera colectiva, lo cual no se me dificultaba, me encantaba dormir en hamacas, pero yo era muy friolenta, así que siempre andaba con frío en las madrugadas y en las mañanas, empiezo a aprender a limpiar las armas, pero sobre todo a no dormirme cuando me tocaba guardia, lo que pasa es que era muy dormilona, fue con la situación que más batallé.

Cuando llegué ya había mujeres y todas fueron muy amables, me dieron mucha confianza y pronto me hice inseparable con tres compañeras más y nos encantaba irnos al río a bañar, era como la distracción y diversión siendo guerrilleras.

Teniendo seis meses dentro, un día nos envían a tres compañeros y a mí a uno de los poblados de la sierra a traer a unas personas que se integrarían a la guerrilla, aprovechamos también para traer sacos de frijol. Ese día suceden dos aspectos en mi vida, el primero es que mi padre había dejado una carta para mí, con la familia que nos entregó la despensa, en ella me decía que toda mi familia se encontraba bien, que respecto a mi decisión la comprendía, pero la manera en que me fui de la casa no había sido la mejor, porque lo había hecho como una forma de irme con Manuel, quien por cierto me había ido a buscar a la casa para explicarme su salida repentina a Guadalajara, mi padre formaba diciéndome “olvídate de todo lo que dejaste aquí, porque eso solo le pertenece a Marina, allá no se quien seas, transfórmate”.

Mi padre no tenía que decirme mucho para que yo comprendiera lo que me estaba diciendo, la carta representaba felicidad para mí y también la idea de que me tenía que enfocar en lo que ahora estaba haciendo. Por la noche era que llegarían las personas y así fue en punto de las ocho de la noche, nos vimos en un paraje y empezamos a caminar, ya no éramos cuatro sino nueve personas caminando hacia el campamento.

Es ahí que conozco a Luis, quien desde principio me cayó muy bien, porque aunque con mucha seriedad, por momentos del camino en los que sabíamos, podíamos hablar nos contaba unos buenos chistes. Así pasaron los días, entre reuniones, ir por despensa a algunas poblaciones, por lo bien que conocía los caminos, justo como otras más compañeras. Uno de los momentos que más me gustaba era después de las reuniones, porque era inspirador escuchar al profe Lucio, siempre tenía algo nuevo que decir, era un excelente orador y su forma de elevar nuestra autoestima para seguir en la lucha siempre fue muy importante.

Los primeros años del setenta que ingresé al setenta y dos estaba la situación más tranquila, a partir del año 1973, empezó a escucharse que exterminarían la guerrilla, pero por otro lado también decían que el gobierno se sentaría a dialogar.

A finales del año 1972, empecé a decirles a mis compañeros y compañeras, que ya cumpliría los 18 años, eso me causaba mucha emoción y no podía creer que los últimos dos años de mi vida la había pasado en la sierra, en una guerrilla, entre cafetales, árboles sombrosos, ríos y un gran compañerismo. Aquí aparece otra vez Luis, quien al tratarme de besar dos veces, tuvo un llamado de atención ya que nos vieron y sabían que no éramos pareja, ya que si así lo hubiéramos sido teníamos que comunicarlo.

Esta vez se me acercó y me dijo, que desde que nos habíamos visto también nos habíamos gustado, entonces le conté por lo que yo había pasado y como me sentía engañada y usada, que sentía que tenía que volverá a ver a Manuel para aclarar las cosas, después pensé que era para gritarle lo frustrada que me sentía y que por eso no había querido tener pareja, tampoco le negué que al verlo ser tan

atento con las demás personas, pensaba que era una buena persona, Luis me gustaba mucho y empezamos como que a buscarnos dentro del campamento, así que el día de navidad me regaló un dibujo de una flor de noche buena y me escribía una carta pidiéndome que fuera su novia.

El día de mi cumpleaños, el 26 de diciembre del año de 1972, me lleva un pastelito de los que vendían en la tienda, que los demás le habían ayudado a conseguir y poniéndole un cerrillo como velita pedí mi deseo y nos hicimos novios. Me sentía muy feliz con él y ser pareja dentro del núcleo guerrillero, he pensado que era muy complicado a veces porque por ejemplo no podíamos hacer guardias juntos, porque se supone nos distraeríamos, a veces si nos teníamos que dividir, la pareja no podía estar en el mismo grupo y luego la cuestión de la intimidad, me era muy difícil porque las divisiones se hacían con las mismas costalillas pero una se iba acostumbrando a todo.

Me gustaba mucho cuando podíamos hacer bohemias con la guitarra, Luis cantaba muy bonito, siempre andaba así o chiflando una canción. Cuando inició la represión en algunos de los poblados. Luis me entregó un saquito rojo en donde tenía dos anillos de plata y unas semillas, esto lo había tenido desde que llegó al campamento y había sido obsequio de su abuela, me lo entregó y me dijo que si a partir de ahí algo le pasaba, yo me quedara con eso como recuerdo de nuestra relación. Muchas de las parejas dentro del núcleo, algo así estaban haciendo porque presentíamos que se venía fuerte la represión, veíamos gente sospechosa y de alguna manera tú sientes que algo va a pasar y así fue.

Lo siguiente que contaré por algún momento en mi vida quise borrarlo de mi mente, me pregunté porque me pasó a mí, aborrecía a esta gente una y mil veces, hasta que pude encontrar la paz y reencontrarme.

Un día yendo de Agua Zarca hacía El Posquelite, nos emboscaron en un pobladito que se encuentra después de El Quemado, llamado Cerro Prieto, éramos dos grupos en uno venía yo que era el primero que pasaría, veníamos cuidando la delantera y en el de atrás venía Luis, quienes al ver a los militares que abrían

fuego hacía nosotros, ellos también lo hicieron, de momento sentí como se me acercan cinco militares y cargándome me suben a una camioneta, y mientras arrancaban me vendan los ojos, me atan de pies y manos.

No puse resistencia sabría que me iría peor, guardaba fuerzas para lo que venía, ellos no me decían nada, solo sentía que por el movimiento de las llantas y por el camino, las cuerpos pegaban, en esos momentos pensaba en mis compañeros, en Luis, pude ver como gritaba que no me llevaran y le alcanzó a dar a uno en el hombro, lo vi a lo lejos, en la oscuridad y quería llorar. Al no ver nada me desesperaba, finalmente llegamos al lugar donde me tendrían por un mes, cuando llegamos me sentaron y me quitaron la venda, estaba frente a una pared de adobe, sentía mucho frío, cuando llegamos eran como las 5:30 de la madrugada porque después empecé a escuchar a los pajaritos y empezaba a aclararse, ya eran las 6:00 de la mañana, no me decían absolutamente nada, así estuve durante todo ese tiempo.

Por la tarde regresaron, yo del cansancio me quedé dormida y con un palo me dieron en mi cintura para que me despertara, entonces me dijeron que les iba a decir la localización del campamento guerrillero, todo esto con gritos y palabras altisonantes, a cada rato me decían que si me había sentido muy cabroncita para andar de guerrillera, que me aguantara, en ningún momento me miraban, todo era de espaldas, eran tres voces diferentes. Hasta que llega un hombre alto, blanco, de ojos claros y con acento norteco, él si me da la cara y me dice que él me va a ayudar, era se supone el tipo bueno de la película.

Yo le pido que me dejen asearme porque estoy en mi periodo de menstruación y me dice que sí, que pasara al baño, cuando entro ya había ahí una ropa y zapatos, me pide que me arregle, también había maquillaje. Yo me bañé y me cambié y al salir como no me había maquillado, me pide que me regrese y me maquille, que si iba a cooperar o no para ir a la ciudad de México y traerme la cabeza de mi papá, o de mi familia completa. No le dije nada solo trataba de tener cabeza fría, quería entender para que me ocuparían, cuál era su plan.

Al estar lista, me suben a la camioneta, ahí es donde puedo ver el paisaje, eran como las 8:00 de la noche y puedo saber que me tenían en una casa en el poblado de los Piloncillos, llegamos al Rincón de las Parotas en Atoyac por la madrugada y ahí nos cambian a mí y a Marcos (el que según me ayudaría) a un auto compacto largo parecido al Falcón, ahí estuvimos hasta que se dieron las 8:00 de la mañana y me llevan al centro de Atoyac a dar vueltas para que yo señalara a los comerciantes que apoyaban a la guerrilla, yo solo contestaba que no decía y veía cómo iba cambiando el semblante de Marcos.

Otra vez vamos hacia la sierra por la noche, esto se repitió toda la semana, durante el día me tenían encerrada en el cuartel militar, El me daban un poco de agua y pan con café, al no decirles nada el hombre que era bueno conmigo, mientras los demás me trataban de manera inhumana, me empieza a tratar peor. La última noche en que haríamos eso de bajar a Atoyac para señalar personas que apoyaban la guerrilla, a lo cual nunca cedí, de camino a la sierra Marcos me dice que él quería ser bueno conmigo pero que yo no cooperaba, Que llegando todo iba a cambiar.

Muchas veces en ese tiempo llegué a sentirme como si yo fuera su objeto, y es esa noche donde en el camino empieza a acariciarme y a besarme a la fuerza es ahí donde inicia mi calvario porque este señor en complicidad con él chofer y el otro que iba ahí, me empieza a violar, y los demás solo tomaban alcohol y le festejaban lo que hacía, llegando a la casa me empieza a golpear y me dice que tengo que hablar, primero donde están los diferentes campamentos, de cómo se movían en la guerrilla y luego decir nombres.

Ya para la tercera semana yo estaba muy delgada, tenía una costilla rota, y un hombro dislocado, es en esa semana que empiezan a traer más personas, a quienes torturaban y yo podía escuchar todo, escucha como algunos por los golpes y los toques eléctricos que les daban se iban muriendo, ellos hablaban por un radio y decían “ya tenemos mercancía para tirarlos al mar”, eso a mí me desesperó mucho porque empecé a tener episodios de ansiedad y aunque no me estuvieran golpeando o violando realmente, yo gritaba desesperadamente, ya para

este tiempo estaba muy mal tanto de mi salud, como de mi cuerpo, solo pensaba en morirme, realmente lo deseaba.

La tortura era todos los días, podían no darme de comer pero torturarme no faltaba, ya la última semana eran una constante los toques eléctricos, en este tiempo me cortaron el cabello, me decían que me llevarían a una cárcel, luego otro día que me irían a tirar al mar, siempre con groserías, yo ya no tenía nombre, me llamaban como querían, incluso haciéndome menos como mujer, al menos las violaciones a mi cuerpo habían parado. Yo ya tenía fracturada la mandíbula y poco se me entendía lo que decía, me costaba tomar la poca agua que me acercaban.

Hasta que un día se empezaron a llevar a todas las personas que ahí tenían, menos a mí y eso me causa otra vez ansiedad, yo ya no podía ni levantarme de las golpizas que me daban, se quedaban dos militares cuidándome y en ese momento ya no les importaba que les viera el rostro, mi vista se nublaba de a ratos y otra vez estaba sola, veía como mis huesos se me empezaban a notar y pensaba que ya era demasiado, que ya no aguantaría más palizas, empecé a decirles mátenme por favor, gritaba eso aunque al escucharme me daba cuenta que mi voz ya no tenía fuerza, que ni siquiera yo misma entendía lo que decía, me daba tristeza por mí, yo misma me daba lástima.

Esa noche que se llevaron a las últimas personas que estaban ahí, pensé en Titi ya quizá eran más de treinta días que yo estaba ahí, y le decía que me llevara con ella, ya no podía soportar más ya no sabía si era mejor escuchar los lamentos de tanta gente que empezaron a llevar ahí o cuando se llevaron a todos, solo escuchar a los animalitos por la noche o aun pajarito que me visitaba todas las tardes, y que podía escuchar porque a mí me tenían hacía el patio trasero, aunque cada vez lo escuchara menos porque mi oído derecho ya no me estaba sirviendo ya que con puño cerrado, me golpeaban demasiado ahí.

Quizá esa noche fue la más eterna para mí, ya no me golpearon, sentía como mi respiración era muy lenta y me quedé dormida. De pronto al despertar, entre lo nublado de mi vista, no vi a ninguno de los dos militares que cuidaban la casa, no

se oían sus botas, pasó algún tiempo, no sé cuánto la verdad, y me empecé a arrastrar, tenía muchísima sed y empecé a buscar, al empezar a moverme me daba cuenta que no había nadie y me moví digamos desde el espacio del patio trasero donde me tenían por la entrada y no se oía nada, pude encontrar una cubeta con poco menos de un litro de agua, y traté de que entrara a mi boca, pero yo no tenía fuerza en mis brazos, mucho menos en mi mandíbula, empecé a sentir mi cuerpo caliente y temblaba, me regresé a mi lugar pensando que regresarían, pero calló la noche, la casa se puso muy oscura, porque ellos utilizaban veladoras.

Así pasé tres días, en ese esquina, con temperatura, temblando y entonces pensé que me habían visto tan mal que creyeron que moriría o no sé, pero me di cuenta que tenía que hacer algo, empecé a sentir ganas de vivir, a no tener miedo y así como estaba sin fuerzas y sin kilos, muchos kilos de menos tomé uno de los tubos con los que nos golpeaban y empecé a darle a la puerta principal, pero no pasó nada, nadie pasaba en ese momento.

Pensé que al siguiente día tenía que empezar a golpear a las 5:00 de la mañana cuando empezaran a pasar los cafecultores a sus huertas, me fui hacia el patio trasero, otra vez arrastrándome, sabía cuándo era esa hora, porque antes que dieran las cinco de la madrugada siempre terminaba la tortura. Entonces ese día estaba con todas mis esperanzas puestas en que alguien pasara, y escuchara esos golpes y se acercara, lo veía casi como un milagro porque no podía gritar.

Entonces lo hice, empecé a golpear y trataba de gritar y por ahí escuchaba un poco que salía mi grito desesperado, me puse a llorar, a tratarme de arreglar mi ropa que estaba toda desgarrada, era como juntar todas mis piezas, era como reconstruirme, no sé cuánto tiempo pasó, pero mi garganta ya estaba muy lastimada.

Me trataba de levantar para empujar la puerta, quería quitarle el candado que tenía afuera, empecé a empujarla con las pocas fuerzas que tenía que se fue abriendo y ya tenía como una rendijita por ahí abierta, es que era de dos hojas y de madera gruesa, por ahí metía y sacaba el tubo más delgado que tenían que era

con el que nos daban en las costillas, empecé a ver por ahí que pasaba gente y yo empezaba a hacer ruido como podía. De lo último que me acordaba es como me levanté como pude, corrí hacia la puerta, traté de gritar y me golpeé la cabeza, de ahí no supe nada más de mí, hasta que desperté en la casa de Don Lupe.

Él me contó que su perro fue quien lo llevó y que siempre que pasaba por ahí el perro se alteraba, que ya tenía un mes haciendo eso, me dijo que el perro se puso en la puerta y al acercarse Don Lupe vio como salían unos dedos, que eran de mi mano izquierda y habían quedado entre la puerta. Me sacaron y me llevaron a su casa, cuando yo desperté era ya muy noche, empezaron a preguntarme pero a mí no se me entendía nada, yo ya no sentía mi mandíbula, les hacía señas con mi mano que quería un lápiz y papel, me entendieron y les escribí que era hija de Don Bebo Santiago, no se entendía mucho pero se alcanzaba a entender, más que yo hablara.

Me empezaron a limpiar las heridas de mi cuerpo, yo creo que no sabían por dónde empezar, tenía diversos golpes y estaba raspada porque me arrastraba en el piso de tierra de la casa, la costilla la tenía inflamada, y no podían darme de comer o agua por el problema de mi mandíbula, sin embargo trataron de hacer todo lo que podían. Al otro día por la noche llegó mi papá, esta familia buscó la manera de irse para Atoyac a esas horas y contactarse con mis abuelos y ellos lo hicieron con mi padre y al verme se echó a llorar en la cama donde me tenían, esto jamás lo olvidaré, mi padre no podía ni abrazarme, y se aferró a mis pies raspados y ya no me dolía nada por llorar, ya no tenía miedo, ya por fin me sentía segura.

Yo estaba irreconocible y mi padre me tocaba mi frente, mi cabello que apenas y me empezaba a salir, me veía a los ojos, me decía *que te hicieron mi niña, que te hicieron Moi*. Sé que mi padre estaba impresionado, de verme así, no paraba de llorar y tocaba mi cuerpo, sin tocarlo, y decía *cómo es posible, como es posible*.

Todo el día estuvo junto a mí, y organizando todo para sacarme de la sierra y me pudieran atender, finalmente salimos esa noche hacía la carretera Acapulco-

Zihuatanejo, ya que no podíamos irnos hacia Atoyac por los retenes que había en varios poblados y antes de entrar a Atoyac, la primera parada fue en Acapulco, me tenían que atender para poder llevarme a la ciudad de México, ahí estuve internada dos semanas, y los únicos que sabían en que hospital estaba era mi padre y mi abuelo.

Finalmente me trasladan a la ciudad de México, puedo ver a toda mi familia, sentí su amor, pude ver a mi abuela a mi madre, pero ya no la casa que había dejado, ya estábamos en otra casa bastante diferente, estábamos en otra colonia y por si fuera poco al llegar ahí ya nos llamábamos y apellidábamos diferente ante la gente. Afortunada e increíblemente para mí, el medicamento estaba cediendo y aunque de manera muy lenta físicamente me estaba recuperando, pero tenía crisis muy fuertes de miedo, recuerdo que pasaba un señor a dejarle la leche a mi madre y cuando tocaba más de tres veces yo me ponía muy mal y empezaba a sudar.

Después de dos meses ya se entendía lo que hablaba, ya podía sostener una conversación sin que se cansara tanto mi mandíbula, es entonces que mi padre me pide que vaya a terapia, que toda la familia estaban dispuestos a colaborar, me pidió que lo acompañara al jardín todas las tardes, pero ni a una ni a otra cosa yo accedía, solo quería estar en mi recámara escuchando música en la radio, leyendo, dibujando con las ventanas cerradas, a lo único que salía era a las visitas al médico y a mis terapias para la mejor movilidad de mi cuerpo y rostro. Quería estar bien, pero me olvidaba de lo interno, así que les pedí que me dejaran de insistir con las terapias psicológicas, yo me quería olvidar de todo lo que me habían hecho y creía que lo lograría.

Decía que eso no me había pasado y que iba a estar bien pero a veces me agarraba una crisis de tristeza profunda y me ponía a llorar y solo quería que mi padre estuviera ahí abrazándome sin decir nada.

Así fue el primer año, después decidí que entraría a la universidad a estudiar Literatura, luego decía que Artes, y luego que Historia. Finalmente empiezo con

los cursos y preparación para Literatura, eso me mantenía ocupada, pero de repente llegaban mis lapsos de miedo, de tristeza, mi padre me decía que le era difícil acompañarme a hacer todos mis trámites y a mis cursos, entonces mi hermano Salvador se convierte en mi compañero para todo, tanto que cuando empecé con las clases en la universidad, él entraba como oyente para poder cuidarme, así fue el primer año.

Hasta que en segundo se enferma mi hermano Salvador y empiezo a darme cuenta de que mi familia no tenía por qué estar a mi disposición y que tenía que hacer algo para superar mis miedos, inseguridades y sobre todo para tratar de superar la tortura tanto física, sexual y psicológica a la que fui sometida. Entonces empiezo a asistir a terapia con un grupo increíble, que conocí en la universidad, eso me sirvió demasiado, ya tenía amigas y podía entablar conversaciones con hombres que no fueran mis hermanos o mi padre.

Termino la carrera de literatura, los siguientes años sigo tomando mi terapia que en total fueron ocho años así, empiezo a trabajar con grupos de ayuda psicológica, dando cursos de literatura a las personas, haciendo círculos de lectura, escribiendo cuentos cortos en donde las heroínas eran las mujeres. Después me voy a vivir a Bolivia por cinco años, esto me sirvió demasiado porque estuve sin mi familia, sin mi padre, que por cierto me visitaba en las navidades, ahí me volví a encontrar, a desear vivir de verdad, me perdoné porque por muchos años me culpé de haber vivido el horror del terrorismo de Estado, me culpaba porque creía que era la mejor manera de olvidar que me habían violado en todo sentido.

En Bolivia encontré paz, me reparé, salía a la calle y sonreía por todo, brincaba de emoción a veces yendo por las calles, por fin disfrutaba el sabor de la comida, y empecé a extrañar a mi familia, las costumbres de México, quería ir por las tardes al centro histórico a comer churros con chocolate, se me antojaba comer tacos, me saboreaba el agua de horchata, salir a limpiar la calle y el saludo de la vecina, estaba volviendo a ser y me regresé a México.

A la distancia pienso mucho en la decisión que tomé para ser guerrillera y no me arrepiento para nada, fue un tiempo hermoso en donde aprendí a compartir, a trabajar en equipo, a razonar y valorar todo lo que los demás hacen por ti sin siquiera decírtelo. Por muchos años me sentí traicionada por Manuel, pero en el camino aprendí que las personas tomamos decisiones y solo nosotros sabemos el porqué de lo que hacemos, sentí que les había hecho mucho daño a mi familia quienes incondicionalmente me abrieron de par en par su corazón y alma.

De Luis hasta ahora no se nada, es un desaparecido más y siempre le recuerdo como un muchacho lleno de vida, un poeta y una persona inteligente preocupado por su país, como todos quienes tienen un ser querido desaparecido, deseo volverle a ver y agradecerle el tiempo tan bonito que pasamos, decirle que sus malos chistes me hacían pasar momentos agradables y que siempre recuerdo cuando se calló de la hamaca tratando de simular que iba en un barco, uno de sus grandes sueños.

La represión que llevaron a cabo conmigo fue cruel e inhumana, ningún ser sobre la tierra merece ser tratado así, el que yo haya sido guerrillera no justifica que me hayan tratado así, jamás le hice daño a nadie, cuando les pedí que mejor me mataran, lloraba y les decía que, que sentían llegar a su casa y ver a los ojos a su madre o a sus hijitas e hijitos si ya tenían familia propia, después de torturarme de distintas formas. Hoy que me recuerdo rapada, casi en los huesos de tan flaca que estaba, sin poder hablar y con poca movilidad, me dignifico más, porque fui guerrillera por defender una causa justa por los pueblos de la costa y de la sierra, no le robé a nadie, ni mucho menos deshumanicé a ninguna persona.

Después de tantos años, quise hablar porque espero que de algo sirva mi testimonio, pero ya jamás lo haría, esto no lo hago para salir de lo privado a lo público, sino para que primero se sepa lo que esta gente hizo no solo conmigo, sino con miles de personas más, lo hago por la necesidad recurrente de hace algunos años, de que en algún lugar de esta tierra quedara mi voz plasmada y de que finalmente sepan que aunque me costó mucho trabajo aceptar todo lo que me hicieron, hoy sé que puedo salir a la calle sin castigarme, aceptando mi historia y

con la firme convicción de que siempre me movió la solidaridad con las personas del lugar donde pasé una infancia feliz.

Mi familia y yo somos víctimas del terrorismo de Estado de la década de los setenta en Atoyac, mi familia y yo fuimos desplazados, nos tuvimos que cambiar nombres y apellidos, nos alejamos por más de cuatro décadas de un espacio que nos hacía feliz y todo por apoyar una causa que al gobierno le causaba problemas porque le hacía ver sus errores y sus más perversos planes. Fui testigo de cómo le tiraban la comida a las personas, de cómo pisoteaban sus medicinas, pero sobre todo de como de manera infame fueron golpeados, maltratados, torturados.

Quizá algún día logre superar todo lo vivido, hoy al menos sigo respirando y luchando por un mundo mejor, y quizá en algún lugar en esta dimensión de la tierra están mis agresores, quienes día y noche me torturaron para saciar su sed de odio, pero a mí me educaron para ser solidaria con mi prójimo y trato de hacerlo, esa es la sed que tengo que saciar, esta es mi historia que queda plasmada aquí y nada más.

Quizá algún día volvamos a saber de todos los compañeros y las compañeras que se quedaron en el intento de que al menos la sierra de Guerrero, fuera un lugar mejor dentro de este mundo, que en la conciencia de las personas hubiera ese pensamiento de acompañarse, de apoyarse, que todos pudiéramos vivir tranquilos y que nadie pasara hambre y tuviera acceso a la educación. Esa era una preocupación muy grande de todos los señores de la época, que se preocupaban porque acudiéramos a la escuela, pero que esa escuela nos enseñara a dudar, a cuestionarnos sobre los aspectos de la vida y no solo llenarnos de conocimiento.

Deseo que todas las familias que aún no encuentran a sus seres queridos, encuentren la paz y la fortaleza, porque es la tortura más cruel que le pueden hacer a un ser humano, desaparecerle a alguien que aman y con ello, quitarles la posibilidad de abrazarle, de verle, de sonreír. Yo les recuerdo amigos, yo les canto para que vuelvan.

2.5.2 Historia de vida de María Argüello Villegas

Hace tiempo me daba mucho miedo hablar sobre mi historia, quizá porque al decir que fuiste guerrillera, la gente pensaba que eras una persona mala, porque el gobierno así lo ha hecho creer, pero cuando me empecé a dar cuenta que había más por contar sobre mí, por ejemplo lo sucedido con mi familia, con la desaparición de mi padre y el dolor tan grande de mi madre, pensé que llegaría el momento en el que tendría que hablar, y desahogar mi experiencia, mi dolor. Uno va pagando con creces y lo que decide, pero también es cierto que la vida te va poniendo en algunos lugares y circunstancias, que no deseas, sé que por ahora no entienden a lo que me refiero, pero espero al final lo entiendan.

Mi nombre es María Arguello Vázquez, nací el 19 de septiembre del año 1957 en Corrales de Rio Chiquito, municipio de Tecpan de Galeana ubicado en la costa grande de Guerrero, mi padre es Francisco Arguello, un hombre campesino que tenía huertas de café. En mi infancia pasábamos temporadas en Corrales y Fincas Viejas, lo que pasa que ahí mi papá compró unas tierras y luego hizo fincas de caña, entonces por eso estábamos en Corrales para la cosecha de café y en Fincas Viejas para hacer panocha con las cañas.

Ahí en Fincas Viejas había un lugar muy bonito que se llamaba Pozas verdes, tenía un arroyo con bastante agua donde nos gustaba ir a nadar y jugar con mis hermanos, entonces me gustaba estar en Corrales por la cosecha de café y en Fincas por los cañales. Era todo muy bonito, mis hermanos y mi padre se levantaban a las 2:00 de la madrugada para moverle a las calderas y empezar a trabajar la caña y hacer la panocha.

Nosotros también sembrábamos maíz, frijol, arroz, chile y jitomate, éramos una familia feliz y unida, lo teníamos todo ya solo íbamos a la cabecera municipal a comprar cosas como el jabón, el aceite, las medicinas, todo lo demás nosotros lo teníamos, criábamos gallinas, entonces que más queríamos para estar contentos.

Mi madre era una mujer que se encargaba de su familia, entregada a su hogar pero sus hijos también le ayudábamos, no le dejábamos todo el quehacer porque a mi papá no le gustaba que abusáramos de ella y él tampoco lo hacía, lo que siempre nos decía es que solo unidos íbamos a salir adelante porque no había mucho dinero pero el suficiente para no andar sufriendo de hambre. El alimento no faltaba en la casa nunca.

Fue por ahí de los sesenta que empecé a escuchar el nombre de Genaro Vázquez, que se estaba alzando en contra del gobierno pero estaba muy chiquilla, así que no ponía mucha atención, ya después se empezó a escuchar que el profesor Lucio se estaba revelando en contra de los ricos y caciques de Atoyac, porque a los niños pobres no los dejaban estudiar en la escuela Juan Álvarez, de ahí mismo, solo porque ellos luego iban descalzos pues porque no tenían para los zapatos, y luego se supo de la matanza en Atoyac, que estuvo bien feo, algunas personas de ahí se fueron a vivir a Tecpan, yo creo que ahí era el primer aviso del gobierno de cómo nos iba a ir después porque quiso controlar como para hacer como que no había pasado nada en el zócalo de Atoyac, porque la gente contaba que después de eso pasaban por ahí y ya ni sangre había de que habían limpiado todo.

Pero bueno nuestra vida seguía, nosotros teníamos que echarle muchas ganas al café a lo de la caña haciendo y vendiendo panocha que por cierto con eso endulzábamos el café. Lo que más recuerdo de mi infancia es la unión que había entre nosotros, mis hermanos y yo nos la arreglábamos para divertirnos con cosas de lo más simple, mis hermanos mayores trataban de no hacerle pasar corajes a mi mamá, hasta que cada uno se fue casando, pero aunque tenían sus esposas, el trabajo familiar seguía y el apoyo también.

Yo para este tiempo era una adolescente y me fui formando en el trabajo, a mi corta edad yo ya sabía trabajar en el campo, sabía que no me moriría de hambre y que tenía que trabajar mucho por mi familia, para que siempre estuviéramos bien,

que no nos faltara la comida y pudiéramos ser felices porque a mi papá le había costado tanto hacerse de sus tierritas, mantenernos unidos a todos sus hijos que así teníamos que continuar, yo pues lo veía como se dice, su legado verdad, su herencia de mi padre hacía nosotros y por parte de mi madre a no quedarnos ahí sin hacer nada, teníamos que movernos y pensar bien y no andarnos metiéndonos en líos, porque ella se pondría muy mal.

Yo siento que mi mamá y mi papá verdad, nos inculcaron que aunque no tuviéramos mucho dinero, teníamos nuestras tierritas y estábamos unidos, y eso no lo podía romper nada ni nadie. Que como se dice, cualquier circunstancia no nos podía quebrar, que teníamos que seguir adelante, mi papá siempre decía, y esas palabras a mí me resuenan siempre, “tienen el campo para comer, él siempre será bueno con ustedes”, osea que no nos podíamos morir ni de hambre, ni de tristeza.

Todo esto cambio para mi tiempo después y quizá también se pondría a prueba las enseñanzas de mi padre hacía mis hermanos de no dejarnos solos y apoyarnos los unos a los otros. Él cambio que da mi vida es a partir de que dos de mis hermanos se enferman, de la comunidad donde vivíamos los tuvimos que llevar hacía la cabecera municipal que es Tépán, bien graves que los llevamos, entonces dilatamos como un mes por allá y nos quedábamos en una casa de una familia conocida por mi papá, que nos apoyaron para no andar pagando hotel o renta de un cuartito o casa.

En esa misma casa vivían unas muchachas que estaban más grandes que yo, yo andaba en los 15 casi 16 años, y me invitaban al parque del zócalo o a la matiné que en ese tiempo eran las diversiones de las muchachas, le pedían permiso a mi papá para que yo pudiera ir y él siempre aceptaba, yo para este tiempo ni novio había tenido, pues puro en la casa, en el campo con mis padres o mis hermanos que iba yo a pensar de eso. Así que nos íbamos al centro a nadar y en uno de esos días que me dicen las muchachas, “Mari, te vamos a presentar a un muchacho

que tú le gustas”, y que me presentan a quien después sería mi pareja, de ese día a los siguientes yo me seguí viendo con él, íbamos a la matiné, íbamos al parque, él era mucho más grande que yo, tenía 28 años.

En un tiempo dan de alta a mis hermanos y ya cuando me veo con él le digo que ya nos vamos a la comunidad, que ya estaban sanos mis hermanos, como ya habíamos platicado de donde era yo, ahí me dice que va ir por mí, pero la verdad yo ni le creí y con la misma nos vamos para la casa. Días después estando en el pueblo llega él con otros hombres, me encuentra y me dice que me había estado buscando que Don Cristóbal, un señor del pueblo lo ayuda a dar conmigo, él fue el que lo llevo hasta la casa de mis padres, entonces ahí conoce a mi papá y mi mamá y empieza a platicar con ellos, en la plática mi papá le empieza a preguntar por su familia y para empezar él le da un nombre falso, primero le dice que se llama Juan, pero mi papá le empezó a encontrar parecido con un señor, que eran compadres porque mi papá y mamá le habían bautizado un hijo, en la plática resultó que si era su papá, y que él era el ahijado, entonces mi papá le dice que éramos hermanos de pila, es que antes así se decía.

Cuando Bautizabas a un niño o niña, los hijos del padrino se convertían en hermanos de pila del bautizado, asique mi papá le empieza a decir eso y le da mucha confianza, yo entonces pienso que nosotros no podíamos ser nada porque yo traía mucha esa creencia. Al decirle a él, a mi pareja, me dice que claro que podíamos porque no teníamos la misma sangre y que él me estaba queriendo, y así fue como seguimos en la relación. Después se fue y al poco tiempo regresó y empezó a trabajar como peón, entonces es ahí donde me dice que me vaya con él y al decirle que me pidiera me contesta que no me darían porque yo estaba chica y mi familia era muy tradicional.

Ese día platicamos como se dice, más a fondo verdad, nos conocimos mejor y él me dijo que me llevaría con unos familiares y que después vendría a platicar con mi papá, entonces me empieza a confiar su vida y para empezar me cuenta que él

no se llama Juan sino Prisciliano, que él había nacido en Guerrero pero que se fueron a vivir a Michoacán con su familia, ya estando allá y cuando estaba más grande él se casó pero que se tuvo que divorciar porque tuvieron muchos problemas con su pareja, me cuenta también que había estado en la cárcel. Siempre pensé que ahí era el momento de que se terminara todo, pero no, yo también lo estaba queriendo y seguimos haciendo planes para estar juntos.

Lo que pasó es que el mató a un militar, esta persona andaba cortejando a su hermana y como ella no quiso andar con él, este militar la mató y Prisciliano hizo lo mismo con este teniente lo mató también. Lo metieron a la cárcel por ese delito, por haber vengado la muerte de su hermana, pero a lo días de haber llegado al cerezo allá en Michoacán, empieza a cavar un túnel con otros reclusos y se fuga de ahí, cuando él me relató esto yo empecé a tener mucho miedo, y él me decía que no era malo, que simplemente se tuvo que aprender a defender y que él tenía que ver por su familia y desde la cárcel no lo podía hacer.

Finalmente me dice volvería a venir a verme, puso la fecha y el lugar sería el arroyo, entonces durante ese día yo pensé mucho lo que iba a hacer, si terminábamos mejor o seguir, pero también debo decir que tenía miedo de que fuera a hacer algo, aunque por otro lado pensaba que era muy atento, le veía su cara de buena persona no sé, de repente pues yo me sentía enamorada, pero quería que él le dijera a mis padres de los planes de casarnos, entonces como él me había dicho que hablaríamos después con mis padres pues yo estaba tranquila por eso.

Se llegó el día y estando en Fincas Viejas, llegamos cada uno por su lado al arroyito, yo llegué primero teniendo en mente que el tiempo que había pasado sin vernos, pues sería porque él estaba trabajando en Atoyac con la familia que ahí tenía, y donde me decía que nos iríamos a vivir cuando nos fuéramos de novios pues. Pero es por la noche de ese día que me entero que no, que a donde él se iba no era a Atoyac, pero bueno él va llegando con un grupo de hombres, quedándose estos casi escondidos y como cuidándolo.

Mi pareja me dice, no tengas miedo, ellos son mis amigos y nos van a estar cuidando mientras platicamos, no fue mucho el tiempo en que estábamos cuando me dice que me iría con él, y yo todavía como que no creía y le decía, ya estas cerca, vamos a platicar con mis papás, pero él me dijo que nos íbamos a ir a Atoyac y que al otro día ya con calma iría a arreglar el asunto con mis papás. Así que por una veredas tomamos camino y de repente ya estábamos sin rumbo desconocido, porque empecé a darme cuenta que simplemente esos caminos no nos conducían hacia Atoyac porque aunque yo no conocía para allá, sabía que estábamos conduciendo hacia un lugar frio porque en vez de palmeras y árboles de mango, estaba viendo pinos y se sentía más fresquecito.

Así caminamos hasta ya bien entrada la noche, y de repente ya mi vida había dado un giro muy grande, de repente ya no estaba entre mi familia, me dolían muchos mis pies por haber caminado tanto, entonces llegamos como a una zona de muchísimos árboles frondosos, con lonas negras y azules, el empieza a chiflar y luego se oye un chillido hacia donde nos dirigíamos. Estábamos llegando al campamento de la guerrilla y yo ni en cuenta, yo no sabía que estaba pasando, caminos un poco más y nos reciben algunos muchachos y muchachas y ya veo como que se puede hablar y lo primero que le digo es que a donde me había llevado, que lugar era ahí, veía a la gente muy amable, me decían bienvenida, pero lo que nadie sabía es que yo suponía que llegaría a una casa de Atoyac, que no tenía ni idea de donde estaba ahora.

Más adentro entre los árboles frondosos, había hamacas que eran de costalillas y luego había espacios como más cerrados, que después ya supe que eran de las parejas que había dentro de la guerrilla porque así nos arreglaron a nosotros. Entonces Prisciliano me dice que tenemos que pasar a que me presente con el profe Lucio y ahí mi corazón se empezó a acelerar, porque como ya había escuchado hablar de él y lo que había hecho, me imaginé a un hombre alto, como

robusto y con semblante de enojo. Pero me encontré con un hombre de característica física diferente y muy sonriente y amable.

Prisciliano le dice que yo soy su pareja, y entonces el profe me empieza a preguntar que si él me había llevado a la fuerza, a lo que yo le respondo que no, que yo me había ido con él, pero le empiezo a contar sobre la preocupación que tenía sobre mis padres y él me dice que no me preocupara, que mandaría a arreglar esa situación, que irían gentes a hablar con mis padres y que sabrían donde me encontraba, que era en la guerrilla y también me pregunta que si me quiero regresar y yo le digo que no, que solo quiero que hablen con ellos.

Yo decidí quedarme porque si yo ya me había ido con él, teníamos que responder a esa situación, pero yo si seguía sentida y molesta porque él me había llevado engañada y por ese lado pensaba que ahora él era responsable de mí, y por eso también al profe Lucio no le dije nada, de pronto pensé que ahora como llegaría a mi casa con mis padres, como si nada hubiera pasado.

Pero también tenía miedo porque no sabía a lo que me estaba enfrentando, aunque yo era muy chica y penosa, me gustaba ver la forma en que se trataban todos ahí y las compañeras que ya había también eran muy amables. Finalmente al otro día va un grupo a platicar con mis papás y al regresar le dan parte al profe y a mí también de que mi papá estaba muy enojado, que había dicho que así no era la manera, que así no me habían educado verdad. Sin embargo lo que me quedaba saber es que ellos ya estaban enterados de que yo me encontraba bien.

Así como empieza mi vida en la guerrilla, aunque llegué engañada por mi pareja, estando dentro me di cuenta de lo importante que era luchar y que era necesaria esa guerrilla porque había desigualdades por todos lados, en la economía, en el ambiente social, el campo estaba abandonado por el gobierno, no había ningún tipo de ayuda, se talaban los bosques de la sierra porque pensaban que la naturaleza nunca se acabaría, entonces eran muchas cosas porque luchar.

Sinceramente yo no terminaba por adaptarme, una vez una compañera me dijo que porque estaba pegada todo el tiempo de mi pareja, que saliera a platicar con ellas, a cantar, a tocar la guitarra, pero yo era muy tímida y me costaba como comunicarme con los demás.

Es que yo veía a las compañeras más macizas, más grandes que yo pues, y siento que también tenía que ver la manera en la que yo llegué, porque no fue una decisión que yo haya tomado, pero al tiempo entró una compañera, igual ella llegó con su pareja y de mi misma edad, se puso Miriam como nombre porque todos nos teníamos que cambiar nuestro verdadero nombre, asique ella se convirtió en una gran amiga y compañera, con la que pasaba mucho tiempo platicando.

En el campamento había mucha disciplina, las parejas no teníamos por qué andarnos besando y abrazando o acariciándonos a cada rato, pero tampoco había morbosidad entre los compañeros hacía nosotros tuviéramos o no parejas, o quizá eso es lo que a mí me sucedió, me tocó una época de mucha hermandad porque aparte ya la represión en el año de 1973, se estaba sintiendo y uno ya se podía imaginar muchas cosas.

Obviamente aprendí a utilizar las armas, a limpiarlas, cargarlas, todo lo que se tuviera que hacer para saber defenderse, la manera de caminar, a observar los caminos para no caer en las trampas donde luego quedaban amarrados de los pies, me puse más lista y observadora de lo que ya era, y de ser una muchachita que siempre estaba rodeada de su familia, ahora estaba viendo por sí misma y por los demás.

Nuestra señal para entrar al campamento o movernos de un lado a otro por la sierra era como un sonido de pájaro, cuando escuchábamos un chillido diferente no debíamos de contestar. Para recibir los alimentos había que formarse y con su bandejita en mano, recibíamos nuestra ración de comida, para eso hacíamos tambos de frijol y le poníamos maíz para que rindiera y luego hacíamos tortillas

bien gorditas para que nos llenáramos bien, en épocas buenas comíamos caldo de sardina, ahí veías en el caldo los pedacitos de sardina, por eso ahora yo nada más no paso la sardina, no la como, también hacíamos verduras hervidas y nos poníamos un chile verde para que tuviera un saborcito más rico.

La felicidad que yo tenía cuando era niña, había cambiado cuando entré a la guerrilla, primero porque ahí me doy cuenta de muchos problemas que tiene el estado de Guerrero, pero siento que tampoco podía acostumbrarme a andar con miedo porque ya la sierra estaba sitiada, había muchas emboscadas y lo que a mí siempre me preocupaba es que yo conocía bien la sierra por la parte de Tecpan, pero la sierra por la parte de Atoyac no, y entonces de alguna manera yo dependía de andar con mi pareja, porque me sentía protegida. En estos momentos la represión ya estaba durísima y no solo contra quienes participábamos de manera directa.

Todas esas cosas las fui viviendo y como se dice sorteando verdad, pero tuve momentos felices ahí, porque aprendí primero a luchar por mis derechos, por lo que nos corresponde, aprendía a comunicarme con los demás, a decir lo que pensaba y lo que sentía, aprendí a que no tenía que guardarme nada y que el dolor ajeno no me debía ser indiferente. Porque poco a poco fui viendo como había compañeros y compañeras que ya no regresaban y que los mismos compañeros decían que se los habían llevado los militares o que habían caído en el combate.

Mi calvario empieza cuando se da lo del secuestro de Figueroa, ahí si nos empezamos a dispersar en varios grupos, ya era una situación de verdad bien difícil, teníamos que buscar muchos atajos para no encontrarnos con un retén militar dentro de la sierra, ya para quienes nos apoyaban con comestibles era más difícil hacerlo, porque el gobierno a toda costa lo quería de vuelta.

Es entonces que en una de las emboscadas que nos ponen, y cuando ya se había liberado a este señor, nosotros caemos y mientras ellos habrían fuego, nosotros empezamos a dispersarnos y en una de esas ya no veo a mi pareja, ya todo era un descontrol, ese día nos dieron con todo, lo único que él me dijo antes de que yo lo perdiera de vista, es que me quedara con la compañera Patricia y su pareja, en total estábamos ellos dos, una compañera y yo.

En la emboscada que ya era un tiroteo, es que nunca en la vida he escuchado tantos balazos, empezamos a ver como caían compañeros muertos, vi como a un compañero lo dejaban sin piernas de tantos balazos que le tiraban, entre esa emboscada la pareja de Patricia nos empieza a alejar de ahí, se acerca un compañero y nos dice que él nos va a apoyar para que podamos salir de ahí, yo le pregunto por mi pareja y me dice que quizá era el que había visto tirado casi a borde de calle, le digo la ropa que traía y me deja con la duda porque me dice que al parecer la camisa que traía era de otro color y de a poco nos vamos saliendo de ahí.

Al principio yo estaba muy renuente, no quería dejar a mi pareja ahí, pero el compañero me decía que si me dejaba ir, me matarían, asique que pensara en la otra vida que tenía que cuidar porque yo ya estaba embarazada. Todo se me complicó en ese momento, estaba muy desesperada y empezamos a movernos, salimos de ahí entre la noche y el frío, y nos pusimos a salvo. Comimos hojitas de todos los árboles que encontráramos, agua de los arroyos, pero tratábamos de acercarnos con cuidado para no ser vistos.

Así la fuimos pasando hasta que vimos a un campesino que iba hacía sus huertas y él compañero se le acercó, le explico la situación de la que veníamos y él se mostró muy dispuesto a apoyarnos, de hecho ya tenían noticias de esa emboscada, nos dijo que nos llevaría comida y ropa y que haríamos un plan para poder salir hasta Atoyac.

En el tiempo en el que él señor no llegaba, nosotros teníamos mucho miedo, porque uno ya no sabía con quién estaba hablando porque muchos por el miedo servían al ejército para darles información. De repente lo vemos que ahí viene con comida y bolsa con ropa, era un pollito que nos supo a gloria, yo de tan flaca que estaba ni se me veía la panza de embarazada.

Así que el plan que organizamos fue que el señor sería el papá de nosotras tres y tío del compañero, nos llevó unos vestidos de esos que se nadaban usando en esa época, a mí me tocó uno verde con anaranjado y me daba calor la tela, pero ni modo así teníamos que seguirle, entonces poco a poco fuimos bajando hacía el pueblo y se nos ocurrió irnos a tomar un refresco en una tiendita que estaba en el pueblo, lo que pasa es que ahí esperaríamos a las personas que nos llevarían para Atoyac, de repente llegaron militares y empezaron a preguntarle a mi compañero que para dónde íbamos con esos vestidos y como traíamos los pies bien sucios de tanto caminar, aunque tratamos de limpiárnoslos pues de todos modos estaban hinchados.

El campesino que nos ayudó les dijo que éramos sus hijas y que nos iba a llevar a un baile a Atoyac, pero que como no habíamos alcanzado camioneta nos habíamos bajado hasta el pueblo caminando. Como que no se la creían y nos decían que si no éramos los que andábamos con Lucio y por eso traíamos los pies tan rajados.

Finalmente y por este señor nos dejan en paz, pero veíamos como pasaban y las gentes y ya las revisaban, pasaban mujeres y ya las andaban chuleando y luego las invitaban a subirse a las camionetas que traían, en eso llega el transporte donde nos íbamos a ir para Atoyac y ahí nuestro compañero que traía un dinerito nos lo reparte, y de esta manera llegamos a Atoyac, yo llego a una casa de unos familiares y ahí llega mi hermano, le pido que me ayude a irme para otro lugar porque Atoyac no es seguro y es donde me dice que por mi culpa a mi padre se lo han llevado y que tenía días que no sabían de él.

Resulta que estando yo en la guerrilla, a mí padre lo saca un coronel de la casa, subiéndolo a un helicóptero, siendo que mi madre a esa gente les dio de comer porque ellos llegaban a los pueblos y elegían quien les hiciera de comer y ni como dijieran que no, de todo esto yo me enterando poco a poco por los familiares, entonces mi madre y mi padre que tanto les habían servido, terminaban llevándoselo como si fuera un delincuente de alta peligrosidad, dejando a mi madre en un estado muy mal, porque aparte mi padre ya estaba muy grande, tenía más de 70 años, que males podría hacer.

Me dijeron que les preguntaron por mí y que él les decía que yo andaba en otro lado trabajando pero quizá alguien les dijo, yo no sé pero para mí empieza un gran martirio, me sentía mal por mi madre, que por mi culpa a mi padre lo teníamos desaparecido, y yo no podía irme con mi madre porque tenía que esconderme y eso hice, me fui a uno de los municipios de Tecpan, a una casa que me consiguieron, me cambié de nombre, y con una panza que crecía poco a poco, aparte estaba muy delgada, necesitaba vitaminas, estaba muy nerviosa, me causaba mucha ansiedad pensar que me agarrarían y luego yo en mi estado, pensaba en la tortura, porque también ya se hablaba de lo que los militares les hacían a la gente, aunque no tuvieran nada que ver en la guerrilla, entonces para mí me imaginaba lo peor.

Yo me la pasaba encerrada en la casa donde vivía, estaba incomunicada, finalmente estaba escondiéndome, mi familia se alejó por miedo o porque no les interesaba, no puedo juzgar, quizá realmente tenga una respuesta pero no me ha interesado pensar en eso. Entonces pasé mucho tiempo escondiéndome, cambiándome de nombre, iba a comprar lo necesario y me regresaba a la casa. En mi mente estaba mi padre, mis recuerdos de niña, todo lo que él había hecho por nosotros, por su comunidad, un hombre de trabajo, de respeto y no me cabía en la mente que lo estuvieran torturando, eso me dolía mucho y yo me atormentaba.

En este tiempo pasaron muchas cosas, entre ellas es que doy a luz a mi hija, de la relación entre mi pareja de guerrilla y yo, me sentía muy feliz pero a la vez preocupada y pensaba en recuperarme para trabajar y buscar a mi padre porque pensaba también que yo no había hecho nada malo, no había lastimado a personas. Algo dentro de mí al nacer mi hija me dio valor, no sé pero pensé que ya había sido mucho miedo, y aunque seguía teniéndolo no podía como seguir inmóvil, también al poder ver a mi madre me dio más fuerza, de ver su sufrimiento, de verla en una como encrucijada de su vida.

Poco a poco las cosas fueron caminando, no tenía la seguridad de si el padre de mi hija había fallecido en esa emboscada, o lo habían agarrado y desaparecido, entonces mi hija crecería sin su padre, lo que si sabía es que mi padre estaba desaparecido y habían sido altos mandos de los militares que se lo habían llevado, mi familia y yo lo empezamos a buscar por todos lados, por donde te puedas imaginar, eso se volvió mi principal objetivo. Quería ver a mi padre y vivo como se lo habían llevado.

Entonces de a poco mi vida gira en torno a la búsqueda de mi padre, mi madre ya estaba grande, ella ya no podía andar de un lado a otro, y yo me sentía con la responsabilidad de buscar a mi papá, y hablé con mi mamá y le dije que yo me haría cargo de la búsqueda de mi padre, así que mi hija crece en el vientre en principio con una madre dentro de una guerrilla y después escondiéndose para seguir con vida y esa vida, dársela a ella, y después ya que nació crece con una madre que buscaba a su padre desesperadamente.

En ese caminar conozco a varias mujeres, muchas mujeres que hasta ya se habían ido a buscar a sus familiares a otros estados, empecé a trasladarme a Atoyac y ahí es que vamos coincidiendo y poco a poco nos vamos conociendo, sabiendo el caso de cada una, yo me empecé a sentir fortalecida, como que el miedo se iba transformando, me sentía acompañada, podíamos llorar juntas pero

también nos organizábamos, no podíamos perder tiempo, porque simplemente no lo había.

Tratábamos de hacer algo en Atoyac, pero simplemente no se podía, nada más si veían a cinco gentes reunidas el ejército pensaba que ya se estaban organizando algo contra ellos y ni te pusieras en el zócalo parada con otras mujeres a lo mejor pensando lo que ibas a comprar en el mercado, porque ya estaban cerca pidiéndote que circularas, y de eso nadie dice nada, ya no eras libre de caminar o pararte quizá a descansar, y ni te encontraras con alguien conocida, y saludaras porque igual era como algo malo para ellos.

Pensábamos que si seguíamos ahí, no nos iban a hacer caso y tratábamos de mover nuestra lucha hacia otros lados y es como una de las compañeras y muy amiga mía, que era Gelita se logra comunicar con la señora Rosario Ibarra, a quien le desaparecieron a su hijo y nos invita a la ciudad de México, a la huelga de hambre en la que ya había otras mujeres de otros estados que se estarían integrando, y dijimos si, vamos.

Y allá nos fuimos las mujeres de Guerrero hasta la capital, con muchos ánimos, ahí no sentía vergüenza, en cambio mis compañeras me fortalecían, Gela era la impulsora, su carácter alegre, positivo, nos hacía creer que estábamos en el camino y como siempre nos decía “juntas somos invencibles”, ella nos enseñó mucho, a querernos como mujeres, a estar unidas, sin divisiones, pienso siempre de donde sacaba tantas cosas bonitas, era cantarina, escribía poemas, y lo más importante nos enseñó a no tener miedo de hablar, ella también ya tenía a su hijo, entonces compartíamos el dolor de tener a un desaparecido, dejando a nuestros hijos, con poco dinero, compartiéndonos la torta, el agua, sabiendo ser compañeras y hermanas de dolor.

Llegamos a un espacio que no conocíamos, la capital nos imponía, la veíamos tan grande, con tanta gente pero ahí íbamos las mujeres alzando la voz por las

atrocidades que se habían cometido en nuestros pueblos y el orden y miedo que nos estaban imponiendo, durante cuatro días estuvimos luchando juntas de varios estados de la república mexicana. La gente fue solidaria, nos llevaba agua, limones y miel. A partir de ahí mis pensamientos cambiaron, me sentí más fortalecida que nunca y supe que no sería fácil pero que ya habíamos empezado y no pararíamos.

Ha pasado mucho tiempo ya de todo lo que he recordado y siempre pienso en lo que pude haber hecho y no lo hice, pero también en algunas cosas que hice y que pude haber dicho no, no quiero hacerlas. No sé, una se pone a reflexionar bastantes cosas, ya con mis hijos grandes, me han ayudado mucho a salir adelante y pensar que nada es imposible, hasta el día de hoy no he encontrado a mi padre, él estaba muy grande cuando se lo llevaron y muy cansado por la vida de trabajo que había llevado. Sé que no estaría con vida ahora y por eso quisiera tener un lugar donde irle a llorar, donde platicar con él, yo lo busco por todos lados y pienso que para mí no ha sido peor tortura que no saber de mi padre.

Hoy no sé si volvería a participar en una guerrilla si regresara el tiempo, pero sé que todo lo que hicimos y las ideas que tenía la gente ahí era para bien de la demás población, tampoco era bonito tener un arma al pie, hasta cuando estas descansando, pero era necesario, solo así se despertó como se dice, un ideal verdad en las personas, un razonamiento de que las cosas no estaban bien y teníamos que luchar por nuestros pueblos. La experiencia guerrillera yo la he pagado con creces, porque ni siquiera sé si mi pareja está vivo o muerto, me decía un compañero que vi después, que él estaba muerto, porque si hubiera quedado vivo me buscaría, y lo pienso por mi hija porque ya no pudo conocer a su padre. Eso me hace sentir muy mal, y luego él pensar lo que esta gente haya hecho sufrir a mi padre, por eso sobre que mi hija fue creciendo nos hicimos compañeros de lucha también, porque hemos andado buscando a su padre y al mío.

Quizá lo que anda en mi cabeza es que al irme a la guerrilla dejé a mis padres preocupados, eso me hacía sentirme muy mal pero yo no sabía a donde iba y que destino me deparaba, los cambios en mi vida han sido muy rápidos, he tratado de tener días felices, aunque todas estas vivencias hayan sido duras. Haber entrado a AFADEM (Asociación de Familiares de Detenidos Desaparecidos y Víctimas de Violaciones a los Derechos Humanos en México) me ha permitido desahogar mi dolor y esta tortura tan grande de no saber el paradero de mi padre, he podido conocer a muchas personas que como mi familia, han sufrido de despojos y sobre todo de infelicidad porque no hay día que yo no desee ver y abrazar a mi padre.

A lo largo de todo este tiempo he aprendido muchas cosas, cosas que nunca me imaginé, sobre todo a perdonarme, a no estarme lastimando a mí misma, no sentirme culpable por el dolor tan grande que arrastra mi familia y también a no avergonzarme de mí, a aceptarme y verme como una mujer luchadora, una mujer que no se ha dejado pisotear y que aprendió a no juzgar a nadie, sin antes saber por todo lo que ha pasado, aprendí a ayudar a los demás, y que a pesar de cualquier circunstancia yo me tenía que levantar, a como diera lugar.

Y reflexionando todo eso es que me animé a hablar, a contar solo un poco de lo que yo viví. Hoy soy una mujer con un gran dolor, por la ausencia de mi padre, pero con mucha paz que he alcanzado a lo largo de todos estos años de lucha, he tratado de encontrar un sentido a estar viva porque hace tiempo quise morirme, pero conforme mi familia crecía, me daba cuenta que mi misión en la vida no había terminado.

2.6 De cuando las emociones y la memoria se encuentran. Análisis de las dos historias de vida.

Lo que antes hemos leído son historias de dos mujeres que participaron en un mismo proceso social, pero con diferentes matices, y estos se ven reflejados en sus recuerdos, en los cuales nos han hecho parte al compartírnoslos. El presente análisis no es para comparar de ninguna forma las historias de vida, mucho menos a ninguna de las dos como mujeres, lo que se trata aquí es de cómo cada una asumió su militancia, mientras Marina tomó la decisión de ser parte de la guerrilla por decisión propia, María fue llevada con engaños por parte de su pareja, esta premisa es importante en la vida de las dos porque como ya lo han señalado, *les cambió la vida*. Por tanto a continuación dialogaremos con ciertos aspectos de la historia de vida de Marina y María.

Las reuniones para las entrevistas se fueron dando de a poco, era entendible que se dieran el tiempo para aceptar ser entrevistadas, hasta que finalmente llegó el momento y todo fue fluyendo. En cuanto al contenido nos llevamos bastante tiempo revisándolo, poniéndonos de acuerdo y aunque ya se habían tomado decisiones una vez más se cambiaba una cuestión por otra, o bien se anulaban ciertos aspectos. Esto también pasó al redactar las historias de vida.

La familia de ambas se prestó en todo momento para que se llevaran a cabo la entrevistas, incluso participaron en las mismas, se mostraban asombradas porque había aspectos que no conocían y otros que si bien conocían, no era a detalle. Entonces los encuentros tomaron otro significado porque todo un conjunto de personas hablaron de lo que sentían en cada momento, de lo que los desunió y los volvió a unir, surgieron cuestionamientos entre ellos, sin que esto llevara a discrepancias o discusiones, simplemente se estaban enfrentando a algo que no sabían del todo, en el caso de María, sus hijos y en el caso de Marina, su madre y padre, y sus hermanos y hermanas.

La experiencia personal a partir de las conversaciones previas a las entrevistas fue muy importante, puesto que se fue dando una relación de confianza, esto

ayudó a planear como antes ya he mencionado el contenido. De principio escuchar sus historias y la forma en que hablaban de su infancia era incluso divertido, sin embargo, conforme iban relatando su rostro iba cambiando y por mi parte un complemento de emociones también se desbordaba. A continuación se reflexiona y analiza en torno a ciertos aspectos de las historias de vida de Marina y Mari, apoyadas en perspectivas teóricas para su mayor comprensión.

En primer plano Marina inicia dedicándole este esfuerzo que hizo por recordar a su querida Titi, quien la cuidó desde pequeña y a quien le guarda un cariño especial e inigualable, tiempo después nos presenta a su familia, mientras que Mari se presenta y habla desde el primer momento de su padre, a quien nos presenta. Por consiguiente nos hablan de su infancia y sus vivencias en la misma, la cual vivieron en el caso de Mari totalmente en el campo, mientras que Marina entre el campo y la ciudad, a esta etapa le dan cierto tiempo y la describen como una inmensa felicidad, en las sesiones de entrevista esta parte de su historia reflejaba en sus rostros tranquilidad, había sonrisas y lapsos de carcajadas.

En un acercamiento que hace Iskra Pavez (2012) a la “Sociología de la infancia”¹³, señala que *“En cada contexto histórico y territorial las niñas y los niños despliegan diversas formas de vivir sus infancias, por lo tanto los modos en que se reproduce el orden social también cambian”*, en este caso Marina tenía familia y casa en Zacatecas, y se dedicaban a otra actividad propia del campo, sin embargo su casa estaba ubicada en el espacio urbano de Zacatecas por lo tanto tenía la oportunidad de estar en el escenario rural y ciudadano, mientras que María fue educada en un entorno comunitario, en una familia apegada los unos a los otros, donde las tareas eran divididas entre todos los miembros de la familia, tanto de la casa como de su huerta de café y los cañales.

¹³ Esta perspectiva comprende a la niñez como una categoría permanente en nuestras sociedades –aunque sus miembros se renueven constantemente– y como un fenómeno socialmente construido y variable en términos históricos. Además, se ve a las niñas y los niños como actores sociales que participan de diversas maneras en la vida social, aunque de forma diferente a las personas adultas, tal vez por eso no siempre su acción social es visible para toda la sociedad (Pavez, 2012 : 81)

Si bien es cierto Pavez señala que, tanto las formas como los modos en que niñas y niños viven su infancia, esto a su vez tiene que ver con la vida familiar que se presenta para cada uno como es el caso de Marina y María, mientras que esta última no se le había presentado nada en la vida que le impidiera seguir viviendo en su entorno, para el caso de Marina si, por la enfermedad de su hermana, decidiendo quedarse con su padre en la sierra de Guerrero.

Es aquí donde interviene la imagen de su papá, tanto en una como en otra, ya que desde el primer momento sugieren la importancia que tiene y centran en torno a él su vida desde la infancia, con expresiones tales como *“Cuando regresé a lo lejos vi en la puerta de la casa a mi padre, cuando me vio corrió a abrazarme y lloramos juntos, no dijimos nada, solo nos abrazamos y lloramos, nuestro vínculo era demasiado grande y fuerte”* esto en el caso de Marina cuando se tenía que ir para Zacatecas y su madre al ver esto, en ese momento decide que la niña se quedaría. Y en el caso de María *“A mi papá le había costado tanto hacerse de sus tierras, mantenernos unidos a todos sus hijos que así teníamos que continuar, yo pues lo veía como se dice, su legado verdad, su herencia de mi padre hacía nosotros”*.

Mientras que Marina habla sobre su deseo de quedarse con su padre, esto porque no se imaginaba estar sin él, y como observamos lo logra, María asume que tenían que trabajar mucho en las tierras de su padre, esto porque primero le había costado mucho trabajo obtenerlas y luego porque precisamente el trabajar muy duro para obtener algo, era la herencia de su padre. Surge pensar entonces acerca de lo que ya decíamos en el capítulo primero de esta investigación, como es que el patriarca en la década de los setenta en la sierra de Guerrero, era parte fundamental no solo en las tareas del campo hacía sus hijos, sino que los testimonios apuntan hacia que los idealizaban y encaminaban hacia la lucha pero a partir del trabajo cotidiano y colectivo, esto último surgiendo en el núcleo familiar. En ese sentido Andrea Radilla señala que:

“En este acontecer cotidiano en donde se generan las condiciones para pensar lo nuevo, más allá de la atención las tareas diarias, la familia y lo que en ella surge

es una forma de salir del tiempo y trascender. A este nivel se expresa la lucha por la supervivencia, conflictos con saldos sociales solo perceptibles en los momentos álgidos de esta lucha, en los periodos en los que se plantea ir al fondo, a la raíz” (Radilla, 1998: 28)

Esta idea de Radilla surge a partir del estudio a fondo que hace sobre la participación de toda la familia en los ciclos productivos del café y de las demás actividades agrícolas a las que se dedicaban, como en el caso de Mari que sembraban maíz, arroz, todo tipo de verduras para consumo propio, y como es que el papá integraba a toda la familia, en el trabajo del campo, esto por supuesto conllevaba a que entre los hijos e hijas, madre y padre surgiera una relación de complicidad, compañía, apoyo y se creara un vínculo fuerte en donde finalmente y para el caso de Marina y María se apegaran tanto a su papá.

Ahora bien, esto no fue una regla general tal como lo vimos en este mismo capítulo puesto que en el grueso de la población había una impronta en el sentido de que las mujeres no solo trabajaban en el campo, sino también en los quehaceres propios de un hogar.

O bien solo las reducían al trabajo de casa, evitando así que formaran parte del trabajo en las huertas de café y sembradío de diversos cultivos. De modo que en esto último Foucault (1993) lo razona como *una acción multiforme que va ligado más bien a las particularidades* como en nuestro caso cada patriarca hacía funcionar el poder que tenía sobre su familia, es decir o los sometía hacía un trabajo en conjunto o bien la separación de actividades, incluso las decisiones en función de los intereses de cada familia. Michel Foucault más reacio, lo define de la siguiente manera:

“Las relaciones de poder están imbricadas en otros tipos de relación (de producción, de alianza, de familia, de sexualidad) donde juegan un papel condicionante y condicionado; que dichas relaciones no obedecen a la sola forma de la prohibición y del castigo, sino que son multiformes, integrables en estrategias de conjunto” (Foucault, 1993 :170-171).

La alianza era entre la familia, el condicionante era el papá y las demás personas eran las condicionadas, ahora bien, como señala Foucault, las formas son multiformes es decir, como ya lo hemos mencionado, hubo familias en donde incluso se podía opinar (claro está, en cuestiones sencillas) siendo muy pequeñas, que es el caso de Marina y María y a quienes se les incluyó en todas las actividades familiares, mientras que en otros hogares subrayando de nuevo no fue así. Esto fue determinante en la vida de ambas ya que con diferentes matices y momentos fueron muy apegadas a sus padres.

Esto se refleja en la situación de Marina, que se había quedado en Zacatecas mientras su papá se regresa a Atoyac, ella seguía cuidando de Titi y una vez que ella fallece, Marina se regresa a Guerrero encontrándose con su papá y viviendo una vez más con él hasta que tienen que salir huyendo, pero por seguridad se establecen en la Ciudad de México.

A partir de aquí Marina es cuando después de un tiempo de estar con su familia y tras iniciar una relación con quien llegaría a la guerrilla, ella regresa a la sierra de Atoyac para unirse como combatiente y entonces inicia su vida guerrillera, mientras que María en ese tiempo está entre las actividades cotidianas de su familia y no le pasa por su mente unirse a la guerrilla. Tiempo después lo hace y es aquí donde reflexionaremos que aunque en momentos diferentes, como desiguales también las formas en que ingresan a la guerrilla.

Ibarra Melo (2006) habla de los diversos factores por los que las mujeres rurales toman la decisión de ser parte de la guerrilla y se centra en la mujer rural, para el caso, Marina conocía muy bien la sierra de Atoyac, mientras que María conocía la sierra de Técpan pero mientras ella estuvo dentro no se movió hacia ese sitio, sino que aprendió a ubicarse. Ahora bien María no tomó la decisión, su pareja la tomó por ella, estando dentro del campamento guerrillero, es que ella considera que la lucha era importante, en las conversaciones con sus compañeros y compañeras, pero no es algo que ella haya decidido.

Por el contrario Marina, si bien ella toma la decisión, puesto que ya se había desempeñado como base de apoyo, es un tanto llevada a ello por la decisión que su pareja ya había tomado, porque al no verlo llegar a la cita donde todos coincidirían, ella se sentía traicionada.

Ibarra Melo admite que:

“Mientras que las mujeres de contextos rurales tenían un convencimiento ideológico mínimo y su adherencia se daba forzada por las circunstancias. Es decir, que ellas prestaron su apoyo a la causa revolucionaria por encontrarse en el mismo ámbito donde se desarrollaba la confrontación. Dado el carácter rural de las organizaciones armadas era más fácil la incorporación de estas mujeres que de las ciudadinas” (Ibarra, 2006:185).

Estas circunstancias fueron parte de la guerrilla del Partido de los Pobres, ya que si bien no hay una cifra exacta, por los testimonios de las mujeres participantes como guerrilleras podemos saber que la gran mayoría de ellas, era de las poblaciones serranas, y por otro lado hacía lo que apunta Ibarra es que ellas eran parte del espacio donde efectivamente se estaba desarrollando la guerrilla, entonces por ello María al estar dentro, decide quedarse porque la lucha le sugería una forma de acabar con las injusticias que se cometían y que al ser parte del movimiento armado se convenció, ya que ella no sabía leer ni escribir.

En el caso de Marina ya había una condición de lucha desde sus abuelos y por ende de su padre, entonces era ahora solo cambiar de base de apoyo a combatiente fija, dos posiciones bastantes diferentes, que sin embargo la primera le permitió comprender más prontamente el escenario que encontraría, refiriéndome al campamento guerrillero, mientras que a María le causó varias emociones como por ejemplo, miedo.

Una vez dentro, cada una relata sus vivencias a su manera, desde las jornadas en la cocina, las guardias en la madrugada, un tanto su vida en pareja, en donde vemos a María siendo bastante apegada él y poco socializaba con las demás personas que formaban parte de la guerrilla, aunque de a poco se fue integrando,

y en el caso de Marina ahí conoce y se enamora de quien fuera su pareja dentro del núcleo, pero pensando primero en que no había terminado la relación que tenía con su anterior pareja y las condiciones en que esto se da ya las hemos conocido.

A la luz de la tesis de Lagarde en donde nos dice que las mujeres viven en diversos cautiverios, surge particularmente este cuestionamiento ¿Qué era lo que tenían cautivo tanto Marina por resistirse a iniciar una relación pensando en que no había cerrado un ciclo amoroso? Y para María ¿Por qué durante su vida guerrillera, le resultó tan difícil desapegarse de su pareja? Quizá el siguiente planteamiento de Marcela Lagarde nos ayude a comprender.

En las más diversas situaciones, los modos de vida de todas las mujeres que son la base de sus cautiverios, se levantan sobre el cuerpo. El cuerpo de la mujer es el espacio del deber ser, de la dependencia vital y del cautiverio, como forma de relación con el mundo y de estar en él, como forma del ser social mujer y de la existencia de las mujeres particulares. Cada cautiverio es a la vez, dialécticamente espacio de opresión y de libertad, porque en él la mujer es de manera plena. La mujer existe a partir de alguna de las definiciones de su condición histórica, de ahí que su espacio es opresivo porque el contenido de la existencia no ha sido decidido por los hombres de manera voluntaria, sino por las necesidades de la sociedad patriarcal y clasista, y porque al existir las mujeres son oprimidas (Lagarde, 2005: 174)

Hay dos aspectos importantes que señala Lagarde y que se pueden asumir en estos cautiverios que estaban viviendo dentro del campamento guerrillero tanto Marina como María. En el caso de Marina, estaba enamorada de Luis, sin embargo estaba cautiva en el recuerdo de Manuel porque consideraba que tenían pendiente una conversación y porque lo esperó por algún tiempo, aunado al sentimiento de culpa quizá implícito. Mientras que María se sentía protegida solo estando con su pareja y lo consideraba responsable de cuidarla, entonces el cautiverio que vivía, radicaba en la protección que sentía solo junto a su pareja y eso no le permitía socializar un poco más que no fuera lo necesario con quienes integraban el núcleo guerrillero.

El momento en que cada una finaliza su participación dentro de la guerrilla, se torna diferente, si bien es cierto cada una se da en el entorno de una emboscada, las particularidades son evidentes. Para el caso de Marina, al ser emboscados los grupos donde iba, el ejército aprovecha para poderla secuestrar y así iniciar con el proceso de tortura integral puesto que fue psicológica, sexual, daño físico y mental. Mientras que María logra huir y sobrevivir tras una emboscada en donde vio como asesinaban a la mayoría de sus compañeros y en donde de principio le quedó la duda si habían asesinado a su pareja o detenido-desaparecido.

¿Qué es la tortura? Loewe y Souza la definen:

La tortura es una agresión que comete el Estado a través de sus policías, de su ejército o de sus funcionarios públicos, que provoca dolor físico y psicológico en una persona. Es un “estate quieto”, es un recurso de terror para que tanto los torturados como quien vive en su entorno hagan cosas que no quieren hacer. Es decir, es quitarles la voluntad a las personas, de eso se trata la tortura. Por eso es una situación eminentemente política. La tortura no tiene que ver con el sadismo, tampoco con la ignorancia, es una acción científicamente planificada por profesionales. La tortura está globalizada, los métodos de tortura son cada vez más globales, son internacionales (Loewe y Souza, 2009: 15)

Las dos fueron víctimas de esta denigrante tortura, Marina ya nos compartió todo lo que le hicieron de manera explícita, y de la cual tiene secuela en uno de sus oídos por los golpes con puño cerrado que le daban, nos relató en el estado en el que la encontró su papá y nos podremos imaginar su sufrimiento. Esta parte es la que más trabajo le costó relatar a Marina, durante la entrevista lloraba mucho y luego se reponía y observaba cierta impotencia en su rostro y en sus manos, las cuales apuñaba y traía a su pecho.

De esta parte Marina también pidió que se omitieran ciertos aspectos, porque (en sus palabras), *no se sentía preparada para darlo a conocer*, sin embargo con lo que podemos leer nos podemos dar cuenta del trato que recibió, aunque esto era parte del plan de terror del Estado mexicano abandonándola finalmente a su suerte.

Me parece pertinente análisis que hace Marcela Lagarde en cuanto al cuerpo de la mujer como territorio de poder no solo masculino sino patriarcal y que se justifica

en la ideología del disciplinamiento de los cuerpos de las mujeres, y en la constatación meramente machista sobre todo en Latinoamérica:

Uno de los mecanismos de apropiación y de disciplina del cuerpo de todas las mujeres, es la violencia. Este es, precisamente, el ámbito de la violación. La demostración y la aplicación de la violencia corresponden a una ritualización que pretende demostrar la existencia de la fuerza física, así como satisfacer la necesidad del hombre de usar en el acto, un poder que las mujeres no tienen. Así la fuerza gira en torno al atemorizamiento y a la humillación de las víctimas, recalca las diferencias jerárquicas entre los géneros, y simboliza el sometimiento de la mujer al poder (físico) político del hombre (Lagarde, 2009: 26).

Los señalamientos que hace Lagarde, eran una realidad que se vertía diariamente en la sierra de Atoyac, y que, en el caso de Marina lo pudimos constatar, puesto que nos habla del sometimiento del que fue objeto, y es justo como esto último que la trataron. Sin posibilidad de defenderse le demostraron su fuerza física, satisficieron sus “necesidades de hombres”, la atemorizaron, humillaron y finalmente la sometieron como a tantas mujeres más. Otra estrategia más del Estado para seguir sometiendo y aterrorizando a la población.

En el caso de María una vez que logra salir de la sierra, como lo vemos en su relato, vive de forma clandestina y se esconde de una y más maneras para salvaguardar su vida, y se convierte en sobreviviente del proceso guerrillero, embarazada, sin nadie que le ofrezca apoyo, con una familia que la consideraba culpable de todas sus desgracias, sin embargo la tortura más grande vendría desde el día que se entera que militares habían allanado la casa de sus padres y en un escenario de destrozos y una mujer suplicando por la vida de su esposo, la madre de María, empieza a enfermar, mientras que su esposo está desaparecido y es justo ahí donde María tiene que tomar la decisión de salir y enfrentar sus miedos para emprender una nueva lucha que hasta el día de hoy está vigente: dar con el paradero de su padre.

Esto ha sido muy importante para María porque en el camino se encontró con mujeres, que al igual que ella sufría por la desaparición de su padre, dejando de

sentirse culpable por lo acontecido con su familia y socializando con las demás personas sin miedo a ser juzgada y señalada como guerrillera, sino más bien reconociéndose como luchadora social, creando conciencia en los municipios de la costa y de la sierra de Guerrero sobre la inhumana actividad del Estado mexicano al detener-desaparecer a personas sin respetarles sus garantías como individuos y ciudadanos de este país y negándoles la posibilidad de defenderse ante los tribunales.

Mientras que Marina y su familia es una más de las tantas familias de desplazados de manera forzada, no regresando al estado de Guerrero, hasta pasadas más de tres décadas, recuperándose entre ellos, sanando de a poco y tratando de comprender y aceptar todo lo que le había ocurrido. Al día de hoy Marina sigue luchando sobre si misma, apoyando a otras mujeres a salir adelante mediante talleres comunitarios, sobre todo en Guatemala, Belice y Honduras y dejándonos su historia como prueba de lo acontecido en la sierra de Guerrero en la década de los años setenta.

Finalmente en este capítulo quedan los testimonios y las historias de vida, de mujeres que vieron en la lucha armada una posibilidad de cambio en sus pueblos, y este cambio no era entre ellos o su entorno, la idea no era exterminar su naturaleza, sino más bien preservarla, evitar la tala de árboles, que cada niño y niña tuviera la posibilidad de asistir a una escuela primaria, sin importar su vestimenta, calzando o descalzo, lo importante era recibir conocimientos académicos, aunados a sus conocimientos sobre el campo cafetalero y las siembras propias de la región.

Mediante sus relatos, nos adentraron al Guerrero de 1970, nos clarificaron su entorno y nos permitieron adentrarnos en sus recuerdos, en su memoria privada y en una pequeña parte de su vida, la cual vivieron siendo adolescentes de entre 15 y 18 años. Nos dieron a conocer partes importantes en su vida, donde si bien ha habido dolor, también han forjado y sembrado para sus familias, un camino de

lucha y conciencia sobre todo para que se respeten las garantías individuales de cada persona y las colectivas que se remiten a cada pueblo de la sierra de Atoyac.

Finalizar este segundo capítulo, tiene un significado muy importante porque si bien en el primer capítulo veíamos la vida cotidiana hacia finales de la década de los sesenta y como la familia se involucraba en el espacio de las actividades económicas como el cultivo el café y las costumbres y tradiciones que esto conllevaba, en este segundo capítulo, el cual consideramos medular en la investigación, les permitimos visibilizarse, hablar sobre ellas mismas y la transformación que a sus vidas llevo por medio de la experiencia guerrillera, ya fuere como base de apoyo, guerrilleras o bien por ser parte de la geografía n donde se estaba llevando a cabo la lucha social, en donde su participación fue fundamental y que se hayan reconocido como tal nos ha significado importante.

Queda aquí constancia de su labor, de sus vivencias y sobre todo del reconocimiento que se hacen a sí mismas.

III. La lucha emprendida por las Buscadoras de vida en Atoyac de Álvarez en la década de los setenta

Me niego a olvidar, para mí no está muerto,
Para mí sigue existiendo,
Mientras siga viva no dejaré de buscarle,
Porque mientras siga desaparecido
Mi corazón seguirá latiendo
Despacito.

Digna¹⁴

Es una suerte que hoy no sople el viento.
Es extraño, de alguna manera se tiene siempre
La impresión de tener suerte, de que cualquier circunstancia
Tal vez infinitesimal, nos sujeta junto al abismo de la
Desesperación y nos permite vivir. Llueve, pero no sopla
El viento.

Primo Levi. Si esto es un hombre

Hace tiempo, justamente cuando terminaba la tesis de licenciatura, me parecía importante hablar sobre la participación de las mujeres, no solo en el proceso de la guerrilla, sino después, cuando desafortunadamente les desaparecen a sus seres queridos e inician su búsqueda. Entonces hice un pequeño tema en donde hablaba de la lucha que habían llevado a cabo, puesto que dar con el paradero de sus familiares, se había convertido en un desafío que la vida les estaba presentando.

Sin embargo consideraba que no era suficiente, que había que escribir más amplio, sobre los aspectos por los cuales habían pasado, conocer sus historias, y reconocer el gran trabajo que por décadas han realizado. De modo tal, que va

¹⁴ Digna es madre de Artemio Barrientos, a quien detuvieron desaparecieron en un retén militar en Coyuca de Benítez, el día 1 de abril de 1975, fecha en que tomó posesión Rubén Figueroa Figueroa como gobernador del estado de Guerrero. Artemio iba de regreso para Atoyac, ya que había ido a vender los productos que hacía a partir del coco seco como aretes, pulseras, collares y diversas artesanías. Al bajar a los pasajeros del camión flecha roja en que viajaba, le dijeron que se quedaría al interrogatorio por el apellido que tenía, llevándose en una camioneta Ford roja por otros sujetos vestidos con ropa casual. De esto se entera Digna al ser avisada por sus vecinas que también viajaban ahí y que al querer impedir se lo llevaran golpearon a una de ellas con puñetes y cachetadas en la cara. Hasta ahora nada se sabe de Artemio, de quien poco después le llevaron hasta su domicilio en Atoyac a Digna, lo que se supone era su cuerpo descuartizado, pero sin embargo las pruebas que le hicieron en el SEMEFO de Acapulco no correspondían a Artemio. Digna de esto no había hablado hasta el 2015, pero que finalmente decidió que su testimonio no fuera parte de esta investigación, solo este breve fragmento, lo cual respetamos.

surgiendo este tercer capítulo, entre varios aspectos que deseaba abordar, y que me parecían importantes, finalmente queda con las siguientes perspectivas.

El primer subcapítulo a desarrollar es **Las desapariciones forzadas, entre la crueldad y la impunidad**. La guerrilla aún no finalizaba cuando iniciaron las primeras detenciones desapariciones, esto en referencia a la lucha guerrillera, porque no es que en Atoyac y la sierra no hubiese habido antes desapariciones, por supuesto que sí, había represión y violencia pero, aquí solo nos situaremos a partir del movimiento guerrillero y que, desde la perspectiva del Estado mexicano los detenían (porque no aceptan decir que también los desaparecían) por haber participado en la guerrilla y por ende alzar la voz en contra de las injusticias que se cometían en sus poblaciones.

De modo que, observaremos los primeros años en los que las mujeres dejaban el espacio de su casa, de sus huertas e iban más allá, con el fin de encontrar a sus familiares desaparecidos, sin embargo para quienes había sido testigos de cómo los militares los sacaban de sus casas sin argumento alguno, era igual de doloroso, ya que al asistir a los campos militares tanto de Atoyac como de Acapulco y sus entornos, eran maltratadas, y regresaban sin ningún tipo de información sobre el paradero de quienes buscaban.

Entonces la búsqueda las acercaba a la impunidad, aunado a la de la que eran objeto, se estaban enfrentando a algo tan distinto que no sabían cómo empezar, no sabían que hacer y pocos eran quienes les apoyaban porque persistía el miedo, de no ser vistos con quienes buscaban a sus familiares ya que esto era sinónimo de familia guerrillera.

Este primer tema a desarrollar tiene como objetivo dar a conocer en primera como era para las familias el hecho de no saber por días de su familiar y enterarse después que agentes del gobierno y militares le había detenido- desaparecido e iniciar su búsqueda. En tanto había otro modo de llevar a cabo esta práctica y era entrar a las casas, allanarlas, golpear a la familia, abusar sexual y psicológicamente de las mujeres y por último llevarse a los hombres que se

encontraban en la casa, a quienes consideraban guerrilleros o que apoyaban la guerrilla, no importando que fuesen ancianos o que estuvieran enfermos, incluso en silla de ruedas.

El siguiente subcapítulo **Navidad y año nuevo no se celebra, se buscan vidas** surgió a partir de que en las entrevistas tanto individual como las que llevamos a cabo con la familia, observamos que a partir de 1973 las celebraciones se estaban dejando de llevar a cabo, que incluso las tradicionales posadas en las canchas de los poblados ya no se preparaban y disfrutaban, esto nos pareció por supuesto doloroso y preocupante porque se estaba rompiendo parte del tejido tanto familiar como social y las cotidianidades de las que hablábamos en el primer capítulo estaban iniciando un proceso si bien ya de trastocamiento, para este momento, estaban desapareciendo.

Todo se volvió hacia encontrar a sus familiares, las fiestas del pueblo ya estaban en último término, ya no había gusto por ello, entre las necesidades familiares había una en primer lugar que no fuera celebrar en familia y con el pueblo y máxime si de un solo poblado, más de la mitad de las personas estaban desaparecidas, incluyendo mujeres.

Por ello el objetivo se centra en conocer la experiencia de las familias de algunos poblados de la sierra de Atoyac, tanto a nivel personal como a nivel colectivo, ya que el no celebrar iba más allá de una fiesta, sino que su dolor, desesperación e impotencia no la estaban compartiendo, cada familia estaba siendo presa del miedo y cada quien con sus formas y maneras buscaba a sus familiares detenidos-desaparecidos. ¿Por qué no compartieron el dolor por la detención-desaparición de sus familiares, como anteriormente la alegría por sus celebraciones?

Así como visibilizamos a las mujeres que participaron en la guerrilla, era importante también conocer la historia de las mujeres que por años han buscado a sus seres queridos, es por ello que en el siguiente subcapítulo **El dolor y las lágrimas se convierten en acción. Historia de vida de Angelina Reyes, el**

abrazo tan esperado que no llegó es especial para esta investigación, ya que Gela como cariñosamente le llamamos todas y todos quienes le conocimos, desafortunadamente partió físicamente de este mundo el 24 de septiembre del 2012, sin haber podido abrazar y ver con vida –justo como lo deseaba- a su esposo Florentino Loza, a quien agentes del gobierno lo detuvieron-desaparecieron y desde ese momento ella no dejó de buscarle.

En el año de 2008 aún con vida, entrevisté a Gela por primera vez, después vinieron otras más, incluso en sus días de enfermedad, en sus últimos suspiros de vida, lo cual le agradezco infinitamente, aprecio totalmente, y me permite crear hoy su historia de vida, apoyada por sus familiares quienes amablemente y con entusiasmo han colaborado para que el objetivo principal de este subcapítulo sea rendirle homenaje a su vida de lucha incansable no solo por dar con el paradero de su esposo, sino por crear un lazo muy fuerte de colectividad entre las demás mujeres que junto a ella buscaban a sus familiares.

Siempre alegre, siempre cantando, Angelina Reyes se convirtió en pieza fundamental de AFADEM, y referente de la lucha y activismo social de las mujeres en Atoyac. Con su amable sonrisa y positivismo, ese mismo que contagiaba a todas sus compañeras, Gela logró que las mujeres de Atoyac, pudieran salir a otros estados de la república mexicana a hablar de su dolor e impotencia, incluso a la Ciudad de México, donde participaron en la huelga de hambre convocada por Rosario Ibarra.

De estos aspectos mencionados y demás nos comparte en su historia de vida, de la cual siempre deseó que se le hiciera, será un recorrido desde su infancia hasta sus últimos días con vida y por supuesto todo el legado de lucha y generosidad que dejó en su hijo, su familia y la sociedad atoyaquense.

Acercándonos hacia el final y pensando sobre las líneas de investigación que surgen a partir de esta tesis, el subcapítulo **Aproximaciones a las cotidianidades trastocadas de las familias a quienes les desaparecieron un ser querido** tiene como objetivo tres aspectos, el primero y partiendo del inicio de

esta investigación cuando hablamos de que tanto se habían trastocado las cotidianidades de Atoyac y la sierra, dar cuentas sobre que cotidianidades nos referimos, si bien es cierto a partir de los testimonios de las personas podemos saber cuáles son y por qué lo asumen así, habría que hacer un análisis para su comprensión.

En un segundo momento y dadas las experiencias que nos han compartido las mujeres que por décadas han buscado a sus seres queridos vivos, y sin que esto haya sido posible, aunado a esto el Estado mexicano ha violado sus derechos humanos y han sido torturadas de manera permanente al no saber de sus familiares. De modo que esto no solo las convierte en luchadoras sociales, sino que las ubica como Buscadoras de vida, porque por sentido común entendemos que a partir de la detención-desaparición de sus hijos y esposos, su vida cambió y todo giró en torno a encontrarles.

Para ello hubo aspectos que abandonaron, con ellas mismas lo hicieron, puesto que dejaron de lado todo lo demás centrándose y priorizando el encontrar con vida a sus hijos, esposos y muchas de ellas a sus padres. No por ello dejaron de ser las proveedoras de la familia.

Por tanto en un intento por visibilizar y rescatar su participación en la guerrilla utilizaremos la categoría Buscadoras de vida, apoyándonos tanto en sus testimonios como en diversas teorías que utilizan la memoria como categoría de análisis y mediante ello lo contrastan con aspectos de derechos humanos, tortura, violencia y represión. ¿Por qué llamarles y reconocerles así? ¿En qué basamos esta categoría? ¿De dónde partir? Esperamos resolver estos cuestionamientos.

Finalmente y en para trabajarlo en investigaciones posteriores más a fondo, se abordará los desplazamientos forzados, ubicándolos en este mismo espacio de las cotidianidades trastocadas, porque mientras había familias buscando a sus desaparecidos, había otras desplazándose hacia ciudades dentro del estado de Guerrero, y aún más hacia distintas ciudades de la república mexicana, tuviesen o no con quien llegar.

Exploramos mediante sus testimonios que de manera colectiva las familias accedieron a compartirnos, sus experiencias al tener que salir huyendo de la sierra y Atoyac ya sea por amenazas y finalmente salvar su vida, por el acoso de los militares y grupos al servicio del Estado mexicano, este desplazamiento forzado se llevó a cabo no importando que hubiesen participado o no en la guerrilla.

A partir de ello hay aspectos que intentamos ir analizando, como es el caso de que algunos poblados de la sierra quedaran u olvidados o con muy pocos habitantes, recayendo esto en el cultivo del café, ya que en algunas huertas no hubo producción y en las que hubo, es porque soportaron los embates de la represión de la década de los setenta, o porque quienes se quedaron como encargados realmente hicieron un gran trabajo para que no se vinieran abajo las tierras, sin embargo ninguna logró una gran producción. En ese sentido esperamos poder dar respuesta a una de los cuestionamientos que guía este subcapítulo ¿Por qué volvieron y por qué no las familias desplazadas de la década de los setenta de Atoyac y la sierra?

En este capítulo encontraremos historias de dolor, de fortaleza, de desesperación pero también de dignidad, hablan las mujeres que por más de cuatro décadas han buscado a sus familiares sin que hasta ahora puedan volverle a abrazar, advertimos que lo vamos a vivir mediante la lectura habla de la fortaleza que se guarda en todo México dada la estructura de violencia y represión que manejan quienes creen que ser representantes de un país, estado y municipios les da derecho de atentar contra su libertad y vida cotidiana.

Los testimonios aquí presentados son de 10 mujeres, que nos comparten su historia desde su nombre real, hasta cada uno de los episodios de la vida que ha forjado su fortaleza, si bien es cierto la crudeza en sus relatos está presente, sabremos cómo es que, han salido adelante, sin que en ninguno de los casos que estarán dentro de este capítulo hayan terminado con el anhelado abrazo hasta ahora, la memoria que de alguna manera había estado guardada como algo muy privado tanto a nivel particular, familiar y por ende en la tejido social.

3.1 Las desapariciones forzadas. Entre la crueldad y la impunidad

Era principios del año 1972, en Atoyac recién entraba la primavera, en la sierra estaba dejando de hacer frío, y poco a poco los árboles frondosos se llenaban de flores y el aire los movía de un lado a otro. El patio de Candelaria en Plan de las Delicias, estaba repleto de hojas que caían de los árboles que tenía por toda su casa, en donde recuerda le gustaba pasar mucho tiempo ya que sembraba hierbas de olor tales como; la albahaca, el epazote y la hierbabuena, para el consumo de su familia y para venderlas. Heredado de su abuela Candelaria sabía remedios botánicos y con eso ayudaba a las personas de su pueblo o de otras comunidades que asistían a su casa para que les quitara desde un dolor de estómago hasta mujeres embarazadas que acudían a su ayuda cuando sentían dolores u otra cuestión.

Es precisamente en ese tiempo y en esa fecha que militares llegan a su casa, buscando a su hermano Miguel quien no vivía ahí desde un año ya que se había ido a trabajar a Sinaloa en el cultivo y cosecha de jitomate. Ellos, los militares, aseguraban que su hermano había sido parte de una emboscada en contra de un pelotón, tenían todos sus datos, sin embargo ella les decía que su hermano no estaba ahí desde hacía tiempo y que quizá lo estaban confundiendo. A continuación Candelaria nos relata lo que pasó esa noche del 20 de marzo de 1972.

Eran como las 10: 00 de la noche, escuché que llegaron varios carros y se oían como los que traían los militares, entonces confiada me acerqué a la puerta y que me dicen que donde estaba mi hermano Miguel, para esto ya estaban dormidos mis papás y mi otra hermana Micaela, ya me tenían atada de pies y manos en una silla, y se despiertan mis papás. A mi padre lo empiezan a golpear, a mi madre la ponen en la misma posición que yo y cuando Micaela sale por la puerta trasera, la agarran y pasa una situación tan despiadada por parte de ellos, porque abusan sexualmente de ella, fue muy doloroso (Candelaria, 2015).

Este era uno de los modos de operación que hacían los militares para detener-desaparecer y que al verse la familia en esa encrucijada, confesarán la verdad, pero Candelaria la estaba diciendo, ya que en el tiempo que su hermano se pasó

en Guerrero, se dedicó a cuidar huertas de café y aunque su familia estaba de acuerdo con el movimiento guerrillero, no habían participado de ninguna forma ya que los tres trabajaban por la edad avanzada de sus padres (mamá: 73 años, papá: 81), y eran el sostén tanto económico como moral en la familia. Lo que vendría después de horas tanto de tortura hacia ella y su familia Candelaria lo concibe como “*terriblemente verdadero y doloroso*”.

Ya habían abusado sexualmente de mi hermana, la golpearon, yo que les podía decir, ellos aseguraban que mi hermano estaba con el profe Lucio, aunque no fuera así. A mi padre ya golpeado y bastante ensangrentado, lo sacan de la casa y lo meten en uno de sus vehículos, me dicen que le van a tomar declaración en el ministerio público de Atoyac, y en ese momento cuando les digo que los acompaño porque mi padre está enfermo me dan un golpe en la cabeza y quedo inconsciente, al otro día despierto en la cama, acompañada de las vecinas aterradas por lo que había sucedido, mi pobre madre que no paraba de llorar y mi hermana en un rincón como ida. (Candelaria, 2015).

Antes de que Candelaria nos siga compartiendo, como inició la búsqueda de su padre es importante detenernos para poder comprender lo que esta familia estaba padeciendo en esos momentos porque el patriarca en ese momento ya estaba detenido, las hijas habían quedado muy golpeadas, aunado a que una de ellas había sido abusada sexualmente, y la madre estaba en una crisis nerviosa tal, que Candelaria entonces que debía tomar el rumbo de la situación familiar.

A partir de este momento, inicia el cambio en la manera de vivir de esta familia, su hermana, quien no denuncia los hechos de los cuales había sido víctima, se queda con su madre en casa, presas de miedo, pero Candelaria es la que hace frente a la situación e inicia la búsqueda de su padre, en el ministerio público, el campo militar, los juzgados, hasta que un día en el centro de Atoyac se encuentra a unos amigos de su padres quienes le hacen un comentario que en ese momento le da esperanza por encontrar a su padre.

Me fui para Atoyac a buscar a mi padre, al hacer unas compritas en el mercado me encontré a unos amigos de mi papá y en voz baja me dicen que habían visto que a mí papá lo estaban metiendo unos hombres armados en una casa rumbo al poblado del Ticuí, me fui para esa casa a preguntar y empecé a tocar la puerta, les pedí que me entregaran a mi papá, que él necesitaba su medicina, al abrir la puerta, me vendaron y una persona muy golpeada me dijo que a mi padre se lo habían llevado a Pie de la Cuesta (Candelaria, 2015).

Así es como empezó la lucha de Candelaria por dar con el paradero de su padre, al estar recordando observamos cómo sus manos tiemblan y su forma de hablar empieza a ser más pausada conforme pasa el tiempo de entrevista, se queda pensando en algunos momentos, por lo cual Todorov señala:

“Parecieran ubicarse en el lado opuesto de aquellos que se lamentan por esos pasados que no pasan, por las aparentes fijaciones, retornos y presencias permanentes de pasados dolorosos, conflictivos que resisten y reaparecen, sin permitir el olvido o la ampliación de la mirada” (Todorov, 1998 : 16).

En efecto, lo que estaba sucediendo con Candelaria, es que al estar recordando había fijaciones, precisamente por el retorno al que se refiere Todorov y que deviene de las regresiones que estaba teniendo cuando ha logrado instalarse en ese momento e incluso puede ver imágenes que le afianzan lo que está relatando, esto la mantiene alerta aunque ahora sean recuerdos, sin embargo al hacer el ejercicio de recordar, causa en ella cierta ansiedad.

Dadas las condiciones que estaba viviendo el municipio de Atoyac y la sierra, las familias empezaban a buscar a sus seres queridos porque dejaban de llegar a casa, tal como pasó con Amparo, quien al igual que Candelaria, tiene a su papá desaparecido, desde el 13 de junio de 1972, originaria de El Quemado, ella nos cuenta cómo es que se dan cuenta que a su papá lo detienen-desaparecen los militares.

Mi papá salió un 13 de junio de la casa con rumbo para Atoyac, se fue acompañado por uno de mis primos, dos días después regresó mi primo, y nos dice que a mi papá los guachos lo habían detenido en El Rincón de las Parotas, ya casi llegando a Atoyac, que no lo dejaron hablar y que lo subieron a uno de los carros cerrados que traían con rumbo para Atoyac, me voy para allá, fui a ver a un abogado que conocíamos y me dijo que me estaba metiendo en un gran problema, que esa gente me iba a matar a mí y a toda la familia, desde ahí supe a lo que me enfrentaría, fue doloroso no recibir apoyo pero ya había comenzado y nada me pararía (Amparo, 2015).

Y lo que vendría se trataba de un tiempo difícil, que se le salió de las manos a Amparo por la desesperación de no saber de su padre, ya que estando en su búsqueda le dijeron que lo habían visto en la cárcel de Acapulco, ella fue para allá y al no saber nada de él y sentir el desprecio por parte del personal, empezó a romper algunos vidrios y tirar documentos, ella nos cuenta:

Por ese tiempo esto apenas empezaba, desaparecían de a poco las personas, entonces como que todos debíamos de andar sigilosos al hablar alguien muy conocida en el pueblo, me dijo que los judiciales estaban hablando de que a varios de aquí, se los habían llevado a Acapulco, me voy para allá y encontré burlas, en mi desesperación empecé a aventar hacia los vidrios las grapadoras, empecé a tirar toda la documentación que tenían en sus escritorios y el ánfora que traía con agua, la aventé a unos cartones llenos de documentación, me puse mal. (Amparo, 2015).

¿Qué pasó después de esto? A Amparo se le acusa de alterar el orden, faltas administrativas y daño moral por lo cual se le procesa y le dan una sentencia de 3 años de cárcel, todo esto se lleva a cabo en un par de días, sin que Amparo contara con abogado defensor, una injusticia total y por ende un momento crítico para la familia, tanto moral como económico, ella nos comparte:

Me llevan a los separos, se supone me trasladarían a Chilpancingo de repente van a los separos y me dicen que estaba libre, que ya había hablado el licenciado Gómez, el mismo al que yo le fui a pedir me ayudara con lo de mi padre, mi madre había ido a verlo y le había contado la situación y él se hizo cargo. Fueron casi dos semanas de mucho ansiedad, ahí desarrollé el problema que tengo para hablar, porque las tres primeras noches me golpearon una nunca se imagina lo que le va a ocurrir en la vida, a nosotros nos amolaron muy fuerte, nos cambiaron todo (Amparo, 2015).

Les cambiaron todo, tal como lo asegura Amparo, no solo a ella sino a cientos de familias en la sierra y Atoyac, podemos observar cómo es que no hubo garantías

para Amparo, la forma en que violentaron sus derechos como humana, y el trato de delincuente al que fue sometida, aunado a la violencia física y psicológica, estamos hablando de varias arbitrariedades, desde el momento en que se burlan de ella por preguntar por el paradero de su padre. No había sentido común, no la pudieron parar ante la crisis por la que estaba pasando, prefirieron permitirle que siguiera y con ello castigarla en demasía, pasado los días bastó con una llamada de alguien, para que pudiera quedar en libertad y con ello, y a partir de esta experiencia iniciar la búsqueda de su padre con más cautela, con más fortaleza.

Este cambio que surge en la vida de Amparo y de Candelaria, lo plantean a partir si bien de algo que ellas no han elegido, surge desde el momento en que el aparato represor del Estado mexicano concibe la violencia y represión como el mecanismo perfecto para crear miedo en la sociedad y luego conseguir lo que desean ¿De qué hablamos? De dar con el paradero del campamento guerrillero, esto no importando llevarse a gente que no tenía idea donde se encontraba la concentración guerrillera, mucho menos las formas inhumanas en que las personas eran sacadas de sus casas y luego la forma en aprovechaban su momento de poder para abusar psicológica, física y sexualmente de las mujeres que se encontraran en el hogar.

Tomando en cuenta lo difícil que hasta ahora han sido los relatos de Candelaria y Amparo nos apoyaremos en Elizabeth Jelin, cuando señala que esta situación de las víctimas por enfatizar en todo momento sobre la violencia ejercida en su contra, no es cosa menor puesto que para ellas esto se convertía en una profunda catástrofe y aunque han pasado ya décadas lo tendrán presente, porque se convierte si bien en una cicatriz imborrable, de ahí parten para buscar a sus familiares detenidos-desaparecidos.

En lo individual, la marca de lo traumático interviene de manera central en lo que el sujeto puede y no puede recordar, silenciar, olvidar o elaborar. En un sentido político las cuentas con el pasado en términos de responsabilidades, reconocimientos y justicia institucional se combinan con urgencias éticas y demandas morales, no fáciles de resolver por la conflictividad política en los escenarios donde se plantean y por la destrucción de los lazos sociales inherentes a las situaciones de catástrofe social (Jelin, 2002:11)

De principio Jelin nos hace comprender como es que a partir de lo que las personas vivieron deciden sobre su historia esto es *recordar, silenciar, olvidar o elaborar*, aunque pasen por todas estas etapas y decidan quedarse con una o más de ellas, y si deciden principalmente elaborar, esto es importante porque entonces podemos conocer relatos como los que encontraremos aquí y por medio de ello, surge una cuestión particular e importante: la memoria soterrada florece y nos permite dar a conocer la otra cara de la historia, la que al mezclarse con los individuos es cruel, es dura y se tiene que dar a conocer, ahí radica la importancia de esta urgencia moral y ética que ya señala Jelin.

Si bien es cierto hemos conocido las dos formas en que de principio detenían a una persona en la década de los setenta, acusándoles de agitadores y guerrilleros, con el relato de Gloria daremos cuenta cómo es que no solo se llevan a su hermano de su casa, sino la manera en que poco a poco van acosando a la familia hasta que irrumpen su tranquilidad, sus formas de vivir, su todo.

La familia de Gloria se dedicaba al café en Los Valles, su economía dependía totalmente de esta actividad, así que tanto sus padres como sus 4 hermanos se dedicaban de tiempo completo a ello. Gloria y su mamá también se dedicaban a los quehaceres del hogar, aunque nos confiesa que prefería estar en la huerta de café, que lavando platos o haciendo tortillas de mano, porque en este caso su padre y sus hermanos no se involucraban, aunque señala que *mantenían en orden la casa para no darnos más trabajo a mi madre y a mí*. Aceptando que se llevara a cabo la guerrilla, la familia de Gloria apoyaba con víveres a la guerrilla y como uno de sus hermanos trabajaba en una farmacia de Acapulco, en reiteradas ocasiones les llegaron a dar medicamentos de primeros auxilios.

Nosotros estábamos de acuerdo con la guerrilla, eso no es delito y no me avergüenza decirlo, porque había un problema muy grande con el gobierno de que nos tenía muy amolados. Para nuestra familia todo empezó a principios del año de 1972, en ese tiempo andaban censando porque según iban a meter una CONASUPO, entonces les decíamos que éramos cinco hermanos pero que mi hermano mayor vivía en Acapulco porque allá trabajaba, esto no lo creían pero no nos enteraríamos hasta después (Gloria, 2015).

Lo anterior ocurrió a partir del mes de marzo, y después se fueron acercando más a la familia y con la idea de censar las huertas, entraban a ellas sin permiso, cuando estaban trabajando, hasta que empezaron a acosar de a poco a la familia, esto es pidiéndoles a Amparo y su madre les cocinaran, para que sus papás y sus hermanos pudieran pasar a trabajar a la huerta. Pero las cosas no pararon ahí, Amparo nos cuenta:

No solo les cocinábamos, en tres ocasiones se llevaron a uno de mis hermanos con ellos a recorrer la sierra con el fin de que les mostrara atajos y caminos desconocidos, mi hermano nos contó que no dejaban de hablarle con groserías y preguntarle si mi hermano realmente estaba en Acapulco o con el profe Lucio en la guerrilla. La situación más alarmante es que a uno de ellos les gustó una de mis primas y se la llevó por 5 meses, la regresó embarazada, en la familia nos señalaron de ser los culpables y ya con esto nos sentíamos peor. En ese tiempo mi hermano se regresa de Acapulco porque la empresa farmacéutica lo líquida y es que lo empiezan a ver en la casa (Gloria, 2015).

De forma que aquí se insertan, diversos niveles de análisis, tales como: 1) El forzar a la población a trabajar para la milicia, esto de forma tal, que no le preguntaban a las personas si deseaba hacerlo o no, y si esto lo hubiesen hecho dada las condiciones de represión podía ser desaparecidas, torturadas o asesinadas. 2) La contradicción que les plantea debido a su apoyo a la guerrilla, esto porque aunque de acuerdo con las acciones que llevaba a cabo el movimiento armado, les estaba costando que los militares fueran parte de su vida familiar cotidiana, aunque esto último no necesariamente -y como ya lo hemos visto-, lo hicieran aunque las familias no tuvieran nada que ver. 3) La violencia sexual y el embarazo: el sentimiento de culpa y el estigma social.

Este aspecto se volvió parte de las familias en la sierra de Atoyac, porque los militares iban y abusaban de niñas y mujeres, dejando a las familias primero con un problema, por el trauma que a consecuencia de la violencia sexual ejercida generaba pánico y dolor, pero también dividiendo a las familias como vemos en el caso de Gloria. Aunado a ello, un embarazo el cual debía llegar a su término, aunque se tratase de una violación, todo porque la tradición indicaba que si una

mujer estaba embarazada, no importando el cómo había pasado, no tenía derecho (claro, la mujer), a decidir si finalizar su embarazo a los 9 meses o antes.

Gloria nos sigue compartiendo y reflexiona, tratando de encontrar el porqué del terror sembrado hacía sus comunidades, hacia sus familias.

Todo empezó un 2 de octubre, que mi hermano salió con rumbo a Acapulco a una entrevista de trabajo, a ese autobús lo siguieron y antes de llegar a Coyuca bajaron a varios hombres entre ellos a mi hermano, les dijeron que se regresarían con ellos para Atoyac y que allá ellos serían quienes señalarían a los que andaban apoyando a la guerrilla, estando en el batallón a mi hermano lo dejan suelto porque se dan cuenta que no sabía nada, para esto son dos días que lo tienen ahí, llega a la casa y nos cuenta todo esto y pensamos que lo mejor era que ya se fuera, pero saldría por El Quemado hacía Coyuca, así que de Los Valles se hacía allá el 8 de octubre de 1972, se supone que por los poblados que pasaría no habría retenes pero no fue así, porque en San Vicente de Jesús es donde lo detienen y se lo llevan con rumbo desconocido.(Gloria, 2015).

Así es como se llevaban a las personas, sin investigar sobre ellas, el causal aquí fue que el hermano de Gloria trabajaba fuera de la sierra y una vez que, por causas de la vida regresa, se cree que ha sido porque era un militante transitorio dentro de la guerrilla que iba a ayudar con las huertas a su familia y después de ello, regresaría de nuevo al núcleo de lucha. Suposiciones tales que llevaron a integrantes del ejército mexicano a detenerlo en uno de los anticonstitucionales retenes que establecían en diferentes puntos de la sierra y que con dureza y crueldad no solo revisaban las pertenencias y cuerpos de las personas sino que las podían detener sin que hubiese de por medio un porqué.

Las detenciones-desapariciones tenían otro fin y justo lo vemos en algunos de los testimonios como el de Gloria, en donde las personas no tenían nada que ver con la guerrilla pero habitaban el espacio donde se estaba llevando a cabo, entonces la forma de proteger el poder que tenían sería en someter y controlar a todas las poblaciones de la sierra instaurando una estrategia de miedo y terror, era tal su deseo de deshumanizar a la población que recurrían a actuar impune y abiertamente de manera autoritaria.

Ante esto el filósofo Thomas Hobbes señala “que la utilización de la cultura del terror como instrumento de sumisión busca intimidar al ser social a fin de ejercer su control político, económico y social y por ende hacerlo vulnerable y perfectamente manipulable. El miedo impuesto invade todas las capas de la sociedad hasta instalarse en el inconsciente colectivo presto a actuar al servicio de intereses creados por el régimen de turno” (Hobbes, 1993:72)

La instalación del miedo en toda la sociedad ya era un hecho, como también lo eran las detenciones desapariciones forzadas, el Estado recurría a estos dos instrumentos de sometimiento para crear un ambiente en el que las personas se desesperaran, tal como ocurrió con estas tres familias, quienes entre sus actividades, forma y modo de vida era buscar a sus familiares desaparecidos, sin tener respuesta alguna y pasando por todos los eventos críticos que nos han compartido.

En la década de los setenta el Estado mexicano funcionaba con esta política de terror, con el fin de aniquilar la guerrilla toda vez que de a poco se expandía y aunque no toda la comunidad eran participantes activos, si aceptaban que se llevara a cabo y se preguntaban porque, en vez de buscar terminar un movimiento armado surgido desde las entrañas del pueblo, terminaban por darse cuenta de las necesidades que tenían y porqué habían recurrido a las armas y a un movimiento clandestino.

Pero no fue así, porque para el año de 1973, las desapariciones forzadas siguieron un desafortunado curso, se incrementaron de tal modo que en una misma familia había hasta tres personas desaparecidas, todos los días había diversos retenes que de manera estratégica los instalaban en diferentes poblaciones con el fin de cercar toda la sierra, y quedando la gente al centro, podían controlar las entradas y salidas.

En este sentido Rangel Lozano sugiere diversas formas de violencia entre ellas la estructural e institucional y señala que:

Se trata pues, de la existencia de dos formas de violencia: estructural e institucional, generadas por el dominio de los cacicazgos, su impunidad, así como la militarización y paramilitarización de sociedades rurales y urbanas por parte del Estado. La violencia estructural acontece en el marco socioeconómico de una sociedad, en la que la existencia de una diferencial distribución de los recursos se expresa en condiciones de vida desiguales para la población (Rangel, 2012: 23)

Si bien es cierto, la desigualdad es uno de los factores por lo que surge el movimiento guerrillero, estamos conociendo relatos de mujeres en donde la familia aceptaba la lucha social que se estaba llevando a cabo sin embargo su participación era como apoyo en cuanto a víveres en pequeño o bien no tenían nada que ver y desconocían la función del núcleo y aun así la violencia institucional como ya lo hemos visto fue un hecho pues estas familias la padecieron. Rangel la comprende de la siguiente manera, focalizándola en el estado sureño.

En Guerrero, la violencia institucional se refiere al control, coerción y represión ejercidos por parte del Estado y los grupos locales en el poder, contra la población; se hace uso del poder público para resguardar intereses personales. Es por ello que la violencia estructural y la institucional se articulan cuando, mediante el ejercicio del poder político, se incide en la desigual distribución de los recursos (Rangel, 2012: 23)

De modo que al unirse tanto una como la otra, la violencia se recrudeció y las desapariciones forzadas ya no pararon, estas se incrementaron, como también lo fue el miedo y desesperación en las personas. Ante esto las formas de vida tenían que cambiar y las fechas que antes eran festivas, ahora pasaban a ser un día más, las puertas de las casas se cerraban, los ánimos estaban casi nulos y la prioridad era encontrar a sus seres queridos y cuidarse para, en el intento, no ser desaparecida, torturada o violada ¿En dónde radica la fuerza para soportar este embate? ¿Qué pasa en el seno familiar?

Los relatos que a continuación conoceremos nos retratan que aquellos momentos que sugieren la unión y reunión familiar, poco a poco se iban tornando como un

día más en los que había que organizar todo para dar con el paradero del ser querido

3.2 Navidad y Año nuevo no se celebran, se buscan vidas

Tal pareciera como si por cada año que pasara la violencia tendría que ir creciendo, esto por supuesto era el objetivo más importante para el Estado mexicano con el fin de aniquilar la creciente guerrilla y sobre todo la empatía que había por parte de los pobladores de las comunidades de la sierra. Hablar con las familias que vivieron esta etapa tan dolorosa en la vida cotidiana de la sierra de Atoyac resulta doloroso, sin embargo nos preguntamos cómo es que pudieron sobrellevar la inmensa oleada de terror en su contra.

En estos momentos de la investigación donde vemos como los testimonios hablan totalmente de aspectos no solo dolorosos, sino que a las personas les siga resultando los años más dolorosos de su vida, sin que se hayan podido reponer, esto como sabemos no puede ser posible mientras no sepan que fue lo que pasó con sus familiares, por ello es que si deseamos visibilizar lo ocurrido en la guerrilla de los setenta y en el terror sembrado por el Estado mexicano, tenemos que recurrir a sus relatos, a sus recuerdos, a sus historias de vida.

En ese sentido Estrada Castañón señala que:

Son los testimonios el principal antídoto, contra el silencio cuando, por faltas de otras fuentes de información, todo conspira para mantener ocultos los actos criminales cometidos desde el poder y otorgar impunidad a los responsables. Por ello, el testimonio es también, un recurso poderoso en manos de quienes luchan contra el olvido por una política de la memoria capaz de sortear el laberinto que las agencias oficiales hacen recorrer a las víctimas del terrorismo de Estado (Estrada, 2012: 15).

De tal forma que es preciso continuar con la experiencia que tuvieron las personas en la complicada década de los setenta, específicamente en el año de 1973 cuando el gobierno mexicano, instalo como ya lo hemos visto políticas de terror en la sociedad pero –ellos lo creían así- contrarrestaban esa misma represión dándoles apoyos con el fin de crear confusión y por ende control entre la población.

Finalmente creían que una parte de ella pensaría que más que ser políticas que violentaban su vida cotidiana, entenderían que el gobierno las deseaba apoyar y que era su aliado, sin embargo para este tiempo la gente ya sabía bien que era lo que deseaban, y esto no era más que acaparar la atención de las comunidades para después y poco a poco insertarse en sus actividades y con ello ganarse su confianza llevar a cabo su objetivo: aniquilar a la población, a la guerrilla y que quienes quedaran supieran lo que les pasaría si se atrevían o pretendían crear una nueva lucha guerrillera.

En ese sentido Sánchez Serrano comprende esto como *una abierta y potencial violencia* y reflexiona acerca de cómo el Estado mexicano pretendía controlar la sierra de Atoyac a costa incluso, del dolor de las personas, pero también en su incongruencia apoyarles, una completa paradoja en un espacio que de un tirón, se estaba cayendo a pedazos, la gente no lo comprendía y el gobierno no perdería tiempo en explicarles.

La instalación de campamentos militares, retenes y operativos sorpresa, formará una constante en la vida cotidiana de las personas que habitan la región de la sierra de Atoyac. Sin embargo, como parte de la lógica de ambigüedad y contradicción, el gobierno y el ejército, les ofrecerán apoyos económicos, campañas de salud, construcción de carreteras y escuelas, buscando ganarse el apoyo de la población civil, a cambio de información, la cual en este nivel se buscará obtener con este tipo de gratificaciones. Sin embargo, en el año de 1973 se incrementaron los operativos de contrainsurgencia hacia una abierta violencia que, con el pretexto de localizar a los grupos guerrilleros, también usaron todos los recursos a su disposición contra la población civil, tratándola como potencial grupo guerrillero (Sánchez, 2012: 155)

En la reflexión tan puntual que hace Sánchez Serrano encontramos puntos nodales que hemos venido desarrollando en el presente capítulo, el primero los retenes anticonstitucionales¹⁵, que lo único que hacían era despojar de sus

¹⁵ Los retenes militares son anticonstitucionales debido a que violan los artículos de la constitución 11,16, 20 y 21 en los cuales se sustenta y garantiza que los ciudadanos tienen derecho al libre tránsito ver en: <http://stj.col.gob.mx/dh/html/escenario/html/pdf/22.pdf> .

Para seguir con su política de miedo hacia la población, esto lo utilizaban para quitarles sus pertenencias desde medicamentos hasta alimentos y por otro lado era la forma de abusar sexual y psicológicamente de las mujeres y luego golpearlas y amenazarlas como no lo indican los testimonios.

pertenencias a las personas, llámese medicamentos, comida, vestimenta o dinero, y por ende de su condición humana.

Justo en un retén militar le pidieron a Adelaida que parara el Volkswagen 1960 que traía y que recién se los había llevado un tío para que pudieran transportarse a abastecer su despensa a Atoyac, en él venía con su padre, con uno de sus hermanos y dos primas, les pararon el alto y esto fue lo que sucedió:

En 1973 apenas había empezado a manejar entonces luego para estacionarme me costaba trabajo y se me acercan tres huachos y uno de ellos me dice con palabras altisonantes, con una chingada, a ver bájate pendeja, si no sabes manejar para que traes el pinche carro. Me puse muy molesta, y les dije que no éramos animales, que éramos personas honestas, entonces me tira una patada y yo logro esquivarla, se mete mi papá y lo empiezan a golpear entre cinco militares y me dicen a mí que ahora para que se me quitara lo machita iban a subir a mi papá al tanque y en la noche lo iban a tirar al mar. Esos retenes para eso eran, nuestra vida dependía de ellos, ellos elegían quien pasaba, a quien golpeaban y a quienes se llevaban (Adelaida. 2016).

El 18 de mayo de 1973, ocurren los hechos que Adelaida nos ha compartido, y desde esa fecha no sabe nada de su padre, ese día levantaron este reten llevándose a su papá, como si la cuota del día había sido cubierta y dejándola junto a su hermano golpeado, con la costilla derecha grave y con dos primas a quienes habían toqueteado de su cuerpo mientras a ella, a su papá y su hermano otros militares más les golpeaban. Hubo quien se ofreció a llevar a su hermano a Atoyac para que pudiera ser atendido, así golpeada ella también fue y como ya era muy tarde, al llegar al ministerio público para poner la denuncia no la quisieron atender.

Cuando llegué estaban como en una reunión pero ya no estaban atendiendo, llegué y les dije que me vieran como estaba de golpeada, ensangrentada, gritaba y les decía lo que habían hecho con mi padre y solo me decían que como eso lo habían hecho los militares tenía que ir al batallón. La navidad del 73 fue la más dura de mi vida, porque yo decía mi papá va llegar y nada, ¿Qué entonces era lo que teníamos que celebrar? Si yo le suplicaba a dios me lo regresara y nada, no estaba mi viejo por ningún lado, ve tú a saber dónde pasó los fríos (Adelaida, 2016).

Doloroso y revelador esta parte del testimonio de Adelaida porque muestra primero el nulo interés de las autoridades en el municipio de Atoyac, aunado a la colusión de diferentes poderes contra la población, incluyendo los servicios de salud y falta de sentido común, primero al decirle que tenía que ir al cuartel militar, habiendo personal tanto de ayuda psicológica como de primeros auxilios y no fueran capaces de atenderle y levantar un acta tanto con su testimonio como por la violencia de la que había sido víctima, ya que era una obiedad en su cuerpo.

Y por otro lado termina compartiéndonos el vacío que había en su ser no solo por la ausencia de su padre, sino también porque ella sabía quiénes y cómo se lo habían llevado, y la advertencia de que lo arrojarían al mar. Esto hacía que las fechas que son celebradas en familia para el caso de Adelaida fueran más dolorosas y tan solo con el deseo de que su padre volviera a estar ahí, sin embargo desde mayo hasta el diciembre ya habían pasado 7 meses sin que la familia supiera nada de Don Alejandro, esto los consumía, no les permitía celebrar, disfrutar. Tal pareciera que la vida estaba negada para quienes tenían un familiar desaparecido, por la tortura diaria de no saber de su paradero, porque la historia de Jetzabel que a continuación conoceremos desafortunadamente tampoco es de felicidad.

Nosotros somos originarios de la comunidad de Los Piloncillos, y recordamos ese año de 1973 muy duro y difícil. Más o menos por octubre de ese año, los militares rondaban mucho la casa, nosotros creíamos que en cualquier momento nos irían a pedir de comer porque eso hacían pero no, se acercaron para preguntarnos cuantos hombres vivían ahí y nos advirtieron que dejaran de estar yendo a las huertas de café, pero como iban a dejar de hacerlo si de ahí vivíamos. Otro día nos fueron a decir que quien de mis hermanos se querían unir al ejército porque la cosa se iba a poner muy fea y que iban a incendiar la comunidad porque éramos muy desobedientes, entonces todo el tiempo nos estaban acosando (Jetzabel, 2016).

En esta primera etapa del relato de Jetzabel, nos habla de diversos aspectos, el primero es que, caracteriza al año 1973 como difícil, después nos rectifica como es que esta parte de celebrar ya se estaba perdiendo, ya no se llevaban a cabo y entonces si estas fiestas eran la diversión de las familias, ¿Cuál era ahora el

momento para reunirse en comunidad? No lo había por el miedo, como ya señala a ser desaparecidos o golpeados, entonces esto se concibe como protección, como un resguardo al cuerpo, al ser. En este momento de inicios del año Jetzabel nos comparte que en su familia no había desaparecidos, pero a mediados de año inicia el acoso hacia su familia, esto en medio de una comunidad donde ya había desaparecidos, miedo, terror, una violencia generalizada y ejecutada por militares.

En ese sentido y ante la amenaza constante de que ya no fueran a sus huertas, la familia de Jetzabel lo dejó de hacer por un tiempo, sabiendo que no solo afectaría la cosecha de ese año, sino que dadas las circunstancias sería un siguiente años muy difícil para ellos económicamente, pero en ningún momento les pasó por la mente que uno de sus siete hermanos sería detenido-desaparecido.

En noviembre se nos ocurrió regresar a la huerta y así estuvimos hasta que el 5 del mismo mes, uno de mis hermanos después de la huerta tenía que salir hacia El Quemado, donde la situación estaba peor que en el pueblo, en esa misma semana, llegaron unos amigos de mi papá y le llevaron la playera y huaraches que traía mi hermano, diciéndole que antes de llegar ahí había estado un retén de militares y judiciales y que como no era un camino muy transitado, decían que quien pasaba era guerrillero (Jetzabel, 2016).

Hay un dejo de inocencia en lo primero que rescata Jetzabel y esto no es cosa menor, porque esto mismo surgía a partir de la protección de la que ya hablábamos anteriormente. Finalmente lo que temían y consideraban no pasaría, se llevó a cabo, a su hermano se le ocurrió cortar camino en un paraje para alcanzar la camioneta que lo llevaría hasta la comunidad de El Quemado, en donde había un inusual retén, ya que solo los lugareños sabían de este paso, ahí fue donde encontraron las pertenencias del hermano de Jetzabel y desde ese momento la familia nada supo ya de él.

Comprendemos que fueron los militares porque en los días siguientes por ese mismo rumbo desaparecieron a mucha gente. Recuerdo esa navidad, es fuerte, es duro, cuando llegó la hora del abrazo, solo hacíamos eso y llorábamos, pero no nos decíamos feliz navidad, no hubo esa locura en la cocina, en el patio para dejarlo bonito, los abrazos en la calle con los vecinos ya no existían, cada uno encerrado en su casa con su dolor no nos esperábamos nada de esto.(Jetzabel, 2016).

De modo que el estar vivos para las familias de un desaparecido se va convirtiendo en una tortura diaria y eso se fue insertando en su rutina, ya no digamos del instante de celebrar un momento tan importante como lo es para la mayoría de las familias no solo de México sino del mundo, para la familia de Jetzabel fue en total desolación y desesperación por no saber de su hermano ningún tipo de noticia ni pista que les indicara donde se encontraba, después de salir de su casa ya nadie lo había visto.

La tortura diaria que señalamos y que nos sugiere al leer el testimonio de Jetzabel, va ligado a la desaparición forzada como delito continuado, en relación a ello Alan García, quien es el Coordinador de la Unidad Legal y de Análisis de la Oficina en México del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos en relación a ello ha señalado que:

“La Desaparición forzada es una práctica que se cometió desde los años setenta, que no ha sido atendida por el Estado y que ha permitido el resurgimiento de la misma con niveles particularmente consternadores”

Esa misma desatención del Estado mexicano ha hecho que familias como las de Jetzabel, sigan viviendo los estragos de la desaparición forzada como una tortura diaria que incluso el hecho de saber que sigan ocurriendo estas últimas, les afecta en sus propias cotidianidades. El recuerdo les mantiene en vida, de pie, teniendo consigo como por ejemplo, prendas de vestir.

Aún conservan tanto el calzado como la playera que llevaba puesta, en un espacio de su casa, con una veladora prendida siempre, que Jetzabel lo describe así: *si está vivo o muerto esta luz le da o le dio paz y sabe que su familia le ama y le recordará siempre*, este sentimiento de no saber qué pasó, de lo que ella describe como locura, lo padecieron más familias de la sierra y en cada una hay una forma distinta de cómo pasaron las cosas, es decir la sofisticación con que los agentes del Estado y militares actuaban sobrepasaba incluso la realidad de los pobladores aunque ellos veían y padecían lo que estaba sucediendo.

En el caso de Imelda, originaria de Santiago de la Unión, madre de tres hijas y esposa de Artemio Jesús a quien desaparecieron el 20 de diciembre de 1973, esto vino a trastocar totalmente su vida porque el día que desaparecieron a su esposo llevaba consigo a su hija que era una pequeña de 5 años, y todo cayó como de sorpresa para Imelda ya que de repente, no sabía nada de su hija ni de su esposo, entonces en su desesperación acudió a uno de los retenes militares, donde encontró burlas y una desagradable experiencia.

Llegando al pueblo mi esposo fue hacia los Llanos de Santiago a traer caña, otra comunidad cerca de aquí, pero mi niña la pequeña quiso ir y se la llevó, entonces al pasar el tiempo me empecé a preocupar y salí a buscarlos, no sé qué tanto caminé y como ahí había un retén fui y les pregunté en mi desesperación me dije, que estoy haciendo aquí con los meros malos y al correr me alcanzaron y me llevaron a la camioneta con alguien al que le decían el teniente, ahí me empezó a decir que si quería saber dónde estaba mi esposo, tenía que permitir lo que él quisiera, y así es como empezó a violarme, después me tuvieron unas horas ahí, hasta muy noche (Imelda, 2016).

A Imelda la dejaron libre hasta pasada las 10:00 pm, la tuvieron en una casa de campamento y cuando salió le dijeron porque camino le diera, para que encontrara a su hija, así es como pudo reencontrarse con su hija que en ese momento era una pequeña de 5 años, que tenía la muñecas de sus manos y los tobillos lastimados donde la habían tenido amarrada, lo que hicieron fue irse a casa pero sin su esposo, a continuación Imelda nos relata ese momento.

Hasta llegar a la casa mi niña nos empezó a platicar lo que había sucedido, nos contó cómo habían golpeado a mi esposo y que lo tenían en una casa, que por las características del lugar nos trasladamos al poblado y pudimos dar con la casa, pero ya no había nadie, solo sangre en el lugar y encontramos unas botellas con cloro y gasolina. Más o menos como en dos semanas fueron unas personas a decirme que habían visto como metían a él y a otros en una casa de El Ticuí, y nos fuimos para allá pero nunca nadie salió, eso ya estaba solo. Ya después de esto, mis esperanzas se vinieron abajo y dime cómo iba a celebrar las fiestas decembrinas, que esperar del año que venía, que fue el peor de nuestra vida (Imelda, 2016).

Desoladora la vida cotidiana de los pobladores y pobladoras de la sierra como el relato de Imelda, que en él nos puede transmitir toda la tristeza que la invadía. Había que agregar aspectos por los que pasó ella y el principal es que fue

violada, como muchas más mujeres por militares que para su disfrute las utilizaban como moneda de cambio por la vida o no desaparición de sus familiares aunque esto no fuera una realidad ya que abusaban de ellas sin que volvieran a ver a sus seres queridos.

Esto por ende sin el consentimiento de todas estas mujeres, que a pesar de la desesperación que tenían consigo, el espacio de su cuerpo no estaba a disposición de los agentes del gobierno, sin embargo poco les importaba si ellas estaban de acuerdo, porque las decisiones las tomaban ellos y si deseaban a una mujer, podían tomar a cualquiera que habitara en los poblados de la sierra, vaya infamia, que día con día acompañaba a estas mujeres.

¿Cómo entender la violencia sexual en el escenario del terror de Estado? ¿En qué lugar se produce el acto de violación sexual? ¿Qué significados cobra? ¿Se trata de un acto que responde a una racionalidad instrumental? ¿Cómo se expresa este ejercicio de biopoder? ¿Existe una mirada prejuiciada que tiende a estigmatizar y a culpabilizar a las mujeres? Podemos decir que se busca un disciplinamiento y control de las mujeres desde su cuerpo, para someterlas y advertirles cuáles son las tareas que les corresponden dentro de una sociedad que las inferioriza y las devalúa (Rangel, 2014: 116).

Por si fuera poco ya no había manera de disfrutar de la vida, como organizar una cena navideña y como bien señala Imelda, ¿Qué esperar del año siguiente? Si ella lo define como el peor de sus vidas porque principalmente se enfrentó a un problema muy fuerte por haber sido violada, se sentía culpable de que su niña viviera traumada, de que ella fuera a pedir ayuda psicológica al ayuntamiento de Atoyac y que esta le fuera negada.

Por ello es que a nadie le decía de lo que había sido objeto, de lo que los militares le habían hecho, hasta 13 años después, que su hija pequeña cumplió los 18 años. Este cúmulo de emociones y dolor hicieron que Imelda dejara de buscar a su esposo y fuera presa de una difícil ansiedad que la llevó a quererse suicidar. Estas situaciones eran a las que día con día se enfrentaba cada mujer de la sierra,

desafortunadamente tenían que sortear estos días, meses y años tan cruentos en sus vidas y buscar el mecanismo, las formas para sobrevivir y una de ellas fue el silencio ante esto Rangel señala:

No solo ha sido el ocultamiento de las desapariciones forzadas, la reclusión en cárceles clandestinas, la tortura y los vuelos de la muerte, además la violencia sexual que, por constituir un campo complejo en el que se entretajan la sexualidad, los tabúes, el sometimiento y el estigma como culpa, ha sido silenciada por quienes fueron ultrajadas, así como por sus familiares y la comunidad (Rangel, 2014: 116).

Justo en ese campo complejo que señala Rangel, estaba el silencio tanto por lo que ya se señala en la cita, así como también porque era una forma de auto protegerse y salirse de la realidad que se estaba padeciendo, aunado a ello la prioridad de Imelda como de todas las demás era saber el paradero de sus familiares y hacia ello movían todas sus energías olvidándose de lo que les había ocurrido y de la tortura diaria, justo por no entender la dimensión de lo que estaba pasando y luego dejándose ellas en último plano.

Si bien es cierto hemos conocido a 6 mujeres sobrevivientes de esta etapa violenta y cruel en la sierra de Atoyac, a su voz se suma la de Jacinta, originaria del poblado de Nueva Delhi, a quien le desaparecieron a su esposo, los dos se dedicaban al comercio, vendían zapatos que llevaban desde Puebla en todas las comunidades de la parte de arriba de la sierra y en menor medida miel, actividades de las cuales mantenían una familia de 2 hijos y cada uno apoyaba económicamente a sus padres. Jacinta nos acerca a su historia.

En el año de 1971 uno de mis hermanos que estaba en Chicago me envió unos centavitos para que yo y mi esposo emprendiéramos algo, con el fin de que no solo dependiéramos de las huertas de café de mi papá que era donde trabajamos, así que emprendimos eso y bendito sea dios nos empezó a ir muy bien, asique ya para el '72, solo nos dedicábamos a eso. Cada 2 meses íbamos a Puebla a surtirnos, nos íbamos bien temprano para Atoyac a tomar el camión hacia Acapulco, entonces ya por la carretera federal en el poblado de Zacualpan había un retén militar y nos pidieron que nos bajáramos todos (Jacinta, 2015).

Con el dinero que le dio su hermano Jacinta pudo emprender este pequeño negocio, que con el tiempo fue creciendo a raíz de que llevaban los zapatos por las localidades más cercanas a las suyas, hasta que se hicieron tan conocidos que ya por si solos la gente los buscaba, esto les permitió ayudar cada uno a su familia y tener una economía más holgada, tanto, que pudieron contratar mano de obra del municipio de Chilapa, ubicado en la región Montaña del estado de Guerrero, para que pudieran ayudarle en el trabajo del campo al padre de Jacinta.

Eso les permitía sembrar diferentes hortalizas y verduras para consumo propio, por ejemplo el maíz, que lo podían utilizar de distintas formas en guisos pero también para la masa de las tortillas, es decir que con el trabajo de todas y todos los miembros de la familia, su economía había crecido de tal forma que podían darle trabajo y alojamiento a las diferentes familias que emigraban de Chilapa.

La familia de Jacinta tenía muchos planes entre ellos hacer un comedor comunitario, pero lo siguiente cambiaría de completo todos sus planes. Continúa su relato.

Así lo hicimos y ellos se subieron a revisar, de repente bajó uno como con un paquete y dijo que quienes estaban sentados cinco asientos atrás del chofer y alzamos la mano, y nos dijeron que a quien le llevábamos esa droga, me acuerdo que al frente traía una nota que decía “del profe Lucio con aprecio”, les dijimos que eso era una mentira que nosotros no traíamos nada, que incluso habíamos revisado abajo, creo ya todo mundo lo hacía, les dijimos que éramos comerciantes, les dije que como era posible que le inventaran eso al profe, si ni alcohol tomaba y es cuando me jalonean y me suben a una camioneta, a él a otra golpeándolo muy fuerte, y entonces yo al ver eso empiezo a moverme para zafarme y para poder ayudar a mi esposo y dos de ellos me tiran una patada tanto en la cara como en las costillas y ya no supe más de mí (Jacinta, 2015).

Otra familia más que la crudeza del tiempo y estas personas separaban, otra historia más, en donde se impone la mentira para poder llevarle *mercancía al jefe*, *para poder cubrir la cuota del día*, a las personas les inventaban historias para poder tener una justificación y detenerlas –desparecerlas, lo demás que estaban observando la escena o cualquiera que se llevara a cabo todos los días, no hacían

más que callarse y hacer lo que ellos pedían porque quien se atrevía a decirles algo, corría la misma suerte que las personas en turno.

Como ya nos señalaba Jacinta a ella la suben en una camioneta y le golpean, tanto en sus costillas como en su cara que queda inconsciente al instante, lo que a continuación nos relata es realmente conmovedor, sin embargo cada uno tendrá su propia visión de lo que ella nos comparte.

De repente cuando desperté estaba tirada en un espacio lleno de platanares, tenía mucha tierra encima, pensé que ellos creyeron que estaba muerta y ahí me fueron a tirar, era como de madrugada de repente pasaron tres muchachos y dos señores, escuché sus voces y ahí grité lo más fuerte que pude y uno de ellos fue el que se acercó y llamó a los demás, les dije que tenía golpeada mis costillas y claro que ellos veían mi cara y se veía el golpe en boca, nariz y entrecejo con más fuerza, lo que hice fue decirles de donde era y uno de los señores me dijo, que estaba en Carrizalillo, que era 30 de diciembre, y pensé que ya tenía dos días ahí, me llevaron los cinco a la casa y cuando vi a mis hijos y mi madre y ellos a mí no sé cuánto tiempo estuvimos llorando. (Jacinta, 2015).

Dos días sin que la familia supiera donde se encontraba ella y su esposo, inexplicable la forma en que sobrevivió, ya que ella y quienes la rescataron piensan que quizá su pulso se había parado pues no recuerda absolutamente nada y no se explica que la hayan enterrado, esto por toda la tierra que tenía encima. Para terminar con su relato Jacinta nos habla precisamente de cómo cerraron el año de 1973 con su familia y a qué grado le afectó la situación por la que estaba pasando ella, sus hijos y familia. Sigue siendo conmovedor.

Que ganas tendríamos de hacer fiesta, de celebrar con los vecinos, con la familia, no teníamos nada ya, habían desbaratado dos familias, y muchas otras del pueblo, mi hijita me hablaba, me movía la cara y yo solo no podía voltear a verla, cuando pude hacerlo le dije que me dejara en paz y me salí corriendo a gritar por el pueblo, ellos atrás de mí, recuerdo que entré a una casa, tenían musiquita y estaba la familia reunida, sonriendo, bailando y yo llegué y les dije que con qué derecho disfrutaban, que si no veían el dolor de todos los demás, lo dije llorando, gritando, y de momento ya no escuché la música y las señoras me fueron a abrazar, a calmarme y ahí llegaron mis hijos, estaba muy mal, me quería morir, gritaba y le reclamaba a dios que porque a mí. De mi esposo nunca he vuelto a saber nada (Jacinta, 2015).

Que difícil el relato de Jacinta pero ¿Cómo aceptar esa realidad? ¿Cómo sobrellevar esta pena tan grande? ¿Qué mecanismo utilizaron estas mujeres para salir adelante y que hoy nos puedan compartir estos dolorosos relatos? Primo Levi superviviente de la Alemania nazi, en su obra “Si esto es un hombre”, habla sobre el mecanismo que trataba de utilizar para irse reponiendo de todo lo vivido en el campo de concentración de Auschwitz, específicamente al dolor de verse sometido por otras personas y la desesperación por no poder hacer nada por sí mismo, durante el tiempo que estuvo en el campo.

Quizás haya desempeñado un papel también la voluntad, que conservé tenazmente, de reconocer siempre, aún en los días más negros, la capacidad que tiene el hombre de hacerte sentir nada, y que, había muchos más padeciendo esto, sustrayéndome de esa manera a aquella total humillación y desmoralización de la que fui objeto, meditando acerca de aquellos hechos sobre como los hombres y el mundo pueden ser capaces de tanta atrocidad (Levi, 2015: 221)

No se trata aquí de hacer una comparación con los campos de concentración alemanes y el terrorismo de Estado en la década de los setenta en Guerrero, sino de comprender como es que las personas que han sido objeto de violencia, represión, tortura, abuso sexual, violación a sus derechos humanos y por ende deshumanizada, han podido salir adelante, pero sobre todo seguir viviendo porque si bien es cierto lo que señala Levi, acerca de reconocer por lo que había pasado, esto bajo sus consideraciones le permitió comprender al ser humano represor, y no es que estuviera olvidando o perdonando, si no que buscaba el mecanismo que le hiciera sentir su valor como ser humano y convertir esto en respeto hacia sí mismo comprendiendo que a ellos les tocaba reprimirlo, él aguantar y esperar ser libre del campo de concentración.

En el caso de las mujeres que hemos venido conociendo, ninguna de ellas ha tenido atención de ningún tipo primero para sobrellevar las distintas formas a las que fueron sometidas antes de detener-desaparecer a sus familiares y luego para poder seguir viviendo sin saber sobre el pasadero de sus seres queridos. Entonces estamos hablando de dos procesos con múltiples directrices y cada una

a su manera ha buscado como seguir viva, ante este hecho tan fatal, que les cambio tanto su vida cotidiana tanto como su ser.

Repensar sus historias, hacer espacio a recuerdos que eran solo de ellas, y que hoy nos comparten es un proceso que no les ha sido fácil, en ello radica la esencia de sus testimonios, ya que son mujeres que por primera vez han hablado de lo que les ocurrió, lo comparten con personas que no somos parte de su familia, y aun así, esta misma no sabe sobre de algunos aspectos que ahora verán escritos y que representan si bien la diversidad de las historias en un mismo proceso social, denotan el infortunio de su experiencia por habitar en un territorio que el Estado mexicano deseaba desaparecer.

De modo que las mujeres aprendieron a ir contracorriente, a sobrevivir, a buscarle sentido a su vida, a ayudar a otras, a ser empáticas con el dolor de las demás, a convertir sus miedos en fortaleza y sus lágrimas no solo en esperanza, sino en algo más profundo, concientizar a la sociedad y ser portavoces del respeto a la vida como derecho humano, tal como lo hizo Angelina Reyes de quien a continuación conoceremos su historia de vida, una mujer que luchó incansablemente por la justicia de las víctimas del terrorismo de Estado de la década de los setenta y por encontrar a su esposo Florentino.

Una Buscadora de vida que ante el dolor y el terror de la época, no se detuvo y se mantuvo hasta el último momento de vida siempre positiva, y así poder volver a abrazar a su esposo y los demás desaparecidos.

3.3 El dolor y las lágrimas se convierten en acción. Historia de vida de Angelina Reyes, el abrazo tan esperado que no llegó

“En medio del odio, me pareció que había dentro de mí
Un amor invencible
En medio de las lágrimas, me pareció que había dentro de mí
Una sonrisa invencible.
En medio del caos, me pareció que había dentro de mí
Una calma invencible
Me di cuenta, a pesar de todo que...
En medio del invierno, había dentro de mí un verano invencible
Y eso me hace feliz. Porque no importa lo duro que el mundo
Empuje en mi contra, dentro de mí, hay algo más fuerte, algo mejor
Empujando de vuelta”
Albert Camus- El verano-1953¹⁶

Era una tarde del año 2008 y el escenario para llevar a cabo una entrevista, era la casa de Gela, días antes ya habíamos tenido conversaciones previas, pero sin grabarlas, hasta que, es ella misma quien decide día, lugar y hora. Se trataba de la primera entrevista que hacía con un guion semi estructurado, para una persona que tenía a un familiar desaparecido, las charlas previas me permitieron conocer un poco más a Gela, y de alguna manera fue la pauta para que se estableciera un lazo de amistad muy grande y fuerte, pero sobre todo una gran confianza a tal grado que me pide que en algún momento, escriba su historia.

Aquel día, la entrevista estaba pensada para hablar sobre la experiencia como Buscadora de vida, sin embargo conforme pasó el tiempo hablamos de otros aspectos y entonces se volvió una charla en la que más que hacer preguntas, todo fluía natural, sin prisas, por lo tanto y al caer la noche decidimos que teníamos que vernos para hacer otra entrevista, finalmente fueron tres sesiones.

Estas primeras entrevistas sirvieron no solo para que fuera parte de la tesis de licenciatura que estaba haciendo, sino también para la primera parte de su historia de vida, que a continuación conoceremos. Sin embargo había aspectos que no me

¹⁶ Era el año de 2008 y había quedado con Gela para que, después de vernos anteriormente por fin grabara la entrevista que le haría. De pronto una vecina llamó su puerta, porque Gela la había citado para darle un par de despensas. Mientras ella atendía me puse a leer el libro de El verano de Albert Camus y al regresar me preguntó que leía y se lo compartí, empezó a hacer una lectura rápida y se detuvo justo en estas palabras, vi como sus ojos se humedecían y al tiempo me decía que cuando hiciera su historia de vida, colocara estas palabras, y aquí están tal como ella pidió, justo porque su esposo fue detenido desaparecido en el verano del año '77.

habían quedado claro y nos volvimos a ver para hacer dos sesiones de entrevista en 2010. En el lapso de ese tiempo me dediqué a escribir la investigación de licenciatura y a Gela la recuperaba por la forma en que luchaba para dar con el paradero de su esposo, para visibilizar esa parte de su vida.

Es en el año de 2012 que recibo una llamada de su parte para pedirme que cuando fuera para Atoyac la buscara en su casa, que deseaba darme una última entrevista para completar lo que en esos momentos ella estaba pasando y su sentir. Me dejó confundida porque nada más me quiso decir, así que en cuanto estuve en Atoyac fui a su casa, me recibió uno de sus familiares que ahí se encontraba y me hizo pasar, de repente apareció Gela con un hermoso turbante en la cabeza, nos abrazamos y me dio la noticia del diagnóstico que los médicos le habían dado.

Pero una vez más, me sorprendía su capacidad de transformar lo amargo que pudiera ser una enfermedad tan dura como el cáncer, en un momento dulce en el que aceptas tu condición y agradeces lo que has vivido, aquí la conmovida fui yo, conmovida de verle sonriente aun con la cara tan cansada por no poder conciliar el sueño, por ya no poder salir de su casa, por ya no cantar tan fuerte como lo solía hacer, por no poder escribir los poemas que con tanta melancolía le dedicaba a su esposo, a su hijo, a su tierra, a la vida.

Ella estaba sonriente y yo seguía conmovida de verle en su rostro el reflejo de la calma, la misma que por naturaleza se forja cuando sabes que has hecho lo correcto. Tuve la fortuna de poder escuchar cómo le cantaba a quien buscó por tanto tiempo y su confusión al no saber si estaba vivo o muerto, o si había sido una decisión de él desaparecer de su vida, esa misma confusión que solo pueden entender quienes tienen un ser querido desaparecido, escuché como imaginaba el momento en el que tenía que dejar la tierra por la que tanto luchó, las palabras de agradecimiento que le dedicó a su familia y los últimos versos dedicados a su hijo.

Aunque Gela físicamente ya no se encuentra entre nosotros, la historia es contada por ella misma, justo y respetando como lo hizo en las entrevistas. Visibilizándose

a sí misma y recuperándose de tal forma que sus memorias, queden tan presente cada vez que alguien la lea.

Gela querida, espero haber recuperado todo lo que deseabas se conociera de tu historia y haber estado a la altura. Dedicada a tu lucha por que se respetaran los derechos de todas las personas, a tu alma tan caritativa, a tus sueños que aun en la confusión y el dolor llevaste a cabo, a tu forma tan bella de tocar el alma de las personas que te rodeaban, a tu canto, tus versos, a tu ejemplo consecuente, a nuestra amistad, a tu memoria para que siempre florezca va este humilde homenaje, tu historia de vida.

Mi nombre es Angelina Reyes Hernández nací en Atoyac de Álvarez, Guerrero el 17 de noviembre de 1947, soy hija de Gregoria Hernández Benítez y Heriberto Reyes Godínez, nací siendo la sexta hija de 8 hermanos, mis papá se dedicaban al comercio, al tiempo de que como mi papá le entendía un poco a lo de las leyes, entonces hacia escrituras y por eso trabajo mucho tiempo en el ayuntamiento, mi mamá era ama de casa totalmente y si algo me gustaba de mi papá, es que siempre le daba su lugar, y no por eso ya nosotros y él le íbamos a cargar la mano, ella también necesitaba de tiempo para descansar porque el trabajo en casa era muy cansado, éramos muchos.

Estudie en la primaria Juan Álvarez, y desde niña siempre me gustaba escribir poemas, cantar, hablar frente al público, declamar, fui una niña muy risueña, alegre, no me gustaba estar triste, ni ver a los demás llorar o sentirse mal, me gustaba siempre ayudar y que la personas supieran que podían contar conmigo y que no importaba por lo que estuvieran pasando, yo siempre decía que todo era temporal, incluso la tristeza y que si estábamos vivos era por algo y que no teníamos que malgastar la vida en malos sentimientos como el odio, nos teníamos que apoyar unos a otros.

Tanto la niñez como la adolescencia la pasé en Atoyac, mis hermanos y yo jugábamos mucho en la calle, casi no peleábamos porque a mi mamá eso no le gustaba, nos inculcó ese valor del respeto, primero entre nosotros y eso es lo que

nos mantenía unidos, era una mujer muy sabia que a pesar de que no estudió, los principios que ella nos inculcó, no nos lo iban a enseñar en ningún centro escolar, vivíamos con mucho armonía y tanto nos supo educar nuestra madre que hasta el día de hoy ya grandes, no hemos tenido un pleito fuerte.

De mi papá heredé el gusto de la lectura, sabía un poco de francés y de inglés y le encantaba leer, tenía una letra hermosa, que parece que la hacía con pluma y una excelente ortografía. Era un hombre muy visionario y le brindaba mucho amor a mi madre, eso lo veíamos nosotros, de luchar por la pareja, por la familia y no dejarse vencer por cualquier cosa, sino luchar juntos.

Recuerdo que íbamos al río, camaroneando, buscando peces, nadando, una infancia tranquila, sin problemas, teníamos mucha libertad pero no libertinaje, no se nos hacía tomar decisiones nosotros solos, siempre tomábamos en cuenta a mi mamá y mi papá, recuerdo que uno de los primeros escritos fue sobre el río de Atoyac porque en ese tiempo estaba muy hondo, con mucha agua y cercado por grandes montañas.

Así pasaron los primeros años de mi vida, yo no digo que éramos ricos, con mucho dinero, pero no nos hacía falta nada, en la casa siempre había que comer, había libros que leer, había juguetes, teníamos todo para estar contentos como niños y después como adolescentes, es en ese tiempo que mi papa compra una huerta de café en El Porvenir, íbamos cada año y ahí fue que conocí a Florentino porque llegamos a casa de una de las tías de Florentino, y la casa de él estaba ahí bien pegada, entonces nos empezamos a conocer y luego nos hicimos novios, con el consentimiento de mi papá y mi mamá, porque no me gustaba andarles escondiendo nada, y era la primera vez que yo me enamoraba, justo después fue que me casé a los 18 años y me quedé viviendo en la sierra.

Tiempo después me vine a vivir a Atoyac, Florentino se quedó en El Porvenir, pero venía muy seguido para acá, la cosa es que también allá estaban las tierras, pero él se empeñó a que yo me viniera, porque ya tenían en mente el proyecto de la

guerrilla y entonces estando aquí, me puse un negocito, ya fue que nació mi hijo Víctor el 2 de noviembre del año de 1967.

Llegó un momento en que Florentino me dice la situación de que iba a entrar a la guerrilla, que ya se había entrevistado con el profesor Lucio, me cuenta sus razones y yo no hago más que entender primero sus deseos de que las cosas cambiaran, porque había mucha injusticia, no había apoyos para la cafecultura y la agricultura en general para la sierra, y luego la tala de árboles, le hacía daño a los cafetos y a la naturaleza en general de la sierra, poco a poco la estaban dejando sin árboles, se la estaban acabando, no se diga la educación que parece era un derecho solo para los ricos.

Entonces yo por eso apoyé la decisión de él de entrarle, aunque sabía también que las cosas iban a cambiar, porque el gobierno se iba a ir con todo, porque iba a sentir que lo estábamos sobrepasando y porque nada más quería tantito para reprender al estado de Guerrero, que desde siempre ha sido su talón de Aquiles junto con Oaxaca y Chiapas, pero nadie se imaginó lo fuerte de la represión, uno veía las cosas positivas, creía ingenuamente que el prigobierno se iba a sentar a dialogar, pero no fue así y en esos momentos, no me quedaba más remedio que apoyarlo, se trataba de una lucha justa.

En ese tiempo yo viajé mucho para la sierra, lo iba a ver a los campamentos, la primera vez que yo llegué me impresionó como tenían todo ordenado, bonito, recuerdo que pusieron una olla grande de frijol, le pusieron maíz adentro y eso comimos, yo quería ayudar pero no me dejaban, me decían tanto las compañeras, como los compañeros que era visita, y que me iban a atender. Florentino se ponía muy contento de que yo fuera, porque fueron muchas las veces que lo visité, sin embargo cada vez se ponía más difícil y pesado que pudiera ir, tanto por los retenes como porque mi hijo estaba pequeñito y aun así también a él lo llevé a los campamentos para que conociera donde andaba su papá y también no se perdiera el lazo con su padre, porque para mí era muy importante, a lo mejor porque nosotros, mis hermanos fuimos muy pegados a nuestros padres y eso mismo yo quería para mi hijo Víctor con su papá.

Llegó un momento en que ya no podía estar yendo para la sierra, andar con mi hijo o dejarlo en Atoyac, y ahí un poco empezaron los problemas con Florentino, porque él llegó a pensar que yo andaba con otro señor y que por eso ya no quería ir, yo por mi lado le dije que también podía pensar lo mismo de él, pero no lo hacía porque confiaba en que estaba haciendo a cabalidad lo propio, luchar y llevar a cabo sus deseos por un mundo mejor y así estuvimos mandándonos cartas, mientras desahogábamos nuestro amor y nuestro deseo de estar juntos, donde nos decíamos nuestros sentimientos pero él por su parte siempre me recordaba lo importante que era estar en la lucha social y con el fusil en mano porque ya no nos había quedado de otra.

En esas cartas él me escribía también por claves, por ejemplo para decirme en que poblado estaba o bien para que yo no subiera a la sierra, así anduvimos manteniendo la relación, porque para mí no era fácil que él estuviera dentro, pero respetaba sus ideales porque eran buenos, pensaba en el pueblo, no le gustaban las injusticias, ni lo que le estaban haciendo a la naturaleza. Pensaba a veces en el hecho de que lo mataran, en quedarme sin él, pero también respetaba que hiciera todo conforme a sus pensamientos.

El consejo de mi madre, siempre fue que yo le diera libertad, pero que él también me la diera a mí, que yo no lo anduviera atando a nada, así, si no nos entendíamos, él no iba a andar diciendo que yo no dejé actuar conforme a sus pensamientos. Estando Flore en la guerrilla, a veces si me daban celos o pensaba cosas por las compañeras que estaban ahí, pero también pensaba que eran mujeres respetables, luego la mayoría ya tenía su pareja y la que no, pues la verdad es que no andaban metiéndose con hombres que ya tenían compromiso.

Pensaba que si no aguantábamos estar así, él en la guerrilla y yo por Atoyac, pues mejor íbamos a hablarnos bien y quedar apalabrados y no andar cada uno por su lado haciéndole al tonto, eso sí que no, porque así no me habían educado a mí y él sabía, así como él se merecía ser feliz con otra persona, pues yo también en dado caso que él decidiera terminar. Pero le seguimos echando ganas y ya

veíamos la forma de estar juntos, aunque la situación que se vino nos rebasó de forma tan grande que de verdad ni yo como sobreviví a esos momentos.

Cuando la represión se puso más difícil, en las cartas que yo me mandaba con Flore, le dije que tenía que venirse ya para Atoyac, porque las cosas que se oían eran muy fuertes, aparte nuestro hijo estaba creciendo sin él, y nos hacía falta estar juntos, lo que menos yo quería era pasar por la pena que estaban pasando otras mujeres a las que ya les habían matado a un ser querido, yo siempre le decía que si a él lo desaparecían, me iba a volver loca. Jamás me imaginé lo que el destino me tenía preparado.

Y ya con la represión tan dura, tan violenta, de veras que era pura tristeza sobre todo en la sierra, yo definitivamente ya no pude ir a verlo, tenías que pasar por bastantes retenes, peligrando te violaran, porque lo mejor que te podía pasar es que te quitaran tus pertenencias, porque luego también estaban las golpizas que te propinaban porque si y a todos parejos niños, adultos y hasta a los viejitos. Entonces tomamos la decisión de que por ningún motivo ya no iba a subir.

Finalmente él se viene para Atoyac, ya viviendo los tres aquí juntos, yo veía que a veces él no se hallaba con nosotros, pensaba que ya se había acostumbrado a su vida como guerrillero, y hablamos sobre eso porque entonces para donde iba a ir la relación, a él le costaba mucho trabajo por ejemplo dormir, siempre estaba alerta, pero poco a poco hizo un esfuerzo por integrarse a nosotros.

De repente nos empezaron a decir que lo habían andado buscando, que preguntaban hombres vestidos de civil por él, que llegaban en camionetas y vigilaban la casa. Una vez una vecina me dijo que el fulano que me había seguido al mercado, era el mismo que había preguntado por Florentino muchas veces, yo tuve que empezar a cuidarme mucho y fue entonces que platicamos sobre que no podíamos estar así y que no íbamos a poder estar tranquilos. En cualquier momento a mí o a él nos hacían algo y luego nuestro hijo, que sería de él, eso me aterraba y me ponía a pensar.

Cuando asesinaron al profe Lucio, se quedó al mando Carmelo Cortez y ya ahí tenían muchas diferencias de pensamiento, entonces es que él decide salirse del núcleo guerrillero e irse con nosotros para Atoyac y deslindarse de la lucha guerrillera, así dejaba lo que él había emprendido con el profesor, porque era del grupo que tomaba las decisiones, de los más allegados del profesor Barrientos y para así evitar tener confrontaciones con el grupo que había quedado y con el que no se sentía cómodo, y difería en la forma de llevar ahora la lucha.

Él tenía estudios como técnico especializado sobre el café, entonces para ese tiempo él ya estaba trabajando en el INMECAFE, al sentirnos tan hostigados, él pide su cambio para Putla, Oaxaca y nos vamos a vivir para allá, tiempo después yo no sé qué pasó, como es que dieron con nuestra dirección, yo todavía me despedí de él porque salía de comisión, vi cómo se fue y más adelante mi hijo Víctor que tenía 8 años vio como se lo llevaban porque lo había mandado a comprar, y corrió a la casa a esconderse, entonces ellos entran a la casa y me preguntan por el niño, a diferencia de otras compañeras, que tienen la experiencia tan dura de haber padecido la violencia sexual y la tortura a mí al menos no me golpearon solo fueron palabras fuertes, me gritaban y me decían groserías.

Al preguntarme por mi niño yo les digo que no sé dónde anda para protegerlo, porque se lo querían llevar, en ese momento traté de actuar normal, porque pensaba que si me veían nerviosa, catearían toda la casa y encontrarían a mi hijo, y con eso si me matarían. A partir de ahí empezó todo el cambio en mi vida, toda la angustia, sufrimiento, yo me quería volver loca, no sabía cómo enfrentar la situación, era un sentimiento raro, ese día estuve muy nerviosa, pensé que lo primero que harían con Flore es torturarlo y después matarlo, luego pensaba es una confusión, al rato llega. Realmente estaba muy mal.

A partir del verano del año '77, precisamente el 14 de julio, mi vida ya nos sería la misma, porque esta es la fecha en que desaparecen a mi esposo Florentino, esta es la fecha en que mi hijo aprende lo valioso que es la vida, porque al verse amenazado por estos hombres tan malos, decide esconderse y al verme tan mal, decide no hacer preguntas, a su manera infantil, decide apoyarme y

tranquilizarme, yo sabía que la vida de nosotros se había transformado, pero en ese momento que se da todo tan de repente, no supe cómo actuar.

Cuando ya vi que eso no sería posible y de andarlo buscando en todas partes por Putla, andando con mi niño y sin familia por allá, aunque mi madre iba a verme y me insistía que ya no estuviera en Oaxaca, es que decido regresar a Guerrero, en donde inicié la búsqueda de mi esposo incansablemente, a partir de ahí ya nadie me paró, yo sentía que lo encontraría, no quería que pasara un año y yo buscándolo todavía, empecé a moverme por muchos lados pero también sé que movía toda la vida de mi hijo porque aunque estaba chiquito, no lo tenía en un lugar estable, yo siempre andaba en la calle y sé que él tenía que vivir su etapa.

Yo llegué a entrevistarme con Rubén Figueroa, me dijo que me ayudaría, pero pues una que le va a andar creyendo a este tipo de personas y esa ayuda nunca llegó, lo que quería era los medios para poder acceder al expediente de mi esposo, no dinero ni mucho menos su compasión o burla, que eso es lo que él hacía. A Florentino lo tuvieron en los separos de Acapulco, también tenían a su hermana Aida y a su hermano Abel, quien era menor de edad, el más chico al que no tenían preso pero solo lo traían en los pasillos, tiempo después lo dejaron que se fuera, quien lo pudo ver y nos pudo contar que lo tenían atado de las manos, todavía sin golpear, ni torturar, en ese tiempo yo no pude acceder, no lo permitían, nada pude hacer para sacarlo de ahí.

Por mi insistencia en el penal me entero que tiempo después lo trasladan a las Islas Marías, y hasta allá fui a dar muchos años después pero no pude dar con él, me decían que no estaba registrado alguien con ese nombre, también pude ver a los que se supone habían ingresado apenas y no estaba él, Florentino.

Me recorrí Chilpancingo, Acapulco, Coyuca, hasta la región de Tierra Caliente fui a dar, buscando por donde fuera a mi esposo, en ese caminar conocí mucha gente, participé en varios eventos de protesta en Atoyac, pero eso era un poco difícil por la época, porque los militares si veían que uno se juntaba en grupos, luego ya estaban pensando que haríamos algo, como tomar el zócalo o alguna

dependencia, tal parece que no se daban cuenta que queríamos a nuestros familiares, verles, abrazarles.

Después de andar mucho tiempo sola, empecé a conocer a muchas mujeres que tenían desaparecidos a sus hijos, esposos, hermanos y padres, que a pesar de tener avanzada edad, así se los llevaron, eso me dio mucho valor porque cada una nos desahogábamos, platicábamos nuestra experiencia, nos abrazábamos y nos dábamos ánimos, aunque fuera de a rápido para evitar que esa gente represora nos hiciera algo también a nosotras y luego quienes buscarían a la gente desaparecida, quien pediría justicia por los hechos tan tristes que esta gente hizo con nuestras vidas.

Yo sentía que tenía que moverme, hacer algo rápidamente y es que conozco a Rosario Ibarra, y en 1978 nos vamos a la huelga de hambre a las afueras de la catedral metropolitana varias mujeres de Atoyac, esto también nos dio a todas mucha fortaleza.

Recuerdo que algunos ya sabían que se llevaría a cabo una huelga de hambre pero no el día, ni el lugar entonces de repente empezamos a llegar, también de Sinaloa, Jalisco y claro que de Monterrey con Rosario, entonces nos empezamos a juntar a las afueras de la catedral, no llegábamos a 100 personas, sin embargo nuestra fuerza éramos cada una de nosotras de que pensábamos que algo bueno tenía que salir de ahí.

Conocer la experiencia de las compañeras de otros estados de la república también nos ayudó mucho, sobre todo porque aunque estábamos desde lugares distintos, por ejemplo ellas en grandes ciudades y nosotros desde la sierra, en poblados donde a veces ni siquiera luz había, ahí en la lucha no había desigualdades y nos hermanaba un gran dolor, la desaparición de nuestros seres queridos.

Tras esa huelga de hambre logramos que se les diera amnistía a los presos políticos, el presidente de ese entonces José López Portillo (1976-1982), permitió que revisáramos las galerías del Archivo General de la Nación, y sobre todo que

personas de otros estados de la república se habían dado cuenta de las atrocidades que habían cometido y seguían haciéndolo en nuestra tierra. Al presidente López Portillo le dije, que ya nos dejaran en paz, porque en ese momento seguían desapareciendo a personas, los militares no del todo se habían ido de la sierra, las violaciones y hostigamientos hacia la sociedad seguían pasando.

En todo ese tiempo, yo seguí buscando a Florentino, no paré desde el año de 1977, solo que llegó un momento en que yo me sentía muy agotada, me decían una cosa, luego otra y yo me confundía, iba para todos lados y tampoco estaba bien así la situación, ser familiar de un desaparecido es muy agotador, es como una tortura de todos los días porque finalmente no sabes dónde está, ni las condiciones en las que se encuentra. Tener un ser querido desaparecido significa que las personas te van a mirar como si fueras algo raro, pensando que de seguro estaba metido en algo, que implicaba hacerle daño a alguien, a mí me veían en menos y por eso mi actitud siempre fue de alegría, de fiesta, era revelarme contra el dolor que traía conmigo, escribir, cantar y bailar, era una forma de desahogo entre tanta incertidumbre.

Pero para que llegara a eso, tuve que pasar por crisis muy fuertes, en las que ni siquiera sabía realmente lo que me pasaba, me aventaba contra la pared, gritaba, me preguntaba porque me había pasado todo esto, a veces no quería ver a nadie, a veces quería a toda mi gente cerca. Una se desmoronaba poco a poco y también me desgasté, buscando todos los medios para poder encontrar a mi esposo, porque solo dios sabe todo lo que hice, lo que estaba a mi alcance y lo que no, hasta ahora no sé cómo lo logré tener.

En ese tiempo, la misma desesperación y el deseo de ayudar a mi esposo y a tantos familiares de desaparecidos, es que empiezo a estudiar la secundaria, a hacer lecturas diversas, yo quería encontrar la forma de prepararme y pensaba en estudiar derecho penal para poder sacar a mi esposo de donde estuviera porque a pesar de que me decían que estaba en las Islas Marías pues yo no tenía la certeza de que eso fuera verdad.

Ya de ahí yo nunca tenía tiempo de nada que no fuera buscar a Florentino y cuidar de nuestro hijo, empecé a trabajar en el Ayuntamiento y a relacionarme con muchas personas que igual que yo estaban en la lucha, como Octaviano Santiago quien fue preso político, y quien estuvo conmigo en diferentes momentos de mi vida en donde lo necesité y fue un gran amigo, se comportó a la altura de las circunstancias.

Años después y en ese caminar es que llego a AFADEM y puedo conocer a más mujeres que como yo estaban buscando a sus familiares, todas con diferentes formas en que los habían desaparecido. Esa experiencia fue para mí muy importante porque ya no me sentía tan desolada con mi dolor, sabía que otras personas también se sentían así y que nos teníamos que apoyar, que hacer una sola fuerza.

Nos volvimos una familia, yo pasaba mi tiempo entre el trabajo y la oficina de AFADEM, organizando eventos, salidas, convivencias entre nosotras y las familias, entre los compañeros que también asistían, todo era ya de alguna manera diferente, siempre trataba de ver la vida de forma positiva, era como una necesidad y al compartir con todas se convertía en una terapia.

También desde principio teníamos diferencias pero en mi caso siempre las hablaba de frente, teníamos que llegar a acuerdos y no siempre iba a pensar igual que mis compañeras pero si teníamos que hablarnos con respeto, porque todo lo que acordáramos nos iba a perjudicar o bien a beneficiar y aunque no fuera fácil porque a veces teníamos días buenos y otros muy malos y cada quien llegaba con su carácter, teníamos siempre que escucharnos y tener tolerancia.

Ya ahora que estoy enferma se me ha dificultado estar con mis hermanas pero yo siempre las voy a tener en mi pensamiento y corazón porque solo nosotras sabemos el dolor tan grande que es tener a un ser querido desaparecido, de eso no te recuperas nunca aunque trates, eso te persigue siempre, hay momentos de una soledad tan grande y de ahí sacas fuerzas porque llegas hasta el fondo que sabes

que solo tú puedes salir de ahí y aunque haya gente que te quiera ayudar, solo uno misma tiene la manera de salir adelante.

Por eso mi cantar y escribir poemas es para desahogarme, yo no sé si Florentino esté vivo, si es así deseo que este bien y sea feliz porque sé que en algún momento de su vida me recuerda y me recordará, yo por mi parte así lo haré y si me llego a morir en cualquier instante, me voy con la satisfacción de que hice todo lo más humanamente posible para poderlo ver y abrazarlo, pero si ya no está vivo deseo que alcance la vida eterna, que siempre esté entre luz y más pronto que tarde nos vamos a volver a encontrar.

Me gustaría que me recordaran como una mujer alegre, que compartió todo lo que más pude, siempre he pensado que todos somos iguales, independiente del dinero y si lo tienes porque has trabajado mucho o porque lo has conseguido fácilmente, tu obligación en la vida es compartir y dar hasta que más te duela, hasta que ya no puedas, esa es la enseñanza de mi madre. Nunca me imaginé que a mí me pasaría esto de tener un ser querido desaparecido, me quedo con muchas cosas acumuladas en el corazón, con muchas preguntas sin contestación, sé que tengo que dejar de existir físicamente en algún momento, pero espero siempre ser recordada como alguien que luchó por la injusticia de su pueblo y por su linda sierrita.

Quizás en estos días, meses que me quedan suceda un milagro, quizás no y tan solo poco a poquito vaya teniendo menos fuerza para hablar o moverme de un lado a otro, pero hace mucho tiempo que yo dejé de tener miedo, me prometí a mí misma ser valiente ante cualquier circunstancia y me hice en la calle, en mi caminar diario, donde recibí sonrisas, insultos, burlas pero yo siempre mandé bendiciones a toda esa gente porque uno solo da, lo que tiene en su corazón.

En mi desgracia, aprendí las formas de ser feliz, en cada momento así como me prometí ser valiente, así también pensé que no tenía por qué amargarme, ni mucho menos sentir odio, porque el haberse llevado a Florentino cambió muchos aspectos de mi vida y de mi hijo. Me culpé mucho por las situaciones que vivimos,

por las que mi hijo tuvo que pasar y que también fueron muy dolorosas para él y su esposa, finalmente la vida se encarga de ponernos a cada uno en el lugar en que nos corresponde, aunque llegué a pensar que no estuve tanto tiempo como él se lo merecía, me metí de lleno en buscar a mi esposo y mi hijo estaba ahí junto a mí, dando vueltas por todos lados sin una estabilidad incluso emocional.

Entonces no solo le hacen daño al que se llevan sino a toda una familia, la marcan para siempre, yo me quedé con la responsabilidad de mi hijo y de mi propia vida. Hoy enferma y mirando hacia atrás no me arrepiento de nada de lo que hice, en cambio, si eso me tocó vivir lo acepto con la misma alegría con que me iré de este espacio, donde espero que alguien se haya fijado en mi ejemplo y yo haya sembrado la semillita de la rebeldía por defender a tu gente, a tu pueblo, a la naturaleza.

A todos los que nos hicieron tanto daño, a los agentes del gobierno como los militares, los marinos, los judiciales, la policía federal, pero sobre todo los hombres de los pueblos que se prestaron para dar direcciones, nombres, datos que llevaran a los represores a matarte, a violarte, a quemar casas, huertas, a sembrar tanta desdicha en nuestra región yo les digo que espero les alcance la vida para que puedan ver de frente a su gente, a su descendencia, porque las víctimas no podemos olvidar ni tampoco perdonar todo lo que nos hicieron.

En medio de tantas historias de terror, llegué a sentirme privilegiada, porque en los distintos talleres que nos impartían y que me sirvieron de mucho para ir desahogando tanto dolor, muchas veces me comparé con mis compañeras y me daba cuenta como las habían tratado, como habían sido testigas de cómo se llevaban a sus familiares, como las habían violado, torturado, como habían quemado sus casas y ¿Todavía nosotras tenemos la responsabilidad de perdonar? Como se puede olvidar todo esto, como nos dicen perdónalos para que tengas descanso en tu corazón.

No, el descanso será hasta que yo sepa que hicieron con nuestros seres queridos, esa es la respuesta de todas, porque nos desgraciaron la vida. Llegó un momento

en el que ni siquiera sabía porque seguía aquí, aunque la presencia de mi hijo siempre me alimentó. De ahí empecé a tener varias enfermedades, mis constantes dolores de cabeza, y la situación de mi vesícula, donde empecé a tener sangrados muy fuertes, hasta hoy que me encuentro en la batalla más grande de mi vida y no es precisamente ganarle al cáncer que tengo sino, vivir con alegría los días, meses o quizá años que me queden de vida.

Siempre estaré agradecida con mi familia, con mi hijo y su esposa porque de una o de otra manera siempre estuvieron al pendiente de mí y se preocupaban porque yo andaba en tantos lugares y tantas cosas que no les hacía caso de que parara, pero ese era mi destino y yo así era muy feliz, ahora tengo que disfrutar el estar todo el tiempo aquí en mi casa, con mis recuerdos, el cariño de mi hijo y su familia y con la convicción siempre de que hice las cosas bien. Cuando me llegue a ir de aquí, pensaré que estoy de vuelta a los platanales y los cafetales de El Porvenir, pensaré que estoy en un lugar así y estaré feliz, tan feliz como lo he sido haciendo la lucha social, porque se respeten los derechos humanos y porque ya no haya tantas injusticias en los pueblos de México.

Me iré con el olor a tierra mojada de la sierra, pensaré en sus nubosas montañas, me reflejaré en sus arroyos y los atardeceres, esa es la luz que me va a guiar, no me voy a ir triste, me iré feliz cantando: *Tú quisiste estar allá, dijiste que quizá ese era tu destino, después que todo te falló, hoy quieres regresar y ser feliz conmigo,* y pensaré en los fines de semana con mi familia en la playa, donde todo era bailar, cantar, tomarnos unas cervecitas y disfrutar porque sí de la vida, porque al otro día uno no sabía lo que la vida le deparaba, hoy estoy aquí agradeciendo a todos y cada uno que conocí y tocaron mi corazón.

A mi hijo le digo que en todas las lunas lo estaré viendo para que pueda descansar y dormir en paz porque se lo merece, que en todos los soles estaré presente para darle fuerzas en su día a día y cuando la luna desaparezca para darle paso a sol, seré yo quien lo despierte y le recuerde que hoy será el mejor día de su vida.

3.4 Análisis de la historia de vida de Angelina Reyes

La historia de vida de Angelina Reyes se desarrolló entre distintos matices. Creció en el seno de una familia tradicional Atoyacuense, donde la madre se encargaba de la crianza de los hijos y las hijas, mientras su padre era el proveedor de la familia y a quien Gela se refiere como intelectual, por saber un poco de inglés y francés, se le facilitaba escribir y fue quien le inculcó el gusto por la lectura. Su infancia pasó sin sobresaltos económicos y sociales, porque aunque era una familia en donde había que trabajar para poder cubrir las necesidades económicas, a su papá no le faltaban actividades que le generaban ingresos monetarios, para que ellos pudieran vivir holgadamente.

A pesar de esto su madre le inculcó que tenían que ayudar a los demás y ello se lo tomó muy en serio Gela, por qué en el transcurso de su vida fue dadivosa y altruista para con los demás y de ahí proviene el hecho de no aceptar las injusticias. Gela tiene a bien compartirnos como es que conoce a Florentino, Es aquí donde iniciaron los cambios en su vida, después de casarse se va a vivir a la sierra, y tiempo después su esposo Florentino Loza, le expresa su deseo de unirse a la lucha guerrillera, en este sentido Gela asume que estaba de acuerdo con que él fuera parte del movimiento armado, incluso da las razones de las cuales ella también se sentía identificada, a partir de esta decisión que toma su esposo y que ella apoya, al tiempo decide irse a vivir para Atoyac.

Tiempo después nace su hijo y junto con él visita los campamentos de la guerrilla, de esta manera mantiene la relación con su esposo, quien también viajaba hacia Atoyac para verla a ella y a su familia, hasta que esto ya no pudo ser posible dada la situación de violencia y represión que se estaba viviendo en la sierra. La forma de estar en contacto eran las cartas que se enviaban, en donde se pueden notar distintas emociones, desde el amor que se tenían, los celos que había a la distancia, la preocupación por cómo es que día a día el Estado mexicano iba transformando la sierra en un espacio de combate en donde las personas se volvían cada vez más vulnerables y es ahí mismo donde Gela le hace el

pedimento a Florentino para que deje la guerrilla y se vaya con ella y su hijo a vivir a Atoyac.

Su hermano Efrén recuerda el desespero que tenía Gela en esos momentos

Ella entró en una desesperación muy grande porque lo que quería es que Flore estuviera ya aquí y vivieran como familia, porque decía que el niño iba a ir creciendo y estaría sin su padre, aparte que de alguna manera ellos tenían problemas porque no faltaba quien le decía a él cosas de mi hermana y a ella también de él, entonces Gela si era una mujer que necesitaba tener a su esposo cerca, sobre todo cuando nació mi sobrino, ya había situaciones que le daban miedo, por ejemplo que desaparecieran a Flore, porque de repente ya había personas que sus familias no encontraban, pero era algo como confuso en ese tiempo, no sabíamos bien lo que pasaba y menos si dejamos de ir para la sierra, ya la cosa se estaba poniendo fea (Efrén, 2016).

Esta misma represión Gela la vivió desde el acoso ya que aunque nadie se le acercaba o le decía algo, si la seguían y de ello nos ha hablado en su historia de vida. De alguna manera se sentía mal porque pensaba que a diferencia de las demás mujeres, ella no había sufrido tortura física, lo que olvidaba Gela es que existen diferentes formas de tortura y si bien a ella no la golpearon, este acoso que sufría en las calles la estaba afectando a tal grado que sus salidas empezaron a disminuir y trataba de hacer las compras rápido, y evitando no se le olvidara nada.

Entonces su vida cotidiana poco a poco se fue trastocando, justo como se ha venido planteando en esta investigación, porque al verse hostigada y por el miedo a que mataran a su esposo en la lucha, es que le pide se regrese y una vez que lo hace, ante esa misma persecución silenciosa por parte de agentes del Estado hacia ella y su familia, se ven en la necesidad de irse a otra ciudad, es decir acuden a un desplazamiento forzado para encontrar tranquilidad y es por ello que se van a Putla, Oaxaca. Sin embargo es ahí donde detienen desaparecen a su esposo y lo que tanto temía Gela, le estaba sucediendo.

Ante esto surgen dos aspectos: la búsqueda y la transformación del dolor en acción, al principio Gela nos relata cómo creía que era una confusión el hecho de

que a su esposo lo detuvieran, sin embargo conforme pasó el tiempo, tuvo que quitarse ese bloqueo e iniciar la búsqueda de su esposo, en un lugar que poco conocía, sin su familia y un pequeño hijo que estaba sufriendo los estragos de tener a su padre desaparecido y a su madre desesperada buscándolo, hasta que le dan la noticia que se encuentra en los separos de Acapulco y va a Guerrero, ya estando con su familia se siente fortalecida e inicia la búsqueda e incluso una transformación.

Su hermano Efrén se refiere así a este momento:

La vimos valiente, decidida, de repente ya estaba convencida de que encontraría a Flore, decía que enfrentaría a quien fuera por él y por todos los desaparecidos, yo sé que a solas lloraba su desdicha, pero eso también le servía para desahogar su impotencia y coraje porque nuestro apoyo sabe que lo tenía (Efrén, 2016)

Esta misma soledad a la que refiere Efrén hizo que Gela por momentos se quebrara a grado tal que golpeaba su cuerpo sobre la pared o se aventaba a ella, se trataba de una desesperación tan grande por no tener noticias de su esposo pasados los años, sin embargo en esta etapa es cuando Gela empieza a escribir aún más, y como lo hemos visto en su relato, para ella se trataba de una terapia a sí misma, en donde podría visualizar la vida que quería tener en ese momento y visitar la sierra y su pueblo El Porvenir, aunque de forma física no lo podía hacer, mediante sus escritos lo llevaba a cabo, pero también se convirtió en la forma de no contener sus emociones y dejarlas fluir. De alguna manera trataba de hacerse daño pero luchaba por no sentirse así y mantener la calma.

Sin duda estar serena no era fácil para Gela, las circunstancias no se lo permitían, el tiempo pasaba y al no saber sobre el paradero de su esposo se desesperaba, a tal grado que pasaba lo que leímos anteriormente. Mantener presente a su esposo en la vida diaria era una parte fundamental en su vida, así que cada vez que tenía la oportunidad mostraba gustosa los escritos que él le enviaba, los poemas de Florentino, los recados que ella entregaba, esta es la forma de cerrar por el

momento la historia de vida de Angelina Reyes, mujer valerosa que enfrentó con entereza los caminos que la vida le mostró y que trató, aún con las circunstancias tan dolorosas que vivió, sonreírle a la vida, ayudar a sus semejantes, apoyar a otras mujeres, hacer conciencia en la sociedad Atoyaquense sobre los problemas sociales, una buscadora de vida que aún cansada, agotada siguió siempre luchando y cantándole a la vida, porque como ella lo decía: *“canto porque es la forma de pedirle al viento que se lleve mi agonía y frustración”* (Angelina, 2012)

Tal como lo hicimos con Gela hemos podido conocer la historia de vida de más mujeres, si bien no de manera extensiva, si el momento en que el terrorismo de Estado, cambió su vida al desaparecerles a sus familiares. Hemos conocido a lo que se tuvieron que enfrentar de forma tal que consideramos pertinente asumir que ese mismo cambio del que hablamos fue trastocado porque desafortunadamente quedaron marcadas para siempre y aunque de esto no se podrán reponer, y ni siquiera lo están buscando, la exigencia, la súplica, el deseo de ver con vida a sus familiares aun no es una realidad.

Por tanto en el siguiente y último subcapítulo nos acercamos a las cotidianidades que en la década de los setenta fueron trastocadas a las personas que habitaban las poblaciones de la sierra. Después trabajamos la categoría Buscadoras de vida, visibilizando y rescatando el trabajo que han hecho y su participación a la luz de la experiencia colectiva en pro de sus familiares desaparecidos y finalmente de vertimos desde diferentes vertientes y por ende testimonios de tres mujeres que fueron desplazadas forzosamente.

Entonces de esto último hacemos un análisis que refiere a como la violencia y represión fue un proceso integral, en donde la política de terror funcionó a tal grado que hubo familias enteras que tuvieron que marcharse de sus poblaciones, o que tuvieron que separarse para protegerse de la persecución, el hostigamiento y la tortura permanente amen de tener seres queridos detenidos desaparecidos.

3.5 Aproximaciones a las cotidianidades trastocadas de las familias a quienes les desaparecieron un ser querido.

Quedaron tus pensamientos,
tu olor de los domingos,
cuando ibas a la plaza,
sigo esperando escuchar,
que me vuelvas a decir, *mami*,
hoy toca pasear.
Lucia¹⁷

Hacia el final de esta investigación, y reflexionando el arduo trabajo por la que esta ha pasado, pero sobre todo lo que ha significado que las mujeres sean el centro y principal motor que rige a la tesis visibilizando si bien sus historias y todo el trabajo que han realizado no solo en pro de la lucha social defendiendo a sus comunidades como ya lo hemos visto en el capítulo dos, este tercer capítulo ha tenido a bien plantearnos el recorrido que han llevado a cabo después de que finalizó la guerrilla, con la búsqueda de sus familiares a quienes el Estado mexicano desapareció, en esta cruenta lucha hacía los habitantes de la sierra de Atoyac, porque para ellos y ellas vino un proceso de violencia y represión.

Los testimonios que se verterán en este último subcapítulo son de tres madres a quienes les desaparecieron a sus hijos, quienes tuvieron que salir huyendo de los poblados de la sierra en los que vivían por las constantes amenazas de las que eran objeto, desplazándose forzosamente hacía otros lugares de Guerrero y la república con la tristeza de tener que partir sin sus hijos y por un tiempo buscarles desde donde se encontraban. De esta manera es como la violencia y represión

¹⁷ Lucia (2016) es madre de Héctor a quien detuvieron desaparecieron en el zócalo de Atoyac de Álvarez, mientras se encontraba con su novia, buscando los regalos para su mamá el 10 de mayo de 1976. Contaba con 22 años y se desempeñaba como profesor de historia en Cuernavaca. Su novia relató cómo se les acercaron tres hombres, y le dijeron que se lo llevarían para que les entregara todos los libros que tenía –Héctor y su novia tenían un círculo de lectura sobre el Maoísmo- mientras ella se aferraba a él para que no se lo llevarán, él se soltaba y les decía que ella nada tenía que ver con él, que le pidieran que lo soltara. Alondra no comprendió que la estaba protegiendo hasta que antes de que lo subieran a un auto tipo Caprice, le hizo una seña: *se llevó su mano derecha al cerebro, eso significaba para nosotros piensa y actúa cuando estábamos debatiendo las lecturas y nos salíamos de control, era como mantén la calma, y eso me lo decía para que yo pudiera avisarle a su mamá.*

Lucia al igual que Digna finalmente pidió su testimonio no fuera recuperado en esta investigación.

ejercida en su contra trastocaba y transformaba su vida, justo ello es con lo que inician y nos comparten Fabiana, Jovita y Herminia.

Se pensaría que con el asesinato del profesor Lucio Cabañas ocurrido el 2 de diciembre de 1974, terminaría la represión y violencia ejercida por parte del Estado mexicano –como ya lo he reiterado en varias ocasiones- en contra de la población serrana, sin embargo esto no fue así, ya que no solo se incrementó, sino que se recrudeció de forma tal que todas las personas eran sospechosas de haber participado en la guerrilla.

El primer aspecto que trataremos es en relación al trastocamiento en la vida cotidiana, si bien es cierto en el primer capítulo veíamos las actividades que llevaban a cabo los habitantes de los poblados de la sierra, desde que iniciaba el alba, consideramos que desde que una vez que transcurrió el tiempo hacía lo medular de esta investigación que es el segundo capítulo, podremos entonces darnos cuenta que tanto cambio la vida cotidiana tanto en la sierra como en el municipio de Atoyac.

Las cotidianidades de cada espacio geográfico, cambian en función de lo que se está viviendo, sin embargo las circunstancias de represión por las que estaba pasando la sierra de Atoyac en la década de los setenta estaba rebasando cualquier pensamiento que en algún momento hubiesen tenido cada persona que habitaba en los pueblos que conformaban la exuberante belleza natural de la sierra, pero con los tiempos de violencia que estaba viviendo se había opacado, se estaba muriendo.

Fabiana que es una mujer nacida en San Vicente de Jesús, a quien le desaparecieron a su hijo, nos cuenta la difícil situación por la que estaban atravesando en la sierra, en su caso, antes de que desaparecieron su hijo.

En el año ´74 estaba muy feo, ya no podía salir a barrer mi corredor, porque ahí estaban viendo y acercándose para interrogarte, otra cosa eran las medicinas, porque si tenías un enfermo, tenías que ir para Atoyac y luego no te las dejaban pasar. Las huertas empezaron a quedarse abandonadas, y ya con eso empezamos a vivir de forma muy precaria. (Fabiana, 2016).

Uno de los aspectos que trabajábamos en el primer capítulo, era como precisamente, los lugares más concurridos eran las iglesias, las canchas y los corredores de la casa, donde tanto familiares como los vecinos se reunían no solo para tomar el café o para conversar, sino para tomar acuerdos en función de sus comunidades, sin embargo para este momento, lo más importante era cuidarse, proteger a la familia y mantener la calma ¿Se podía con todo eso?

Fue un tiempo muy difícil porque todo cambió, recuerdo como se metieron una vez a mi patio trasero para oler la ropa que yo estaba colgando de mi esposo, los guachos la observaban, olían y me decían: donde tenga una mancha de sangre o huela a guerrillero, incendiaremos tu casa. hasta el baño de mi casa muchas veces se pasaron, sin siquiera pedirme permiso, entonces a partir de ahí las puertas de las casas, las empezamos a cerrar todos, porque durante el día en la costa y sierra se acostumbra a tener las puertas abiertas y ahora ya estábamos dejándolo de hacer(Jovita, 2015).

En este caso Jovita, apunta a un aspecto si bien difícil, de bastante análisis porque aunque estaban en sus casas, en sus poblados, se sentían prisioneros, esto por tener que cerrar sus puertas, que como bien ella ya nos señala era una costumbre a la que tuvieron que renunciar, y que trastocó de tal forma que había una paranoia, lo cual no era cuestión menor, puesto que hay ansiedad en las palabras de Jovita cuando dice que no estaban preparados para toda esta cuestión de violencia y represión que el Estado mexicano había implementado.

Si bien es cierto, la violencia entra en sus vidas y la represión era una constante en los poblados serranos, les era difícil acostumbrarse a decir donde tenían que ir, cuanto tiempo y por qué. Por ello en medio de la supervivencia para poder resistir lo que estaban viviendo, de alguna manera mujeres como Herminia se atrevían a cuestionar a los militares el porqué de los retenes y lo que hacían en ellos. Esto por supuesto les molestaba mucho y a las personas les producía miedo, sin embargo ya no era soportable estar en dicha situación.

Cada vez que ibas para Atoyac, eran las mismas preguntas, entonces un día, antes que me preguntarán les dije: voy para Atoyac, a comprar jeringas y ampicilinas, pantalones de mezclilla, porque me toca mañana mi inyección, y haré una pequeña despensa, por la tarde ya estoy de vuelta a eso de las cinco de la tarde. Y se enfurecieron tanto que me dijeron, que los que preguntaban eran ellos y nosotras respondíamos, que ya nos creíamos muy machitas (Herminia, 2015).

Si bien es cierto Herminia toma la determinación de revelarse en ese momento, el miedo seguía latente, sin embargo eso mismo la empujaba a hacer valer su voz, a que la escucharan, aunque las respuestas y la forma de hablarle no solo a ella sino a las demás personas seguía siendo de forma tal que, aunque se impusieran un poco, daban por hecho su autoridad y su poder. Herminia pudo haber sido golpeada, violada, incluso desaparecida, en ese momento solo se dedicaron a hablarle muy mal, con palabras altisonantes, pero por supuesto que le estaban guardando el sufrimiento más grande.

Cuando estas mujeres nos comparten las formas en que se va fracturando la vida cotidiana, no podemos dejar de reflexionar en torno a los significados que cada una de ellas le dan a sus recuerdos, y en ese sentido en como manejan su memoria, podemos entender que, hay un ejercicio que se entrelaza con la capacidad de recordar es decir, en las distintas experiencias que pasaron, hubo momentos alternos que no desean recordar o que bien no recuerdan, pero también, aunque pudieran ser aislados, para ellas es importante compartílos. Estos recuerdos, aunque vividos en un mismo proceso de violencia, son diferentes para cada una.

Jelin sobre esto asume que: Estos procesos, bien lo sabemos, no ocurren en individuos aislados sino insertos en redes de relaciones sociales, en grupos, instituciones y culturas. De inmediato y sin solución de continuidad, el pasaje de lo individual a lo social e interactivo se impone. Quienes tienen memoria y recuerdan son seres humanos, individuos, siempre ubicados en contextos grupales y sociales específicos. Es imposible recordar o recrear el pasado sin apelar a estos contextos. Dicho esto, la cuestión -planteada y debatida reiteradamente en los textos sobre el tema- es el peso relativo del contexto social y de lo individual en los procesos de memoria (Jelin, 2002: 3).

Ese mismo pasaje de lo individual a lo social, que señala Jelin, es lo que poco a poco las mujeres fueron construyendo en torno a sus comunidades, porque el hecho de ser cuestionadas todo el tiempo no solo les afectaba en sus actividades diarias, sino a nivel anímico, aunque de a poco, tal como lo observamos con Herminia trataban de revelarse, hacerse respetar, alguien las tenía que ayudar, pero no había quien lo hiciera, entonces y con miedo, tenían que enfrentar día a

día la difícil situación de vivir en un espacio violentado por fuerzas del Estado mexicano.

Cuando Herminia habla del hartazgo que tenía y recuerda con melancolía lo joven que estaba, añorando los años pasados, también nos comparte la forma en que encaraba a los militares, aún con el miedo presente. Esto alentaba a demás mujeres, sin embargo esto tan cotidiano podía más que cualquier esfuerzo porque los militares las respetaran en los retenes y en los espacios que habitaban como sus casas, un espacio por cierto tan privado.

Para poder entender la dimensión a lo que se enfrentaban día a día, y en ese sentido como es que aún entre la represión, luchaban por su dignidad y por ser respetadas, y de cómo surgía en ellas fragmentos de fortaleza y encare a las fuerzas del Estado, aunado a que así como había mujeres que se animaban a exigirles de alguna forma sutil a los militares respeto, también había mujeres quienes les pedían cordura, para evitar ser afectadas por atreverse a responder a miembros del ejército de alguna u otra forma, Marcela Lagarde asume:

Las enormes contradicciones emanadas de sus modos de vida generan en ellas rabia, dolor y agresión; que no encuentran cauce positivo de expresión. La agresión no es incorporada a la feminidad, por el contrario, forma parte del conjunto de definiciones de la masculinidad, de tal manera que la agresividad se ha constituido en un elemento de identidad genérica. Así, agredir significa para las mujeres una transgresión genérica: la mujer regresiva se masculiniza no es femenina (Lagarde, 2005:768)

Había mujeres que por no transgredir y “poner de malas” al ejército soportaban, otras por supuesto por miedo, pero mujeres como Herminia con todo y miedo les cuestionaban por qué ensañarse con ellas y con esto cambiar totalmente sus formas de vivir, de cómo todo lo cotidiano había cambiado, por situaciones que ellas no habían impuesto sino todo lo contrario, estaban siendo trastocadas al punto que todos los aspectos de su vida cotidiana, quedaban en el olvido para ahora adoptar, otras prácticas, dictadas por supuesto por el Estado mexicano y llevadas a cabo por agentes policiacos, militares y marina.

Cuando hablamos de transgredir las normas establecidas por parte de las mujeres, pensemos que eso solo duraba unos cuantos minutos, porque estaban

imposibilitadas para defenderse, que vivían en un estado de sitio¹⁸, en donde sus garantías constitucionales estaban suspendidas, y aún más, estos agentes preponderaban la represión en todo su contexto, porque incluía una tortura mediática y de todos los días aunado a los actos de detención y desaparición forzada de la que son víctimas aún Fabiana, Jovita y Herminia.

Si bien es cierto el termino transgresión lo usamos aquí con una connotación positiva, puesto que las mujeres trataban de romper ciertas acciones, cuestiones destructivas, como por ejemplo ser interrogadas y criminalizarlas al grado de llamarlas “agitadoras” y culpables de la situación misma que estaban viviendo.

Nada de todo esto que vivieron las mujeres en pleno año de 1974, les dolió y les pudo más como la detención desaparición de sus hijos, por tanto para tratar de trabajar la categoría de Buscadoras de vida, tomaremos los testimonios de Fabiana, Jovita y Herminia, y después para ubicándonos en este mismo espacio de trastocamiento a las cotidianidades hablaremos de cómo aún con el dolor de no encontrar a sus hijos tienen que desplazarse de manera forzada hacia otros estados y otras ciudades de Guerrero.

De ser mujeres de casa, en un espacio rural donde tenían tranquilidad a principios de los años sesenta, hemos visto como hacia finales de esta misma década, y como parte de un proceso guerrillero con el cual quienes se sintieron identificadas lo apoyaron, las mujeres de la sierra de Atoyac, se enfrentan a la dolosa experiencia de que sus familiares fuesen desaparecidos.

Para los casos que compartiremos, a cada una de ellas les desaparecieron a sus hijos, por tanto utilizaremos aquí la categoría de análisis: Buscadoras de vida, y aunque por sentido común podemos entender que llamarles así es porque están

¹⁸Debe ser declarado por el poder ejecutivo, en particular por el jefe de Estado, y con la autorización del órgano legislativo correspondiente a ejecutarlo. El estado de sitio representa un concepto equivalente al de estado de guerra, y por ello se dan a las fuerzas armadas facultades preponderantes para los actos de represión. Durante el estado de sitio quedan en suspenso las garantías constitucionales, con mayor o menor extensión, según las legislaciones. Ver en: enciclopediadelapolitica.org

en la búsqueda de sus familiares y que, como se los llevaron vivos, así los quieren, pero esto va más allá, utilizar la categoría es visibilizar la vida de sus desaparecidos y ubicarlas a ellas en un contexto de lucha.

Si bien no están esperando que se les reconozca y se les llame de alguna forma, lo que desean es saber que hicieron con sus seres queridos, es importante que se les nombre por todo el trabajo que por más de cuatro décadas han llevado a cabo, esto aunado al trabajo pionero que representa, ser parte de un detenido desaparecido de la década de los setenta. En ese sentido sabemos que por la edad que algunos tenían lo que ahora desean es encontrar sus restos, sin embargo lo asumimos como que lo que buscan es vida, por la carga emocional que esto representa y que mediante sus testimonios podemos comprender y esperamos así sea.

En sus testimonios nos comparten no solo como es que militares y marina se llevan a sus familiares, visibilizan su caminar y todos los esfuerzos que han llevado a cabo desde los primeros años para poder de principio tener noticias sobre sus hijos. Las Buscadoras de vida nos comparten como es que cada una en diferentes momentos y fechas son testigas de cómo militares y marinos se llevan a sus hijos, los cuales eran todavía adolescentes. Estos dos aspectos vinculan a Fabiana, Jovita y Herminia que sabían muy bien quienes tenían a sus hijos pero no el lugar.

Sus relatos si bien es cierto serán difíciles poder leer, comprender, incluso se tenga la necesidad de parar un poco para ir hilando todos los momentos por los que pasaron, también nos habla de un gran ímpetu por el derecho a la vida, a la libertad, incluso a la justicia. En el camino aprendieron varios aspectos, entre ellos a defenderse y exigir la presentación con vida de sus hijos.

Soy Fabiana Hernández, nací en el poblado de San Vicente de Benítez, tengo desde el 5 de febrero de 1974 buscando a mi hijo que en ese tiempo tenía 16 años, los militares y marinos se lo llevaron, es el día que no lo veo. Los marinos empiezan a incendiar la huerta y se van con mi hijo, esa fue la última vez que lo vi y me gritaba “no dejes que me lleven”, no “dejes que me lleven” (Fabiana, 2016).

Las condiciones inhumanas en las que detenían a las personas podemos visualizarlo en el relato de Fabiana, sin explicación alguna llegaban y se llevaban a la persona que desde días antes ya habían elegido para interrogar, torturar, desaparecer o matar, mientras tanto para las familias solo estaba desaparecido, porque no podían dar por hecho, más que se lo habían llevado, torturado y permanecía en un lugar que desconocían.

De modo que en el relato de Fabiana observamos primero que no había una investigación de la persona a fondo, solo sobre como manejaba sus tiempos y de todas formas, a lo que se dedicaban es lo que menos importaba, como es el caso del hijo de Fabiana, quien estudiaba música y vivía en Atoyac con una de sus tías y solo iba para la sierra en distintas fechas, a visitar y ayudar a su familia con la cuestión del campo.

Por otro lado, para llevarse a una sola persona e irrumpir en el espacio privado las fuerzas represoras llegaban con más de diez elementos, asumiendo que era guerrillero, había tortura a los familiares antes de proceder a detener a la persona, esto sin un documento que determinara por qué se lo llevaban y por supuesto sin una explicación racional del hecho.

Aunado a esto terminaban con el patrimonio familiar, incendiando huertas, otras veces vaciando cloro por toda la tierra, o bien si la siembra ya estaba casi lista, acaban con ella a balazos, en este caso vaciaron gasolina en medio de la huerta de café de la familia de Fabiana, en donde pretendían sembrar maíz y frijol el cual era para consumo familiar. La tortura no tenía que esperar, no solo para el detenido sino también para los miembros o miembros de la familia.

A Fabiana no solo le tocaba sentirse impotente ante la situación puesto que era inminente la detención de su hijo, entonces la tortura inicia desde que irrumpen en la tranquilidad de su huerta, en un día de siembra, golpean a su hijo, lo acusan de algo que no han comprobado, pero que por vivir en la sierra daban por hecho. La tortura no solo estaba siendo psicológica, sino también física, a Herminia la golpearon en una de sus rodillas con un rifle, esto le trajo graves consecuencias

ya que han sido tres intervenciones quirúrgicas, siendo la última hace tres años, la cual señala, le trajo graves consecuencias puesto que ya no podía sostener toda la pierna izquierda pero que, afortunadamente con ayuda de terapia y ahora un bastón puede valerse por sí misma.

Finalmente Fabiana nos comparte la súplica de su hijo, en la que podemos denotar el miedo, la tristeza, un sinfín de sentimientos, todos por supuesto desafortunados, es el retrato del terror, por no saber que harán contigo y una madre que arrastrándose hasta el pueblo, pudo salvarse de no acabar alcanzada por el fuego y no morir calcinada. Mientras veía a lo lejos como se perdía el auto que llevaba a su hijo con rumbo desconocido para él y para ella.

El ser testiga de un acto tan inhumano, como el que llevaron a cabo con su hijo las fuerzas del Estado mexicano, no solo lo vivió Fabiana, a continuación Jovita nos comparte el inicio de la historia que la convierte en Buscadora de vida.

Yo soy Jovita Barrientos, nací en el poblado del Rio de Bálsamo, desde el 15 de septiembre de 1974 buscó a mi hijo que en ese tiempo tenía 12 años pero se veía de 15 porque estaba muy alto y gruesecito pues como mi papá, nosotros nos andábamos arreglando para ir a una verbena que íbamos a hacer con motivo del día patrio y va saliendo mi hijo y dicen que era a él al que buscaban, empiezan a golpearlo. Te imaginas, yo gritaba, les suplicaba, pero ellos no hacían caso. Lo levantaron desnudo y vi cómo se llevaban a mi niño, vi su mirada, y de a poco me decía la amo viejita, con ese dolor tan grande me quedé, atada en una silla golpeada y gritando ayuda hasta que mi vecina llegó y pudo desatarme y salí corriendo desesperada pero ya ni rastro de esta gente tan mala (Jovita, 2015).

Desde un principio no sabían por quién iban, lo que si tenían fijo, es que ahí vivía un hombre y aunque no fuera al que estaban buscando si se encontraba en casa, se lo llevarían. Es así como actuaban sin ningún principio humano, simplemente había que tener contentos a sus superiores llevándoles incluso adolescentes, como es el caso de él hijo de Jovita, quien independiente de representar mayor edad por su corpulencia, en su cara se reflejaba una edad que supone entre la infancia y la pubertad.

No había respeto a las edades, al cuerpo de nadie, ni de niños, ni de niñas, su cuerpo se convertía en un espacio donde los agentes del Estado vertían la rabia y coraje que les habían inculcado para poder pertenecer a estas corporaciones, odio y desprecio hacia el otro o la otra, lo padecían las niñas y niños que fueron abusados sexualmente en la década de los setenta que por si fuera poco, estaban siendo acusados de agitadores y guerrilleros, por esto último las fuerzas represoras asumían que se merecían ser violados, despojados de la inocencia, sin ninguna explicación, sin poder entender porque les estaba sucediendo ello.

Una madre que es testiga de como abusan sexualmente de su hijo, en ese momento está siendo torturada, y por este hecho tan aberrante, de su ser nace el ayudarle de cualquier forma, que es como lo hizo Jovita al abalanzarse justo al espacio donde abusaban sexualmente de su hijo y lo golpeaban, ¿Podemos imaginarnos el momento?

Cualquier explicación que nos pueda dar Jovita o como nos imaginemos el momento en que Jovita para la agresión sexual es difícil, aunque no pudo detener que se lo llevaran y ver como su hijo la miraba y sin fuerzas ya, le recordaba que la amaba, mientras al tiempo Jovita les suplicaba que lo dejaran, otra vez una madre implorando por la vida de su hijo, quien por cierto es el único que Jovita tiene. Si las historias de Fabiana y Jovita nos estremecieron, lo que nos compartirá Herminia es la prueba fehaciente de los delitos de lesa humanidad cometidos por agentes del Estado mexicano, en la década de los setenta en la sierra de Atoyac.

Mi nombre es Herminia Martínez, nací en el poblado de San Vicente de Benítez, y desde el 22 de diciembre de 1974 no sé nada de mi hijo que en ese tiempo tenía 17 años. Mi hermana, mi sobrino y mi hijo salimos hacia Acapulco a dejar miel, porque nosotros la producíamos y vendíamos. Mi hijo y su primo iban unos asientos adelante de nosotras en el camión, en un retén se subieron a revisar, y les dicen a mi sobrino y a mi hijo que iban a vaciar la miel porque ahí llevaban droga, al decirles mi hijo que solo la iban a desperdiciar porque nosotros no llevábamos droga, es que empiezan a tirar la miel en el piso y golpeando a mi hijo lo suben a una camioneta, vi como subían a mi hijo, sin poder hacer nada, vi de lejos su mirada resignada (Herminia, 2015).

Después de ese momento Herminia regresa a Francisco del Tibor, y empieza una desesperada búsqueda por su hijo en la sierra y en Atoyac, es entonces que el 26 de diciembre llegan militares a su casa cercándola y advirtiéndole que dejara de buscar a su hijo en los cuarteles militares del estado porque si no algo le pasaría. Ese mismo día Herminia se va hacia Atoyac a compartirle la situación a su hermana, sobre las amenazas de las que estaba siendo objeto, al día siguiente regresa muy temprano a su pueblo y esto fue lo que ocurrió.

En la mañana del 28 de diciembre del '74, era un día especialmente frío, entonces teníamos las puertas cerradas, de pronto se oye como empiezan a patear la puerta y la abren, nosotros asustados nos levantamos de la mesa y ellos ya estaban ahí, diciéndome que me lo habían advertido y que ahora iba mi otro hijo pero que a él no lo iban a desaparecer, que lo iban a matar para que no me anduviera cansando buscando a dos. A mi esposo ya lo tenían atado de pies, manos y boca. Después encontramos a nuestro hijo con golpes por todo el cuerpo, yo lo levantaba y no quería aceptar que estaba muerto. Me tuvieron que sedar en su funeral porque yo buscaba como acabar con mi vida, para irme con él y pensaba también en mi hijo desaparecido, fue un momento muy triste, doloroso, difícil y siento mucha pena por mí, porque yo estaba muerta en vida, en los siguientes años hasta el '81 traté de quitarme la vida sin lograrlo (Herminia, 2016).

Difícil situación a la que se enfrentaba Herminia, tras el desgaste de buscar a su hijo desaparecido, ahora enfrentaba el doloroso momento del funeral de su hijo, del momento en que va a buscar a su hijo donde le dijeron que lo encontraría, pero no se imaginó que dolosamente torturado, y muerto.

Antes de esto en su relato observamos cómo llegan los agentes del Estado e irrumpen una vez más en la tranquilidad de una familia, la cual tenía ya un integrante desaparecido, sin embargo con el fin de hostigarla, iban a su casa, estaban afuera, hacían rondines, esto por la insistencia de Herminia de buscar a su hijo en los cuarteles militares del estado de Guerrero y luego exigirles la presentación de su hijo.

A Herminia la trataban de callar de esta manera, mientras otras mujeres, buscaban a sus hijos y esposos en solitario en un espacio que se volvió vulnerable, violento, en donde la represión ya era algo tan latente que las demás personas que habitaban en los poblados serreños, se estaban dando cuenta de

que había una situación en donde de repente dejaban de ver a las personas, o que los militares y marinos irrumpían en casas, de manera tal que obedecían a todo lo que les pedían, ahora las políticas del terror estaban siendo efectivas y todos y todas por igual estaban endeblés ante dicha situación.

Habría que decir aquí que ante estas graves violaciones a los derechos humanos, --si bien es cierto sabemos que en aquel momento no se había posicionado este discurso en el ámbito nacional-, que son más que evidentes, nadie se atrevía a alzar la voz ya, la situación económica ya en estos momentos era precaria, la situación social no se diga, aunado a ello había que buscar a los familiares desaparecidos, así que a pesar de este escenario tan trágico e infame surgen las Buscadoras de vida, mujeres campesinas que a pesar de ser torturadas de forma sistemática y continuada, se atreven a salir y dar de cualquier forma con sus familiares desaparecidos.

Justo aquí ubicamos el inicio del trabajo de las Buscadoras de vida, para ello utilizaremos los testimonios de Fabiana, Jovita y Herminia, la visión teórica de Elizabeth Jelin, del por qué con la búsqueda de sus familiares las mujeres contribuyen a que la memoria individual y de un espacio geográfico de pie a la colectividad, para ello nos centraremos en los trabajos de Halbwachs (2004) y de cómo el pasado sigue presente en las personas, que si bien la historia está en constantes cambios cuando en esta surgió un proceso social que trastocó la vida social de manera espontánea, surge un grupo que a pesar de las circunstancias se mantiene en el camino porque el objetivo a alcanzar es importante.

En ese sentido los trabajos de Todorov (2013) son importantes porque considera que quien o quienes han pasado por experiencias dolorosas, tienen la capacidad de utilizar la información de esa mismo momento y utilizarlo de forma que si bien les afectará toda su vida, recurren al olvido parcial, como estrategia de supervivencia, esto como ya lo hemos visto ha sido característico de las Buscadoras de vida de Atoyac y la sierra.

La experiencia de Primo Levi en los campos de concentración nazi, nos permite conocer el cómo supervivieron las mujeres en torno a ello y como después al insertarse a la sociedad, aun con las secuelas que supone haber sido prisioneras y con sus familias incompletas, no solo hicieron un esfuerzo sobrehumano para tratar de sobreponerse sino que fueron valientes y desafiaron sus miedos para trabajar en torno al presente que tenían, pero sin haber superado el pasado.

En ese sentido las aportaciones que hace Enzo Traverso (2001), sobre la cuestión de los supervivientes, quienes a pesar de ser víctimas, han asumido una actitud contra el olvido, nos parece importante traerlo hacia la experiencia de la década de los setenta con la mujeres de Atoyac y la sierra, porque a pesar de la situación de la que ya hemos hablado, en donde ellas también peligraban, puesto que podían ser desaparecidas, torturadas, incluso vejadas sexual y psicológicamente, no se quedaron sentadas a esperar a que algo sucediera, porque sabían perfectamente que no había a quien acudir y que ellas tenían que hacer el trabajo de la búsqueda, mientras que el Estado mexicano reprimía y violentaba la vida cotidiana de las personas.

Lo anterior Traverso lo define como *memoria con función redentora*, es decir si estas mujeres no hubiesen salido a buscar a sus seres queridos, no se hubiese podido transmitir tanto la muerte, como la vida que estaban llevando a cabo y esto hubiera dado paso a que se le diera poca importancia, a la infame situación ocurrida en la década de los setenta en Guerrero. Entonces, en el caminar hacia nombrarlas como Buscadoras de vida, reconocemos su lucha contra el olvido, pues ello las coloca en la conciencia social de México.

Finalmente en trabajos pioneros específicamente y focalizados a la situación social de Atoyac de Álvarez y la sierra en la década de los setenta, se encuentra Claudia Rangel quien ha dedicado investigaciones completas e íntegras para tratar de dar a conocer la política de terror implantada por el Estado mexicano en este espacio rural, donde los derechos humanos estaban en una grave crisis como ya lo hemos visto.

Situaremos sus investigaciones para el caso de las mujeres, y su participación como activistas de los derechos humanos y de cómo tras la búsqueda de sus familiares, recurrieron a cárceles clandestinas, donde en algún momento alguien vio a su ser querido, y con el miedo a cuesta, acudían, sin poder verles pero venciendo sus temores y enfrentándose a agentes del Estado y esto claro, por encontrar a sus desaparecidos.

¿Por qué llamarles Buscadoras de vida? ¿Qué tan importante es categorizarlas? ¿Hacia dónde nos lleva su experiencia? ¿Es necesario nombrarlas de alguna forma?

En el caminar hacía las entrevistas, con todas las familias que trabajamos, hicimos varias sesiones de conversatorios antes de grabarles y llevar a cabo una entrevista como tal, eran charlas de mucho tiempo, hasta que de alguna forma decidían que en la siguiente sería la entrevista formal. Esto nos iba sirviendo para irnos documentando, para irnos conociendo y tomar confianza sobre los aspectos que abordaríamos, su historia sobre su caminar tantos años en búsqueda de sus familiares.

Pensar en una categoría de análisis para visibilizar su trabajo por más de 40 años, sugería más que documentarse, comprender en tanto sus testimonios, sus gestos al momento de compartirnos sus vivencias, ser empáticas, solidarizarnos, porque mientras nosotros seguimos escribiendo, ellas siguen en búsqueda de sus seres queridos, sin que esto les haya sido posible hasta ahora.

Pero también hay silencios, hay *momentos*, que se guardan para sí, aunque lo desean externar no pueden, aunque haya de por medio mucho tiempo en que entrevistada y entrevistadora, hayan hablado sobre la problemática, justo en el momento de poder externar lo que se siente, lo que se ha vivido, el camino recorrido, los sentimientos, la rabia, el dolor, la impotencia. ¿Por qué? Jelin lo contextualiza así:

Primero, importa tener o no tener palabras para expresar lo vivido, para construir la experiencia y la subjetividad a partir de eventos y acontecimientos que nos

«chocan». Una de las características de las experiencias traumáticas es la masividad del impacto que provocan, creando un hueco en la capacidad de «ser hablado» o contado. Se provoca un agujero en la capacidad de representación psíquica. Faltan las palabras, faltan los recuerdos. La memoria queda desarticulada y sólo aparecen huellas dolorosas, patologías y silencios. Lo traumático altera la temporalidad de otros procesos psíquicos y la memoria no los puede tomar, no puede recuperar, transmitir o comunicar lo vivido (Jelin, 2001: 16).

Esa misma memoria de la que habla Jelin, las impulsó para que en el momento en que ellas decidieron hablar, lo hicieron, primero con ciertas expectativas y con una idea de compartir sus momentos, su historia de manera restringida, pero conforme pasó el tiempo, esas mismas huellas dolorosas que les ha dejado el paso del tiempo, fueron compartidas justo como ya lo hemos en este capítulo.

Lo primero a que se enfrentaron las mujeres es por dónde empezar a buscar, si bien para el tiempo en que desaparecen a los hijos de Fabiana, Jovita y Herminia, ya era conocido sobre las detenciones desapariciones, y había personas que desde 1969 estaban desaparecidas, entonces para 1974 habían pasado 5 años, todavía no hablaban abiertamente sobre ello. El asesinato del profesor Lucio Cabañas estaba reciente y la represión por demás violenta desafortunadamente estaba en una de las fases más duras y cruentas. Fabiana nos cuenta sobre ello.

Estaba la situación muy difícil, porque yo por ejemplo, para finales del año `74, ya tenía buscando a mi hijo 10 meses, empecé por ir al ministerio público, a buscar en las casas y no solo de mi pueblo, me recorrí la sierra, era tanta la desesperación, pero siento no sé, como algo nuevo que una no sabía ni que hacer, porque jamás ibas a pensar que te tocaría a ti. Me iba al 27 batallón, me instalaba afuera y me sentía tonta, porque no tenía manera de cómo entrar, y cada vez que llegaba o salía uno de esos carrotes que traían, yo trataba de asomarme y nada, los primeros años fueron muy difíciles porque sabiendo aparte que eras madre de un desaparecido, nadie quería ni regresarte a ver, esa era otra triste realidad (Fabiana, 2016).

Para 1974, había mujeres en la sierra que de a poco, trataban de organizarse, sin embargo, y como ya lo hemos citado anteriormente el hecho de hacer reuniones de más de dos personas, era sinónimo de subversión, por lo tanto había la necesidad de que el dolor y la desesperación por la falta del ser querido, fuera compartida, por lo tanto algunas llegaron a hacer reuniones en algunas casas, sin

que esto pasara a más, el miedo siempre se oponía, aunque el deseo por ver de nuevo a sus familiares, era más fuerte que en solitario les buscaban.

En ese sentido las Buscadoras de vida experimentaron el rechazo de las autoridades correspondientes, aunque ellos sabían dónde se encontraban todas estas personas desaparecidas, cuando llegaban a los ministerios públicos, las mandaban a otras dependencias solo para engañarlas porque de ese mismo lugar, las enviaban al mismo y eso se volvía un círculo lamentable en la búsqueda que estaban llevando a cabo y que mermaba en su salud y en su condición anímica. Jelin esto lo asume como una catástrofe aunado a que no hay forma de interpretar tanta maldad, saña e indiferencia de quienes se supone están para hacer respetar las leyes y por ende llevarlas a cabo.

En el otro caso, la <catástrofe> es masiva y total; lo ocurrido no puede entrar con los marcos interpretativos disponibles. Muy pronto hay que descartar las hipótesis pensables, de que se lo/a llevaron <por error>, o cuando, después de recorrer diversas dependencias policiales y llamar a todos los conocidos <influyentes> pidiendo ayuda para encontrar a la persona desaparecida, la respuesta es el vacío, la ausencia, la negación de la existencia de la persona (Jelin, 2001: 94).

Pero a quienes estas mujeres conocían y trabajaban en alguna dependencia gubernamental, o bien que tuvieran una cercanía con alguien que les pudiera dar indicios del paradero de sus desaparecidos, se alejaban y trataban de no mantener relación con ellas, las amigas y los amigos se fueron, la única realidad es que estaban solas con su tragedia, no tenían apoyo de nadie, porque lo pidieran o no, la gente estaba sumergida en un miedo profundo.

La familia que tenía un desaparecido era denostada, señalada y para evitar ser ligada con ellos, -si bien había personas que apoyaban de alguna forma al menos moralmente y con palabras de aliento-, no se acercaban, no les hablaban ¿Qué pasaba en el inconsciente colectivo? ¿La política del terror estaba haciendo efecto? ¿En el pleno del escenario rural, que lugar ocupaban las Buscadoras de Vida? Halbwachs en su estudio sobre como las sociedades ejercen su colectividad, esto en una diferenciación entre lo rural y lo urbano, asemeja que, efectivamente hay disparidades entre un escenario y otro, más si en él estamos

hablando de un proceso de represión, violación a los derechos humanos, la quebrantada vida cotidiana de pueblos enteros a quienes violentaron de forma tal, que esa misma colectividad que en algún momento tuvieron la fortaleza de defender, hacía 1974 se escondía, se camuflaba.

En el interior de esas sociedades se desarrollan otras tantas memorias colectivas originales, que mantienen por algún tiempo el recuerdo de acontecimientos que sólo tienen importancia para ellas, pero que interesan tanto más a sus miembros cuanto menos numerosos son. Mientras en una gran ciudad es fácil pasar desapercibido, los habitantes de un pueblo no paran de observarse y la memoria de su grupo graba fielmente todo lo que puede alcanzar de los hechos y gestos de cada uno de ellos, porque reaccionan sobre toda esa pequeña sociedad y contribuyen a modificarla. En medios semejantes todos los individuos piensan y recuerdan en común. (Halbwachs, 2004: 212)

Pero en esos momentos tan cruentos, aunque deseaban ayudar a las mujeres que como Herminia, Jovita y Fabiana buscaban a sus hijos, no podían, la colectividad estaba resguardada en sus casas.

A mí me dejaron de hablar mis vecinos, algunas vecinas por las noches me acercaban cositas, como comida o una frazada para cuando salía muy temprano hacia Acapulco, y me decían que era la forma de acompañarme, pero si yo me las encontraba por ejemplo en la fila del molino para la masa, y como los guachos estaban en todas partes, no me hablaban, ya muchos sabían que mi hijo estaba desaparecido, pero siento era más el miedo que tenían y yo trataba de comprender la situación, porque sé que si me hablaban, ahí serían interrogadas y hasta torturados, después de lo de mi hijo y todo lo que pasé, lo peor que podía pasar era que me mataran (Jovita, 2015).

De modo que en el escenario de terror en que se vivía en la sierra de Atoyac, las Buscadoras de vida asumen una actitud decidida no solo para la búsqueda de sus hijos, sino también para hacer frente al desaire por parte del Estado mexicano, que veía en ellas un grupo que de a poco se solidificaba y le estaban haciendo frente, aunque su lucha fuese en solitario, puesto que sabían que en todos los pueblos de la sierra había mujeres buscando a sus desaparecidos.

De forma tal que en los retenes eran las más vulnerables, de alguna forma tenían que parar la lucha que estaban emprendiendo, deseaban acabar con ellas tanto como con los guerrilleros, así como lo hicieron con el profesor Lucio Cabañas,

entonces las mujeres se convertían en un peligro de conciencia para el Estado, mientras ellas solo deseaban ver de nuevo a sus familiares.

Jelin razona así sobre la condición femenina en la década de los setenta y sobre la participación en la escena pública que asumieron, aun con el dolor a costas y no importando lo que en ese camino tan desafortunado tuvieron que pasar.

Las mujeres (madres, familiares, abuelas, viudas etc.) han aparecido en la escena pública como portadoras de la memoria social de las violaciones de los derechos humanos. Su performatividad y su papel simbólico tienen también una carga ética significativa que empuja los límites de la negociación política, pidiendo <lo imposible>. Su lugar social está anclado en vínculos familiares naturalizados, y al legitimar la expresión pública del duelo y el dolor, reproducen y refuerzan estereotipos y visiones tradicionales. En tercer lugar, en la expresión pública que tenemos -con sus distintos géneros y formas de manifestación- las visiones de las mujeres tienen un lugar central, como narradoras, como mediadoras, como analistas (Jelin, 2002:115)

Si las mujeres, quienes eran campesinas, amas de casa, se hubiesen callado, y no hubieran salido a buscar a sus hijos, en medio de un ambiente tan hostil, sangriento y que poco a poco, les pretendía sumir en la tristeza, ¿Qué sector de la sociedad, saldría valientemente a buscar a los desaparecidos? Por qué en medio de una guerra declarada por parte del Estado mexicano hacia los pobladores de la sierra, las Buscadoras de vida fueron quienes a la par y desde sus recursos tan limitados, iniciaron el camino hacia la conciencia de las personas, hacia dar a conocer que tanto militares, como marinos y demás agentes de Estado, habían desaparecido no solo a sus familiares sino amuchas personas más y ellas no tenían la menor duda, porque habían sido testigos de ello.

En ese sentido situamos las reflexiones que hace Todorov (2013), sobre la memoria y de cómo debe incidir en el presente, para que en caso de que haya sido un proceso trágico, no se vuelva a repetir por quienes lo llevaron a cabo, mientras que la sociedad tiene la obligación de recordarlo, para no olvidar lo que en su geografía sucedió. Aunque si bien para las víctimas sea un asunto más bien difícil de olvidar, pero que están recordando en todo momento, si bien es cierto algunas veces para los demás pero siempre para sí mismas

La memoria del pasado nos puede ser útil si ella permite la concretización de la justicia en su sentido más general, que va más allá del marco de los tribunales; lo cual implica también que lo particular debe someterse al precepto abstracto. La justicia tiene ese precio, y no es por azar que no es aplicada por los que han sido ofendidos o agredidos: es justamente la des-individualización, si se puede decir así, que permite la emergencia de la ley (Todorov, 2013: 16).

Leyes que no han sido visibles por quienes las llevan a cabo puesto que para las Buscadoras de Vida de Atoyac, porque a más de 40 años de la lucha guerrillera y por ende la violencia y represión fundada en detenciones desapariciones, torturas y asesinatos, no se ha llevado a un proceso penal a los culpables, y esto ha ido en detrimento en la cuestión anímica y de salud hacía las buscadoras, ya que muchas de ellas han abandonado el camino por enfermedades, retomándolo uno o una de las familiares, mientras que otras han fallecido de enfermedades tan duras como el cáncer sin saber nada de su familia y sin que se haga justicia, y ya no digamos de la reparación del daño.

La política y el plan a seguir era deshumanizar a toda la sociedad de la sierra, cerrar todas las entradas y mantenerlas en un estado de miedo, terror, de que ni ellas y ellos mismos sabrían lo que iba a pasar, porque en esta búsqueda que emprenden las mujeres, también había que salvaguardar la integridad –al menos-, física de la familia, porque no sabrían si por la noche –por ejemplo-, a los agentes del Estado se les ocurriría llevar a todos a las canchas y decidir según sus suposiciones quienes tenían que ser las siguientes víctimas.

Porque en este sentido no solamente sufría quien se llevaban, sino también la familia, la madre o esposa que sabía que no solo se quedaría como la proveedora, sino que se convertiría en la Buscadora de vida, en un espacio de terror, indigno.

Enzo Traverso asume esto como la concentración no solo de violencia, sino que mediante la tortura, la familia tendría que estar condenada a llenarse de miedo y olvidar, solo que si bien hubo temor, las mujeres se encargaron de accionar y en la medida que podían hacer frente a la condición cotidiana a la que se estaban enfrentando y pidiéndoles a los pobladores asumieran una actitud de tratar de parar tanto atropello.

Las víctimas estaban obligadas a actuar como una pieza del engranaje que las destruía, en un proceso que borraba la huella del crimen al tiempo que lo perpetraba. El crimen pretendía ser anónimo, sin sujeto y radical, sin testigos. La víctima no puede olvidar, está condenada al recuerdo; quien ha padecido la violencia del sistema concentracionario no puede elegir entre la memoria y el olvido (Traverso, 2001: 192).

Por qué entre la memoria y el olvido las personas decidieron el recuerdo, aunque esto les costara estar y ser una región olvidada, pensamos, ¿Cómo eran los días subsecuentes del escenario guerrillero? Por qué si bien es cierto las primeras desapariciones forzadas se registran en el año de 1969, la violencia y represión se hace más latente una vez que asesinan al profesor Lucio Cabañas y a los guerrilleros que ya no pudieron escapar, si el objetivo era eliminar la guerrilla y ya lo habían logrado ¿Cuál era el propósito de deshumanizar a las personas, acabar con el territorio y dejar tanta desolación en la sierra?

Las mujeres que en ese momento estaban siendo ultrajadas y para esto no había horario, porque se daba en cualquier hora del día, luchaban contra esta situación de terror de la que eran desafortunadamente agraviadas. Herminia nos comparte como era uno de los días donde había más represión y lo que tenían que hacer para cuidar de su familia, nos cuenta como en algún momento se quedó casi sin nada en su despensa porque no les tenían permitido salir a hacer las compras argumentándoles que irían de las tiendas CONASUPO, que anteriormente ya hemos mencionado, a entregarles despensa la cual les tenía que rendir cada mes, esto por supuesto no fue cierto, y los *permisos*, para salir estaban bloqueados y nadie tenía derecho de abastecerse.

Querías ir a donde la vecina a dejarle algo o ver que una podía compartir, y ya te estaban siguiendo, haciéndote preguntas, ya no se podía vivir así y luego arriesgarte a que te violaran, de verdad que esos días, comíamos lo que podíamos que era lo que más preocupaba, por ejemplo irte al arroyo a bañar ya era imposible, mucho menos a traer agua, ellos ya estaban instalados ahí, recuerdo que ya ni las gallinas ponían huevos, era un encarecimiento muy fuerte y nuestras familias de Atoyac tampoco podían ir para la sierra a dejarnos algo, de veras que estaba triste la cosa y luego

súmame andar buscando a los hijos que ellos habían desaparecido, se burlaban de nosotros (Herminia, 2015).

Imaginemos este escenario que nos ha compartido Herminia, a la política del terror le estamos agregando, el desabasto en la despensa principal de las familias de los poblados serranos, esto sucedió en la década de los setenta en el estado de Guerrero, México, donde hoy vemos como la desaparición forzada se ha vuelto un recurso de Estado y una realidad inmediata para callar voces que claman respeto por sus ideales.

No solo estamos hablando de cómo iniciaron la búsqueda de sus seres queridos, sino de cómo sobrevivieron a un Estado mexicano represor, que vio en esta zona rural, la sierra de Guerrero, enemigos y enemigas de conciencia que agotando toda forma de que el gobierno mexicano volteara a ver hacía este espacio tan olvidado, su último recurso fue acudir a la lucha guerrillera en la cual si bien no todos y todas participaron, si aceptaban y consideraban que era parte de ese hartazgo que por años habían tenido, porque si bien ya lo hemos señalado en el capítulo dos, no es que la violencia y represión hacía Atoyac y la sierra haya iniciado mientras la guerrilla se llevaba a cabo y luego después de ella.

No es así, porque por años han sufrido los embates de un gobierno con presumible democracia en el cual han llevado a cabo actos de barbarie hacia la población, hacia su misma gente que las ha reprimido por años, solo por no pensar como ellos y por crear conciencia en la historia nacional de un país tan dolido y sufrido como es México.

Lo que a continuación señala Primo Levi, es tan solo un fragmento de lo que escribe en su obra maestra "Si esto es un hombre" es donde con especial detalle, nos comparte su vida en los campos de concentración nazi, al considerarse un superviviente de este proceso tan doloroso, aberrante y vergonzoso, en la historia mundial de la humanidad.

Al conocer los relatos de todas las mujeres que sufrieron la represión en la década de los setenta, al tiempo que las Buscadoras de vida, hacían el trabajo de

encontrar a sus familiares, habitando en el mismo espacio que los culpables de estos crímenes, y sin que nadie les diera cuentas de lo que habían hecho con sus hijos, padres, hermanos y esposos.

Esta cita de un hombre que sufrió la violencia y represión de la Alemania nazi, se asemeja y tiene puntos en común con lo que hasta ahora nos han compartido las Buscadoras de vida de Atoyac y la sierra desde la década de los setenta. Años de diferencia entre un proceso social y otro, kilómetros de distancia entre un país, incluso continente y otro. Pero que nos refleja la maldad del ser humano, por el deseo de mantener el poder, a cuesta incluso, del dolor de su pueblo.

Entonces por primera vez nos damos cuenta de que nuestra lengua no tiene palabras para expresar esta ofensa, la destrucción de un hombre. En un instante, con intuición casi profética, se nos ha revelado la realidad: hemos llegado al fondo. Más bajo no puede llegarse: una condición humana más miserable no existe, y no puede imaginarse. No tenemos nada nuestro, si hablamos no nos escucharán y si nos escuchasen no nos entenderían. Debemos encontrar en nosotros la fuerza, de tal manera que, algo nuestro, de lo que hemos sido, permanezca (Levi, 2015: 26)

Esa misma condición humana que señala Levi, la ofensa, el fondo, lo miserable de los perpetradores, el no tener nada más que la conciencia de que se estaba luchando por la dignidad de sus pueblos, era donde radicaba la fuerza, que como bien asume Levi, algo suyo, algo de lo que habían sido, seguía permaneciendo y eso en el caso de las Buscadoras de vida, estaba latente y sigue hasta ahora.

De modo que pese a la situación precaria tanto en los alimentos, la vida diaria, la cuestión psicológica y anímica apuntaría a que la salud se vería mermada y con ello, la búsqueda se estancaría, había más cuestiones en que pensar, como por ejemplo atender sus huertas de café, sus sembradíos en la medida de que el Estado represor se los permitía y que incluso aspectos como la campaña de Rubén Figueroa para tomar la gubernatura en 1975, se entrelazaban para en palabras de Herminia al *parecer ahora un hombre bueno*.

Él no iba a la sierra a decirte, daremos con el paradero de tu hijo, tu esposo, tu hermano, tu padre, él iba como si nada hubiera pasado a decir que de a poco se irían los guachos, que la paz ya había regresado, que ya teníamos

nuevos caminos, que el INMECAFE¹⁹ ya estaba instalado, llevaba sus bolsitas llenas de despensa y había quienes le creían, y eso te dolía pensabas tanto es la necesidad de mi pueblo, que le creé a este mentiroso (Herminia, 2015).

Tan difícil el relato de Herminia como todo lo que tuvo que pasar ella y las demás mujeres que se enfrentaron a un gobierno autoritario, que con todo cinismo volvía a una sierra fracturada, dolida, devastada a hacer campaña para poder seguir en el poder, aunque el voto fuera lo que menos le preocupara a Rubén Figueroa, quien estaba de la mano del entonces presidente y genocida Luis Echeverría Álvarez²⁰, quien lo pondría como gobernador del estado de Guerrero para poder seguir con sus planes de derrocar cualquier movimiento social o armado que se llevara en México.

Este último fragmento del testimonio de Herminia se instala en un doloroso momento, de madres que hoy en día claman como ella la aparición con vida de sus hijos, nos referimos a las madres de los estudiantes de la Normal Rural Raúl Isidro Burgos de Ayotzinapa que a casi tres años de haberse llevado a cabo, nada se sabe del paradero de los muchachos mientras sus familias han buscado por todos los medios encontrarles sin que esto haya sido posible.

Y por si fuera poco, nos ha alcanzado el trabajo incesante que aquí mismo insertamos de Las Rastreadoras de El Fuerte, mujeres del estado de Sinaloa, madres a quienes les desaparecieron a sus hijos, y tomaron la decisión de salir a buscarles y en dicha búsqueda encontraron fosas clandestinas en donde estaban muchos de los muchachos que ellas han estado buscando. Lo mismo pasó con las madres de Veracruz, organizadas en el Colectivo Solecito quienes en las Fosas de las colinas de Santa Fe, encontraron a sus hijos, donde cientos de personas estaban enterradas.

¹⁹ El Instituto Mexicano del Café llega a Atoyac de Álvarez, Guerrero en el año de 1973, con el fin de impulsar la cafecultura y respetar los precios internacionales, -esto en palabras del gobierno en turno- Sin embargo era una estrategia para contrarrestar la política represora que estaba llevando a cabo contra la población serrana.

²⁰ Presidente de México en el periodo de 1970 a 1976, y quien dio las órdenes para que la detención desaparición de personas en Guerrero se llevara a cabo en pleno, y que este estado se convirtiera en un espacio de violencia y represión derivado del terrorismo de Estado de su gobierno, tal como lo hemos podido constatar a lo largo de esta investigación.

Mujeres que buscaban a sus hijos con vida pero que encontraron sus restos y ahora con la consigna de justicia a su memoria, tienen un lugar donde hablar con ellos, llevarle flores, llorarle. ¿Con esto se tienen que conformar estas mujeres? El trabajo por recuperar los restos de sus hijos, lo hicieron ellas organizadas con parte de la sociedad consiente, que se ha solidarizado con su dolor y las ha dotado de herramientas para seguir llevando a cabo esta incesante actividad.

Esto coloca al Estado mexicano que ve la desaparición forzada como un recurso mediático, para callar voces y en donde las garantías que como ser humanos y humanas que tenemos no son respetadas, mucho menos nuestros derechos. Justo como lo hicieron en la década de los setenta con los hijos de Fabiana, Jovita y Herminia, que estaban entre la pubertad y la adolescencia entre 12 y 16 años tenían al momento de su detención desaparición.

¿Qué se dice a madres que por más de cuarenta años no han visto a sus hijos y no saben que fue de ellos? ¿Qué se le dice a una madre que en el contexto actual tiene un hijo desaparecido? ¿Cómo asumir la dolorosa experiencia de ser denostada por décadas por ser madre de una persona desaparecida? ¿Realmente necesitan ser llamadas de alguna forma?

Claudia Rangel (2012), con la siguiente reflexión nos ayuda, más allá de lo que una madre significa para un hijo o hija, a comprender el espacio que ocupa una mujer que busca a un ser querido, en donde trae consigo el recuerdo de la última vez que le vio, porque estas tres mujeres son testigas de cómo marinos y militares se llevaron a sus hijos de sus casas, de las huertas, pero antes abusaron de ellos en todos los niveles, les torturaron y a ellas también.

Dado los testimonios de estas tres valientes mujeres Rangel, quien se ha dedicado por más de diez años a la investigación del proceso guerrillero, la violencia y represión del Estado mexicano en la década de los setenta y la condición de las niñas y mujeres en esa misma época en Atoyac y la sierra, asume sobre los relatos que hemos conocido a lo largo de este tiempo:

¿Acaso esta contundente afirmación, requiere de interpretación alguna? Las relaciones establecidas entre madre e hijo en la sociedad mexicana son las más sólidas, aunque también paradójicas. El amor de una madre es incondicional, la desesperación que genera la incertidumbre por desconocer el paradero de un ser querido debe ser uno de los sentimientos más inquietantes y dolorosos que una madre pueda vivir. La voz de las madres de personas desaparecidas son expresiones enérgicas que posibilitan comprender en su real magnitud el drama de la desaparición forzada, ya que logran situar la vida como un valor insustituible (Rangel, 2012:11).

Por tanto nombrarles Buscadoras de Vida, no es un título que ellas necesiten ni que estén esperando, la lucha que han emprendido desde hace más de 40 años incide en defender el derecho a la vida de cada ser humano que habita el planeta tierra. Visibilizar mediante esta categoría de análisis a las mujeres que sobrevivieron la cruenta represión y violencia en todos sus niveles y formas, incide en dar a conocer la responsabilidad que el Estado mexicano tiene ante esto que ellas vivieron y de lo cual hasta el día de hoy no ha rendido cuentas.

A las Buscadoras de Vida de Atoyac y la sierra las ubicamos en un proceso de lucha donde tenían todo en contra, vivían en un estado de sitio, pero también en un estado de terror siempre latente, aun con ello, salieron a buscar a sus hijos, a sus padres, a sus hermanos y a sus hijas. Cada una viviendo en un mismo espacio, sin embargo con historias diferentes de cómo se habían llevado sus familiares, algunas de ellas fueron testigas, otras de momento les llegó la noticia, otras sin embargo ya no vieron más a sus familiares y con ello iniciaron la búsqueda.

Por ello y en la necesidad de ver de nuevo al ser querido iniciaron la incesante búsqueda, sin saber cómo y desde donde empezar, tan solo con el deseo y la firme convicción de encontrarles con vida reparar todos los años perdidos.

En el proceso de construcción de la categoría se pudieron haber pasado por alto ciertos aspectos, sin embargo este es un estudio inicial en la intención de categorizar para su análisis el trabajo realizado por las mujeres campesinas de la sierra Guerrero, posibilitando el hecho de que más allá de las circunstancias en las

que se inserte un proceso social, siempre habrá quienes se comprometan tanto, como lo han hecho las Buscadoras de Vida.

Para finalizar este tercer capítulo y con el fin de dejarlo para investigaciones posteriores ya que se necesita de un tratamiento más a fondo, nos acercaremos a otra de las cotidianidades trastocadas en la década de los setenta, esto es los desplazamientos forzados, para lo cual utilizaremos de nuevo los testimonios de Fabiana, Jovita y Herminia, quienes tuvieron que salir de sus poblaciones por las constantes amenazas que recibían y que las llevaron a buscar a sus hijos desde los lugares donde se encontraban, aunque esto no era lo mismo y por un tiempo muy a su pesar, tuvieron que hacer diferentes actividades que por supuesto eran desgastantes.

Sin embargo ya advertidas de quedarse en la sierra ellas y su familia, estaba bastante dicho que tenían que salir huyendo como muchas personas más, a otros lugares e Guerrero, a otros estados de la república mexicana, a otros países del mundo.

Los desplazamientos forzados se dieron en un marco de absoluta injusticia, porque a pesar de que sus hijos estaban desaparecidos, las mujeres trataban de seguir luchando por vivir, esto motivado por el deseo de volver a ver a sus hijos, incluso Herminia luchaba con el deseo de quitarse la vida y reflexionaba en torno a ello, tratando de buscar salida a su depresión. Para poder describir y hacer un acercamiento a los desplazamientos forzados de esa época, como antes ya lo advertimos, recurrimos a los testimonios de estas tres mujeres y en torno al difícil momento en que saben que irse es lo que corresponde.

Llegaba el año de 1975 y con Rubén Figueroa como gobernador de Guerrero, las víctimas del terrorismo de Estado, sabían que serían ignoradas y que el camino por encontrar a sus desaparecidos, lo harían en solitario y la otra alternativa sería conformar un colectivo donde juntas pudieran seguir buscando, sin embargo sabiendo que cualquier reunión de personas era visto como un acto subversivo y

para evitar lastimadas más de lo que ya estaban, su búsqueda de a poco la iban compartiendo con otras mujeres

En esa misma búsqueda, estando a las afueras de las instalaciones del 27 batallón, a Fabiana se le acerca un hombre que vestía con ropa casual, y empieza a conversar con ella sobre lo que estaba haciendo ella ahí, cuando finalmente viene la advertencia.

Estando a las afueras del cuartel militar, se me acerca un hombre con botas, vestido con ropa normal, pelo corto y me pregunta que, que era lo que estaba haciendo, que si no tenía nada que hacer, yo le dije que buscaba a mi hijo, le trate de empezar a contar y me dijo, que ya sabía mi trágica historia y que por favor dejara ya de andar buscando a mi hijo, porque ya se lo habían comido los tiburones, mientras yo caminaba, me gritaba ¡a todas las vamos a matar, lárguense mejor! Cuando regresé al pueblo mis vecinas fueron a verme para decirme que habían andado rondando mi casa los marinos y como esos eran peor que los guachos, empecé a sentir mucho miedo (Fabiana, 2015).

Pero Fabiana no hizo caso, siguió buscando a su hijo, muchas veces se fue a las casas que servían como cárceles clandestinas en Pie de la Cuesta, junto con algunos familiares, que de a poco se fueron alejando. En la sierra descubrió dos casas que funcionaban como cárceles clandestinas, donde incluso encontró sangre que no estaba del todo seca. Esto fue lo que detonó la molestia de los militares quienes al acosarla tanto, lograron ella saliera de la sierra, y más adelante nos cuenta cómo se fue tornando esta situación, como logra salir y en qué forma.

En ese sentido a Jovita también le dan la primera alerta de que tiene que irse de la sierra, si bien diferente a Fabiana, finalmente el objetivo era el mismo, desterrarlas porque de a poco ellas estaban creando conciencia entre las personas, a que convirtieran una vez más su miedo en rebeldía.

A mi casa llegó un documento anónimo el día 13 de febrero donde con groserías hacía mí, me pedían que me fuera de la sierra, días antes en varios de los retenes que me habían tocado, veía cómo se reían cuando me revisaban y aunque eso siempre lo hacían, yo sentía que esa burla era especialmente para mí, porque cuando pasaban las demás personas eran indiferentes, una vez hasta una comadre se percató sobre eso, hasta ese

día del anónimo en que ya yo presentí que las cosas no iban a ir muy bien (Jovita, 2015).

Después de ese anónimo le siguieron dos más, después le prendieron fuego al patio trasero de Jovita, donde ella criaba puercos y gallinas, a los cuales el fuego los consumió, de la misma forma que Fabiana, más adelante Jovita nos comparte como es el día en que finalmente se ve en la necesidad de salir de su pueblo para ya no volver sino hasta la década de los noventa. Mientras tanto Herminia es también acosada para que tuviera que irse y nos cuenta el momento en que inician más fuerte con ese mismo hostigamiento para que abandone su pueblo y sus deseos de seguir buscando a su hijo.

Estaba dentro del mercado de Atoyac, había ido a dejar la miel, cuando se me acercan unos hombres y me dicen: ¿Sigues traficando droguita en la miel? Pero con voz burlona, a la vez que el otro me dice, yo que tú, me iría de Guerrero. Sin embargo yo sabía y toda la familia que lo que yo menos quería era irme y lo tenía que hacer, aunque pensaba que mejor ya me mataran, para que no me estuvieran torturando tanto. Pero por otro lado pensaba en mis hijos y la posibilidad de hacer justicia por ellos y de encontrar a quien tenía desaparecido (Herminia, 2015).

En el relato de Herminia notamos como el hostigamiento estaba cumpliendo con su objetivo, y el primero era desequilibrarlas, hostigarlas con preguntas que incluso les recordaba el doloroso momento en que su hijo es detenido desaparecido, por qué con la pregunta sobre la miel, ellos sabían que estaban aludiendo el momento en que se llevan a su hijo y del cual ella había sido testiga.

Por otro lado en ese corto tiempo, es víctima de acoso sexual, hay tocamiento por parte de uno de los tres sujetos que se acerca, entonces es una violencia integral, para cumplir con el objetivo y a lo que los habían mandado; crear zozobra en Herminia para que se fuera de Atoyac y la sierra, porque ya sabían bien que ella vivía entre los dos espacios.

En tanto, la persecución y la amenaza eran ya una constante, cada una buscaba la forma de luchar contra ello, puesto que ninguna deseaba dejar el lugar en donde habían desaparecido a sus hijos, el lugar donde tenían su vida hecha y porque ninguna de ellas había salido más lejos, que no fuera el estado de

Guerrero, pero cada día que pasaba la situación se volcaba más fuerte y apuntaba a que ellas tenían que desplazarse de manera forzada a otro lugar que no fuera la sierra o Atoyac.

No hay una cifra exacta de cuantas personas fueron desplazadas de manera forzada de Atoyac y la sierra, y no la hay porque el terrorismo de Estado que fue implantado en la década de los setenta en dicha región, se encargó de que esto quedara soterrado en la memoria del imaginario colectivo, sin embargo hay quienes impulsando este tipo de investigaciones, nos hemos preocupado y ocupado en saber qué fue lo que ocurrió, y de a poco, se ha ido desenterrando esta parte de la historia que es necesario se dé a conocer.

Lo siguiente son los testimonios de tres mujeres a quienes les desaparecieron a sus hijos, a quienes torturaron, acosaron y persiguieron hasta que lograron se fueran del espacio que las vio nacer, irse de manera forzada implicó abandonar su vida en absoluto, esto es; su casa, sus tierras, sus costumbres, sus tradiciones, significaba entonces el trastocamiento más grande para su vida cotidiana, para lo cual no estaban preparadas.

El cambio que venía en su vida sugería muchos y muy grandes cambios, pero no había dolor más grande que imaginarse de que forma seguirían buscando a sus hijos y eso hacía que este desplazamiento forzoso se volviera la desgracia más grande que les estaba tocando vivir. A continuación los testimonios de este doloroso momento, que, habría que decirlo, en las sesiones de entrevistas fue muy duro para ambas partes porque era un desgarré tan fuerte recordarlo a más de 40 años que sucedió.

El momento que vi cómo se llevaban a mi hijo fue una cosa tan dolorosa, tan insuperable, pero cuando yo me tuve que ir, días antes de que llegara esa madrugada, yo lloraba todos los días, mis ojos siempre hinchados, dejé de comer. Cuando fui a despedirme de la huerta, me aventé a la tierra, sentía que ya no regresaría, grite tanto, estaba enloqueciendo, le decía a dios que me respondiera porque me había tocado vivir eso, porque tenía que irme y dejar abandonado todo, me sentía una cobarde, pero si me quedaba sé que cumplirían la promesa de matar a toda mi familia, cuando

me fui llovía tan fuerte que mi lagrimas se perdían entre la lluvia que me mojaba (Fabiana, 2015).

La tarde del 29 de junio de 1975, a Fabiana la fueron a ver 6 hombres con armas de grueso calibre y de manera muy breve le dijeron, que tenía 48 horas para abandonar su pueblo San Vicente de Benítez, porque de no hacerlo matarían a toda su familia, incluyendo su madre de 89 años de edad. Por la noche de ese mismo día, volvieron a ir a su casa y le pidieron les enseñara las pertenencias que se llevaría, la obligaron a darles de cenar y después le recordaron lo que tenía que hacer antes de que se terminara el plazo. Fabiana terminó yéndose a Chilpancingo un tiempo y después a Aguascalientes con una prima, hasta el año de 1989, que pudo regresar a San Vicente de Benítez.

Para Jovita la situación se presentó de manera muy diferente.

Estaba en mi casa organizando unos pedidos de chambritas que entregaría a otro día, yo tejía y con lo que me ganaba había otro poco más de dinero, cuando de repente llega mi vecina, y me dice que a su hermana, el guacho con él que andaba le había dicho que ya les habían dado la orden de quemar unas casas y a la gente la sacarían y se las llevarían a tirar en helicópteros al mar, y que entre ellos estaba mi familia, después, como a dos horas de que había ido mi vecina fueron a decirme que la casa de mi hermana se estaba incendiando, empecé a guardar algunas pertenencias, y agarramos camino con mi esposo, salimos de ahí como delincuentes, huyendo. Lo poco que había quedado de la huerta, lo incendiaron y por la madrugada, lo mismo hicieron con nuestra casa, quemarla (Jovita, 2015).

A los demás familiares de Jovita les acosaron, por tanto no solo ella tuvo que desplazarse de manera forzada a otro lugar, así también lo hicieron otros integrantes de la parentela de Jovita, muchos de ellos tuvieron que irse a la región de la montaña, acogidos por personas que iban a trabajar a la sierra de Atoyac y ahora ellos les tendían la mano. Ahí empezaron el cultivo del café y de alguna manera sobrevivían, ya que las condiciones de la tierra no eran las mismas que en la sierra de Atoyac.

Jovita se instala 1 año en Zihuatanejo, con familiares de su esposo, hasta que un día elementos del ejército con una orden de cateo falsa llegan a la casa, y les dicen que donde tenían guardada la droga, finalmente ante insultos y haber dejado

la casa totalmente revuelta por la revisión que hicieron, la familia de su esposo les pide que se vayan y toman camino hacía Michoacán donde se instalan hasta el año 1985, que es cuando regresan a vivir a Atoyac y continuaron la búsqueda de su hijo, dedicándose al comercio y tratando de revivir las huertas de café, aunque esto ya no fue posible en la cantidad que ellos manejaban, porque por los incendios, la tierra sufrió daños irreversibles.

Tal pareciera la situación de cada una de ellas, se volvía más trágica. En septiembre de 1975, el esposo de Herminia viajó con tres de sus primos hacía Monterrey porque empresarios de esta ciudad lo habían contactado para comercializar la miel que ellos producían en aquella ciudad del norte de México.

Lamentablemente el esposo de Herminia sufre un accidente, en el cual fallece él y uno de sus primos, esto aunado a la forma en que se tiene que ir de la sierra. Si bien es cierto a Herminia en reiteradas ocasiones ya le habían advertido que se fuera y no lo había hecho, lo último que pensó es que después de esto que le había ocurrido la dejarían en paz, porque en palabras de Herminia; yo y *mi desgracia ya no dábamos para más*.

Ya después de eso no me podía esperar peor cosa, habían pasado los 9 días de mi esposo y fuimos a dejarle flores después de la misa, finalmente yo me quise quedar a llorar en su tumba, él fue un buen compañero, un hombre muy generoso, estaba totalmente desecha, volvía a preguntarme, porque me había pasado todo eso a mí, que de malo había hecho yo para merecer esto (Herminia, 2016).

De modo que Herminia sale de San Francisco del Tibor el 20 de septiembre de 1975, a la Ciudad de México a casa de una de las familias de Atoyac, a quienes les vendían miel y que accedieron a ayudarla tan solo por seis meses, al término de ese tiempo ella tenía que desalojar, y así lo hizo. Se mantenía de trabajar en casas de la colonia San Ángel Inn, hasta que en una de ellas se quedó de tiempo completo, sus patronos, siendo profesores le enseñaron a leer y escribir bien. Animándola a que estudiara hasta el bachillerato, y apoyándola por ejemplo, cuando en 1976 acude a la huelga de hambre a las afueras de la catedral metropolitana.

Herminia ya no regresó a vivir a la sierra de Atoyac, porque su familia la mantenía informada de cómo estos tres hombres que tanto la acosaban, seguían yendo a preguntar por ella, y rondando en su casa y en la de sus familiares todavía en la década de los años '90. El miedo más grande de Herminia no era tanto a morir, sino a la tortura sexual que asegura, presentía iba a hacer objeto antes de asesinarla, desde donde se encontraba ella denunciaba que tenía a un hijo desaparecido, y a otro asesinado. Participaba en marchas y en la toma de oficinas de gobierno, su activismo la llevo a trabajar con mujeres nicaragüenses que tenían familiares desaparecidos, hasta que le detectan un problema en el riñón, del cual tiene que ser atendida y hasta el día de hoy sigue en esa lucha.

Los desplazamientos forzados se dan en una total impunidad y con el visto bueno del gobierno en turno de Rubén Figueroa, significaba la siguiente fase del terrorismo de Estado implantado en esa zona, desde principios de la década de 1970, reprimía y al mismo tiempo abría caminos, los dotaba de despensas, hacia visitas a la sierra, les llevaba fertilizante, se tomaba fotos, les saludaba.

El gobierno Figueroista era un amigo y aliado de los campesinos, pero su brazo represor, eran los hombres que iban por las noches y hostigaban a la población, aquellos que veían a mujeres sin que estuviera otra persona presente y la acosaban sexual y psicológicamente. Este gobierno de Figueroa decidió que cada persona que luchaba por crear conciencia sin un arma, y con el dolor de tener un familiar desaparecido, tenía que marcharse de la sierra, era entonces una amenaza para seguir con su plan de que el partido que representara siguiera en el poder.

Entonces los familiares de detenidos desaparecidos significaban el ejemplo vivo de cómo habían sido violados los derechos humanos, de la represión que acabó con la vida de tantas personas y no solo porque habían sido asesinadas, sino porque las obligaron a dejar abandonadas sus tierras, sus casas, su vida y emprendieron un viaje a lo desconocido, lo cual implicó iniciar sin ningún medio, alejarse de la familia y que por el mismo miedo a ser torturados y asesinados, la misma familia se alejó de quien tenía al esposo e hijo desaparecido.

Ser desplazada de manera forzada significo otra forma de tortura, para el caso de Fabiana, Jovita y Herminia, porque se alejaban del espacio donde a sus hijos los habían desaparecido, donde ellas los podían sentir, donde las acercaba a su recuerdo, al cual se aferraban mientras ellos tenían apenas entre 1 año y meses de desaparecidos. Sin embargo las historias de las demás personas desplazadas pudieron haber sido igual de crueles o más que las de ellas.

Queda aquí el inicio de un estudio posterior para visibilizar los desplazamientos forzados en Atoyac y la sierra en la década de los años setenta, queda aquí tan solo una pequeña muestra de cómo militares, marinos y agentes de diversas corporaciones con aquiescencia del Estado mexicano fueron partícipes de la deshumanización en un espacio rural en México, que fue objeto de toda la fuerza del Estado, por haber creado conciencia por medio de la lucha campesina.

Si bien es cierto, no es objetivo de esta investigación definir a las personas que habitaban las poblaciones azotadas por el terrorismo de Estado en la década de los años setenta en Atoyac de Álvarez, lo anterior, es imprescindible porque son categorías que se estuvieron utilizando a lo largo de esta investigación, de la cual a continuación presentamos las reflexiones finales que nos acercan a seguir analizando los procesos sociales en donde las mujeres han sido partícipes.

ANEXOS

Las siguientes son cartas y poesías que pertenecen al archivo personal de Angelina Reyes y que ahora se encuentran en resguardo de su único hijo, Víctor. Dada la generosidad de Gela, las compartió con personas que sabía le darían un buen uso y que algún día haríamos que más personas las leyeran, tal como ella lo deseaba, por tanto agradecemos la generosidad de la catedrática Claudia Rangel quien facilitó estas cartas que Angelina tuvo a bien darle copia escaneada.

A continuación las presentamos con una reseña de su contenido.

La primera con fecha 8 de mayo de 1974, es una petición para que Angelina le haga un favor al señor Miguel Ramírez de llevar noticias sobre él y se entiende que de otras personas a doña Prudencia, y que ella tiene que esperar la contestación, para que él también sepa sobre doña Prudencia. La segunda es una carta de Florentino a Gela, donde le pide que le avise si puede seguir entrando a la casa de sus padres (de Gela), porque quiere ir a visitarla.

En la tercera carta Florentino le pide a Gela que cuide mucho de su hijo para que no se vaya a enfermar de gripa y tos, le dice que no se lo deje a las chamacas, salvo a una de ellas que es más grande. Finalmente le pide que se porte bien y que tenga cuidado de la gente ajena.



Fotografía No. 1 Angelina Reyes Hernández



Fotografía No.2 Angelina Reyes Hernández con su esposo Florentino Loza Patiño.

8 de mayo, 1974.

Compañera Angelina Reyes:
Te saludamos con el mismo aprecio de siempre y que el mismo llegue a tu Pancho.

Estamos un poco bien y queremos que por favor le lleves el recado que es para ~~Donna Prudencia~~ y que nos haga el favor de esperar la contestación.

Saludos para Víctor, tú y Pancho.

Hasta pronto

Miguel Ramírez

Nieja:

Por favor quiero me avises si puedo venir queriendo entrar a tu casa, si no están enojados tus padres, avisame por que quiero venir en estos días.

Mami:

Angelina:

Cuida mucho al niño no se vaya a enfermar de gripa o tos. No se lo des a las abuelitas, solo a Crisq que es mas grande.
Por favor cuidalo no seas despreocupada. Le das la carta a Gabriel, ya sabes donde la dije. Portate como la gente buena.

Imagen No. 1

El siguiente es un poema escrito por Florentino llamado: Adelante

Adelante

Adelante compañeros

A luchar por la razón

Adelante guerrilleros

Haced la revolución.

Adelante compañeros

Empuñemos el fusil

Adelante guerrilleros

Y luchemos hasta el fin.

Adelante compañeros

Con la injusticia acabad

Adelante guerrilleros

A luchar por la verdad.

Adelante guerrilleros

Águilas de las montañas

Adelante compañeros

Multiplicad las hazañas.

Enero 4 de 1971.

A DELANTE

Adelante compañeros
a luchar por la razón,
adelante guerrilleros
haced la revolución.

Adelante compañeros
empuñemos el fusil,
adelante guerrilleros
y luchemos hasta el fin.

Adelante compañeros
con la injusticia acabad,
adelante guerrilleros,
a luchar por la verdad.

Adelante guerrilleros
águilas de las montañas,
adelante compañeros
multiplicad las bozaitas.

~~...~~
Enero 4 de 1974.

Imagen No. 2

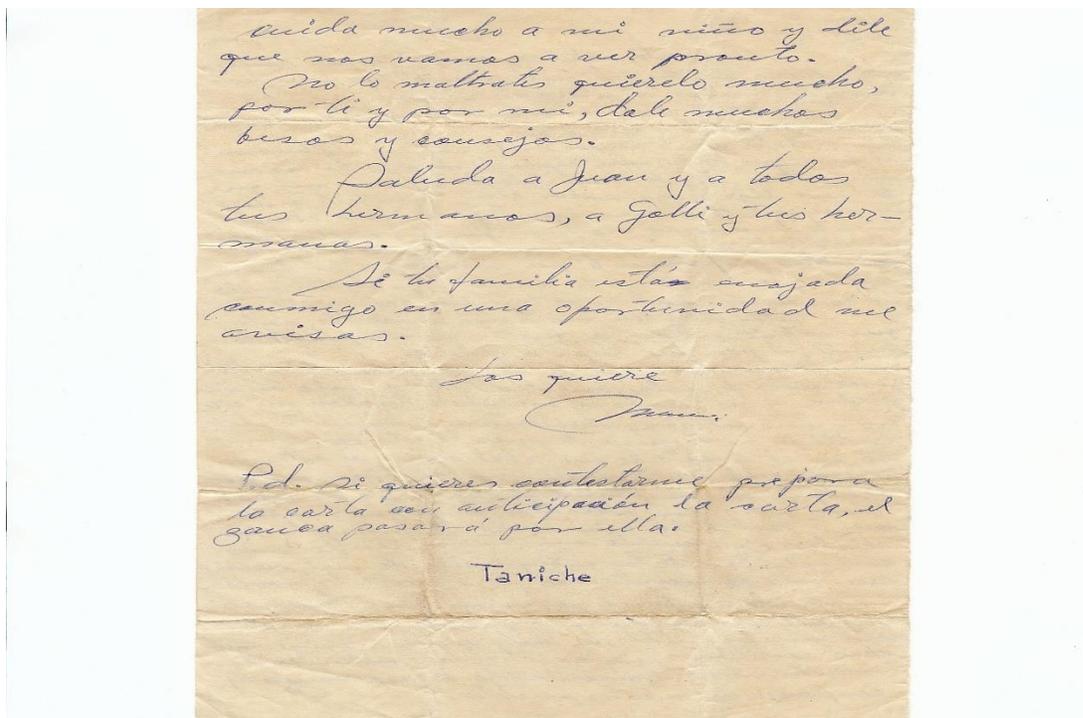


Imagen No. 3

Cuida mucho a mi niño y dile que nos vamos a ver pronto.

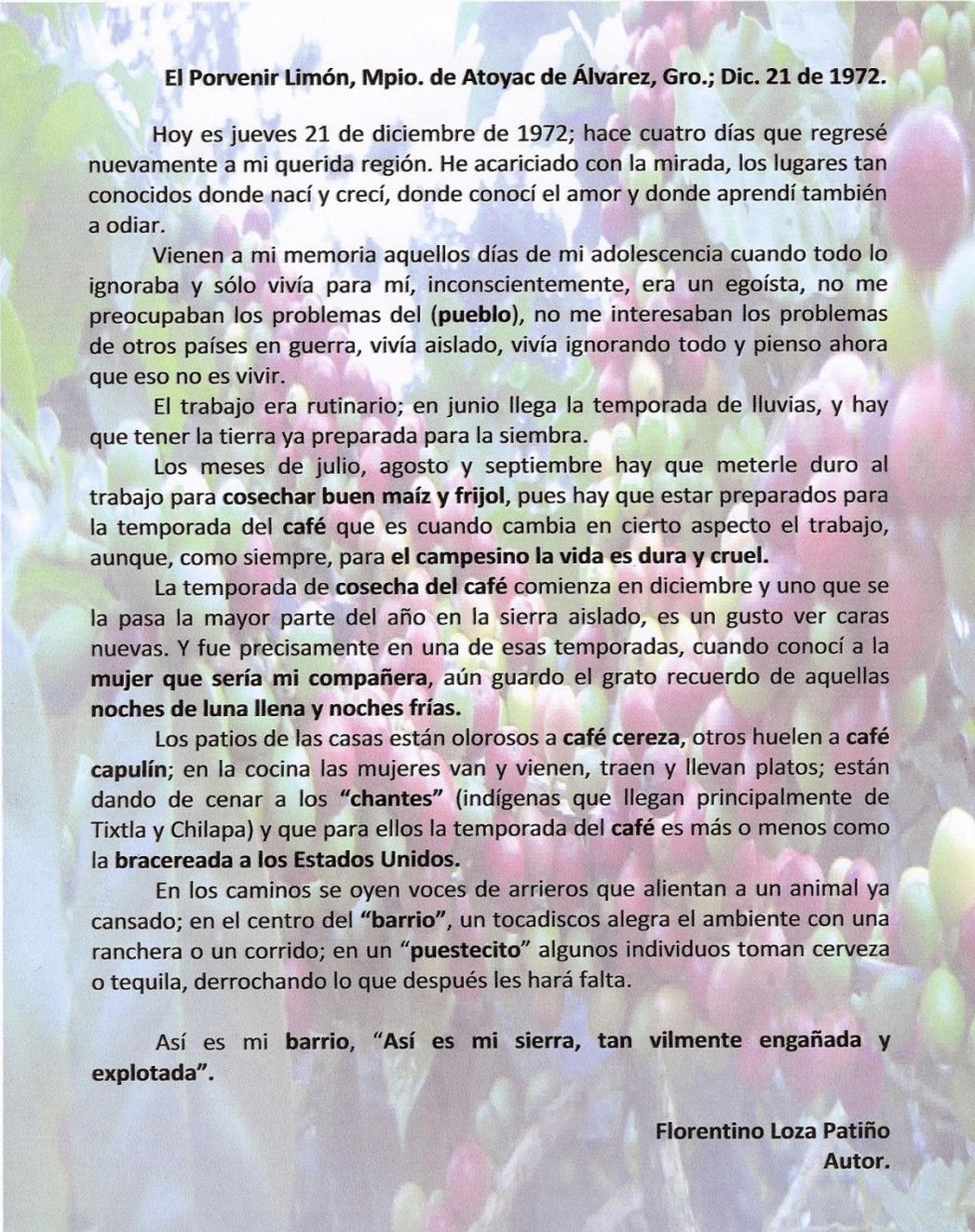
No lo maltrates, quíerelo mucho, por ti por mí, dale muchos besos y consejos.

Saluda a Juan y a todos tus hermanos, a Golli y a todas tus hermanas.

Si tu familia está enojada conmigo, en una oportunidad me dices.

P.d. Si quieres contactarme prepara la carta con anticipación, el zanca pasará por ella.

Taniche



El Porvenir Limón, Mpio. de Atoyac de Álvarez, Gro.; Dic. 21 de 1972.

Hoy es jueves 21 de diciembre de 1972; hace cuatro días que regresé nuevamente a mi querida región. He acariciado con la mirada, los lugares tan conocidos donde nací y crecí, donde conocí el amor y donde aprendí también a odiar.

Vienen a mi memoria aquellos días de mi adolescencia cuando todo lo ignoraba y sólo vivía para mí, inconscientemente, era un egoísta, no me preocupaban los problemas del **(pueblo)**, no me interesaban los problemas de otros países en guerra, vivía aislado, vivía ignorando todo y pienso ahora que eso no es vivir.

El trabajo era rutinario; en junio llega la temporada de lluvias, y hay que tener la tierra ya preparada para la siembra.

Los meses de julio, agosto y septiembre hay que meterle duro al trabajo para **cosechar buen maíz y frijol**, pues hay que estar preparados para la temporada del **café** que es cuando cambia en cierto aspecto el trabajo, aunque, como siempre, para **el campesino la vida es dura y cruel**.

La temporada de **cosecha del café** comienza en diciembre y uno que se la pasa la mayor parte del año en la sierra aislado, es un gusto ver caras nuevas. Y fue precisamente en una de esas temporadas, cuando conocí a la **mujer que sería mi compañera**, aún guardo el grato recuerdo de aquellas **noches de luna llena y noches frías**.

Los patios de las casas están olorosos a **café cereza**, otros huelen a **café capulín**; en la cocina las mujeres van y vienen, traen y llevan platos; están dando de cenar a los **“chantes”** (indígenas que llegan principalmente de Tixtla y Chilapa) y que para ellos la temporada del **café** es más o menos como **la bracereada a los Estados Unidos**.

En los caminos se oyen voces de arrieros que alientan a un animal ya cansado; en el centro del **“barrio”**, un tocadiscos alegra el ambiente con una ranchera o un corrido; en un **“puestecito”** algunos individuos toman cerveza o tequila, derrochando lo que después les hará falta.

Así es mi **barrio**, **“Así es mi sierra, tan vilmente engañada y explotada”**.

Florentino Loza Patiño
Autor.

Imagen No. 4

Y si una bala traidora
Cegara mi vida en día
Bienvenida sea la hora
¡Todo por la patria mía!
Florentino

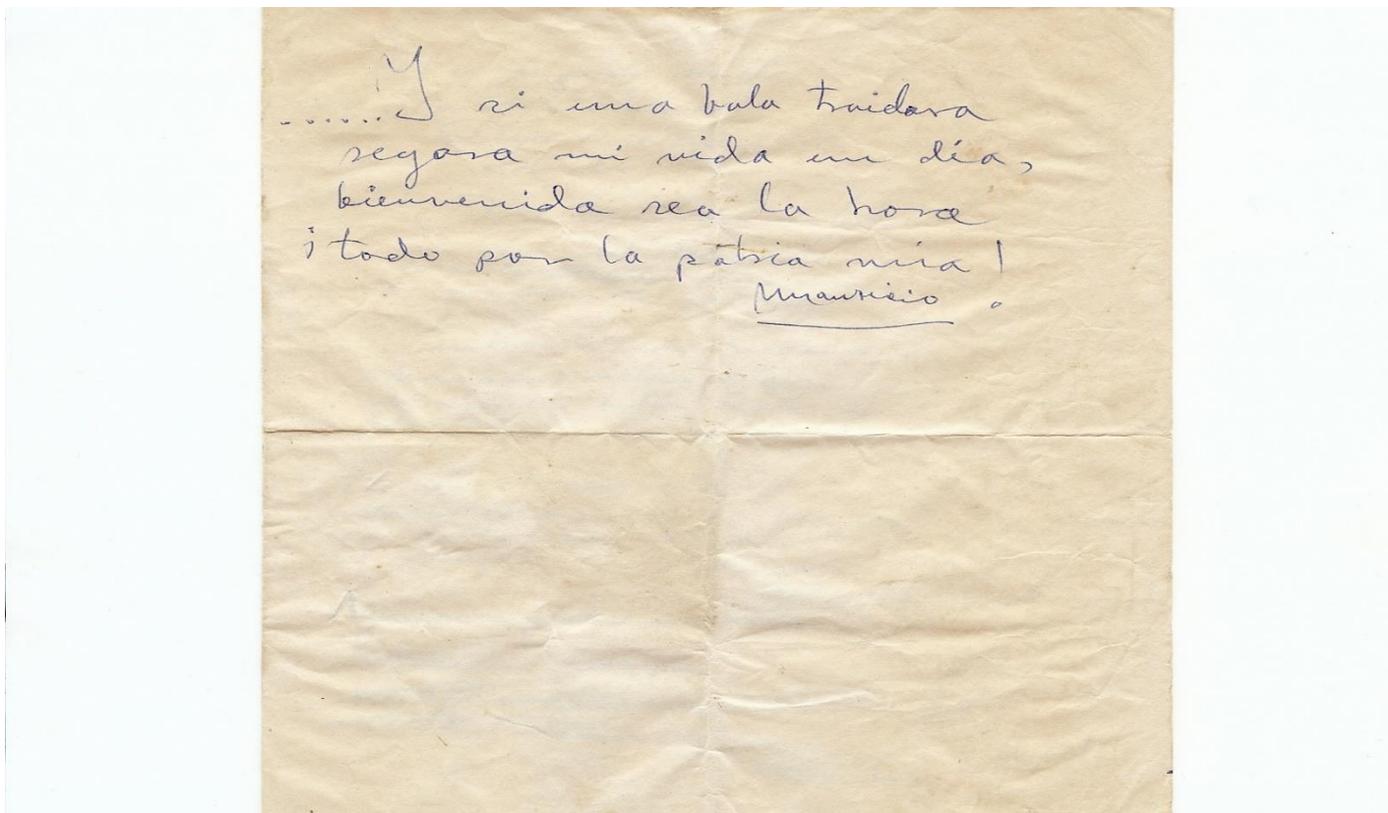


Imagen No. 5

Participación de Gela en la histórica huelga de hambre del 28 de agosto de 1978 a las fuercas de la Catedral metropolitana en la Ciudad de México.



Fotografía No. 3 Archivo La Jornada²¹



Fotografía No. 4 Archivo La Jornada.²²

²¹ <http://www.jornada.unam.mx/2005/08/28/mas-jesus.html>. Consultado en mayo del 2010.

²² *Ibídem*

Nombre	Lugar de origen	Fecha de entrevista
Adelaida	Toro Muerto	Enero de 2016.
Alicia	Plan del Carrizo	Agosto de 2015.
Amparo	El Quemado	Enero de 2015.
Ana	Los Valles	Diciembre de 2014.
Bernardo	El Paraíso	Abril de 2015.
Berta	El Quemado	Enero de 2015.
Candelaria	Plan de las Delicias	Abril de 2015.
Carmen	San Vicente	Abril de 2015.
Cristina	La Soledad	Marzo de 2015.
Daniela	San Vicente de Jesús	Agosto de 2015.
Digna	El Quemado	Diciembre de 2015.
Diana	Atoyac de Álvarez	Diciembre de 2014.
Esther	Atoyac de Álvarez	Diciembre de 2014.
Estela	La Soledad	Diciembre de 2015.
Eternidad	San Francisco del Tibor	Enero de 2015.
Efrén	Atoyac de Álvarez	Abril de 2016.
Fabiana	San Vicente de Jesús	Abril de 2016.
Flor	San Vicente de Benítez	Agosto de 2015.
Gloria	Los Valles	Abril de 2015.
Guadalupe	El Quemado	Diciembre de 2015.
Herminia	San Francisco del Tibor	Diciembre de 2015.
Iván	Nueva Delhi	Enero de 2015.
Imelda	Santiago de la Unión	Enero de 2016.

Julia	Puente de los Lugardos	Octubre de 2014.
Jacinta	Nueva Delhi	Septiembre de 2015.
Jovita	Rio del Bálsamo	Agosto de 2015.
Jetzabel	La Soledad	Enero de 2016.
Kenia	Rio del Bálsamo	Septiembre de 2015.
Lina	Rincón de las Parotas	Septiembre de 2015.
Lilia	Llanos de Santiago	Septiembre de 2015.
Lorena	Campo Morado	Abril de 2015.
Lucia	Mexcaltepec	Abril de 2016.
María	La Remonta	Abril de 2015.
Maribel	Tres Pasos	Agosto de 2015.
Mariana	Acapulco	Noviembre de 2014.
Martha	Los Valles	Diciembre de 2014.
Martín	Plan del Carrizo	Agosto de 2015.
Matilde	El Paraíso	Agosto de 2015.
Mercedes	Los Piloncillos	Diciembre de 2015.
Mirta	Tres Pasos	Diciembre de 2015.
Mónica	Agua Zarca	Abril de 2015.
Patricia	El Edén	Marzo de 2015.
Paloma	El Posquelite	Enero de 2015.
Socorro	El Tambor	Febrero de 2015.
Sofía	El Quemado	Junio de 2015.
Teresa	Campo Morado	Julio de 2015.

Tabla 1.- Relación de las personas entrevistadas

REFLEXIONES FINALES

En esta investigación se propuso partir de la vida cotidiana como un recurso teórico, hacia finales de la década de los sesenta, que permitiera visibilizar a las mujeres de Atoyac y la sierra dentro de su participación en la guerrilla y la lucha que bajo el terrorismo de Estado, emprendieron para buscar y dar con el paradero de sus desaparecidos, aunque desafortunadamente en este arduo trabajo sigan sin encontrarles y siendo testigas de como la desaparición forzada se ha convertido en una estrategia de terror del Estado mexicano.

A continuación presentamos las reflexiones que sugiere esta investigación sino todo lo contrario; consideramos que el asunto de visibilizar a las mujeres y verles como sujetas de cambio, que proponen y trabajan desde sus comunidades, de distintas formas, es necesario, particularmente las mujeres de Atoyac y la sierra, porque las investigaciones que hasta ahora se han llevado sobre ellas y que hemos citado aquí, corresponden a un esfuerzo colectivo que reside en la necesidad de dar a conocer su participación, más allá de la casa.

Vemos a mujeres que han sido participativas desde las actividades en cada uno de sus hogares, hasta su invaluable presencia en las huertas de café, limpiando, sembrando, cultivando, aunque su trabajo no fuese pagado como se debía, y por supuesto invisibilizado, y se tratara de creer que por el hecho de ser mujer y la hermana mayor o madre de familia tenía la responsabilidad de ver por los demás, de estar para toda la familia y a la luz de su trabajo diario en sus casas, este no solo las desgastara tanto físico como emocionalmente. De frente a sus formas de participación consideramos que tras conocer su vida cotidiana, su lucha como guerrilleras, su apoyo y su sentir hacia la guerrilla y su doloroso caminar como Buscadoras de vida, daremos paso a partir de cuatro cuestionamientos.

El primero. ¿Qué le proporcionó a la investigación el estudio de la vida cotidiana hacia finales de la década de los sesenta?

El segundo. ¿Cuál es el resultado para la investigación haber visibilizado a las mujeres desde diversos ámbitos?

El tercero. ¿Qué significado genera el hecho de reconocer a las mujeres que han luchado por encontrar a sus familiares como Buscadoras de vida?

El cuarto. ¿Qué experiencia queda de haber centrado la investigación en los testimonios?

Desde la construcción de esta investigación considerábamos que en la vida cotidiana podemos encontrar el devenir de los pueblos, pero también su construcción, la identidad y la conciencia se colocan como aspectos fundamentales de los que solo las personas nos pueden dar cuentas porque ellas han vivido los procesos de sus cotidianidades en donde las mismas siempre van a cambiar.

Sin embargo, la diferencia radica en que tanto se han trastocado de forma y de fondo, lo primero que propusimos es que efectivamente si habían cambiado, por ello era importante conocer sus actividades diarias, su sentir de las mismas y luego considerar que siendo un territorio en donde se han llevado a cabo diversas luchas sociales, y que también había sido reprimido, era conveniente que nos compartieran su vida cotidiana y de ahí partir.

Por tanto el estudio de la vida cotidiana proporcionó a la investigación elementos de donde partir, mucho antes en la hipótesis, ya hablábamos sobre lo importante que sería problematizarla más allá de una categoría de análisis, como el espacio en donde las diferentes vertientes convergerían, tales como: las actividades diarias, las costumbres, las fiestas, el saludo entre vecinos, todos los aspectos que pudimos conocer en el primer capítulo. Conocer de cerca la vida cotidiana hacia finales de la década de los sesenta en las poblaciones serranas y en Atoyac propicio el inicio de esta investigación y sobre este eje diversificamos el contenido y pudimos crear un dialogo entre las mujeres, que nos permitieron ser parte de sus labores diarias no solo en sus casas, sino en las huertas, y con ello su interacción comunal y privada con su familia.

Nos compartieron su día a día, y una cuestión importante, el arraigo que desde pequeñas no solo le tienen al terruño sino al campo, a la naturaleza y lo que ella

conforma. La primera forma de conocerlas fue hablándonos de los espacios que habitaban, de lo cotidiano, del significado de la familia y particularmente de sus pensamientos y emociones en relación a su desempeño como mujeres, de alguna forma fue el momento primero de visibilizarse a sí mismas.

El segundo cuestionamiento se sitúa en ¿Cuál es el resultado para la investigación haber visibilizado a las mujeres desde diversos ámbitos? Esto no fue nada fácil, pero sabíamos que no era imposible, y si nosotros ya habíamos dado el primer paso, las mujeres tenían que dar el segundo y definitivo, es decir hablar sobre ellas, si bien desde lo familiar ahora venía compartirnos su experiencia en la lucha social como guerrilleras, base de apoyo. Mujeres que también estaban de acuerdo con la guerrilla pero que no se inmiscuían en ella. Otras que en algún momento reflexionaban acerca de porqué tenían que utilizar las armas para poder ser tomados en cuenta, para que se les volteara a ver.

Estos ámbitos son tan diversos como ellas mismas, de modo que lo que ha resultado primero es agradecimiento por haber conocido a tantas mujeres con historias que tenían guardadas, luego hacernos partícipes de estas mismas vivencias. El hecho de haber sido guerrilleras, luego base de apoyo en sus distintas formas se convirtió en el centro de esta investigación, es la cuestión medular de la tesis y ha significado desde luego una gran satisfacción el que hayamos podido coincidir y se decidieran a reconocerse, dialogar y si bien revivir los recuerdos, luego ellas mismas converger en que era necesario el ejercicio de memoria, y en ese sentido radica la importancia de visibilizarlas, porque acceder a su memoria, era entrelazar momentos, decisiones, experiencias, personas y sobre todo emociones.

Por ello una vez que de apoco pudieron ir venciendo el miedo a abrir de nuevo todo y un sinnúmero de recuerdos, el resultado para esta investigación fue, tal como lo podemos ver en el segundo capítulo: conocer la diversidad de mujeres, como guerrilleras, bases de apoyo y reconocerse como fundamental en el proceso y conformación de la guerrilla.

En un tercer momento nos cuestionamos acerca del significado que genera el hecho de que las mujeres que han luchado por encontrar a sus familiares sean llamadas Buscadoras de vida. Primero, no fue fácil contextualizar la categoría teóricamente sin embargo siempre considerábamos que la categoría era ya un hecho porque todos sabíamos del trabajo arduo que han llevado a cabo por más de 40 años, sin embargo necesitábamos una vez más de ellas para que pudieran contarnos sus historias.

Y luego, teóricamente acudir a los trabajos pioneros que nos dan cuenta del trabajo que las Buscadoras de vida de Atoyac y la sierra, han mantenido, pero esto se convertía en una dolorosa experiencia porque ninguna hasta ahora ha podido encontrar a sus familiares, y luego por su edad esta lucha ha sido heredada a sus hijas e hijos, dada lo avanzado de su edad y el cansancio de los años de búsqueda que ya ha hecho meya tanto en su salud emocional como física.

De modo que el hecho de que se inicien en el escenario público genera a esta investigación la oportunidad primera de conocer el camino que tuvieron que emprender una vez que detienen y desaparecen a sus seres queridos, y luego dar pruebas de la dimensión del terrorismo de Estado implementado en Atoyac y con más intensidad en los poblados de la sierra, lo cual los hace responsables de la grave violación a los derechos humanos de cada una de las mujeres y de familias enteras que tuvieron que recurrir a los desplazamientos forzados, para preservar su vida teniendo que empezar desde cero en lugares que no conocían, que de un momento a otro se habían convertido en su hogar y tenían que esforzarse para interactuar e insertarse incluso en formas de vida diferentes a la suyas.

Finalmente en la última interrogante compartimos la experiencia, de haber coincidido con tantas mujeres pero sobre todo de haber centrado la investigación en la importancia de su testimonio. Desde el momento de conversar con ellas cuando esto apenas era un proyecto, ha sido un gran aprendizaje, porque mientras algunas de ellas mostraban disposición y deseos de hablar, las demás nos daban un no y otras más que lo pensarían. Entendíamos que era un proceso

para cada una de forma diferente y que esto no tenía por qué ser forzado, por tanto una vez que pusieron fecha y lugar, y podíamos llegar a un acuerdo eso era un respiro y un escalón caminado para esta investigación.

Sin el testimonio de cada una de ellas, esta tesis no hubiese sido posible. En el camino de construcción, hubo mujeres que se acercaron y esto le daba un gran significado a la misma, entonces reflexionando ahora sobre la importancia de los testimonios en la investigación y las experiencias vividas podemos decir que esperamos haberlas recuperado, que de pronto o no siempre estábamos preparadas para lo que escucharíamos, sin embargo llevamos a cabo un gran laso que sobrepasó, entrevistada, entrevistadora.

Sin duda considerar que los testimonios son parte central de una investigación, conlleva a ser cuestionada por darle la misma importancia o más que la teoría, ¿Cómo pretender llevar a cabo una investigación dónde se hable de la vida cotidiana de poblaciones azotadas por el terrorismo de Estado y a mujeres que les trastocaron esas mismas cotidianidades sin acudir a los testimonios? ¿De qué manera abordar la participación de las mujeres sin que sean ellas mismas quienes hablen sobre sí?

Reflexionar acerca de la investigación una vez agotado el contenido, no significa que esté terminada, todavía hace falta por mostrar mucho más porque si bien es cierto conocemos movimientos guerrilleros en las zonas urbanas de los países de América Latina, para el caso de México no solo se llevaron a cabo ahí, sino también en la ruralidad, que es el que hemos presentado, visibilizando la participación de las mujeres.

BIBLIOGRAFÍA

Aguilar Terrés, María de la Luz (compiladora) (2014). Guerrilleras. Antología de testimonios y textos sobre la participación de las mujeres en los movimientos armados socialistas en México, segunda mitad del siglo XX. ISBN: 978-970-95874, México.

Ayala Guevara, Leopoldo. (2005). Así se inició el desastre. La guerra sucia en Guerrero. Primera edición Ayala Center.

Cárdenas Santana, Alejandra. (2014). Las mujeres y la lucha social. Ver en: Aguilar Terrés, María de la Luz (compiladora) (2014). Guerrilleras. Antología de testimonios y textos sobre la participación de las mujeres en los movimientos armados socialistas en México, segunda mitad del siglo XX. ISBN: 978-970-95874, México.

Cobo, Rosario. (2000) Hacia una caracterización histórica de la cultura campesina del café en la Costa Grande de Guerrero. Ver en: Crónicas del sur: Utopías campesinas en Guerrero. Armando Bartra (compilador) Ediciones Era S.A de C.V. México.

De Certau, Michel. (1996). La invención de lo cotidiano. Volumen I. Artes de hacer. Universidad Iberoamericana. Departamento de historia. México.

De Certau, Michel. (2000). La invención de lo cotidiano. Volumen II. Habitar, cocinar. Universidad Iberoamericana. Departamento de historia. México.

De la Torre Molina, Carolina. (2001). Las identidades: una mirada desde la Psicología. Centro de investigación y promoción de la cultura cubana Juan Marinello. La Habana.

Estrada Castañón, Alba Teresa. (2012) Prólogo del libro Desaparición forzada y terrorismo de Estado en México. Memorias de la represión de Atoyac, Guerrero durante la década de los setenta. Andrea Radilla Martínez, Claudia E.G. Rangel

Lozano (Coord.). Universidad Autónoma de Guerrero. Plaza y Valdés Editores. México.

Foucault, Michel. (1993). La microfísica del poder. Ediciones Piqueta. España.

Halbwachs, Maurice. (2004). La memoria colectiva. Prensas universitarias de Zaragoza. España.

Heller, Agnes. (1985). Historia y vida cotidiana. Aportación a la sociología socialista. Editorial Grijalbo S.A. México.

Hobbes, Thomas. (1993). El ciudadano. Editorial Debate. España.

----- (1994).Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil. Fondo de Cultura Económica. México.

Jelin, Elizabeth. (2002). Los trabajos de la memoria. Siglo XXI de España Editores en coedición con Social Science Research Council. España.

Lagarde y de los Ríos, Marcela. (2005). Los cautiverios de las mujeres. Madresposas, monjas, putas, presas y locas. Universidad Autónoma de México.

----- (2012). El feminismo en mi vida. Hitos, claves y topias. Instituto de la mujer de la Ciudad de México. Gobierno de la Ciudad de México.

Levi, Primo (2015). Si esto es un hombre. Editorial Paidós SAICF. Argentina.

Loewe, Ricardo. Souza, Liliana. (Compiladores) (2009). Pensamiento y acción del Colectivo contra la tortura y la impunidad. Ed. CCTI. México.

Mayol, Pierre. (2000). *Primera parte. Habitar*. Ver en: De Certau Michel. La invención de lo cotidiano. Volumen II. Habitar, cocinar. Universidad Iberoamericana. Departamento de historia. México.

Melucci, Alberto. (1999). Acción colectiva, vida cotidiana y democracia. El Colegio de México. Centro de Estudios Sociológicos. México.

Montemayor, Carlos. (2010). *Las mujeres del alba*. Editorial: Mondadori. México.

Pollak, Michel. (2006). *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. Ediciones Al Margen. La Plata. Argentina.

Radilla Martínez, Andrea. (1998). *Podere, saberes y sabores. Una historia de resistencia de los cafecultores. Atoyac, 1940-1974*. Derechos reservados de la autora. México.

----- (2008). *Voces acalladas. Vidas truncadas. Perfil biográfico de Rosendo Radilla Pacheco*. Derechos reservados de la autora. México.

Rangel Lozano Claudia E.G. (2012). *La recuperación de la memoria mediante testimonios orales. La desaparición forzada de personas en Atoyac, Guerrero*. Ver en: Radilla Martínez, Andrea. Rangel Lozano Claudia E.G. (Coordinadoras) *Desaparición forzada y terrorismo de Estado en México. Memorias de la represión d Atoyac, Guerrero durante la década de los setenta*. Universidad Autónoma de Guerrero. Plaza y Valdés editores. México.

----- (2014). *Reconstruir la comunidad desde el dolor: la participación política de las mujeres en Afadem. Violencia sexual y disciplinamiento de sus cuerpos. La experiencia en Atoyac, Guerrero, en los setenta*. Ver en: Sánchez Serrano, Evangelina et al. *Del asalto al cuartel Madera a la reparación del daño a víctimas de la violencia del pasado. Una experiencia compartida en Chihuahua y Guerrero*. CESOP, UACM, JP editores. México.

Ricoeur, Paul. (1999). *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*. Arrecife-Universidad Autónoma de Madrid. España.

Sánchez Serrano, Evangelina. (2012). *Terrorismo de Estado y la represión en Atoyac, Guerrero durante la guerra sucia*. Ver en: Radilla Martínez, Andrea. Rangel Lozano Claudia E.G. (Coordinadoras) *Desaparición forzada y terrorismo de Estado en México. Memorias de la represión d Atoyac, Guerrero durante la*

década de los setenta. Universidad Autónoma de Guerrero. Plaza y Valdés editores. México.

Segato, Rita Laura. (2014). Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres. Pez en el árbol. México.

Torres Falcón, Marta. (2010). Cultura patriarcal y violencia de género. Un análisis de derechos humanos. Ver en: Tepichin Karine, Ana María et al. (Coord.) Relaciones de Género. El Colegio de México. México.

Traverso, Enzo. (2001). La historia desgarrada. Ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales. Editorial Herder S.A. Barcelona. España

Artículos de revistas

Garay, Graciela. (2013). Cuéntame tu vida. Historia oral. Historia de vida. Revista de historia y ciencias sociales. Instituto Mora. México. Redalyc.org. Red de revistas científicas de América Latina, el caribe, España y Portugal.

Ibarra Melo, María Eugenia. (2006). Acciones colectivas de las mujeres en contra de la guerra y por la paz en Colombia. Revista sociedad y economía. Universidad del Valle. Colombia. Redalyc.org. Red de revistas científicas de América Latina, el caribe, España y Portugal.

Larraín, Jorge. (2003). El concepto de Identidad. Revista FAMECOS No. 21. Redalyc.org. Red de revistas científicas de América Latina, el caribe, España y Portugal. Brasil.

Lindón, Alicia. (2011). *Cotidianidades territorializadas entre la proxemia y la diastemia: Ritmos espacio-temporales en un contexto de aceleración*. Revista de Educación Física y Ciencia, año 13. En Memoria Académica. Repositorio institucional de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. Argentina.

Meyer Wallerstein, Eugenia. (1971). La historia oral, origen, metodología, desarrollo y perspectivas. Revista Historia mexicana No. 2. Volumen. 21 ISSN: 2448-6531. México.

Pavez Soto, Iskra. (2012). Sociología de la infancia: las niñas y los niños como actores sociales. Revista de Sociología No. 27. España.

Rojas, María Cristina. (1997). *Las almas bellas y los guerreros justos*. Revista de la Pontificia Universidad Javeriana No. 635, tomo 128, año 65. Colombia.

Torres Falcón, Marta. (2015). Entre el silencio y la impunidad. Violencia sexual en escenarios de conflicto. Revista de estudios de género. La ventana. Vol. I, no. 41. . Redalyc.org. Red de revistas científicas de América Latina, el caribe, España y Portugal.

Entrevistas realizadas

2014

Ana, diciembre de 2014

Bernardo, septiembre de 2014

Diana, diciembre de 2014

Esther, diciembre de 2014

Julia, octubre de 2014

Lina, diciembre de 2014

Mariana, noviembre de 2014

Martha, diciembre de 2014

2015

Alicia, agosto de 2015

Amparo, enero de 2015

Bernardo, abril de 2015

Berta, enero de 2015

Candelaria, abril de 2015

Carmen, abril de 2015

Cristina, marzo de 2015

Daniela, agosto de 2015

Digna, diciembre de 2015

Estela, diciembre de 2015

Eternidad, enero de 2015

Flor, agosto de 2015

Gloria, abril de 2015

Guadalupe, diciembre de 2015

Herminia, diciembre de 2015

Iván, enero de 2015

Jacinta, septiembre de 2015

Jovita, agosto de 2015

Kenia, septiembre de 2015

Lilia, septiembre de 2015

Lina, septiembre de 2015

Lorena, abril de 2015

María, abril de 2015

Maribel, agosto de 2015

Martin, agosto de 2015

Matilde, agosto de 2015

Mercedes, diciembre de 2015

Mirta, diciembre de 2015

Mónica, abril de 2015

Paloma, enero de 2015

Patricia, marzo de 2015

Socorro, febrero de 2015

Sofía, junio de 2015

Teresa, julio de 2015

2016

Adelaida, enero de 2016

Efrén, abril de 2016

Fabiana,

Imelda, enero de 2016

Jetzabel, enero de 2016

Lucia, abril de 2016

Entrevista realizada a Angelina Reyes Hernández. Las entrevistas se llevaron a cabo en el año 2008 y 2012.

Entrevista realizada a María Arguello Villegas. Las entrevistas se llevaron a cabo entre los años 2015 (mes de agosto) y 2016 (marzo y julio). En total fueron 3 sesiones.

Entrevista realizada a Marina Santiago O' Leary. Las entrevistas se llevaron a cabo entre los años 2015 (meses de julio, agosto y diciembre) y 2016 (meses de enero, julio y agosto). En total fueron 6 sesiones.